Emily Hattie vol. 2

Los niños que nadie quería

Patricia Om

Contents

Los niños que nadie quería
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
Epílogo
Referencias
Otras obras de la autora

Los niños que nadie quería

Emily Hattie – 02

Patricia Om

Portada: Rafael Ortega

Página web de la autora:
www.patriciaom.com.ar

Copyright © 2021 Patricia Om
Todos los derechos reservados.

Dedico este libro a mi querida Araceli y le agradezco profundamente su colaboración.

1

El cielo comenzaba a despertar y en el jardín de Aldridge House la servidumbre contemplaba el carruaje de la familia que dobló en la esquina de Rose's Path y se perdió tras la glicina del señor Jameson. De haber podido expresar su algarabía, hubieran dado hurras y hasta bailado de felicidad: ¡los amos estarían ausentes durante las siguientes dos semanas! Pero existían razones que les impedían dar rienda suelta a su alborozo: por un lado, la menor de las hijas, Amelia, había decidido quedarse a pasar la navidad en casa y, si bien la joven solía ser bondadosa y comprensiva con los sirvientes, estaban seguros de que no consentiría una fiesta que celebrara la partida de sus padres. Por otro lado, la casa aún conservaba el luto por los recientes fallecimientos de algunos miembros del personal. Así pues, entraron con los labios apretados y los ojos encendidos, disfrutando por anticipado de la tranquilidad que les esperaba, aunque no por ello serían días menos trabajosos; todo debía mantenerse como de costumbre: la plata debía lustrarse, los mármoles pulirse y las telas almidonarse. Guardaban, además, una gran ilusión por los preparativos navideños: habían previsto adornar un enorme abeto con galletas de jengibre, velas y estrellas de cartón que envolverían con papeles brillantes; prepararían una apetitosa cena y por supuesto, cada uno tendría su regalo. Las más entusiastas eran las criadas jóvenes: Molly, Silvie y Emily, quienes en sus ratos libres cortaban papeles de diario y los trenzaban en interminables guirnaldas de diferentes motivos. La fregona, Jennifer, no mucho mayor que ellas, solía amenizar las horas de descanso con sus locas ideas y las hacía reír hasta que les dolía la panza; todo ello, por supuesto, con gran disimulo puesto que, como se dijo, aún se guardaban los protocolos del luto.

Se disponían a retomar las tareas cuando alguien llamó a la puerta de servicio. La cocinera, que comenzaba a sacar las cacerolas del aparador, fue quien abrió.

—Buenos días, señora —la saludó desde el pórtico un niño que rodaba la gorra entre los dedos y que tendría, según cálculos de la señora Boyle, unos seis o siete años.

—¡Buenos días! ¿Qué vendes?

—¿Yo?, nada. *Quisera* hablar con la señorita Emily, por favor.

Los ojos de la señora Boyle destellaron divertidos a la vez que asombrados.

—¿Y quién la busca, si puedo saber?

—Soy Fox, amigo del *ispector Scub.* —El niño sonrió dejando al

descubierto una dentadura negruzca y despareja.

—¡Oh! ¡Pasa, pasa! —indicó la mujer haciéndose a un lado—. Soy la señora Boyle. ¡Molly, llama a Emily! —gritó hacia la trascocina, luego preguntó al niño—: ¿Quieres un bocadillo mientras esperas?

—¡Claro! —Los ojos del pequeño brillaron de alegría. Nunca había estado en una cocina tan grande. Una fuerte mesa de madera flanqueada por dos largos bancos se situaba en el centro; sobre ella, varios potes de conservas le hicieron agua la boca: miel, mermelada de grosellas, dulce de frambuesas. En los estantes se podían distinguir todo tipo de cacharros de latón lustrado.

La mujer lo invitó a sentarse. Fox se quitó el abrigo y la bufanda que le rodeaba el cuello y los apoyó a un lado, junto a la gorra, luego alisó hacia un costado los mechones rubios que le caían sobre la frente. El olor de las verduras cociéndose hizo que la lengua se le deslizara sobre los labios mientras que se admiraba de la buena suerte de la niña ésa, amiga del inspector, la tal Emily *nosécuántos*, de vivir en una casa tan bonita en la que se cocinaba tanto y tan rico. Aunque no renegaba de su propia suerte. Había conocido al inspector en la estación del tren y éste le había rentado un cuarto en la taberna del Sapo Karli donde podía dormir calentito en una cama de verdad y le daban dos comidas al día. Además, Lilly, la esposa del Sapo, era una mujer muy cariñosa, tanto que a veces tenía que hacerse el tonto y pasar corriendo por su lado para que no le llenara los cachetes del carmín que usaba en los labios.

No podía quejarse, la vida lo estaba tratando muy bien últimamente.

La señora Boyle colocó delante suyo un tazón de leche con miel y dos enormes rebanadas de pan untadas con mantequilla caliente. Fox tuvo ganas de hacer cabriolas en el aire, pero su sentido práctico le indicó que no era momento ni lugar, así que se limitó a sonreír con gratitud.

Llevaba engullido la mitad de su convite cuando, por la puerta, apareció la niña más hermosa que jamás haya visto. Por poco se atraganta.

—Hola —saludó ella—. Soy Emily. ¿Tú me buscabas?

Bebió un gran sorbo de leche como para que el último bocado le pasara más rápido y limpió su boca con la manga.

—Sí, soy Fox. —La jovencita lo miró con curiosidad y esperó a que se explicara. El niño, con gran desilusión, entendió que la chica no tenía la más remota idea de quién era. El inspector ni siquiera le habría mencionado su nombre—. Soy amigo del *ispector Scub* —declaró decepcionado.

—¿Le ha sucedido algo malo? —preguntó ella, algo alarmada.

—No... Bueno, no lo creo. Intento *locazi... lozali...* —refunfuñó

con las mejillas rojas—. *Encontarlo*.

La señora Boyle cortaba verduras, atenta a la conversación. Emily se sentó.

—¿Por qué lo buscas? ¿Qué te ha ocurrido?

—A mí nada. —El chico apartó el tazón y cogió el último trozo de pan—. Es mi amigo Dick, que ha *desparecido*, no puedo hallarlo por ninguna parte. He preguntado por todos lados y nadie lo ha visto. Y Ralphie me ha dicho que tampoco encuentra a Billy. —La cocinera y la criada intercambiaron miradas de desconcierto. Emily cortó otra rebanada de pan, la untó con miel y la apoyó cuidadosamente sobre el plato—. Sé que *el Scub* los encontrará si se lo pido —continuó Fox sin quitar la vista del nuevo bocado—, pero no sé dónde está... y no puedo esperarlo. ¿Tú lo sabes?

—En Londres, supongo. Trabajando.

El chico resopló. «¡Mujeres!», pensó. Y cogió el pan con miel.

—¡Eso ya lo sé! —protestó con la boca llena—. Pero ¿en qué lugar de Londres?

—Ashcraft Lane, por lo que escuché.

—¡Eso es! ¿Podrías *acopa... amco...* —volvió a resoplar—, ir conmigo?

Emily miró por el rabillo a la señora Boyle, que levantó una ceja, incrédula.

—¡Eres muy pequeño para pretender llevarte a Emily! —exclamó la cocinera—. ¡Y nada menos que a Londres! ¿Qué tienes, siete años?

—¡Nueve! —rezongó el niño con el mentón levantado.

—¡Nueve años, pst!

—¿Y de dónde se perdieron tus amigos? —preguntó Emily.

—No «mis amigos», sólo Dick. De los muelles. Cada tanto voy a Londres a visitar a mis colegas rapiñadores, de paso me dejan coger algunos tesorillos que puedo vender y...

—¿Qué es eso de «rapiñadores»? —cuestionó la chica con el entrecejo fruncido. No le había sonado bien la palabrita.

Fox dejó el pan sobre la mesa y golpeó su frente con la palma. ¿De veras esta chica tan preciosa no sabía lo que era un rapiñador? Tendría que explicárselo. Ella tenía que saber que él entendía mucho de la vida, que era todo un hombre. Perfecto para ella.

—Son personas que recorren las orillas del *Támsi* en busca de objetos para vender —señaló con aire importante—. También hay quienes se meten en las alcantarillas, pero a esos no los conozco tanto.

—¿Y que pueden encontrar en un río que apesta? —Emily no salía de su asombro.

—¡No lo creerías! La gente pierde objetos todo el tiempo, pulseras, relojes y muchas más cosas que pueden ser vendidas. ¡Y a

muy buen precio, si sabes a quién *ofecerlo*! —Hizo una pausa para observar a sus interlocutoras, como parecían sumamente interesadas en su relato, prosiguió—: He ido al *Támsi* por unas baratijas, como siempre hago. Para ello, busco a Dick, que me cuida de los otros... ya saben, no todos aceptan competencia. —La realidad era que, por ser tan pequeño, había quienes se lo sacaban del medio con un empujón o le quitaban lo que había encontrado. Claro que ni loco admitiría semejante cosa delante de una niña tan bonita—. El caso es que Dick ha *desparecido* y estoy *porcu-pocup*... —Resopló con fastidio—. *Porcupado*.

—Preocupado —corrigió Emily. Y agregó con gesto pensativo —: Podríamos ir con Lucius...

La cocinera levantó tanto las cejas que casi tocaron el nacimiento de sus cabellos.

—¡Eso si el señor Grubber te lo permite! —exclamó con voz enérgica. Estaba segura de que el mayordomo jamás permitiría ir solos a Londres a dos niños de catorce años con uno de nueve que parecía de siete—. ¡O la señorita Amelia! —agregó con tono triunfal al recordar que aún quedaba alguien de la familia a quien obedecer.

El rostro de la niña se iluminó. La señorita Amelia había intentado convencerla de que dejara de ser criada para convertirse en su doncella personal, pero a ella no le gustaba ese trabajo, por lo que se había negado. Y, aunque la señorita habría podido hacer valer su condición y obligarla a aceptar, no lo había hecho, le tenía un gran cariño y había respetado su deseo. No le resultaría difícil convencerla de que les permitiera ir a Londres.

—Yo misma hablaré con la señorita Amelia—dijo, poniéndose en pie—. Tú espérame aquí —le ordenó a Fox.

La señora Boyle contuvo la respiración. ¿Por qué no se había mordido la lengua?

* * *

Recibir aquella carta de su amiga Elizabeth había resultado inquietante para lady Soraya Merritt, aunque su contenido no difería demasiado de otras que le había enviado antes. Es que, desde la última misiva hasta ésta, habían ocurrido sucesos tan inesperados como determinantes, entre ellos, Soraya se había mudado a Hillside Bell, un pueblito ubicado a veinticinco millas de Londres. Y había conocido a Emily Hattie. Desde entonces, de lo único que había estado segura, era de que debía mantener a la niña alejada de Liz. Ésta no debía enterarse de su existencia. Lo que no se le había ocurrido pensar, a lady Merritt, era en lo qué haría si se encontrara cara a cara con Elizabeth, ¿podría ocultarle semejante verdad?, ¿cómo se las ingeniaría para no meter la pata?

Y allí estaba, en Londres, tras haber aceptado su invitación a almorzar. ¿Cuánto hacía que no la veía?, ¿dieciocho, veinte años? Habían mantenido correspondencia y estado al tanto cada una de la vida de la otra. Sin embargo, estaba segura de que ambas se ocultaban secretos.

¿Por qué había ido? Algo, dentro suyo, ansiaba ser testigo de la reacción de Liz, si llegara ésta a enterarse alguna vez, de que tenía una nieta bastarda. Alguna esperanza ínfima de que la gran dama fuera capaz de reconocer y aceptar un parentesco de tal calibre. Era tan improbable como descabellado, pero su soñador corazón, por momentos, lo esperaba. ¿Quién tendría la frialdad de negar la sangre propia? Liz, claro.

El carruaje se detuvo en la puerta de la lujosa mansión de Belgravia, barrio sumamente aristocrático de Londres donde había vivido ella misma muchos años atrás.

Se esmeró en que los volantes de su vestido color ciruela cayeran correctamente, se ajustó los guantes de encaje y acomodó el ridículo de terciopelo que colgaba de su muñeca. Luego cerró la estupenda capa de piel de visón y caminó hasta la puerta. Una exquisita pluma de faisán bailoteaba en el sombrero al ritmo de sus pasos mientras ascendía la escalinata.

Un lacayo le abrió la puerta antes de que llamara, como si la estuviese esperando, la saludó con sutil cortesía y la acompañó hasta la sala de visitas. El mayordomo se acercó para tomarle la capa y se retiró después en completo silencio. Quedó sola, con la firme decisión de no mirar el cuadro, por lo que se quedó de espaldas a él. Pero su curiosidad pudo más. ¿Eran realmente tan semejantes como le había parecido un mes atrás? Llevó sus ojos temerosos a la pintura que colgaba sobre la chimenea, la misma que había recordado al conocer a Emily Hattie; la que no veía desde hacía tantísimo tiempo y que mostraba a una joven Elizabeth Willcott, poco antes de convertirse en lady Riderbown, montada en un corcel de pelaje cobrizo. Se estremeció al corroborar la similitud de los rostros. Los mismos ojos verdes llenos de luz, el mismo cabello castaño, largo y levemente ensortijado, los pómulos altos, definidos, los labios delgados, y esa nariz aquilina que les imprimía aquella personalidad tan única y diferente. Un ahogo la sofocó. Sopesó la idea de marcharse. ¿Cómo haría para callar?, ¿para fingir que nada sabía?

Giró sobre sí al escuchar abrirse la puerta doble. Era tarde para retirarse, Elizabeth caminaba hacia ella con los brazos abiertos.

Se deshicieron en halagos la una para con la otra, luego pasaron al jardín de invierno que tan buenos recuerdos guardaba de ellas, de los tiempos en que comentaban los chismes de la temporada o los folletines y libros que, a escondidas de sus padres, leían.

Una doncella sirvió la comida. Lady Riderbown rememoró la cantidad de veces que *su* Charles había viajado al continente negro para regresar cargado de diamantes y de piedras preciosas.

—Fue una pérdida muy triste —se lamentó lady Merritt, recordando al fallecido esposo de su amiga.

Elizabeth entornó los párpados.

—Es cierto —afirmó, tomando los cubiertos—. Ha sido duro, pero estaba destinado a suceder

—¿Destinado? ¿Por qué?

—Habían sucedido cosas... Los habitantes de aquel continente son gente muy primaria; acostumbrados a tomar lo que necesitan, aunque no sea suyo.

Lady Merritt levantó una ceja pensando que tal vez, «aquella gente» no fuera tan primaria en realidad, y que entendieran que habían sido los ingleses quienes habían tomado lo que no les pertenecía. Después de todo, las piedras preciosas eran africanas y los trabajadores eran africanos. Las minas mismas eran africanas. Prefirió no opinar. En su interior revoloteaba otro tema, el que no se atrevía a abordar, del que se había prohibido hacer mención. Elizabeth continuó detallando las revueltas en Zimbabwe y cómo *su* Charles había regresado enfermo del último viaje, para morir después, a los pocos días.

—El doctor habló de unas fiebres rarísimas —concluyó.

—¡Qué triste! —repitió Lady Merritt.

—Sí; fue tremendo, sobre todo para Geoffrey, que era aún muy joven.

—¡Oh, sí! Recuerdo que, cuando leí la carta donde me informabas de los hechos, apenas pude creerlo. Pensé en el pobre muchacho de inmediato. A propósito ¿cómo está él?

—Bien —respondió Liz, lacónica.

—¿Y su esposa, Marianne?

Lady Riderbown hizo un gesto despectivo.

—¡Es tan tonta, la pobre! Hace poco perdió un embarazo, ¡dos niños! ¿Puedes creerlo?

—¡Oh, pobrecita!

—Ha pasado tiempo ya —señaló Elizabeth con desdén—, debería haberse recuperado y ponerse a la faena para embarazarse de nuevo. Si Geoffrey no tiene un hijo antes de sus cuarenta, nuestra fortuna pasará a manos de Martin —añadió con mirada ausente.

—¿Pero, por qué?

—Porque es lo que estipuló mi estúpido suegro. Charles era el mayor y debería haber heredado sin aditamento alguno, pero el muy cretino determinó que, si no lograba descendencia, la fortuna pasaría a manos del menor, aplicable también a la generación de Geoffrey y

sus inservibles primos. ¡Un espanto!

Lady Merritt compuso un gesto de horror, luego se aclaró la garganta.

—¿Y cómo fue que Marianne perdió su embarazo? —preguntó.

—No lo sé. Estaba paseando por los muelles. ¡Nadie se explica qué diablos tenía que hacer por allí! No acostumbra a salir sola a caminar por cualquier parte, ni siquiera había llevado a su doncella. ¡Y la muy estúpida no se acuerda de nada!, ¿puedes creerlo? —Soraya negó con tristeza—. ¡Patrañas! —gritó Liz—. ¿Sabes qué temo? Que la muy tonta haya fingido el embarazo para retener a Geoffrey. —Hizo una pausa con los ojos perdidos en el vacío. Luego suspiró como si saliera de un trance—. Marianne sabe que Geoffrey estuvo prometido antes a otra mujer y, por supuesto, han llegado a sus oídos los rumores acerca de aquel… desahogo que tuvo con aquella sirvienta. Se siente insegura, ¡qué mujer más estúpida! —Soraya escuchaba con atención; sin proponérselo, habían llegado al tema que le interesaba, tuvo miedo que Liz escuchara el furioso palpitar de su corazón. Ésta continuó—: El doctor corroboró que, en efecto, Marianne había perdido gemelos. ¡Imagínate! ¡A esta altura tendría yo dos nietos! ¡Hubiera sido fantástico!, ¿no crees? Aunque soy algo joven para ser abuela, antes que perder la fortuna de Charles, lo preferiría. Nadie investigó lo sucedido porque la muy tonta no recuerda nada, se desvaneció y despertó en la cama del hospital, ¡fue tremendo para el pobre Geoffrey!

Soraya jugueteó con su servilleta sin saber bien qué decir.

—¿Qué pasó con aquella sirvienta? —preguntó sin pensar al cabo de unos segundos—. ¿Y con Constance? Así se llamaba la prometida, ¿verdad?

—Sí, así se llamaba. —Elizabeth se mostró abstraída por unos segundos—. No tengo idea de lo que pasó con la sirvienta ni me interesa. Por otro lado, fue un alivio que aquel compromiso se rompiera, no era de mi agrado que Geoffrey terminara casándose con Constance Aldridge. Imagínate, ¡unos burgueses! ¡Comerciantes! No era candidata para un Riderbown. Geoffrey se merece alguien de su altura, como... como Marianne, que si fuera un poco más inteligente sería maravilloso. ¡Pero es tan tonta, la pobre!

—¿Y qué fue de la sirvienta aquella? ¿Cómo se llamaba? ¿Caroline? —equivocó el nombre a consciencia.

—Catherine —corrigió la otra con mirada fría—. Catherine Boyle.

—¿Sabes lo que ha sucedido con ella?

Liz soltó los cubiertos y se echó hacia atrás en la silla.

—¿A qué viene tanto interés?

—No, no, ningún interés —replicó Soraya, azorada—. Lo

pregunto... por mi vecino, Dominic —mintió para salir del paso—. Tuvo un lío con una de las sirvientas de la casa de su tía y ¿a qué no sabes?, la chica quedó embarazada y hubo que despedirla. ¡Fue todo un conflicto!

—¡Oh, por Dios, Soraya! ¡No puedes comparar! ¡Geoffrey jamás haría algo así!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Por Dios, no digas tonterías! ¡Esa mujer fue despedida de inmediato y quién sabe adónde habrá ido a parar! —Hizo una pausa en la que bebió un sorbo de sidra—. Constance se casó, no sé con quién, pero espero que sea feliz, pobre muchacha. No era mala, ¿sabes?, sólo que no tenía el nivel social necesario para ser mi nuera. De verdad espero que Marianne se ponga pronto a la tarea y tenga un niño, de lo contrario no sé qué haré. Creo que hasta sería capaz de pedirle a Geoffrey que se divorcie y busque una chica con la que tener un hijo. ¡Detestaría que nuestra fortuna vaya a parar a manos de ese imbécil de Martin!

Soraya la miró horrorizada. ¡Un divorcio! ¡Qué idea tan espantosa! Pobre Marianne, se llevaría, sin duda, la peor parte.

—Elizabeth —insistió—, Catherine era hija de la cocinera de la casa, ¿verdad?

—¿Y tú cómo lo sabes? Yo no te lo he contado.

Debía ingeniárselas para contestar con rapidez.

—Bueno... los rumores, querida —aventuró—. Yo también pertenezco a la sociedad, no lo olvides, y como bien te he escuchado decir más de una vez, somos pocos y nos conocemos... He oído alguna que otra cosilla... A propósito, me entristeció mucho no enterarme de todo esto por ti.

—¡Ay, Soraya! —Elizabeth apoyó con delicadeza la mano sobre su brazo y susurró—: No son cosas que uno anda contando a la ligera, ¿entiendes? Fue un tema muy vergonzoso para nosotros. Gracias a Dios tengo un hijo varón, de haber sido una hija mía la que hubiera pasado por aquel trance, no sé lo que hubiera hecho.

—Suponte que Catherine hubiera quedado embarazada —arriesgó lady Merritt, a sabiendas de estar metiéndose en terreno peligroso—. Sólo es una suposición.

—¡Sería terrible!

—Como dije, una suposición. Ya tendrías una hija o un hijo de Geoffrey, no necesitarías presionar a Marianne. ¿Por qué no averiguas? —Mordió sus labios, consciente de su propia insensatez.

Elizabeth retiró la mano y la miró como si fuera una completa extraña que, de golpe, había aparecido en su mesa.

—¿Qué debo averiguar, según tú? ¿Crees que si Geoffrey hubiera tenido un hijo bastardo con esa sirvienta no me lo hubiera

hecho saber?

—Tal vez no lo supo... —Era imposible arreglarlo.

La mirada de lady Riderbown se endureció aún más.

—¿Es que acaso sabes algo, Soraya? ¿Por qué me haces estas preguntas? ¿Crees que esa chica tuvo una criatura de mi hijo?

—No, no, pero se me ocurre, pensando en este vecino que te conté, Dominic... Él es muy feliz ahora, habiendo reconocido a su hijo. Quiero decir... ¿Qué pasaría si tuvieras un nieto o una nieta en algún lugar del mundo?

—¿El hijo de una sirvienta? ¿De una cualquiera que se acostó con mi hijo a espaldas de todos, sabiendo que él iba a casarse con la señorita de la casa? ¡No, ese hijo, en caso de que existiese, sería el bastardo de esa mujer, no mi nieto!

—¡Pero llevaría tu sangre!

—¡Jamás! ¡Créeme Soraya, jamás lo consentiría! Y Geoffrey tampoco.

Lady Merritt se mordió los labios.

2

El inspector Jeremy Scubs y el sargento Flanagan bajaron las escalinatas de New Grane poniendo especial cuidado en no resbalar por las afiladas piedras. A orillas del río el viento parecía cobrar algo más de fuerza y acercaba, en oleadas, la pestilencia de sus aguas. Se sujetaron los sombreros y colocaron pañuelos sobre sus fosas nasales.

Abajo, los esperaban dos agentes y el médico forense junto al cadáver que se hallaba sobre la grava, boca arriba, con los brazos extendidos y las piernas abiertas. Un grupo de curiosos se había reunido en lo alto del malecón.

—Buenos días —saludó Scubs; Flanagan lo imitó.

Los otros respondieron en un murmullo.

—Es un muchacho de unos quince o dieciséis años —informó el doctor Sfuttier—. Lo han degollado con un solo corte y luego lo tiraron al río.

Una sombra de pesar atravesó la mirada del inspector.

—¿Quién lo encontró? —preguntó.

El mayor de los policías levantó el índice

—Yo, señor. En realidad, me alertaron unos muchachos que caminaban en la madrugada —reconoció, torciendo el gesto.

Scubs asintió.

—¿Cuál es su nombre, agente?

—Clarkson, señor. Y él es Gibson.

—Somos de Limehouse —añadió este último.

El inspector pareció alegrarse con el dato.

—¡Oh! Allí está el superintendente Palmer, ¿verdad? —Los hombres asintieron—. Encantado de conocerlos. ¿A qué hora sucedió, agente Clarkson?

—Al amanecer. Terminaba mi ronda.

—Seguramente, el cuerpo llevaba rato en el lugar —apuntó el forense con voz grave y cavernosa—, habrá resultado imposible verlo durante la noche. Es de suponer que lo mataron en algún barco o en los muelles; no se ven golpes severos, aunque no puedo decir mucho más hasta que haga la autopsia.

—Entiendo. —Scubs se acercó al cadáver y lo observó: la piel del chico se veía morada, pero había sido blanca, tenía el cabello oscuro, algo crecido, ropas muy gastadas y calcetines agujereados.

—¿No llevaba calzado?

—No, señor —respondió Gibson—, es probable que le quedara grande y lo perdiera en el agua...

Un mes atrás, el inspector había conocido a un chiquillo en la

estación de Hillside Bell, arrastraba las botas para que no se le salieran de los pies al caminar. Sí, era posible que este pobre muchacho también llevara un calzado que no correspondiera a su talla.

—Tiene los dientes cariados y la piel de las manos y las rodillas rugosa —señaló el médico—. No parece un muchacho de familia, presumo que trabajaba... Tal vez vivía en la calle.

—¿Alguna señal distintiva que se vea a simple vista, algo que ayude a identificarlo? —preguntó el inspector, paseando la mirada de uno a otro. Los tres negaron con la cabeza.

—Bien, lléveselo, doctor —murmuró. Por el rabillo miró a su sargento, que mantenía los labios apretados. Se dirigió a los agentes—: Investiguen por los alrededores, a ver si alguien echa en falta a algún muchacho.

Los hombres bajaron los párpados, tal vez pensando en la inutilidad del recado; de todos modos, obedientes, asintieron y giraron sobre sus talones.

Los ayudantes del médico, dos robustos muchachos de no más de veinte años, cargaron el cuerpo y lo subieron por la escalerilla hasta el carruaje forense. El silencio golpeaba como una bofetada ante un muerto demasiado joven. Aunque si vivió en la calle, pensó el inspector, vivió más que muchos.

—Bien, sargento —dijo luego de suspirar profundo y comenzar a subir la escalinata, necesitaba alejarse de ese olor tan horrible y de ese pesar—, vamos a buscar un dibujante para que haga un retrato del chico.

—¿Para qué? —preguntó Flanagan con molestia, deteniendo su andar.

El inspector se detuvo también y volteó. El viento le arremolinaba el cabello rojizo sobre la cara.

—¿Cómo que para qué? Si queremos encontrar al asesino tenemos que identificar al muerto, ¿no? Alguien lo conocerá, supongo. —El rostro de Flanagan se endureció, metió las manos en los bolsillos del abrigo y aplastó el sombrero bajo su brazo. Echó a andar. Scubs lo alcanzó en dos trancos—. ¿Qué sucede, sargento?

—¿De verdad cree que alguien se molestará en hablarnos de un muchacho que vive en la calle?

—No podemos saberlo hasta que averigüemos algo. La pobreza no impide que haya una familia esperando por él.

—A nadie le importa una boca menos que alimentar —masculló el sargento sin mirarlo.

—A mí sí.

* * *

La señorita Amelia, sentada en el silloncito verde, bordaba

junto al ventanal. Levantó la cabeza al sentir que alguien se asomaba a la puerta.

—¡Emily! —exclamó con una sonrisa.

Amelia Aldridge era una muchacha bella, de cabellos claros que recogía en bucles livianos a los lados de la cabeza. La criada recordó, al verla, al spaniel que tenían los Hattie en Dorchester.

—¿Puedo molestarla unos momentos, señorita?

—¡Claro! Por supuesto, entra. —Amelia apoyó el bastidor de madera sobre su falda y la invitó a sentarse en el sillón de enfrente—. ¿Qué sucede?

Haciendo uso de la menor cantidad de palabras posible, tal como intentaba enseñarle el mayordomo de la casa, Emily le narró la visita de Fox y el motivo de la misma, esperando lograr que la muchacha infiriera por ella misma su deseo de ir a Londres a buscar al inspector Scubs.

—Entiendo... —murmuró la señorita con los ojos azules muy abiertos—. Podríamos enviar un correo...

—¡No! —se apresuró Emily en responder—. Eso tardaría muchísimo, debemos encontrarlo ya. ¡Quién sabe qué cosas horribles estará sucediendo con esos niños!

Amelia ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¡Bueno, no exageres! Los niños suelen hacer travesuras, recuerdo que cuando éramos pequeños, Arthur nos...

—¡Señorita, por favor! —susurró Emily, interrumpiéndola y esperando que no se enojase por ello, pero debían actuar rápido—. ¡Permítame ir a Londres a buscar al inspector Scubs! —Amelia abrió la boca en un gesto de sorpresa. Luego volvió a cerrarla.

—No puedes ir sola —murmuró con un dedo sobre los labios, pensativa.

—Le pediré a Lucius que nos acompañe —replicó la criada—, iremos con Fox. ¡Le prometo que regresaremos antes del anochecer!

—¡De ninguna manera! —La señorita Amelia dejó su labor a un costado y se puso de pie con energía—. Llama al señor Grubber; le ordenaré que nos consiga un coche y nos acompañe hasta la estación; tú y ese niño... Fox, irán conmigo a Londres. Yo los llevaré. Y llama a la señora Clemont, ¡espero que aún no haya desarmado mi equipaje!

Emily obedeció un tanto frustrada; si la señora Clemont había desarmado el equipaje con el que la señorita había estado a punto de partir junto a su familia, le llevaría al menos medio día meter de nuevo los vestidos en las maletas. De todos modos, no dijo nada y salió corriendo.

Una hora después se hallaban en el tren, camino a Londres junto al señor Grubber, que de ninguna manera habría consentido en que la señorita viajara sola con una criada tan joven y un niño

desconocido, por lo que decidió dejar a la señora Boyle y a su marido, el jardinero, al cuidado de la casa y marchó con ellos.

Emily estaba feliz y excitada a la vez; en su corta existencia casi no había tenido oportunidad de viajar. Había estado unos pocos días en Londres, con los Hattie, cuando era muy pequeña, apenas lo recordaba. Además, la misión de encontrar a un inspector de policía para descubrir cómo es que habían desaparecido unos niños, la colocaba dentro de las historias que tanto le gustaba leer, o de aquellas que esbozaba en el cuadernillo que mantenía bien guardado bajo su almohada.

Por su parte, Fox estaba contentísimo. Imaginaba que era uno de esos niños que solía ver a diario con sus trajes apretados y camisas con volantes en el cuello, acompañados de sus padres y sus hermanos. Para quienes no los conocían, esa era la imagen que daban los cuatro en aquellos momentos y por eso sonreía como si le hubieran regalado zapatos nuevos.

Para Amelia, el viaje era una aventura sin precedentes en su vida. Nunca jamás se le había ocurrido hacer semejante locura. ¡Viajar a Londres con el mayordomo y dos niños! ¡Dejar la casa al cuidado de la cocinera y el jardinero! Pero ¿en qué estaba pensando? La joven suspiró. En Emily. Ansiaba saber qué pasaría con ella, qué le depararía finalmente la vida. ¡No podía vivir el resto de sus días como una criada! ¡No era justo! ¡Emily merecía una vida mejor y ella se sentía en el deber de ayudar a que lo consiguiera! Y a hallar a esos pequeños que habían desaparecido, claro; aunque en el fondo, estaba convencida de que no era más que una travesura infantil.

El señor Grubber parecía ser el único con real consciencia de lo que sucedía. Conocía muy bien la realidad de los niños de los suburbios y todo a lo que estaban expuestos. Además, era responsable por Emily, a quien los Boyle le habían encomendado, catorce años atrás, que entregara a una familia de donde pudiesen recuperarla más adelante, cuando estuvieran preparados. No lo habían estado nunca, por supuesto, pero la muerte de Berenice Hattie apresuró los hechos y la niña fue a dar de nuevo con ellos. Andrew Grubber se había prometido que la cuidaría con su vida, la sentía como a una hija. ¿Y la señorita Amelia? ¿Cómo se le había ocurrido hacer semejante cosa? ¿Acompañar a una criada a Londres? ¿Y esperaba que él, su mayordomo, permitiera, así como así, que anduviera sola con dos niños? ¡El señor Aldridge no solo lo despediría, sino que lo haría de la peor manera! ¡Lo dejaría en la calle con lo puesto y sin recomendación! ¡Como a un paria! Grubber se estremeció. ¿Por qué la señorita no había aceptado que fuera él a buscar a Scubs? Perfectamente podría haber viajado solo y regresado al anochecer. ¿Qué era esa manía de querer ir ella con dos baúles, tres maletas y las

dos criaturas? Se dijo que, después de todo, tal vez la muchacha habría decidido pasar la navidad en casa de su hermana, con el resto de la familia. Entonces, luego de haber puesto al corriente al inspector Scubs, él regresaría con Emily y Fox a Hillside Bell. Miró de reojo a la señorita Amelia, que, a su vez, le sonrió con cierta timidez.

Emily fue testigo de ese instante, tan íntimo y personal entre ellos y, en su soñadora cabecita, se tejió una inesperada historia de amor que la hizo suspirar. Sus ojos verdes se fundieron con los de la campiña helada a su alrededor.

* * *

Ya en Londres, Emily y Fox recorrieron con ojos inmensos la poblada estación de Paddington.

—Bien —dijo Amelia—, consiga un coche de alquiler, señor Grubber, no podemos ir con estos baúles a la comisaría.

El mayordomo suspiró, cerró su abrigo y llamó a los chiquillos que pululaban por la estación; le ordenó a uno que encontrara un coche y, a otro, que cargara el equipaje. Emily tomó a Fox de la mano y todos se dirigieron a la salida. El niño estuvo a punto de protestar, ¡no era tan pequeño como para que lo agarraran de la mano!, pero luego miró a Emily y ya no le pareció tan mala idea que lo llevara una niña tan bonita.

—No conozco la dirección de su hermana, señorita —murmuró Grubber ni bien estuvieron dentro de un carruaje.

—¡No iremos a casa de mi hermana! Llévenos al Claridge's —indicó la muchacha con energía.

Grubber enmudeció. Había llevado algo de dinero, pero no para pagar un hotel como el Claridge's para cuatro personas. ¡Ni siquiera para una! Y no creía que la señorita Amelia contara con dinero propio, ¿o sí? A pesar del frío, una gota de sudor le corrió por la espalda.

—Bueno —señaló Amelia cuando llegaron al hall del lujoso hotel—. Regístrenos, señor Grubber.

El mayordomo tragó saliva y se adelantó.

La suite, ubicada en el segundo piso, era amplia y poseía recámara para los sirvientes. A través de un enorme ventanal cuyas cortinas permanecían sujetas a los lados con cintas de seda, podían ver el jardín, hermosamente cuidado. Todo les resultaba maravilloso a los niños. Nunca habían visto tanto lujo.

El señor Grubber se acercó a Amelia.

—Señorita, disculpará usted mi atrevimiento, pero... ¿Cómo vamos a pagar esto?

Ella sonrió con picardía.

—No se preocupe, señor Grubber, he ahorrado lo suficiente de la mensualidad que mi padre me asigna para mis vestidos y zapatos como para pasar unos días aquí.

—¿Unos... unos días?

—Así es. Usted puede marcharse cuando guste si es que le preocupa haber dejado Aldridge House en manos del resto de la servidumbre, pero yo pienso quedarme con Emily hasta la navidad... —Al ver el rostro desencajado de su mayordomo, exclamó—: ¡Oh, no se preocupe! Regresaremos para entonces.

La muchacha giró con un revuelo de faldas y fue a encontrarse con los niños, que estudiaban, fascinados, la decoración de los salones. El señor Grubber aflojó el nudo de su corbatín. ¿Qué podía hacer? ¿Dejarlos solos en Londres? ¡La señorita se había vuelto completamente...! No. No se atrevía siquiera, a pensar en aquellos términos de sus amos. Caminó hacia ella.

—No hemos traído equipaje para varios días —informó, lo más ceremoniosamente que pudo.

—¡Es cierto! —exclamó Amelia—. Bueno, si necesita usted cambiarse tendrá que regresar a Hillside Bell. A Emily puedo prestarle yo algún vestido de ser necesario... En cuanto a Fox, no creo que le moleste seguir con las mismas prendas por un tiempo más.

El mayordomo inspiró profundo con los puños apretados; giró sobre sus talones y se metió en la habitación que le habían asignado. Tenía que hablar de forma urgente con el inspector Scubs. Tal vez él pudiera hacer entrar en razón a la imprudente señorita.

Comenzaba a lloviznar cuando Amelia le entregó a un recadero una nota para ser entregada de manera urgente al inspector Scubs, en Ashcraft Lane.

—Ahora nos prepararemos para cenar en el comedor del hotel —indicó a los niños que la miraban llenos de expectativa, como si hubieran olvidado el motivo por el que se encontraban en Londres—. En cuanto reciba la nota, el inspector vendrá a vernos y le contaremos todo. Mañana daremos un hermoso paseo por algún parque.

Estaban felices. Para Fox también era toda una experiencia, aunque no quisiera reconocerlo, su dominio de la gran ciudad no pasaba del recorrido desde Paddington hasta los muelles y de regreso.

El señor Grubber ladeó la cabeza y preguntó, casi con satisfacción:

—¿Cenará sola, señorita?

Amelia levantó en extremo sus delicadas cejas, ¡no había contemplado el hecho de que no podía sentarse a la mesa con ellos en el comedor del hotel, a la vista de todos! Eran sirvientes, *debían* comer aparte. Dirigió los ojos a los niños, que, a su vez, la miraron

interrogantes.

—Pediremos que nos traigan la cena a la suite —resolvió con una sonrisa. Emily dio palmaditas y Fox hizo dos graciosas cabriolas que hicieron peligrar los *potiches* de los estantes. Los hombros de Grubber se deslizaron ligeramente hacia abajo.

* * *

Lady Riderbown bajó el libro que tenía entre las manos y colocó sobre ellos los quevedos que había heredado de su esposo y que la habían librado de asistir al oftalmólogo, no tenía intenciones de que le recetaran alguna de esas horribles gafas que usaban las mujeres. Había visto, en las colecciones de París, unas muy elegantes con varilla larga que una podía sostener con gracia mientras le hiciera falta. Aún no se había ocupado de buscar algún negocio que las vendiera en Londres, hasta entonces no visitaría al doctor Henry.

Pero su cabeza no estaba en aquellos momentos para pensar en sus disminuidas facultades visuales. La actitud de Soraya la tenía preocupada. ¿Por qué se había mostrado tan interesada en esa estúpida sirvienta que había intimado con su hijo? ¿Por qué había mencionado la posibilidad de que hubiera quedado embarazada? ¡Embarazada! ¡Qué idea tan espantosa! ¿Y si hubiese ocurrido? ¿Habría sido Geoffrey tan desastrosamente idiota como para embarazar a una sirvienta?

Se levantó del sillón como si la hubiera picado un insecto. Tenía que averiguar si había sucedido algo semejante y actuar en consecuencia. No consentiría jamás que, un día cualquiera, apareciese la tal Catherine Boyle reclamando la paternidad de Geoffrey sobre algún bastardo que hubiera parido. Sería un completo escándalo y hasta el inservible de su cuñado, Martin, podría sacar provecho de la situación. ¡Maldita muchacha!

—¡Frank! —gritó algo más fuerte de lo que pretendía.

La puerta se abrió y un mayordomo entrado en años, con una calva que parecía recién lustrada, hizo una discreta reverencia.

—Ordene, milady.

—Trae mi sombrero y mi abrigo, y dile al cochero que prepare el carruaje. Voy a salir.

—Sí, milady.

Lady Riderbown se apresuró en subir a su cuarto y se miró en el ornamentado espejo que descansaba sobre la cómoda. Sus bellísimos ojos verdes revelaban una excitación que hacía tiempo no sentía. Y también un destello de miedo.

La doncella entró detrás suyo.

—¿Va a cambiarse, milady?

—No tengo tiempo —respondió sin mirarla—. Mis guantes de

encaje.

—Sí, señora.

La sirvienta le entregó un precioso par de color burdeos. Ella los descartó con un manotazo.

—¡Estos no, imbécil! ¡Los negros! ¿No te das cuenta de que no combinan con mi vestido?

Sila le alcanzó de inmediato los que pedía y luego recogió del suelo los anteriores.

Elizabeth Riderbown sonrió ante su propia imagen. En realidad, los burdeos hubieran combinado igual, ya que en su atuendo lucían ambos colores. Pero necesitaba desahogar la inquietud que le había generado Soraya Merritt. ¿Para qué diantres había venido? ¿Para sembrarle intriga? Estiró una mano, la doncella colocó un guante. Luego la otra.

—Mi bolso.

Sila le entregó un pequeño ridículo de terciopelo negro.

Abajo, el mayordomo le acomodó una espléndida capa de terciopelo y satén, mientras que la sirvienta se las ingeniaba con destreza para sujetarle el sombrero. Un lacayo la acompañó hasta el carruaje y esperó a que subiese, cubriéndola con un paraguas. Cuando al fin el vehículo partió, los mansos ojos grises de Sila lo acompañaron hasta que se perdió entre la delgada cortina de agua.

«¡Maldita mujer!».

3

—Ya estaba muerto cuando lo lanzaron al agua —declaró el doctor Sfuttier—, una hoja muy fina le abrió la garganta. Fue un corte limpio, de alguien que sabía muy bien lo que hacía. Al quitarle las ropas he descubierto marcas de ligaduras en sus muñecas.

—¿La hoja podría ser un abrecartas? —preguntó Scubs.

El forense meneó la cabeza.

—Un escalpelo tal vez, diría yo. En todo caso, algo con hoja muy afilada y delgada.

—Y estuvo amarrado —observó el inspector, pensativo.

—Eso parece, sí; por las heridas podría asegurar que intentó escapar con todas sus fuerzas; quién sabe, tal vez lo logró, pobrecillo. —El médico chasqueó la lengua—. También estuvo atado por los tobillos, aunque esas marcas son algo más tenues, los calcetines habrán amortiguado la presión de las ligaduras.

Los impotentes puños de Flanagan dejaron a la vista sus nudillos, tan blancos que daba la impresión de que la piel se rompería en cualquier momento.

—Tal vez tenga usted razón, inspector, y el muchacho sí tenía una familia después de todo —masculló con sequedad.

Scubs se mostró asombrado. Podía comprender, al menos en parte, el enojo de su sargento. Hasta él sabía que en los barrios bajos se enviaban a los hijos a trabajar por dos peniques, o a pedir limosna desde muy temprana edad y que solían ser severamente castigados si las ganancias no colmaban las expectativas de los padres. El sargento estaba convencido de que aquello, solo sucedía en las zonas pobres, pero Scubs sabía de primera mano que en las altas esferas las exigencias para con los hijos podían ser tan estrictas como aquellas; claro que allí nadie se deshacía de un niño por su desobediencia o sus travesuras. Si a algún padre se le ocurriera hacer algo semejante, el resto de la sociedad le daría la espalda y hasta correría el riesgo de terminar en la horca. Y, por supuesto, en aquellas capas sociales no se enviaba a las criaturas a trabajar.

—¿Ya terminó el dibujante? —preguntó al forense, quien, tras asentir con un gesto, le entregó dos hojas de papel grueso. En ellas se había dibujado el rostro del muerto con los ojos abiertos. Lo hacían de este modo para que aquellos a quienes se les enseñara el retrato no se impresionaran demasiado; la fotografía aún era demasiado costosa para el magro presupuesto policial—. Bien, gracias, doctor —añadió, metiendo las hojas en el bolsillo interno del abrigo donde se mantendrían a resguardo de la lluvia.

Luego, acompañado del sargento, se retiró de la morgue con pasos rápidos. Afuera, el atardecer se cerraba con un cielo plomizo y una intensa llovizna helada.

—Cenemos en el Golden Fish —propuso Scubs. Flanagan no contestó—. Insisto.

Con un suspiro, el sargento aceptó. Caminaron en silencio hasta que el cielo se descolgó con furia. Se vieron obligados entonces, a correr el último tramo.

Se ubicaron en una de las mejores mesas, junto a la ventana.

—¿Desea que solicite al jefe O'Neill que me asigne otro compañero? —preguntó el inspector. Flanagan lo miró como si lo hubiera insultado—. Tengo la sensación de que no está a gusto.

—No es eso —masculló el sargento, echándose hacia atrás para dar lugar al mesero que apoyaba el menú del día: sopa de verduras, empanada de cerdo y pastel de manzanas.

Aunque nunca habían hablado demasiado acerca de cada uno, Scubs intuía en Flanagan un pasado de pobreza. No sabía leer ni escribir, los pocos conocimientos que había alcanzado al respecto se los había transmitido él mismo cada vez que encontraban un tiempo libre. Entendió que era su empatía con el muchacho fallecido lo que lo había puesto de tan mal humor, pero, para hacer su trabajo, lo necesitaba concentrado y atento, no perdido entre sus malos recuerdos.

—Es que conozco demasiado de cerca lo que sufren esos niños —dijo al fin, el sargento—. Me rebela que nadie pueda hacer algo para remediarlo. —Scubs asintió en silencio mientras degustaba su sopa. Aguardó a que continuara. Y a Flanagan le hubiera gustado contarle toda su vida, necesitaba desahogarse, pero no podía molestar a su superior con sus tristezas. Prefirió callar—. No me impedirá hacer mi trabajo, se lo prometo —añadió con firmeza, levantando los ojos hacia su jefe.

—Me alegro —indicó este tras limpiar su boca con la servilleta —. Es cierto que no podemos hacer nada... en general. Pero podemos intentar atrapar a quien haya matado a ese chico y hacerle pagar por ello... Es algo, ¿no cree?

Flanagan levantó los hombros y apartó su tazón vacío.

—Dependerá de quién lo haya asesinado —contestó con frialdad—. Si ha sido un lord, un conde, un parlamentario o un caballero ya me dirá usted si lo envían a la horca o encontrarán culpable al propio muchacho.

Scubs calló.

—¿Fue muy difícil? Su infancia —preguntó con voz suave luego de algunos minutos.

Flanagan soltó el aire.

—A pesar de todo tuve bastante suerte, la verdad. Mi padre murió siendo yo muy pequeño y mi madre, tal vez aterrada ante la realidad de haber quedado sola, pobre y con dos criaturas que alimentar, volvió a casarse enseguida con un albañil viudo que le llevaba casi veinte años, pero que nos trató de maravillas. Aunque seguíamos siendo pobres y me vi obligado a trabajar con Mike —mi padrastro—, siendo un chiquillo. Al poco tiempo murió, mi madre enfermó luego y falleció también. Yo tenía diez años... pero había aprendido algo de un oficio y con él nos saqué adelante, a mi hermanita y a mí...

—¿Tiene una hermana, sargento?

—¿Quién cree que cose mis puños y mis cuellos? —Sonrió—. Su nombre es Amy. Se casó hace dos años con un buen muchacho.

—Eso lo aliviará, supongo —Flanagan asintió—. ¿Con solo diez años sostuvo a su hermana?

—Como le dije, dentro de la pobreza en que viví, tuve suerte. Una amiga de mi madre, Crystal, nos salvó de que nos metieran en un orfanato y nos llevó con ella a la habitación de la pensión donde vivía. Era modista... trabajaba muchísimo y nos cuidó... De todos modos, yo debía trabajar también porque no alcanzaba el dinero. —Los ojos del sargento se humedecieron—. Ahora Crystal es ama de llaves en una mansión de Mayfair.

—¡Oh! ¡Ha progresado!

—Si quiere decirlo así... Nunca se casó, a veces pienso que fue por cuidarnos...

—Fue decisión de ella, sargento. No suya.

—Lo sé.

—En todas las capas sociales existen dos tipos de personas, Flanagan: los que usan su condición como excusa para cualquier cosa y los que la aceptan e intentan convivir con ella lo mejor posible. Creo que su madre y usted mismo, pertenecen a la segunda. Quiero creer que yo también.

—Entonces... ¿sigo siendo su sargento?

Scubs largó una carcajada liviana.

—¡Por supuesto! ¿Con quién más podría trabajar?

* * *

Lord Riderbown abrió los ojos de par en par.

—¡Madre! ¡Qué sorpresa! —Lady Elizabeth sonrió apenas y estiró el cuello para que su vástago plantara un beso ligero en su pálida mejilla. Sabía que su visita no era agradable para él y mucho menos para su nuera. Nada le importaba menos.

—¡Querido! —Suspiró—. Ansiaba verte, déjame que te mire. —Lo tomó de las manos y se separó apenas—. Sigues tan guapo como

siempre.

Geoffrey soltó una sonrisa liberadora.

—Estábamos a punto de cenar, ¿nos acompañas?

—¡Encantadísima! —Entregó su abrigo y sombrero a un joven lacayo—. Supongo que con esta lluvia no tendrán visitas, no quisiera importunarlos. —En realidad, le daba lo mismo, pero debía mostrarse cortés. Al menos de momento.

—No, madre, sólo estamos Marianne y yo. —Geoffrey se hizo a un lado para permitirle el paso hacia el comedor donde se encontraba su esposa sentada a la mesa.

La muchacha hizo un movimiento como para ponerse de pie, pero su suegra se lo impidió con un áspero gesto.

—No te molestes, querida. He venido a interesarme por tu estado, espero no molestarlos, de veras. —Esbozó una rígida sonrisa fingida—. Ya me conocen, siento la necesidad de hacer algo y simplemente lo hago. Me pregunté cómo estarían y ¡aquí estoy!

Los sirvientes agregaron otro cubierto en la mesa. El lacayo la ayudó a ubicarse a la izquierda de su hijo, sitio que detestaba, pero que aceptó sin protestas puesto que, mal que le pesara, la señora de aquella casa era su nuera y no ella.

—El doctor insiste en que no debo hacer grandes esfuerzos —musitó Marianne con voz trémula—, aunque de verdad me siento mucho mejor.

Elizabeth la miró de soslayo y contrajo apenas los labios.

—Esa es una gran noticia, querida. Es tiempo de poblar esta casa de niños.

—¡Madre! —clamó Geoffrey en tono de reproche. Su esposa bajó los párpados, sonrojada—. Es un tema demasiado sensible aún.

—¡Tonterías! —replicó lady Riderbown mientras un sirviente le llenaba el plato—. ¡No se puede estar toda la vida llorando lo perdido!

—¡No es justo, madre! —Los ojos de Marianne se llenaron de lágrimas—. ¡He sufrido muchísimo! ¡Necesito tiempo para reponerme! ¡Mi cuerpo aún está...! ¡Oh!

El sirviente se retiró con sigilo. Lord Geoffrey tiró su servilleta sobre la mesa y se levantó de forma violenta.

—¡¿No puedes tener un poco de consideración?! ¿Para esto has venido?

Elizabeth estiró su mano por encima de la mesa, sin alcanzar la de su nuera.

—Lo siento mucho, Marianne, discúlpame por haber sido tan brusca —dijo en tono compasivo; luego, mirando con dureza y sin disimulo a su hijo, agregó—: Necesitamos un heredero. Lo saben.

—El próximo año —intervino Marianne, temblorosa, asiendo la mano de su esposo—. El próximo año tendremos un niño, madre, se lo

aseguro.

—Me alegra oír eso, querida. A ti más que a nadie te conviene que así sea.

—¡Será mejor que cambiemos el tema! —ordenó ofuscado, lord Riderbown, regresando a su sitio luego de dejar un beso tibio en la coronilla de su mujer.

—De acuerdo, querido. —Lady Elizabeth bebió un sorbo de vino—. He almorzado con Soraya hoy, ¿la recuerdas?

Lord Geoffrey palideció. Sabía que el inspector Scubs había conocido a lady Merritt durante el mismo caso en el que se descubrió su paternidad sobre la hija de Catherine Boyle. ¿Qué sabría al respecto, la amiga de su madre?

—Cla-Claro que la recuerdo... ¿Cómo está?

—Muy bien —replicó Elizabeth de inmediato, sintiendo con horror, cómo un vacío se le formaba en el estómago. Sus peores sospechas no hacían más que fortalecerse. El nerviosismo mal disimulado de su hijo la alertaba de que algo terrible había sucedido. Lo que más la enfurecía era que hubiese ocurrido a sus espaldas—. Está muy sola, la pobre —continuó—. He estado pensando que, tal vez, podríamos invitarla a pasar la navidad con nosotros.

Liz sabía que Soraya pasaría la fiesta con su sobrina Felicity, pero necesitaba presionar a Geoffrey, indagar acerca de aquello que había sugerido su amiga y que su hijo parecía confirmar.

—Me parece una excelente idea —apuntó Marianne a media voz.

—Sí, sí, claro —coincidió su marido.

* * *

Marianne Riderbown giró sobre sí misma y mordió una punta de la sábana. Quería gritar. La visita de su suegra le había alterado los nervios una vez más. ¡Oh, qué mujer tan odiosa era! ¡Y ella debía llamarla «madre»! ¡Con cuánto gusto le escupiría en la cara que su hijo apenas si dormía en casa! Que salía casi todas las noches y quién sabe dónde amanecía cada día. Que ponía la excusa de jugar cartas en su club y se le iba la hora, entonces regresaba cuando ya estaba saliendo el sol. ¡Su hermoso y perfecto hijo!

Golpeó con el puño la almohada una y otra vez, ahogando su frustración entre las mantas. Geoffrey se había ido, la había dejado sola una vez más. Hacía seis semanas que la había tocado por última vez, habían intimado y había sido maravilloso. Pero ahora se iba el muy cretino. Tal vez había llegado el momento de actuar. Iría a hablar con el doctor Gillian. ¿Cuánto le cobraría esta vez? Tenía que ser definitivo. Ahora debía aparecer un bebé. De cualquier parte, como diera lugar. Tenía que darle un hijo a Geoffrey, o no solo su esposo y

su suegra la despreciarían, sino que, además, se quedaría en la calle.

* * *

Ya era noche cerrada cuando Scubs y Flanagan salieron del Golden Fish. Llovía copiosamente. Pese a lo cual, el inspector prefirió pasar por la comisaría antes de ir a su casa, por si había alguna novedad de su caso. Se despidió del sargento y subió a un coche de punto.

Al llegar se encontró con que el jefe O'Neill ya se había retirado y que, en la recepción, había una nota para él; al menos, no había ido en vano. Tal vez el patólogo había encontrado algún indicio nuevo, o los agentes de Limehouse habían logrado identificar al muchacho. Abrió la esquela con ansiedad y, tras leerla, sonrió. ¡Amelia Aldridge estaba en Londres y quería verlo! ¿Cómo se encontraría aquella familia a la que había conocido en momentos tan tristes como lo fueron las muertes de sus sirvientas? ¿Cómo estaría Emily Hattie? Una profunda emoción lo embargó al recordar a la muchachita con la que tan buena relación había trabado. ¿Habría logrado escribir su libro? No había tenido tiempo de regresar a Hillside Bell a visitarlos y se arrepentía de ello. Debió haberse hecho un hueco entre sus actividades, al menos para constatar que la niña se encontrara bien. Miró la hora en su reloj con leontina: las ocho. Era algo tarde para visitas, pero Amelia había escrito con claridad la palabra «urgente». Agradeció al policía que le entregó la nota y salió de nuevo a la lluvia. Sólo a él se le ocurría, en Londres, salir sin paraguas.

Apenas ingresó al enorme hall del Claridge's, vio al señor Grubber que se paseaba nervioso por los laterales. Tras entregar al botones su sombrero y su abrigo, del que tuvo la precaución de sacar los dibujos y meterlos en un bolsillo del pantalón, se acomodó los mechones rebeldes y se acercó al mayordomo, que pareció aliviarse de verlo.

—¡Inspector, gracias al cielo que ha venido!

—¿Qué sucedió?

—¡La señorita Amelia, señor! Creo que algo... no está bien con ella...

Le relató entonces las circunstancias por las cuales se encontraban en la ciudad; que Amelia había insistido en viajar con Emily y con Fox cuando podría haber ido él solo a buscarlo; que había cenado con ellos en la suite y que estaba gastando una fortuna en aquel hotel tan lujoso.

Scubs sonrió. El pobre hombre parecía realmente preocupado.

—Descuide, señor Grubber, hablaré con ella. Subiré a ver a Fox —El mayordomo asintió—. No creo que algo esté mal con Amelia...

Creo que solo quiere divertirse un poco, lejos de sus padres... Tal vez ayudar a Emily, usted sabe...

—Sí, señor, eso lo sé, ha quedado muy conmovida con la historia de la niña, pero... ¿esta locura? ¡Es una señorita!

—¿Subimos?

—Subimos. ¿Qué le diré a su padre si se entera de todo esto? ¡He dejado la casa al cuidado de la cocinera y el jardinero, señor! Pero no tuve elección, ¡no podía dejar a la señorita Amelia sola con dos criaturas y todo ese equipaje!

—El señor Aldridge no se enterará, cálmese. Y los Boyle cuidarán bien de la casa.

Fox saltó a sus brazos en cuanto lo vio. Emily se mostró igual de entusiasmada.

El señor Grubber se había quedado de pie, muy recto junto a la puerta. Amelia lo miró y contuvo una carcajada, ¡se veía tan desorientado, el pobre!

Tras los saludos y las preguntas acerca de cómo estaba cada uno, Scubs se dirigió al pequeño.

—Entonces, cuéntame. ¿Cómo es eso de que se te perdieron tus amigos?

—Solo se me perdió uno —replicó el niño sentándose con placer sobre la mullida alfombra, a los pies del inspector—, Dick. El otro niño es amigo de Ralphie.

—Y Ralphie es otro rapiñador.

—Claro, todos lo son.

—¿Qué edad tiene Dick?

—No lo sé, pero es mayor que yo. Bastante.

—¿Por dónde suele buscar sus tesoros?

—*Mayomente* en los puentes: *Wesminster* o Waterloo. A veces suele andar por el Wapping.

—¿Qué día anda por el Wapping? —preguntó Scubs, siguiendo una corazonada. Gravel Lane estaba en la zona.

El chiquillo compuso una mueca pensativa.

—No... —murmuró—. La verdad que nunca sé en qué día estamos... —Encogió los hombros y dio un buen mordisco a un bocadillo que había guardado en su bolsillo.

—Veamos —intervino Emily—, hoy es lunes, ¿verdad? —Los adultos asintieron.

—¿Es lunes? —preguntó el chico, rascándose la cabeza—. Y ¿qué día se pone antes del lunes?

—Domingo.

—¡Ese es el día! Fui a buscarlo allí y nadie sabía nada de él. Entonces me llegué hasta el Waterloo, por si *dedi... dedició* cambiar el

recorrido, pero tampoco lo habían visto en varios días.

—Si no conoces los días de la semana, ¿cómo sabes cuándo buscarlo en un lugar o en otro? —inquirió Scubs con verdadera curiosidad.

El niño levantó los hombros mientras sacaba de otro bolsillo una pasta con crema.

—Es fácil, si al bajar del tren veo gente muy arreglada, con sus niños de la mano y eso, saliendo de la iglesia, debo buscarlo en el Wapping. De lo *contario*, voy a los puentes.

—Entiendo. Y dime, ¿conoces los nombres de otros niños a los que podamos hacerles algunas preguntas?, ¿averiguaste algo de importancia mientras lo buscabas?

—Conozco a varios chicos, pero ninguno tan bueno como Dick —suspiró, mientras masticaba con deleite—, conozco a Teddy, a Bruno y a Chuck. Después está el pesado de Sam, que se ocupa de vender lo más difícil en una calle de por ahí..., no recuerdo el nombre de la calle.

—Haz un esfuerzo, por favor, es muy importante —rogó Scubs.

—*Cotton, Common*, algo así.

—¡Compton!

—Esa.

Scubs apoyó los codos en las rodillas.

—¿Sam, dijiste?

—Ahá.

—Descríbelo.

—¿Qué?

—Que me digas cómo es ese Sam.

—Pues..., es bastante mayor que yo, flaco, alto, tiene la cara llena de manchas pequeñitas y ojos de color... no sé, suelo confundir los nombres de los colores...

—¿Se viste bien?

—¡Qué va! ¡Anda siempre con la misma camisa y un pantalón que le queda pequeño! Es algo tonto, creo yo.

—¿Sabes dónde vive?

Fox movió negativamente la cabeza.

—No lo sé. ¡Pero puedes *encontarlo* en alguna de las esquinas de *Tagalgar Square*! —exclamó con aire triunfal—. ¡Vende cordones allí!

Scubs sacó uno de los dibujos y se lo enseñó.

—¿Es este, por casualidad? ¿O es Dick?

—Ese es Sam. ¡Podríamos preguntarle a él si ha visto a Dick en estos días! —Se le ocurrió de pronto—. ¿Cómo lo conoces? ¿Lo ha atrapado la policía? —preguntó con cara de susto, agarrándose la cabeza.

—No, no, tranquilo... No es un crimen juntar objetos de orillas

del río, ni venderlos si nadie los reclama. Es... —Fox lo miró, interrogante—. ¿Era tu amigo?

El niño hizo un gesto impaciente.

—No, ya te dije. Solo nos ayuda... ¿Era? ¿Qué? ¿Acaso está muerto?

—Pues... sí. Y estoy intentando averiguar quién lo mató.

Fox enmudeció por un instante.

—¿¡Lo han matado!? —inquirió con gesto desesperado.

Scubs no tenía idea si había hecho bien en hablarle de aquella forma a un niño tan pequeño. Instintivamente buscó los ojos de Emily, que estaban abiertos de par en par, igual que los de Amelia. Y los de Grubber.

4

Geoffrey Riderbown cruzaba el jardín hacia la calle. Al otro lado de la ventana, su esposa lo observaba medio oculta en el cortinado.

Había llegado a la madrugada, se había lavado, cambiado y partido a su trabajo. ¡Estúpido! Creyó que no lo había escuchado.

Ella, por supuesto, no había dicho una palabra ni expresado el menor reproche. De poco y nada habría servido. Su madre, su abuela, sus tías, todas las mujeres de su familia le habían enseñado que los hombres necesitaban —y debían— calmar sus apetencias. Había que permitirlo sin preguntas ni regaños. Lo único que se conseguiría chillando era alejar al marido, que éste terminara irritándose y arruinando el día. O peor, si la cosa se repetía al cabo del tiempo, el hombre podría terminar pidiendo el divorcio. ¡Qué cosa más horrorosa, ser una vulgar divorciada, despreciada por su consorte, por los amigos, por la familia! Jamás se divorciaría. Sería una esposa ejemplar. La suya sería una familia ejemplar. Pero para eso necesitaba hijos. Al menos uno. Le urgía ver al doctor Gillian. Habían pasado seis semanas desde la última vez que había intimado con Geoffrey, tal vez hubiese ocurrido el milagro, mantenía la esperanza pese a que su período se había presentado unos días atrás.

Colocó una capa marrón sobre sus hombros, llamó a la doncella y pidió el coche. Por suerte ya no llovía.

La consulta no estaba lejos; de todos modos, el carruaje debía dar un rodeo para entrar a los patios traseros de la propiedad. No debía ser vista por ahora.

La secretaria del médico la hizo pasar al mismo habitáculo en el que había estado antes. Se podía ver una silla alta con correas para sujetar las manos y las piernas de las pacientes, una camilla y una vitrina llena de tubos, frascos, agujas, vendas y jeringas. Marianne detestaba estar allí, las paredes salpicadas de sangre le provocaban náuseas, pero no había más remedio. Si una sola de sus amistades, una sola, la viera salir del consultorio principal o en la sala de espera, se daría por hecho que estaba embarazada, y, si el vientre no se abultaba, se correría la voz de que no podía tener hijos y toda la sociedad la compadecería. ¡Qué horror! Ya le había sucedido una vez y hubo que recurrir a medidas extremas para que nadie sospechara.

—¡Hubert! —exclamó con alivio en cuanto el médico se presentó ante ella—. ¡Gracias por recibirme! —Estiró las manos. El galeno las tomó entre las suyas con una extraña sonrisa dibujada en los labios.

—Marianne, sabes que siempre que me necesites, aquí estaré. —Era un hombre de unos cincuenta años, no muy alto, de complexión robusta y cabello blanco, algo crecido.

—Si esta vez no hay niño, dudo que haya más oportunidades, Hubert —murmuró, al tiempo que se sentaba en la única silla que había—. He tenido mi período la semana pasada —agregó, sonrojándose.

—Entonces no hay embarazo, preciosa. Lo siento.

—¡Ya lo sé! —se quejó la muchacha, retorciendo las manos—. ¡Pero tiene que haberlo!

—Marianne, cariño... Ya lo intentamos una vez y no quisiste continuar...

—¡Me asusté! ¡Mi estúpida suegra se me pegó como una lapa en cuanto pensó que tendría un nieto! ¡Se daría cuenta!

—¡Puse en riesgo mi carrera! —protestó el doctor—. ¿Crees que no sucederá lo mismo esta vez? ¡Tu suegra te cuidará aún más después de lo que se supone que te pasó!

—¡No! Esta vez estoy más preparada. Tenemos la excusa justa después de lo sucedido, me ordenarás reposo durante todo el embarazo. Yo me ocuparé de que esa odiosa mujer no se me acerque más de la cuenta. Está desesperada por un nieto así que no me molestará si tú alegas que necesito tranquilidad. Geoffrey también se ocupará de satisfacer todos y cada uno de mis caprichos. Te lo aseguro.

El médico suspiró.

—De acuerdo, pero sabes que será costoso...

—No importa el dinero. Tú certifica que estoy embarazada, ayúdame a que parezca real y consigue el bebé. No me importa si es niño o niña. Sabes que te compensaré. Y si sale bien, en uno o dos años, querré otro.

Marianne sonrió de manera angelical. El doctor asintió, rozándole la mejilla con el dorso de la mano, ¡era tan bella! Luego se inclinó.

—Marianne —murmuró con voz amenazante—, si algo sale mal...

—¡Nada saldrá mal! —interrumpió ella al borde de la histeria —. ¡No tiene por qué salir mal!

—Si algo sale mal —continuó el galeno—, negaré todo. Y si se te da por decir que tengo algo que ver, me ocuparé de que te declaren mentalmente enferma y te encierren en *Bedlam*[1]. ¿Me has oído?

Marianne asintió con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

* * *

El inspector Scubs se había acostado convencido de que no

pegaría un ojo aquella noche; demasiadas cosas en la cabeza. Sin embargo, durmió casi siete horas de corrido y se despertó completamente despejado, lo que lo puso de excelente humor. Desayunó con avidez los manjares de su casera, la señora Ryder y, luego de discurrir con ella algunas trivialidades, partió hacia la comisaría. Esta vez recordó llevar el paraguas. No llovía, aunque el cielo continuaba nuboso y gris. El día se presentaba mucho más frío de lo que parecía dentro de la cálida cocina de la señora Ryder, que llevaba rato horneando bollos.

Ya en Ashcraft Lane y, considerando que Flanagan aún no había llegado, fue a hablar con el jefe O'Neill, quien lo recibió con gesto amable. Era un hombre de agradables maneras y carácter franco.

—¿Ha descubierto algo nuevo acerca de ese muchacho que se encontró ayer? —preguntó el superior luego de los saludos habituales.

—¡Oh, ya se ha enterado! Venía a informarlo de ello.

—El superintendente Palmer, de Limehouse, me envió una nota poniéndome al corriente. Me pidió disculpas, en nombre de sus agentes por habernos llamado —agregó con una mueca de disgusto—, según su opinión, no hay que dedicar demasiado tiempo a «esa clase de gente».

O'Neill se echó hacia atrás en el sillón. Scubs se mantuvo de pie con las manos en los bolsillos.

—El nombre del niño hallado podría ser Samuel, era un rapiñador. Se me ha informado de que, al menos dos más de ellos, se encuentran desaparecidos: un tal Dick y otro niño, conocido como Billy.

El superintendente levantó las cejas.

—No deja usted de sorprenderme, inspector. ¿Cómo diablos ha podido identificar a un rapiñador? ¿Acaso ubicó a su familia?, ¿tenía una?

—Ante el abandono o el descuido de los padres, los amigos suelen conformar un círculo mucho más confiable y seguro que la propia sangre, ¿no cree?

—Lo supongo... —O'Neill se puso de pie y metiendo también las manos en los bolsillos, se acercó a la ventana—. Deduzco que ha encontrado algún amigo del muerto.

—Así es. ¿Recuerda que le hablé de Fox?

—¿El niño al que acogió en la taberna de Hillside Bell?

—Exacto. Bueno, pues, suele juntar tesoros con esos granujas; reconoció al tal Sam a través del retrato y me habló de los otros. Ha venido a Londres con la señorita Amelia Aldridge y Emily Hattie.

El superintendente giró hacia él con los ojos muy abiertos.

—¿Acaso la señorita Aldridge se ha vuelto loca?

—Es lo que parece opinar su mayordomo, que los ha

acompañado —explicó el inspector con una sonrisa—. Amelia no es tonta, señor, asumo que entiende el peligro que implicaría para Emily si llegara a cruzarse con alguien de la familia Riderbown. Aunque, francamente ¿qué posibilidades hay de que esto suceda?

—Depende de por dónde circulen si es que salen a pasear.

—Es uno de los planes. Confío en que se mantendrán lejos de Belgravia, aunque se alojan en el Claridge's —añadió frunciendo la nariz.

El jefe pareció un tanto sorprendido.

—No están muy lejos uno del otro —comentó.

—Es verdad... Espero que Amelia sea consciente de ello...

—De acuerdo. Escuche, el agente Clarkson estaba cubriendo a su compañero, Harris, quien al parecer estaba enfermo... no sé si tiene importancia, pero creí que debía saberlo, me lo ha comentado el jefe Palmer. Por favor, Scubs, dese prisa con el caso y roguemos que no maten a nadie más hasta el siguiente año, no quiero pasarme la navidad aquí dentro.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Lady Merritt está en Londres, mi esposa la ha visto ayer, en el museo, se hospeda en el Claridge's también, ¿vinieron todos juntos?

—No que yo sepa, señor. Creo que intentaré hablar con ella, tal vez nos sea útil para contener la impetuosidad de Amelia. Y de Emily.

* * *

La angustia le impedía, siquiera, probar el delicioso desayuno que una doncella había dejado sobre la mesa de su habitación. Es que, aunque lady Soraya sabía que su amiga Elizabeth jamás aceptaría a una nieta bastarda, su vehemente reacción la había sorprendido; por eso, luego de almorzar con ella, había subido a un carruaje y dado al cochero una dirección cualquiera, necesitaba despejarse, ordenar sus ideas. Había terminado en el museo contemplando cuadros que ya no recordaba. ¿Por qué había ido a parar allí? Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró frente a *La cristalera*, de Robhleni; en la pintura se veía la espalda desnuda de una muchacha que giraba apenas la cabeza con los párpados caídos. ¡Era Elizabeth! ¡Claro! Gerard Robhleni había sido un pintor, amigo de Lord Willcott, el padre de Liz, con quien había tenido un feroz enfrentamiento a causa de las pinturas que éste hacía de su hija. Y a las que su hija se prestaba, por cierto. Liz había estado enamorada de Gerard en su primera juventud, y el pintor, según decían, se había aprovechado de su inocencia. Lord Willcott había terminado enviándola a estudiar a París, separándola definitivamente de aquel muchacho. Una historia que Soraya casi había olvidado por completo. ¿Sería por eso que Liz se mostraba tan amargada? ¿Y que nada más que el dinero y el status social la

conmovían? Robhleni se hizo bastante conocido años después de su muerte gracias a sus pinturas, legadas a Liz en su totalidad, por lo que era presumible que él también la había amado. Ella se quedó con los pocos cuadros en donde su rostro era reconocible —como el del corcel de su sala de estar— y donó el resto al museo de arte. No en todos posaba ella; había trabajos de paisajes bellísimos y también de doncellas en sus sitios de tareas. Hacia el final de su vida, Gerard Robhleni se había interesado en plasmar el trabajo y vivencias de la servidumbre de Londres. Esos cuadros, el museo no los exponía.

Lady Merritt contempló el paisaje helado de la ciudad a través de la ventana y suspiró. Podía entender que la sociedad no aceptara como parte propia a hijos nacidos fuera del matrimonio, hijos de sirvientas o de prostitutas. Hasta ella los rechazaba como pares, pero ¡alguien debería obligar a los padres a que se ocuparan, aunque fuera a escondidas! ¡Eran sangre de la sangre de uno! ¡Eran niños, caramba! ¿Qué culpa tenían los pobres inocentes?

Giró nerviosa y vio su imagen reflejada en el espejo de pie. Sus hermosos ojos destilaban una mezcla de indignación y tristeza. ¿Qué podía hacer ella? ¡Nada, no podía hacer na...! Un momento. ¿Y si hablara con Geoffrey? ¿Sentiría igual que su madre? No tenía por qué decirle que conocía a la niña, podría indagar su reacción con solo mencionar un par de palabras; después de todo, ya estaba enterado de su existencia, lo sabía por el inspector Scubs, que había investigado aquellos cobardes anónimos. Tal vez accediera a protegerla en secreto, muchos hombres lo hacían con sus hijos bastardos. ¡Emily se merecía una oportunidad! ¡Oh! Pero la esposa de Geoffrey debía darle un hijo... ¿Qué pasaría entonces con la pobre niña? Sentiría celos de su hermanito, probablemente. Se sentiría dejada a un lado, rechazada... No. No debía hablar con Geoffrey. No podía hacerle eso a Emily.

Se dejó caer sobre la cama con los puños apretados. Entonces alguien llamó a su puerta, un lacayo le informó que el inspector Scubs quería verla en el hall. Su rostro se iluminó, aunque con un dejo de preocupación. ¿Habría sucedido algo malo? Se colocó una capa sobre el vestido y bajó de prisa por las enormes escaleras de mármol.

* * *

Geoffrey Riderbown bajó del carruaje con el periódico doblado en la mano, estaba de muy mal humor, ansioso por beber un té caliente y comer algo decente en su casa. La reunión en el Parlamento había resultado agotadora y estéril, detestaba las discusiones sin sentido y el ansia que mostraban la mayoría de los parlamentarios, de imponer su voluntad a cualquier precio. Detestaba la política, pero no tenía idea de qué otra cosa podía hacer. Su padre había sido político y, de alguna manera, había logrado acrecentar la fortuna familiar con

las excursiones al África donde abundaban todo tipo de piedras preciosas, convirtiéndose en uno de los comerciantes más exitosos del imperio. Todo ello logrado, por supuesto, a través de la política. Pero a Geoffrey no le gustaba ni una cosa ni la otra; de todos modos, a algo debía dedicarse, y si bien en su primera juventud había viajado para conocer las minas heredadas y se había sentido fascinado por el paisaje africano, le resultaba más cómodo quedarse en Londres y ocupar una butaca en la Cámara de los Lores que andar viajando con todas las inconveniencias que ello suponía. Antes, cuando el primer ministro era el señor Disraeli, se hallaba más a gusto en el Parlamento ya que comulgaba con sus ideas. Pero la asunción del señor Gladstone, meses atrás, lo tenía profundamente disgustado.

En todo ello pensaba cuando entró a su casa. Lo sorprendió encontrarse con la mesa tendida y el fuego encendido de la chimenea. Reparó en que Marianne se hallaba de pie junto al ventanal, la precaria luz de las velas creaba un aura blanquecina y luminosa a su alrededor. Sonreía. Estaba muy bella con sus bucles negros cayendo sobre sus hombros en cascadas irregulares. Llevaba un vestido claro con un atrevido corpiño de escote bajo. Estiró las manos hacia él.

Geoffrey dejó el diario sobre la mesa junto con su sombrero y se adelantó, con los brazos extendidos.

—¡Soy muy feliz! —pronunció ella, ladeando la cabeza

Comenzó a intuir de qué se trataba y el corazón le dio un vuelco. No podía ser.

Ella besó sus labios, rodeándole el cuello con sus largos brazos.

—Vamos a tener un niño —murmuró—, nacerá en el verano.

No podía ser. La soltó de manera instintiva y retrocedió.

—¿Qué sucede? —Había alarma en sus ojos y en el tono de su voz.

—Nada, nada —repuso él, confuso—, es que..., me ha tomado por sorpresa.

—Pero te hace feliz, ¿verdad?

—Claro, por supuesto. Es... ¡es maravilloso!

Ella volvió a acercarse y a abrazarlo. Le habló con voz melosa.

—He ordenado a los criados que nos preparen una cena especial, pero aún falta para ello. ¿Quieres un aperitivo mientras esperamos?

—Sí, gracias. Iré... a cambiarme.

Se sintió apabullado. Subió la escalera con la cabeza dándole vueltas, descompuesto. No podía ser. Le aterraba la idea de que algo volviese a sucederle a su esposa, perder otro niño sería desbastador para ella y para su, ya de por sí, endeble matrimonio. Debía encargarles a las doncellas y al ama de llaves que no le permitieran salir sola. Debía asegurarse de que siempre la acompañaría alguien,

fuera donde fuera. Sí. Eso haría. Amenazaría a su servidumbre con dejarlos en la calle si algo malo le sucedía a su mujer. Aunque luego no cumpliese con sus amenazas, era demasiado blando para ello. Se metió en la alcoba y se sentó en el sillón que había pertenecido a su padre, frente al escritorio. Estaba exhausto. Su rostro se reflejaba en el espejo de bordes dorados. Las líneas alrededor de los ojos se le habían acentuado sin que lo notase. Debajo se dibujaban dos manchas violáceas; sus pómulos aparecían más marcados. Se sintió viejo. ¿Dónde estaría aquella niña de la que le había hablado el inspector Scubs, que era hija suya y de Catherine? ¡Cath! Una parte suya la culpaba por haberse desprendido de la criatura; la otra, la comprendía perfectamente. Y la compadecía. Ni la madre ni la hija hubieran sobrevivido de haber permanecido juntas. O habrían vivido humilladas en la deshonra. ¿Cómo habría llamado Cath a la niña? ¿Dónde estaría esa muchacha a la que había amado con tanta pasión? Podría buscarla, pero... ¿para qué? ¿De qué serviría remover viejas heridas? Ella tampoco sabría dónde encontrar a la niña. ¿O sí? Y si así fuera ¿qué haría con ello? Conocía varios hombres con hijos bastardos que hacían lo indecible por ocultarlos. No. Él no sería uno de ellos. Su madre moriría de disgusto. Y Marianne... tal vez la mala sangre le hiciera perder este nuevo embarazo. No. No había nada que pudiera hacer.

* * *

Atardecía y el cielo amenazaba con descolgarse de nuevo. Los niños habían correteado a sus anchas por Hyde Park bajo la atenta mirada de Amelia y del señor Grubber. Habían caminado por amplias avenidas y se habían sentado en una coqueta casa de té, en Park Lane. Los adultos se habían percatado, cómo no, de las subrepticias miradas que les echaban aquellos que cruzaban por el camino; damas, caballeros y hasta sirvientes ponían caras de asombro al ver a una criada y a un niño, evidentemente pobre, correteando alrededor de una señorita y su mayordomo.

Al señor Grubber, que se había mantenido unos pasos por detrás de su señorita, no se le escapaban estas miradas de recelo, pero no podía importarle menos; ver a Emily tan contenta lo colmaba de felicidad, aunque lamentó no saber dibujar para plasmarlo en un papel; hubiera sido un hermoso recuerdo para Hellen y Stephen Boyle. O disponer del suficiente dinero como para pagar a un fotógrafo; de todos modos, hubiera resultado imposible cristalizar aquel bello momento de juego.

Unas horas más tarde ingresaban al hotel, cansados pero felices, cuando se encontraron con Lady Merritt.

—¡Amelia! ¡Emily! —saludó la dama con alegría tomando las

manos de ambas—. Señor Grubber.

El mayordomo se inclinó, mientras que el pequeño junto a ellos la miraba con curiosidad.

—¡Soy Fox! —exclamó.

—Mucho gusto, querido —lo saludó ella con sonrisa cariñosa mientras se preguntaba quién diablos sería ese niño tan simpático y tan mal vestido.

—No sabía que estuviera en Londres —señaló Amelia con sinceridad.

—¡Oh, sí! He venido a pasar la navidad con mi sobrina y de paso a saludar a algunos amigos... A propósito de ello, debo hablar contigo, querida... Ha estado el inspector Scubs a verme y...

—¡Nosotros también le *mos* visto! —gritó Fox.

—Lo sé, lo sé... ¿Podríamos hablar, Amelia?

—Sí, sí, claro. Señor Grubber, ¿podría ocuparse de los niños?

—Por supuesto, señorita. Con su permiso.

Emily se sintió un poco desilusionada de que no quisieran hablar con ella también. Se le había ocurrido que, después de haber pasado unos días en casa de lady Merritt, su relación con ella sería algo más estrecha. Resignada, saludó con una sonrisa y se marchó detrás del mayordomo y de Fox.

Las damas fueron a sentarse a tomar té en los saloncitos individuales y Grubber subió a las habitaciones. Allí dejó a los niños con unas hojas y carboncillos y se metió en su cuarto a asearse y cambiarse para la cena. Suerte que había llevado una muda de ropa y lo indispensable para rasurarse. Una sensación desconocida acompañaba los latidos de su corazón, aunque no podía precisar de qué se trataba. Tal vez el haber visto a Emily riendo tan feliz, tan libre corriendo por el parque; o tal vez la presencia del simpático Fox, que había amenazado con hacerlo reír a carcajadas. O tal vez... No. No podía siquiera mencionar con el pensamiento los hermosos ojos azules de la señorita Amelia y esa sonrisa tan... Pero ¡¿qué estaba haciendo?! ¿Soñando despierto como un jovencito? Debía terminar pronto de cambiarse e ir a procurarles la cena.

Tal vez la señorita cenara con lady Merritt, esta vez seguro que no podría invitarlos.

5

Emily observó su imagen frente al espejo de pie mientras Fox trazaba rayas sobre un papel, maravillado con los carboncillos. Se sentía un poco frustrada; durante la tarde, había sugerido al señor Grubber y a la señorita Amelia que investigaran en Compton Street donde, según Fox, se vendía lo que los rapiñadores iban encontrando a orillas del río. Tal vez, allí alguien hubiera visto a Dick, o supiera algo de él. La señorita y el mayordomo podrían hacerse pasar por una pareja en busca de algún regalo importante a precio algo más económico que en las joyerías y hacer preguntas, como quien no quiere la cosa, acerca de los muchachos que conseguían tales maravillas. Pero tanto una como el otro la habían mirado con espanto y le aseguraron que su ocurrencia no era más que una locura, que las investigaciones las hacía la policía, puesto que ¡para ello se había creado dicha fuerza: para acabar con el crimen! Por tanto, no les correspondía a dos niños, y mucho menos a una señorita o a su mayordomo, rebajarse a tales menesteres.

Miró a Fox, que continuaba embelesado con sus dibujos sin hacerle el menor caso. Tomó aire y caminó con resolución hasta la habitación principal de la suite. No le bastaron los ojos para admirar el vestuario de su señorita. Aunque había visto muchas veces cada atuendo, en esta oportunidad podía tocarlos a placer con sus propias manos, recorrió los entramados con la misma delicadeza con la que se acaricia una flor o el plumaje de un ave. Y la decisión surgió sola, como surgen los sueños. Se quitó el triste uniforme gris, las medias y los zapatos. Era tal su excitación que lo realizó todo a una velocidad increíble. Cogió uno de los vestidos más modernos, color verde claro con delicadas rosetas bordadas y un breve festón rojo en el bajo de la falda y en los puños de las mangas abullonadas. El corpiño iba fruncido en los laterales, lo que disimularía sus aún inexistentes senos. Se enredó un poco al principio con las enaguas internas, pero al fin logró ponérselo. Ahora necesitaba zapatos, la señorita era casi de su misma estatura, por lo que, si el largo del vestido le caía perfecto, los zapatos lo harían también, un dato que le había enseñado su querida Jennifer Otto. La señorita tenía tal vez, un poco más robusto el cuerpo por lo que la prenda le quedaba algo holgada, los hombros caían hacia los lados haciendo un efecto espantoso, aunque nada tan grave como para que unos cuantos alfileres no lo solucionaran. Eligió unas botitas acordonadas, de color azul que no combinaban en absoluto, pero fue el único calzado con cordones que encontró como para ajustarlo a su pie, bastante más flaco que el de Amelia.

—¡Fox! —llamó con un grito, no muy alto para no alertar al mayordomo.

El pequeño apareció de inmediato, se quedó petrificado en la puerta, con los ojos muy abiertos.

—¡Wow! —exclamó. Emily se veía preciosa, algo desprolija tal vez, pero muy hermosa.

—¡Ayúdame, rápido! —ordenó ella—. Toma las cintas de la espalda y ajústalas cuanto puedas.

El niño obedeció con las mejillas rojas de la vergüenza, en su vida había estado tan cerca de una mujer y, mucho menos, la había tocado. Con sus manitas temblorosas tomó los cordones de seda y comenzó a ajustar.

—¡Rápido! ¡Ajusta más! —insistió ella.

—¡Es todo lo que da la tela! —protestó el niño—. Y ahora ¿qué? ¿Hago un nudo?

Emily resopló. ¿Un nudo? ¿En un vestido tan fino? Lógico. No podía esperar que Fox supiera hacer lazos decentes.

—Sí. ¿Sabes hacerlo?

—Por supuesto, sé atarme muy bien las botas. —Scubs le había enseñado cuando le regaló su primer par nuevo. Aunque no era lo mismo atar sus propios cordones que cerrar el vestido a una niña.

Emily meneó la cabeza al notar el lío de cintas que terminó quedando. Daba igual, había echado el ojo a una hermosa capa de abrigo que serviría también para ocultar la caída de los hombros y taparía los nudos en la espalda. Más alfileres de los que había calculado, le ajustaron el talle. Solo restaba levantar su cabello con algunas horquillas y buscar un sombrero bonito. Sonrió para sí misma preguntándose si alguna vez, alguna damita de la alta sociedad se habría vestido con tanta rapidez como lo había hecho ella. ¡Y sin doncella!

—¿Vas a ir a algún lado? —preguntó Fox. Emily asintió con la boca llena de horquillas mientras levantaba sus rebeldes mechones—. ¿Y que les diré a los demás cuando pregunten por ti? —agregó el niño, preocupado.

Ella terminó de ajustar el peinado y corrió a buscar un sombrero.

—Nada. Vienes conmigo. Tú conoces Londres, yo no.

A Fox le brillaron los ojos, una media sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Y adónde quieres ir?

—A Compton Street. No ayudaremos a la policía jugando con lápices y carbones, ¿verdad?

El pequeño abrió la boca, complacido; ella sonrió también mientras se acomodaba la capa. Su espíritu aventurero la impulsaba a

hacer algo que nunca había hecho antes: travesuras.

* * *

El sargento Flanagan había pasado la tarde entre Trafalgar Square, donde el niño fallecido vendía cordones los días de semana; y en los muelles, sitio que aprovechó tanto para interrogar al agente Harris, como para hacerle una visita a su amigo Rufus, un barquero que cruzaba el Támesis a diario, de uno a otro lado, transportando personas u objetos por un precio módico y sin hacer preguntas.

En Trafalgar Square no encontró demasiada información, solo que el muchacho se llamaba Samuel Lindston —al menos ese era el nombre que él mismo daba—, nadie le conocía familia. No solía quedarse mucho tiempo en los alrededores. Algunos niños le aseguraron que tenía quince años, otros, trece; era quien, por lo general, les hacía el contacto con algún comercio de la calle Compton a fin de conseguir mejores precios para vender las baratijas. Es decir, nadie logró decirle algo más de lo que ya sabía. Se dirigió luego al puesto del agente que debió haber hecho la guardia en lugar de Clarkson.

—Agente Harris —saludó al esmirriado muchacho de ojos claros que lo miraba con atención—, soy el sargento Flanagan, de Ashcraft Lane y estoy investigando un asesinato. ¿Puedo hacerle unas preguntas? —El joven asintió con gesto asustado—. Tengo entendido que estuvo enfermo. ¿Qué le sucedió, si puede saberse?

El policía carraspeó.

—Fue solo un resfriado, señor, nada grave.

—¡Vaya!, muchas veces he pescado resfriados, leves, moderados y algunos, hasta con fiebre. Sin embargo, nunca se me ocurrió pedir que me reemplazaran. La única oportunidad en que falté a mi deber fue una en que no podía ni moverme de la cama. Ha tenido usted mucha suerte de que un médico le recetara reposo... Porque lo ha visto un médico, ¿verdad?

Harris se rascó la barbilla, torciendo el gesto.

—La verdad es que no, señor... Verá, fue mi compañero quien se ofreció a suplirme, tiene varios hijos y necesita el dinero, ¿sabe? En realidad, yo no estaba tan mal, pero pensé que, si tomaba frío en una noche como aquella, pues... luego estaría mucho peor, así que acepté la oferta. De paso, ayudaba a un buen hombre a dar de comer a sus niños; lo conozco desde que éramos pequeños.

—Ah, ya veo. Usted habla del agente Clarkson, ¿cierto? —Harris asintió—. Son amigos.

—No diría tanto, señor. Es algo mayor que yo, pero mi padre y el suyo se conocen.

—Ah, ¿sí?

—Sí, señor; mi padre es relojero en Compton Street, y su tienda está justo al lado del negocio del señor Clarkson desde hace muchísimos años.

—Entiendo. Imagino que se habrá enterado del asesinato del río.

—¿El del muchacho? Sí, señor, qué feo...

—¿Sabe usted quién era? El muerto, quiero decir.

—No, señor. Pero me han dicho que podría tratarse de Sam, un vendedor de cordones, amigo de los rapiñadores de la zona.

El sargento cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna y frunció los labios con la inquietante sensación de no estar llegando a ninguna parte con su interrogatorio. Decidió virar hacia otro punto.

—¿Cuántos días a la semana hace las guardias nocturnas, agente?

—Tres de siete, señor, como todos.

Flanagan apretó los labios y lo miró fijo, no parecía estar mintiendo, aunque había un brillo en su mirada que no descifraba. ¿Le tomaba el pelo? ¿O sería, simplemente, esa forma que tienen algunos de reír con los ojos cuando se ponen nerviosos? No logró interpretarlo y no se le ocurrió otra pregunta, así que decidió dejarlo en paz. Se despidió con un corto saludo y no dejó de observarlo mientras se iba. El muchacho giró sobre sus talones y continuó su guardia.

Flanagan echó a andar rumbo a los muelles; debía averiguar si alguien había notado la desaparición de algún rapiñador. Mientras caminaba con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo levantado, recordó a Jennifer Otto, la fregona de la casa Aldridge, con la que tan bien se había llevado durante el corto tiempo en que había permanecido en Hillside Bell. Algo, desconocido y tibio, aleteó en su corazón.

Al llegar a los muelles buscó a su viejo amigo, el barquero Rufus, a quien intentaba ver al menos una vez al mes, le pagaba el precio y el botero lo llevaba al otro lado del río mientras le contaba lo poco o mucho que se hubiera enterado en sus viajes. Una especie de informante que lo mantenía al tanto de lo que sucedía en los muelles, aunque en más de una ocasión, el sargento se marchaba con los mismos conocimientos con los que había llegado. A veces, solo se dedicaban a conversar de las cosas de la vida.

Le encontró a punto de zarpar. Rufus lo recibió con evidente alegría.

—¿Trabajaste la noche del domingo? —preguntó Flanagan mientras el bote se deslizaba sobre las oscuras aguas del río.

—¡Claro! ¡Ya me conoces, yo siempre estoy trabajando! —Rufus guiñó un ojo y repasó con la lengua sus labios agrietados.

—¿Recuerdas lo que sucedió?

—¿Te refieres al asesinato? No lo vi.

—Pero anduviste por la zona...

—Claro, es mi zona, navego por todo el Pool[2] desde que tenía catorce años, mi padre me enseñó, te lo había contado, ¿no es así?

El sargento asintió.

—¿Hubo algo inusual en el río esa noche?

—Déjame pensar... No que recuerde en este momento... El movimiento usual de cada día: la lancha de pasajeros, antes de la medianoche; los dos cargueros, uno a la una, el otro a las cinco; la carbonera, a eso de las cuatro y media...; todo en su horario habitual, ¿sabes lo que te digo? Incluso los chiquillos que merodean las costas buscando objetos estaban por allí.

Flanagan, que hacía garabatos en una libreta negra sólo comprensibles para él, levantó la vista, inquisitivamente.

—¿Has notado la ausencia de alguno de esos chiquillos?

El viejo estiró la boca sin dejar de remar con fuerza.

—Ahora que lo dices, hace tiempo que no veo a Billy, un golfillo de unos diez años que suele pedirme que lo lleve al otro lado en las madrugadas, cuando ya ha terminado su recorrido... El pobre se queda dormido más de una vez durante el viaje. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, ¿sabes si Billy tiene familia?

—Un padre que anda borracho como una cuba en la mañana, en la tarde y en la noche. El pobre chico hace lo que puede, espero que no le haya dado una zurra que no pueda ni levantarse; suele ocurrir, ¿sabes lo que te digo?

El sargento apretó los labios.

—¿Conoces por dónde vive?

—Por Limehouse, según me dijo; pero bien podría no ser cierto, esos niños mienten mucho, necesitan sobrevivir y no se fían de nadie, ¿sabes lo que te digo?

—Lo sé. El nombre del padre, ¿lo conoces?

—No; pero tal vez uno de tus colegas lo sepa; he visto a Billy hablando con el que hace la guardia vespertina en algunas ocasiones.

—¿Harris?

—No sé cómo se llama.

Flanagan recordó los cambios de turno con Clarkson.

—¿Cómo es el policía? ¿Alto, bajo, flaco?

—¡Amigo! ¡Yo estoy en el bote y ellos en los muelles, con esa capa que usan, volándose hacia todos lados! ¿Cómo quieres que los diferencie?

—De acuerdo. Gracias, Rufus. Si recuerdas algo más, me lo cuentas, ¿de acuerdo? Cuídate.

—También tú, Theo.

Descendió de la barca en las escalinatas de Wapping Old. Allí tomaría un ómnibus hasta Ashcraft Lane. Era de noche y tenía hambre.

* * *

El inspector Scubs, por su parte, decidió visitar a lord Jared Cartwright quien, según sabía, solía comprar y vender objetos de valor, como pinturas y joyas. Nunca le había preguntado demasiado a su tío sobre estos temas, ya que su intuición le advertía que era mejor no saber, aunque lo intrigaba. Lord Jared no tenía necesidad de andar en la compra y venta; como hijo mayor, había heredado el patrimonio de su fallecido padre, como así también su título nobiliario. Pero, como él mismo decía, «le gustaba jugar».

Al llegar a Belgravia, recorrió con la vista aquel paisaje que a veces, en contadas ocasiones, extrañaba: hermosas mansiones con escalinatas de mármol pulido, jardines trazados con gusto exquisito, carruajes imponentes y refinados habitantes, vestidos con gusto, de modos impecables.

El mayordomo tomó su abrigo y sombrero y lo hizo pasar a la sala de estar, decorada con pinturas prerrafaelitas, cortinados de brocado y mullidas alfombras persas. Estilo un tanto recargado, en opinión de Scubs, pero estaba familiarizado con las locas excentricidades de su tío.

—¡Sobrino! —gritó lord Cartwright—. ¡Qué feliz me hace verte! —Lo abrazó con la misma fuerza y el mismo cariño de siempre. Era un hombre vehemente y efusivo; grandilocuente—. ¡Siéntate, hombre! ¿Me acompañas con un cóctel? —Sonrió ante la cara de sorpresa de su sobrino, que estaba, cómo no, en servicio—. ¡Oh, vamos, tu jefe no se enterará! Es tarde para el té y temprano para la cena. —Hizo tintinear una campanilla de plata y, en cuanto apareció el mayordomo, le pidió cócteles y bocadillos—. Cuéntame ¿qué te trae por aquí?

Scubs carraspeó. Si bien tenía absoluta confianza para hablar de cualquier cosa con su tío, había temas que aquel se tomaba con tal ácido humor que terminaba por incomodarlo.

—Verás —comenzó—, necesito que me cuentes algo acerca de esos... negocios que tú tienes.

Lord Cartwright frunció la frente y lo observó por unos segundos. En las mejillas de su sobrino asomaba un ligero tinte rojizo, entonces comprendió y soltó una estruendosa carcajada.

—¡Vamos, Jeremy, eres un hombre adulto, eres policía! ¡No me vengas con remilgos, por el amor de Dios! ¡Ve directo al grano!

—De acuerdo. —El inspector esperó a que el lacayo dejara el servicio y continuó—: Sé, porque tú mismo me has contado, que a veces compras, para revender después, objetos de dudosa

procedencia...

—Nada ilegal —afirmó Cartwright con aire divertido.

—Si tú lo dices... —Se estremeció con cierta incomodidad; más que nada por la diversión que veía en los ojos de su tío, le daba la sensación de que le estaba tomando el pelo. Y así era, en efecto—. Deduzco que conocerás algunas tiendas en las que las cosas tal vez no sean...

—¡Jeremy, me estás poniendo nervioso! —gritó lord Cartwright, y dio un tarascón a un bocadillo—. ¿Es que sospechas que he matado a algún comerciante?

—¡Oh, no, tío, por Dios, no digas eso! —Apuró un trago de su cóctel, que le supo exquisito—. ¿Conoces comerciantes en la calle Compton que comercien objetos que recogen los rapiñadores? De hecho, me interesa saber si conoces a algunos rapiñadores.

Cartwright levantó las cejas.

—¿Los niños que juntan...? No, no lo creo. ¿Por qué se te ocurre que podría conocerlos?

—Han asesinado a uno de ellos y estoy investigando.

—Oh, ya veo. Bueno, no. No he ido nunca a esos comercios... Yo hago mis negocios en otros sitios.

—¿Burdeles?

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas?¡No pisaría jamás un lugar de esos! —Lord Cartwright se removió en su asiento y echó un trago de su cóctel. Su sobrino lo escrutaba con severidad—. Bueno... quizá alguna vez... ¿Qué necesitas saber, exactamente

—¿Sabes si algunos de esos niños trabajan para ciertos comerciantes, en particular?

El tío frunció la frente y apoyó la barbilla en su mano, pensativo.

—Por supuesto que hay quienes los explotan, pero no conozco a nadie que... Un momento...

—¿Qué?

—Tal vez el hombre que buscas sea Reginald Goovnaway... un proxeneta de cuidado. —Lord Cartwright bajó la vista—. Tiene pinturas muy valiosas. Y he oído comentarios... creo que tiene niños trabajando para él...

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—¡No estoy seguro de que sea quien buscas!

—Eso lo decidiré yo. Dime dónde puedo ubicarlo.

—Tiene un burdel en Spitalfield... en Cleveland Street, aunque no conozco la dirección exacta, las pocas veces que he ido me han llevado...

—Entiendo, te forzaron, ¿verdad? —ironizó Scubs.

Lord Cartwright sonrió apenas.

—No...

—Dime una cosa, tío, y dime la verdad... ¿En esos burdeles, los del Goovnaway ese.... hay... niñas? ¿O niños?

—¡No! —Se horrorizó el aristócrata—. ¿Qué idea tan extraña te has hecho de mí? Tal vez el hombre utilice niños para robar, pero no para... ¡Por Dios! ¡Si hubiera visto algo así, créeme que jamás habría vuelto a poner un pie en esos sitios!

—Hubieras dado parte a la policía, supongo.

—¿Para qué? —Su rostro adquirió seriedad—. ¡Si estás buscando ahora al asesino de un rapiñador es porque no hay un caso mejor! ¡Espera a que maten a alguien de buena reputación y verás como a nadie le importa el niño que ha muerto!

Scubs no contestó. Su tío tenía razón.

* * *

El viejo Milton silbaba una antigua melodía mientras conducía por las empedradas calles de Londres, era su forma de comunicarle a Cass, el viejo caballo que lo acompañaba desde hacía tantos años, que pese al frío y a las sombras, todo estaba bien, que ya iban a casa. Era cochero de una calesa de alquiler y había trabajado desde el alba. «Ahora sí, damos por terminada la jornada», se dijo, y con una sonrisa, rememoró la extraña estafa de la que había sido víctima.

Caía la tarde cuando una peculiar parejita le había hecho señas cerca del Claridge's. Aunque había dado por finalizado el día, un viaje más le reportaría unos chelines que no venían nada mal. Se detuvo. Se trataba de un niño y una joven de muy buen ver que subieron indicándole que los llevase a Compton Street. Milton había dudado, parecían muy jóvenes para andar a esa hora por aquellos sitios; pero el costoso vestido de la muchacha lo convenció, tendría buen dinero. Infirió que el mocoso sería su criado. Nunca había entendido los gustos de los ricachones. ¡Andar por aquellos barrios a esas horas tan poco recomendables con un sirviente tan pequeño! No parecía propio de una damita como aquella. Pero no iba a ponerse a dar clases de conducta a gente tan elegante. Ya bastante había tenido en la vida criando a su Pearl, a quien, gracias a Dios, había logrado casar con decencia. Su yerno era un poco lento tal vez, pero trabajador y muy buena persona. Y, lo más importante, quería mucho a su Pearl. Lo había reconfortado recordar a su hija y continuó silbando la melodía de siempre.

Cuando llegaron a la dirección indicada, se giró para cobrar. Entonces vio con sorpresa que sus pasajeros huían a toda prisa. La damita, que se había levantado las faldas, corría como los mil demonios junto al golfillo que la acompañaba.

—¡Lo buscaremos y le pagaremos! —había gritado la muy

bribona.

Milton no podía correr tras ellos, un accidente de años atrás lo había dejado cojo, así que estampó su gorra contra el piso y blasfemó en voz alta hasta que se quitó la rabia de encima. Luego se echó a reír. ¡Bien se la habían jugado aquellos dos bribonzuelos! Le hizo un par de caricias a Cass, que había comenzado a inquietarse con el berrinche, y decidió regresar. Solo esperaba que los niños —al fin se había percatado de que la «damita» era solo una niña—, estuvieran bien. No avisaría a la policía. No señor. ¡Vaya uno a saber qué clase de vida llevarían esas dos pobres criaturas!

6

—Niños, hay agua caliente en las jofainas, deben asearse un poco antes de... —El señor Grubber, rasurado, peinado e impecablemente vestido, miró hacia uno y otro lado. En el enorme ambiente solo se escuchaba su propia respiración. Buscó detrás de las cortinas y los sillones. Después se acercó a las puertas de los dormitorios, que se hallaban cerradas, y golpeó con suavidad en cada una de ellas—. ¿Emily? ¿Fox? —llamó. No hubo respuesta. Tal vez la señorita Amelia había subido a buscarlos y no le avisaron. ¿Se habrían olvidado de él? Volvió a mirar a todas partes. Con un soplido de resignación se dedicó a juntar los carboncillos, los lápices y anotadores, y los colocó en orden sobre la mesa.

Luego fue hasta el espejo y acomodó su corbatín. Era un hombre bien parecido, de ojos suaves y grises. Por un segundo imaginó a la señorita Amelia caminando de su brazo. Sacudió la cabeza para quitarse esas ideas tan tontas y decidió bajar. Los niños estarían allí, ávidos por hablar con lady Merritt y que ésta les contara de sus viajes y aventuras. ¿Cenaría, lady Soraya, con la señorita Amelia? Comprobó que sus botones estuvieran bien cerrados y salió de la suite.

Al llegar al lujoso comedor paseó la vista por los espesos cortinados con sus cintas de seda, los espectaculares manteles bordados, el brillo espejado de los pisos y los exquisitos contornos del mobiliario. Damas y caballeros se hallaban sentados a sus mesas, mientras que esbeltos y serios camareros los atendían con ceremoniosa cortesía.

Los niños no estaban allí. ¡Por supuesto que no estarían allí!, ¡eran dos criados! Tampoco logró localizar a lady Merritt, ni a su señorita.

—¡Señor Grubber! —Una voz conocida llamó a sus espaldas. Era Amelia—. Ya vamos a cenar. ¿Y los niños?

Se le aflojaron las piernas.

—¿No... no están acá?

—No, quedaron arriba, con usted.

Una gota de saliva bajó con dificultad por su garganta.

—Volveré a subir, tal vez nos estén jugando una broma.

* * *

—Me siento mal por ese pobre cochero —murmuró Emily, que había estado convencida de que la jugarreta resultaría graciosa y

ahora no le parecía tanto—, debería haber traído dinero.

—¿Cómo es que tienes dinero? —cuestionó Fox mientras caminaban aprisa por la calle Compton.

—Porque guardo la mayor parte de mi salario—repuso ella con aire de superioridad. Le encantaba andar ataviada de aquella forma, le daba una seguridad desconocida hasta aquel momento. Por otro lado, era consciente de lo tarde que se había hecho y de que algunos negocios ya estaban cerrando, lo que le provocaba gran inquietud.

—¿Y ganas mucho? —continuó preguntando Fox, con genuina curiosidad, nunca había tenido un salario.

—Dieciséis libras al año. No tengo mucho en qué gastar, imagínate que me compro un par de botas cuando mis pies han crecido tanto que ya no entran en las viejas. En general, visto con la ropa usada que dejan otras criadas o me da la señora Walton, que es la esposa del vicario. En invierno suelo tejer mis propios abrigos.

—¿Y no te *agadaría compar* vestidos bonitos, o un par de guantes..., o algo de todas esas cosas que les gustan a las chicas?

—¡Por supuesto que sí! Pero sé que no tendré oportunidad de lucirlos mientras siga siendo una criada, por lo que he de guardar lo que gano hasta que sea mayor. Entonces dejaré mi trabajo y me convertiré en escritora, necesitaré alquilar una pieza en alguna pensión, comer y todo eso. Para ello, es preciso contar con una buena cantidad de dinero.

Hablaba con tanta seguridad que Fox quedó asombradísimo. Iba a preguntar algo más, pero ella se detuvo de golpe frente al escaparate de una tienda.

—¡Mira! —exclamó—. Apuesto a que aquí podremos comenzar a averiguar. Venden desde collares de perlas hasta servilleteros de plata, seguramente compran sus mercaderías a los... ¿Cómo dijiste que se llamaban?

—Rapiñadores. Pero no menciones esa palabra en estos lugares. Deja que hable yo; estuve una vez con Dick y Sam. Era aquí si no me *equico... evico...*

—Seguro que no te equivocas —ayudó Emily—. Entremos.

El vendedor, un regordete señor con monóculo, los observó con atención; eran, tal vez, los clientes más jóvenes que hubieran entrado jamás en su negocio. Puso especial interés en la chica, si bien lucía algo desprolija, su vestido estaba confeccionado en una tela muy cara. Apostaría uno contra cien que se trataba de una muchacha de buena cuna y por tanto, debía contar con buen dinero.

—Buenas tardes, milady —saludó con extrema cortesía—. ¿En qué puedo ayudarla?

Emily se mantuvo muy seria. Nunca, ni en sus mejores sueños, hubiera imaginado que alguien la llamaría «milady». Parpadeó con

cierto nerviosismo. Fox, que se había acodado con cierta dificultad en el mostrador, demasiado alto para su estatura, dijo:

—Ella es lady... Karli. —Fue el único apellido que acudió a su mente.

Emily frunció la nariz.

—Carlington —corrigió con intención de que sonara algo más aristocrático.

—Eso, Carlin... eso. Soy su criado, John. —Siempre había querido llamarse John—. A la lady se le ha perdido una medalla y tal vez....

El hombre los miró con la frente arrugada. No tenía idea qué se traían estos dos entre manos, pero sin duda, era una buena oportunidad de cerrar una venta.

—Tengo muchas medallas —dijo, dándose importancia—. Si milady desea verlas, se las mostraré con gusto, aunque comprenderá que no podré dársela por más que me jure y vuelva a jurar que es de su pertenencia. *Vendemos* productos de excelente calidad aquí.

—Lo sé —declaró Fox, aupándose en el mostrador. Dejó los pies colgando a un costado bajo la mirada atónita del vendedor que no decidía si debía reprenderlo o no. Emily continuó en su papel de damita y se mantuvo muy erguida, sosteniendo el pequeño bolso que había tomado prestado del guardarropa de la señorita Amelia—. Antes de *tabajar* con esta lady —continuó Fox muy ufano—, yo buscaba objetos en las orillas del río y una vez los he traído a vender aquí, a esta tienda, con mi amigo Dick. —Ladeó la cabeza como si retara al hombre a contradecirlo. Pero éste no dijo una palabra y lo observó con marcado asombro.

—De acuerdo —consintió el comerciante, midiendo sus palabras. Podía estar seguro de que aquel chiquillo no era policía, pero no podía afirmar que la parejita no trabajase para ellos, o peor aún, que afuera hubiera toda una banda de sabandijas agazapados, aguardando una señal para entrar y robarle—. Es verdad que más de una vez les he comprado a esos golfillos recolectores, pero les aseguro que he pagado muy bien por cada uno de los objetos que hay en mi tienda, —continuó, mientras rodeaba el mostrador y caminaba hasta la puerta, cuya llave echó al llegar.

—*Tamién* lo sé —replicó Fox, intentando no mostrarse asustado.

—Estamos dispuestos a pagarle —intervino Emily—. Es muy importante para mí, esa medalla... Me la regaló mi padre, el duque de Carlington, ¿comprende? Estoy averiguando en todos los lugares posibles. ¡Necesito recuperarla!

—De acuerdo, de acuerdo. —El hombre levantó las palmas—. Descríbame la presea, milady.

La niña apretó los labios, debía inventarse algo. Rápido.

—Es... de oro. Redonda. No muy grande, tiene un... pez, grabado.

—¿Un pez? —se extrañó el vendedor.

—Sí. A mi padre le gusta mucho la pesca.

—¡Es pescador! —apostilló Fox, como para seguirle la corriente.

—¡Tiene barcos pesqueros! —se apuró Emily a enmendar el error. Un conde jamás sería «pescador», a secas—. Y en el reverso tiene mis iniciales: NC, Norah Carlington.

El vendedor rascó su barbilla.

—Me temo que aquí no hay ninguna joya semejante, milady. Pero si me deja sus señas, averiguaré lo que pueda y le avisaré.

—¡Eso sería fantástico! Aunque comprenderá que no puedo dejarle mis señas. Si mis padres se enterasen de que he perdido el regalo, se enojarán conmigo. Y ni le cuento si averiguasen que he recorrido estos lugares...

—Comprendo, milady. Entonces, tal vez pueda regresar... ¿mañana? ¿A esta misma hora? Estoy seguro de que tendré novedades.

Las miradas de los niños se cruzaron llenas de dudas y temores.

—Yo vendré —aseguró Fox, bajando del mostrador con un salto.

—No, muchachito —manifestó el tendero con el índice levantado—. La joya pertenece a esta dama y solo a ella se la entregaré. Si es que la consigo, claro está. En su defecto y si tengo suerte, podré decirle cuál de mis colegas la tiene.

—Está bien —aceptó Emily tras pensarlo unos momentos—. Mañana a esta hora nos tendrá por aquí. —Levantó con delicadeza su falda y giró hacia la puerta.

—Traiga su dinero, milady. Deberá pagar, imagino que lo comprende.

—Por supuesto.

—Ah, otra cosa —agregó el hombre, antes de quitar el cerrojo —. Sería conveniente que no lo comentase con nadie. Quien posea la medalla podría... asustarse y, tal vez, deshacerse de ella.

—Descuide, a mí tampoco me conviene que alguien lo sepa —aseguró la niña, adelantándose para salir—. Lo veré mañana señor...

El vendedor no tenía intención de darles su nombre.

—La veré mañana, milady. —Se inclinó en una breve reverencia.

—¡Es Finley! —exclamó Fox—. ¿No me recuerda? ¡Vine con Dick! Soy un pequeño con «mucha buena memoria».

El señor Finley hizo una mueca de fastidio que disimuló de inmediato. ¡Pequeño bastardo! Ahora tendría que actuar.

* * *

—¡Es peligroso, Emily! —susurró Fox mientras caminaban de prisa. La oscuridad los engullía de a poco y les castañeaban los dientes —. ¡Ese hombre quiere que volvamos mañana con dinero! ¡Nos asaltará y tal vez, hasta nos mate!

—¡No hemos averiguado nada! —se quejó ella sin prestarle demasiada atención—. ¡Hemos salido tarde y ya está muy oscuro! Creo que será mejor que salgamos a buscar mañana, más temprano.

Fox iba a los saltitos, para mantenerse a su lado.

—¿Crees que la señorita Amelia nos dejará salir después de esto? —preguntó con los ojos muy abiertos, sosteniendo la gorra sobre su cabeza.

—¡Por supuesto que no! Oh, Dios, ¡debe estar muy preocupada! Pero si regresamos ahora...

—¿Escuchaste lo que dije? —protestó el chico, dando una patada en el piso—. ¡Finley podría matarnos si regresamos mañana!

—¡No exageres! Nadie se atreverá a matar a la hija de un conde.

—¡Tú no eres la hija de un conde! Creo que será mejor que busquemos *al Scub*.

Emily se detuvo de golpe.

—¿Y qué le diremos? ¿Que este señor, Finley, compra tesoros recogidos del Támesis? ¡La mitad de estos comerciantes lo hacen!

—¡Dick venía aquí y le vendió sus objetos! ¡*Scub* sabrá cómo sacarle *infromación*! No podemos andar tan tarde por aquí... Créeme, no es bueno. *Temenos* que volver —Bajó la vista, con los ojos anegados.

—¿No eres tú el niño que conoce todo Londres y que ha vivido siempre en la calle? ¿No fue eso lo que me contaste? ¿Y ahora tienes miedo?

—Es cierto que he vivido en la calle toda mi vida..., pero el *ispector Scub* me rentó una habitación y ahora vivo normal... ¡Ya no quiero volver a pasar frío, ni hambre...! —lloriqueó—. ¡Y tú tampoco querrías, créeme, es muy feo...!

—Lo sé, ven aquí —susurró la niña abrazándolo. Después de todo, no era más que un pequeño de nueve años—. Tienes razón, debemos ir con el inspector Scubs o regresar al hotel con la señorita Amelia y el señor Grubber. Hace mucho frío y es de noche. ¿Sabes cómo volver?

El niño secó sus lágrimas con la manga del abrigo y asintió con la cabeza. Estaba un tanto turbado porque nunca había llorado frente a alguien, ni lo habían abrazado. O, al menos, no lo recordaba.

—¡Tengo hambre! —gimió.

* * *

La señorita Amelia levantó la vista ante el ligero tintineo de la loza sobre la bandeja que el señor Grubber apoyó en la mesilla.

—Le he pedido un té de menta, señorita, la ayudará a calmar sus nervios.

—Muchas gracias, señor Grubber —dijo, tomando la taza— Debí haberlo escuchado... Fue una locura lo que hice...

—No se apene —murmuró él mientras sostenía la azucarera—, ha hecho lo que su corazón le ha dictado.

—¿Y si los he puesto en peligro?

—¿Usted? ¡Oh, no, señorita! Los niños no han huido porque se los tratara mal o se los castigara, solo están haciendo lo que hacen los niños: travesuras, niñerías. Tal vez han ido a jugar al parque y se han perdido, ya los encontrará el inspector Scubs...

Ella levantó los párpados.

—¿Pudo hablar con él, directamente?

—Sí, señorita. He ido hasta Ashcraft Lane y allí me informaron que el inspector no se encontraba; entonces, un agente muy amable me acompañó hasta su residencia y pude hablarle. Quedó muy intranquilo y me prometió que hoy mismo se pondría a la tarea de encontrarlos. No se preocupe.

—¡No sé cómo agradecerle el hecho de que no haya permitido que viajara sola con los niños, señor Grubber! No sé qué haría sin usted hoy día. —La ligera sonrisa que dibujaron sus labios, casi dejó sin aliento al mayordomo, que bajó la vista, ruborizado.

* * *

El inspector Scubs, que gracias a la visita de Grubber la noche anterior, había dormido poco y nada, atravesó la madrugada con un exceso de abrigo que apenas le permitía moverse. Sin ganas de desayunar, lo había hecho solo porque la señora Ryder había insistido en ello. Decidió tomar un coche de alquiler hasta la comisaría, donde se reuniría con Flanagan, a quien esperaba encontrar ya en su puesto.

—Buenos días —saludó al cochero—. Lléveme a Ashcraft Lane, por favor.

El hombre asintió y la calesa partió a paso rápido por las brumosas calles de Londres. Con la vista fija en el tapiz de los asientos, Scubs pensó en todos aquellos niños que veía a diario con las botas gastadas y las caras sucias, levantando estiércol de las calles, cargando bolsas más pesadas que ellos mismos, bolsas de pan, bolsas de carbón. Niños vendiendo cordones o cerillas, niños robando comida o con las caras tiznadas con el inmundo hollín de las chimeneas. ¿Quién o quiénes estarían haciendo desaparecer a los rapiñadores?

¿Tendrían que ver también con la desaparición de Emily y de Fox? ¿Andaría alguien secuestrando niños... pobres? ¿Por qué? ¿Con qué fin? ¿Los utilizaban para robar? ¿O sería algo peor? Un escalofrío le corrió por la columna. Había escuchado cosas acerca de la prostitución infantil, pero... No, no podía ser eso. Era demasiado espantoso como para que algo así sucediera en Londres. Esas cosas ocurrían, tal vez, en países bárbaros, incivilizados, como los del África. Pero no en Inglaterra, no en Londres. Además, no se estaban llevando niñas sino niños. ¡Emily! ¡Oh, Dios!

El carro se detuvo. Scubs se apeó procurando no pisar los charcos.

—¿Por casualidad ha visto usted a una niña de unos trece años, rubia, delgada, poco más baja que yo, y a un niño de nueve, esmirriado y de pelo castaño? —preguntó al cochero mientras le pagaba. Milton fijó los ojos en él—. ¿Los ha visto? —insistió—. Es muy importante que me lo diga, soy el inspector Scubs, de la policía.

El hombre lanzó un gruñido de fastidio. Las monedas tintinearon al caer en su bolsillo.

—¿Qué cosa tan mala pueden haber hecho dos niños, para que los busque la policía?

—Nada. No han hecho nada malo, se lo aseguro. Se han extraviado. Su familia no sabe nada de ellos desde ayer en la tarde.

—Por algo habrán escapado —dedujo el cochero y levantó las riendas para marcharse.

Pero Scubs, que de tonto no tenía un pelo y había notado duda en el gesto del hombre, cogió las bridas.

—Los ha visto, ¿verdad? Por favor, esos niños podrían estar en serio peligro, créame.

—¿Me asegura que no les hará daño?

—¡Por supuesto que no! ¡Soy policía!

—¡Ja! Eso no me garantiza nada.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, olvídelo. No sé dónde están sus niños. Anoche los recogí detrás del Claridge's y los llevé a Compton Street. No sé a dónde fueron después. Los bribonzuelos salieron corriendo sin pagarme. —El hombre sonrió con cierta nostalgia—. No pude seguirlos por mi pierna, ¿sabe? No creo que sean malos. La chica me aseguró que me buscarían y me pagarían.

—Yo le pagaré el viaje, pero dígame, ¿¡cómo se le ocurrió transportar en su carro a dos niños que estaban solos!?

Milton chasqueó la lengua.

—La chica parecía una damita joven, ¿sabe usted? Las veo a diario en Belgravia o Mayfair y ella parecía una de ellas. Iba muy bien vestida, con traje costoso quiero decir, algo desprolija, pero no iba a

preguntarle yo qué le había sucedido, ¿no? Se comportaba como una dama. —Levantó un hombro—. Creí que el niño era su criado.

—Entiendo. ¿Puede señalarme exactamente dónde los dejó y a qué hora?

—Al atardecer, serían las... cinco más o menos. Cass y yo teníamos hambre y las primeras sombras ya se asomaban, así que sí, me atrevería a decir que eran las cinco de la tarde más o menos. Los dejé en la esquina de Compton y High Street.

—De acuerdo. Le pagaré ese viaje, ¿cuánto es?

—Nada, solo quiero saber que están bien. Cuando los encuentre, búsqueme, por favor.

—Muchas gracias, señor...

—Scott. Soy Milton Scott. Dejo mi carro detrás de Hyde Park, puede buscarme allí.

—Lo haré.

Scubs se apresuró a entrar en la comisaría. Se encontró con Flanagan a mitad de la escalera, tenía los ojos desorbitados y el semblante pálido.

—¡Han asesinado al agente Gibson, señor! Dos puñaladas. Lo han encontrado en las cercanías del Waterloo.

7

El cuerpo estaba tirado detrás de una tienda, en un callejón dominado por las ratas. El pecho rojo; los ojos asustados, fijos en el cielo.

El doctor Sfuttier lo rodeó con pasos lentos.

—No hace más de una hora que fue asesinado —dijo—. Se utilizó una especie de estilete diría yo, y fue clavado con fuerza entre la tercera y cuarta costilla.

—¿Le dio en el corazón?

—O en el pulmón. Dos puñaladas a escasos centímetros una de otra, lo suficientemente bien calculadas como para no dar en el hueso, lo que podría haber roto la hoja. Quien lo hizo sabía muy bien lo que hacía.

—¿Un médico?

El forense meneó la cabeza, pensativo.

—Podría ser, aunque hay mucha gente que posee tales conocimientos, enfermeras, soldados...

—Entiendo, podría haber sido cualquiera. ¿Se arriesgaría a decir que es el mismo asesino de New Grane?

Sfuttier se quitó las gafas.

—No podría afirmarlo; tampoco negarlo. Es una posibilidad. Ambos fueron atacados con un filo muy agudo. Pero claro, por ahora no tengo forma de asegurar si se trata de la misma arma o no.

—Entiendo.

—Lo que sí creo, es que este murió en seguida —agregó el doctor—. Es posible que haya alcanzado el corazón, como bien dijo usted.

—Gracias. Pasaré al atardecer por la morgue para que me dé sus conclusiones.

—De acuerdo. Ordenaré a mis hombres que se lleven el cuerpo. Buenas tardes —saludó levantando el sombrero.

Clarkson llegó en aquel momento con gesto dolorido y mirada atónita.

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó, agarrándose la cabeza, con la vista clavada en el cuerpo de su compañero muerto—. ¿Quién ha hecho esto?

—No sabemos —respondió Flanagan al tiempo que posaba la mano sobre su hombro—. Pero vamos a descubrir quién ha sido y vamos a colgar a ese desgraciado, se lo prometo.

Pocos pasos más allá, el inspector Scubs carraspeó. Consideraba un gran error prometer buenos resultados ante una investigación que

ni siquiera se ha comenzado. Pero no dijo nada.

—¿Quién encontró el cuerpo? —preguntó en un susurro al agente que estaba a su lado.

—El panadero. —El joven señaló la tienda en cuyo trastero se encontraban—, vino a sacar una hornada de pan para los indigentes y lo vio. Imagínese el susto del pobre hombre.

—¿Había algún mendigo en ese momento, esperando el pan?

—No, señor. Suelen juntarse a horas tempranas, pero es evidente que huyeron en cuanto se encontraron con el cuerpo.

Era lógico. Tendrían miedo de que se los culpase. «El hambre puede saciarse después, la horca no tiene retorno», pensó el inspector.

Se dedicaron luego, incluyendo al inspector y el sargento, a revisar los alrededores en busca de alguna señal que los ayudara a dar con el asesino. La búsqueda resultó infructuosa.

—Quisiera hablar con el panadero —dijo Scubs. No se rendiría tan fácil.

—Sí, señor.

El agente abrió una puerta de madera y el inspector entró. Un pasillo angosto, plagado de cacharros, cuya temperatura y aroma contrastaba con los del callejón, los condujo hasta la cocina. Los bollos levando bajo pulcros lienzos blancos despedían esa ligera acidez del fermento mientras que, las tartas cociéndose en los pisos del horno, endulzaban el aire. Detrás de una descolorida cortina se hallaba el local de ventas, donde el panadero, un hombre pequeño y desgarbado, atendía a una mujer rolliza, de cofia y delantal.

Scubs esperó a que la señora se marchase. Entonces se presentó:

—Soy el inspector Scubs, de la policía de Ashcraft Lane.

—No sé nada, inspector —se apresuró a contestar el hombre mientras guardaba el pago en un cajoncito—. Como cada mañana, salí a dejar una hornada en el callejón y ¡me llevé un susto de muerte! No toqué el cuerpo, por supuesto; enseguida envié a Eddy por la policía. —Señaló a un muchacho de no más de catorce años, que los miraba con los ojos muy abiertos—. Es mi hijo.

Scubs asintió y estudió por unos segundos al jovencito, increíblemente parecido a su padre. Se volvió al hombre.

—¿Cómo es su nombre, señor?

—Peter Carrigan.

—Tengo entendido que la hornada era para los mendigos, ¿es eso cierto?

—Sí, señor. Hace un tiempo comencé dándole unas piezas de pan a un hombre que, por las pintas, parecía no haber comido en meses, me agradeció mucho y me sentí bien por haberlo ayudado... Al día siguiente volvió con un amigo, al siguiente con otro y cuando quise acordar, había decenas de ellos esperándome cada mañana. —

Carrigan encogió los hombros con una débil sonrisa—. Es lo que puedo ofrecer, debemos ser buenos con los necesitados, ¿no cree usted?

—Por supuesto, le honra mucho lo que hace —El panadero se sonrojó—. Esta mañana, cuando usted salió, no había ningún mendigo, ¿verdad?

—No... Supongo que se asustaron. Nadie quiere convertirse en sospechoso.

Scubs coincidió con un gesto.

—¿Había visto alguna vez al hombre asesinado?

—¡Claro! Era el agente Gibson, solía dar vueltas por acá. Aunque hacía varios días que no lo veía. Un buen hombre, es una pena...

—¿Escuchó algo...?

—Nada fuera de lo normal... Los perros que ladran, algunos insultos... No; nada extraño.

—¿Y tú?

Eddy frunció el entrecejo al caer en cuenta de que le hablaban a él. Negó con la cabeza, enfurruñado.

—Señor Carrigan —prosiguió Scubs—, ¿quiénes son los primeros menesterosos que suelen venir por las mañanas a buscar su pan?, ¿conoce sus nombres?

—La verdad es que no. Les doy un saludo general cuando saco las bolsas, algunos contestan, otros solo se abalanzan sobre los panes. Sé que uno de ellos vende baratijas. Lo sé porque lo he visto en alguna u otra calle... un tal Bobby; así creo que se llama.

—¿De dónde saca las baratijas?

—Nunca le pregunté... Nunca les pregunto nada, la verdad.

—De los rapiñadores —intervino Eddy—. Compra a los niños que andan por los muelles juntando objetos.

—¿Y cómo sabes tú eso? —increpó su padre. El muchacho encogió los hombros.

—A veces hablo con ellos.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo? —intervino Scubs.

—Tiene su esquina, dos calles hacia allá.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Para cuando regresaron al callejón, el doctor Sfuttier ya estaba montado en su coche negro, dispuesto a partir detrás del carro de la morgue que ya traqueteaba sobre el empedrado. Los funebreros, dos jóvenes robustos de no más de veinte años, los miraron con ojos cansados, las piernas colgando hacia afuera; el cochero azotó su látigo sobre los lomos de los caballos.

—Lo veré en la tarde, inspector —saludó el médico.

—Hasta luego, doctor.

El inspector giró la cabeza y vio a Flanagan poniendo todo su empeño en calmar al agente Clarkson, que se agarraba la cara con ambas manos. Decidió acercarse.

—Lo lamento mucho, agente —expresó con voz suave.

—¡Tenemos que encontrar a ese asesino! —reclamó Clarkson, con el rostro desencajado.

—Lo haremos —aseguró Flanagan. Scubs volvió a carraspear.

—¿Qué hacía regularmente por esta zona, el agente Gibson? —preguntó.

—Hacíamos rondas, ya sabe usted... No somos demasiados y nos repartimos como podemos. Intentamos... —Meneó la cabeza con gesto dolorido—. La verdad, inspector, creo que intentamos algo demasiado fantástico... ¡Evitar que se cometan delitos! ¡Pero si apenas damos abasto colgando a unos pocos asesinos! ¡La mayoría de los desgraciados se nos escapan porque no tenemos forma de probar su culpabilidad!

Scubs bajó la vista, el hombre tenía razón. Pese a lo cual, inhaló una bocanada de aire y levantó la cabeza con pesadumbre.

—No por ello debemos dejar de intentarlo —dijo—. Es nuestra misión, para eso trabajamos. Llegará un día en que los criminales lo pensarán dos veces antes de quitarle la vida a alguien...

No estaba muy convencido de lo que decía, pero, como superior, se sintió en obligación de decir algo que inspirara a ese pobre hombre, roto tras la muerte brutal de su compañero.

—Tiene razón, inspector —repuso éste, secando sus lágrimas—. Estoy listo.

Scubs soltó el aire.

—Muy bien. Vamos a trabajar.

* * *

Apenas su marido cerró la puerta, Marianne se aprestó a salir. No necesitaba cambiarse ni disponía del tiempo para ello. Ni siquiera haría uso de su carruaje, iría en un coche de alquiler y, como siempre, no llevaría a su doncella. Era un asunto demasiado delicado como para dejar grietas por donde el chismorreo de la servidumbre pudiera colarse.

Emprendió el viaje hasta la consulta del doctor Gillian y entró, tras haber tomado los recaudos pertinentes.

El médico la recibió con rostro preocupado. Que Marianne Riderbown lo visitara dos días consecutivos llamaría la atención de cualquiera que la hubiese visto. Ella aseguró que nadie lo había hecho.

—Le hablé a Geoffrey de mi embarazo —agregó con rostro resplandeciente.

El médico levantó las cejas.

—¿Ya? ¡Es demasiado pronto, Marianne! ¡Deberías haber esperado, al menos, una semana más para darme tiempo…!

—¡Tiempo para qué! ¡No tengo idea de cuándo volveremos a intimar! ¡No puedo decirle que estoy embarazada si ha pasado una eternidad desde la última vez que me tocó! ¡Tienes unos siete meses para conseguirme un niño! ¿No te alcanza?

Gillian suspiró y se dejó caer en el sillón. Se estaba hartando de Marianne, pero era tan bella...

—Escúchame... —dijo con lentitud, como quien habla a una criatura—. Antes de cualquier otra cosa, deberíamos haber conseguido una embarazada a quien quitarle el niño, o alguien que no quiera a su hijo y que nos los dé por voluntad propia. —Al ver la expresión apenada de la joven, se contuvo—. Está bien, veré qué puedo hacer, tengo un conocido en las bajas esferas....

—No me lo cuentes —Marianne levantó la mano, con la vista clavada en el suelo—. No quiero saber de dónde proviene. Ya bastante tengo con saber que será un bastardo.

—De acuerdo. Tienes razón. ¿Necesitas algo más en este momento?

—Sí, que me hagas una visita en la casa y hables con Geoffrey, dile que necesito atención, que no debe dejarme sola... lo que se te ocurra. Pero haz que se quede a mi lado.

—¿Y cómo fingirás un embarazo si el hombre está siempre contigo?

—¡No estará *siempre* conmigo! ¡Tiene que trabajar! ¡Quiero que duerma en mi casa! —replicó ella con ojos dolidos—. ¡Necesito que deje de regresar a altas horas de la noche, después de haber rodado quién sabe en qué lechos de mala muerte!

Un brillo centelleante atravesó la mirada de Gillian, en el fondo lo disfrutaba. La debilidad ajena le daba poder. Y si se trataba de una mujer joven y bella, tanto mejor. Podría hacer con ella lo que quisiera.

—Haré lo que esté en mi mano —aseguró con una sonrisa.

Marianne se puso de pie recogiéndose apenas el vestido. De su bolso extrajo un saquito de terciopelo y se lo extendió.

—Un adelanto —indicó.

Por el peso, Gillian supo que se trataba de una suma importante. Lo guardó en una gaveta y se acercó a la joven, la tomó por la cintura y besó sus labios con exacerbada pasión. Ella lo apartó, confundida.

—¡Hubert! ¿Qué...? ¿Qué haces?

El médico sonrió una vez más. Ya se había contenido bastante, Marianne lo necesitaba. ¿Por qué no sacar provecho de ello?

—Todo tiene su precio, querida —murmuró en su oído—. Mira, se me acaba de ocurrir una idea... ¿Y si probamos, a ver si de verdad

te embarazas?

A Marianne le tembló la mano cuando lo empujó para apartarlo, había en sus ojos una mirada de súplica, de incomprensión.

—¿Pero... qué dices? ¿Acaso te has vuelto loco? ¡Apártate!

Gillian soltó una carcajada. La tomó con fuerza por las muñecas y volvió a acercarse a su rostro.

—No lo entiendes, ¿verdad? Si quieres que exponga mi carrera por ti, te costará algo más que dinero; pasé por demasiadas cosas la vez anterior, ¿lo recuerdas? ¡Tuve que responder ante la policía por tu supuesto embarazo! ¡Corrí peligro, niña caprichosa e insensata! Ahora quiero cobrarme lo que merezco. —La soltó de mala manera—. O lo aceptas o te buscas a otro que quiera seguirte el jueguito.

Marianne se llevó una mano a la boca, aterrada; ni en sus peores sueños imaginó que Hubert podría comportarse de aquella forma.

—Yo creí... —balbuceó—, creí que éramos amigos...

El médico repasó sus labios con la lengua, como una serpiente.

—Y lo somos, muñeca. Claro que lo somos. En este momento, soy tu único amigo.

Marianne manoteó el picaporte y abrió la puerta con los ojos llenos de lágrimas. Salió casi corriendo.

—¡Mañana pasaré por tu casa! —gritó el hombre, luego le sonrió a su secretaria, que lo miraba con curiosidad—. Embarazadas... —explicó mientras se alisaba el cabello—, se ponen tan sensibles...

* * *

La tarde arrastraba sus sombras. Scubs bajó del coche de alquiler en la morgue, donde Sfuttier se preparaba para salir.

—¿Otro homicidio?

—No —respondió el forense con voz amable—. Parece que alguien ha sufrido un infarto. Es lejos de su zona, no se preocupe. —Sonrió y a Scubs le pareció que, pese a la gravedad de sus modos y a su voz cavernosa, era un hombre encantador y educado. Caminaron juntos hacia la salida.

—¿Qué puede decirme de Gibson?

—Nada relevante. Tal como dije antes, es difícil saber con exactitud qué arma se ha utilizado, es muy similar a la del homicidio del jovenzuelo. ¡Ah! Estaba usted en lo cierto, le dieron de lleno en el corazón; el asesino sabía muy bien lo que hacía. —Sfuttier detuvo el paso—. Hemos encontrado esto entre sus ropas. —Le entregó una pequeña libreta de tapas marrones—. Es extraño, no estaba en ninguno de sus bolsillos, sino dentro del forro del abrigo.

Scubs le agradeció y echó un vistazo rápido a la libreta. En su interior, la mayoría de las hojas estaban repletas de números

dispuestos en columnas. La palabra «Sam» aparecía varias veces, las iniciales SL también. Scubs frunció el entrecejo. ¿Samuel Lindston? ¿Qué tenía que ver el agente Gibson con el muchacho que habían encontrado en el río?

8

El jefe O'Neill ordenó a sus hombres que se dedicaran a este nuevo asesinato haciendo a un lado el caso de Samuel Lindston. No podían continuar con la muerte de un niño de las bajas esferas cuando acababan de matar a uno de ellos. Scubs sospechaba que ambos crímenes estaban relacionados y el hallazgo de la libreta no hizo más que confirmarlo. Decidió enviar a Clarkson a seguir la pista del mendigo que compraba a los rapiñadores y continuar él con lo que estaba previsto: ir a Spitalfield junto a su sargento y encontrar al tal Reginald Goovnaway. Para ello tenían que cambiar sus ropas. Meterse en aquellos barrios vestidos como lo hacían a diario, hubiera sido un suicidio.

Una hora más tarde caminaban entre mugrosos callejones con abrigos de lana deshilachados, zapatos gastados, sombreros encasquetados hasta las orejas y guantes agujereados. Flanagan se había colocado una bufanda que había tejido su hermana, cubriendo parte de su rostro, pero acabó por dejar que fuera Scubs quien la usase. La piel inmaculada y los enormes ojos azules del inspector delataban de inmediato su procedencia. Aunque resultaba imposible quitarle el porte de caballero con esas espaldas tan erguidas, al menos podía taparle un poco la cara. Al sargento se le hacía más natural adoptar un aire patoso y desgarbado.

Preguntaron en algunos antros sin éxito; nadie parecía conocer al tal Reginald Goovnaway. A un hombrecillo desencajado y maltrecho se le escapó un dato que les serviría de mucho: al regente de los burdeles lo apodaban «Goofy». Ni bien se dio cuenta de que había hablado de más, el tipejo dio media vuelta y se alejó con su desacompasado andar.

—¡No entiendo cómo la gente puede vivir así! —comentó el inspector sorteando un bolo de excremento de dudosa procedencia.

—Es lo único que tienen, señor —replicó el sargento—, sobreviven con los despojos de la sociedad. Ya por vivir en estas calles se les impide avanzar; nadie, fuera de estos límites, quiere tener relación con ellos. Los niños aprenden a vivir con la violencia, la mugre, las enfermedades y la escasez. Si tienen suerte y llegan a los cinco o seis años, se convertirán en malandrines. Raterillos de poca monta, delincuentes... Dependiendo de lo que les vaya tocando en suerte.

—¿A qué se refiere?

— A con quiénes les toque relacionarse, las elecciones que tomen. He conocido muchachos que han lidiado contra esta

inmundicia y han logrado vencerla en parte, han encontrado a una buena muchacha, se han casado y han formado una familia. Pobre, pero honrada familia. Muy pocos son los que lo consiguen, señor —agregó con un suspiro de desaliento.

—Lo imagino. ¿Y las mujeres? —Scubs pensó en Emily y en Catherine Boyle.

—Eso es peor, señor. Difícil que salgan bien paradas. Son enviadas a los burdeles siendo apenas unas niñas y terminan convirtiéndose en prostitutas.

—Habrá alguna que no lo acepte, ¿verdad? Alguna se revelará, supongo.

—No les dan tiempo, señor.

Prefirió no seguir preguntando. Le repugnaban todas y cada una de las posibles respuestas, así que continuaron caminando en silencio.

Al rato, llegaron a un claro pestilente y sucio rodeado de casillas sin puertas, habitáculos con pisos de tierra y paredes descascaradas, semi derrumbadas. Tres o cuatro chiquillos descalzos, que apenas caminaban, chapoteaban en un charco de aguas servidas; algunas mujeres, flacas hasta el punto de notárseles los huesos bajo la piel ajada, jóvenes aún, los miraban con desgano, con ojos caídos y opacos.

Scubs abrió la boca para hablarles, pero Flanagan lo apartó tomándolo del brazo y se adelantó.

—¿¡Alguna de ustedes ha visto a Goofy!? —lanzó con tono prepotente, levantando el mentón—. ¡Me debe dinero ese inútil! —Al ver que ninguna hizo intento de contestar, se les acercó con tranco lento, las manos metidas en los bolsillos—. Diez chelines para la que me dé alguna información —siseó con los labios curvados.

Las mujeres se miraron entre sí; una cambió el peso del cuerpo a la otra pierna, otra cruzó los brazos y una tercera, de cabellos decolorados y mal peinados, dio una larga calada a su cigarrillo, con mirada desafiante.

—No lo he visto hoy —dijo. A Scubs le asombró lo ronca que sonó su voz.

—Hemos rondado por su guarida, pero no estaba allí —siguió el sargento—. ¿Hay otro lugar donde podamos buscarlo?

—La Casa Grande. —La del cigarrillo movió el hombro con arrogancia—. Irá en algún momento a recoger sus ganancias, digo yo.

—De acuerdo. Gracias. —Flanagan levantó apenas su sombrero y se dio media vuelta.

—¡¿Y mis diez chelines?! —chilló la mujer.

—Primero tengo que encontrarlo, bonita. Cuando lo haga, regresaré y te los entregaré con mucho gusto.

La mujer tiró su cigarrillo y escupió en el suelo.

—Sí, claro, ¡cómo no! —Separó un poco las piernas y tomó su cintura con ambas manos—. ¡Freddy! —gritó.

El sargento clavó en su jefe una mirada intensa.

—¡Corra, ins..! ¡Corra! —La mujer había llamado, casi con seguridad, a su proxeneta. Y no vendría solo.

Corrieron varias calles hasta que al fin doblaron en un recodo y se detuvieron a recobrar el aliento.

—Creo que nadie nos sigue —jadeó Scubs.

—Eso sería un milagro, señor...

—¿Qué es eso de la Casa Grande?

—Un burdel, creo que está en la avenida, pero no podemos ir ahora, nos cazarían como a conejos.

—Debemos...

—¡Aquí están! —irrumpió una voz que surgió de la nada y fue tomando la forma de un hombre enorme, con una cicatriz que le atravesaba la cara desde la frente hasta el mentón; los miraba como una fiera a su presa, una maliciosa sonrisa en los labios torcidos.

—¡Mi nombre es Morton! —Se apresuró a mentir Scubs, plantándose frente al tipo, que ladeó su enorme y cuadrada cabeza para mirarlo mejor—. ¡El imbécil de Goofy me debe dinero, mucho dinero! —Hizo una pausa para tragar saliva—. Si lo que le preocupa, señor, son los diez chelines que prometimos a su...su... ¿asociada, digamos? Pues bien, aquí los tiene.

Flanagan se agarró la cabeza mientras el inspector sacaba unas relucientes monedas y las dejaba, con mano temblorosa, sobre las del gigantón. Otros dos hombres, del mismo porte que aquel, se habían acercado y los rodeaban con cara de pocos amigos.

El de la cicatriz mordió las monedas y las metió en un bolsillo.

—¡No te pagará, amigo! —vociferó con una brutal carcajada que dejaba ver sus dientes torcidos y oscuros—. ¡Nunca paga sus deudas a los imbéciles! Ahora, tú y tu amigo nos darán todo el dinero que tengan y no aparecerán más por estas calles, ¿entendido?

Scubs iba a retrucar, pero el brillo de tres navajas apuntando a sus estómagos, lo persuadió de cerrar la boca. Vaciaron sus bolsillos y se marcharon lo más aprisa que pudieron.

—¡Nunca en mi vida me había sentido tan humillado! —protestó ni bien llegaron a las afueras de aquel terrorífico barrio. Caminaban de prisa, buscando un coche con el que salir de tan odioso lugar.

—Lo-lo siento, señor —se excusó Flanagan, con cierta culpabilidad por lo sucedido, aunque no tenía duda de que los había delatado la forma de hablar del inspector. «¿Asociada?». ¿Quién llama

así a una prostituta? «¿Señor?». ¿A quién se le ocurre tratar de señor a un truhan?

—No lo sienta, sargento. Hizo lo que pudo, ambos lo hicimos —señaló Scubs, convencido—. Al menos hemos averiguado cuál es el burdel que regentea Goofy.

—Es cierto, pero no podemos ir ahí, señor. Nos matarán.

—Si no vamos, tal vez sea a los niños a quienes maten. No se preocupe, sargento —agregó luego de un corto silencio—, ya veremos qué hacer. Vamos a cambiar estas ropas por unas más decentes. —Hizo una seña a un cochero y subieron a un carruaje.

* * *

Apenas cayó la noche, el doctor Gillian salió de su despacho, llevaba prisa; debía cruzar media ciudad para disponer el futuro «nacimiento» del bebé de Marianne Riderbown, tarea nada fácil, por cierto, ya que la insensata muchacha no había reparado en tiempos y lo había ajustado demasiado sin que tuviesen aún a la «donante». Le tocaba a él, por tanto, dar con una embarazada cuyo crío fuera a nacer durante el verano. Hasta junio podía alegar un nacimiento prematuro, pero no podría superar los mediados de agosto. Significaba un tiempo demasiado acotado. Esperaba que Goofy tuviese, entre sus chicas, alguna preñada. Incluso, pensaba mientras le indicaba a su chofer la dirección de la Casa Grande, si algún bebé fuera a nacer a fines de mayo, podría arreglarlo. Pero no un tiempo menor. Geoffrey Riderbown, al igual que el resto de los hombres, no entendía demasiado de embarazos, partos y bebés, pero su madre era un lince en estas cuestiones. Con ella no podía exagerar sus mentiras.

Lo ideal sería, pensó retorciéndose un poco en su asiento, que Marianne se embarazase realmente. La sola idea de ser él el padre de la criatura le provocó un involuntario jadeo que le hizo cruzar y descruzar varias veces las piernas. Bufó. Era tarde para ello; la muy tonta ya había hablado a su esposo de su estado, resultaría imposible que tuviera al niño en septiembre. Aunque, por supuesto, eso no le impediría tomarla cuando quisiera. Suspiró con satisfacción. Y sonrió. Tenía varios hijos por el mundo, dos con su legítima esposa y el resto con las esposas de otros; mujeres que, al igual que Marianne, habían acudido a él desesperadas. Algunos bebés se los había procurado Goofy o alguno de sus laderos. A los otros los había hecho él mismo. Hizo memoria; sí, había en el mundo al menos otros siete hijos suyos, los conocía a todos, estaban en excelentes hogares y eran jovencitos sanos y felices. Y él había disfrutado mucho de sus madres.

El coche se detuvo y el cochero abrió la portezuela. Le resultó extraño que la Casa Grande estuviese tan oscura, como si quisiera pasar desapercibida. Golpeó la robusta puerta de madera amparándose

en las sombras, no fuera cosa que algún caballero saliera, o llegara en busca de saciedad y lo viera.

Abrió una mujer joven, atractiva, con una bata celeste, cabello recogido y un cigarrillo entre los dedos.

—Gigi, necesito hablar con Goofy, es urgente —dijo el médico quitándose el sombrero.

—¿No te has enterado? —se asombró Gigi mientras caminaba hacia el interior de la propiedad. El doctor la siguió.

—No. ¿Qué ha sucedido?

—No está aquí, tuvo que esconderse, lo busca la policía. Esta vez parece que por algo muy serio —explicó ella con indiferencia.

—¡Oh, Dios! ¿Qué ha hecho ahora?

—No lo sé, igual estamos trabajando, aunque como habrás notado, con mayor discreción. ¿A quién quieres? —Señaló un grupo de chicas que, semidesnudas, tomaban té en la cocina. Voltearon la vista hacia él, algunas le sonrieron.

—¡A nadie! —No acostumbraba acostarse con prostitutas, pero claro, Gigi no tenía por qué saberlo—. ¡Te dije que quiero hablar con Goofy! —susurró nervioso. ¿A quién recurriría ahora?

—Pues no va a poder ser. Si no puedo ayudarte yo misma, deberás hablar con el jefe.

La sola idea de enfrentarse con ese hombre lo aterró. Aunque no lo conocía de forma personal, se había sentido amenazado por él en varias oportunidades. Y sabía muy bien que el hombre cumplía sus promesas. La tomó de un brazo y la apartó hacia la sala.

—Tal vez tú puedas —murmulló—. ¿Hay alguna embarazada entre las chicas?

—No lo sé, ninguna ha dicho nada... Pero si la hubiera, no estando Goofy y el jefe se enterase... Deberías ir a hablar con él.

—No, no. Debe estar muy molesto porque Goofy ha llegado al punto de tener que esconderse. ¡Dios! ¿Qué haré ahora? ¡Necesito un bebé para el verano! Tal vez en los otros burdeles... ¿no crees?

La mujer se encogió de hombros.

—Tal vez. Yo que tú, iría a hablar con Finley, él suele tener niños.

—Pero son algo mayores. ¿Tiene recién nacidos?

—¡No lo sé, maldita sea! ¡Ve y pregúntale! ¡Y si no te apetecen nuestros servicios, vete! Me espantarás a la clientela. Goofy no está, pero el recolector vendrá de todos modos y si no le damos algo, nos molerá a palos. —Gigi se acercó y bajó el tono de voz—. El jefe puede no enterarse que retienes a una preñada, si me das mi parte.

—Por supuesto —repuso él, y le dio dos monedas—. Tendrás el doble cuando encuentre a la chica y otra cantidad igual cuando nazca el niño. Gracias, Gigi.

—Vete.

El médico se marchó muy preocupado. Las cosas se estaban torciendo más aprisa de lo que había esperado. Le indicó al cochero que lo llevara a Compton Street. Si no había más remedio, visitaría a Finley. Le había conseguido al niño de los Morton, que no deseaban un recién nacido. Henry ya tenía cinco años cuando fue entregado. Aún recordaba los redondos y asustados ojos del niño.

* * *

Al inspector le duraba la rabia por lo ocurrido en Spitalfield y aún debía resolver la forma de ir a Compton Street. No tenían que parecer policías. Volverían a disfrazarse de mendigos, aunque esta vez, lo harían mejor. ¿De dónde sacarían alguna mercancía para ofrecer a los comerciantes? En su pensión no había nada que pudiese interesarles. Pero en lo de su padre sí. Iría a verlo. Lo llenó de gusto la idea de visitarlo, aunque lo apreciaría más si pudiera ir sin prisas, sentarse con una copa de brandy a charlar como en los viejos tiempos. Como si Emily y Fox estuviesen a salvo en Hillside Bell. Como cuando su padre aún no se había vuelto a casar.

El recuerdo de la horrible mujer que tenía por madrastra lo turbó. ¿Por qué la detestaba tanto? Ni él mismo lo sabía. Sus tíos tomaban a broma su animadversión por ella. ¿Sentía celos porque había tomado el lugar de su amorosa madre? No. Quería que su padre fuese feliz. Pero, ¿con ella? ¿Tenía que ser con ella?

Con estos pensamientos, tomó una calesa y partió rumbo a Hyde Park, donde había vivido su niñez y primera juventud.

El mayordomo sonrió al verlo, aunque de inmediato, se mostró un tanto preocupado.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó mientras lo ayudaba a quitarse el abrigo.

—Sí, claro, Parsons; estoy muy bien... ¿Por qué pregunta?

El hombre compuso un gesto de duda.

—Si me permite, señor, se ve algo pálido, y ojeroso.

Scubs frunció los labios. Llevaba horas sin noticias de Emily y de Fox, no tenía idea quién había asesinado al muchacho de New Grane ni a Gibson. Apenas dormía y su único alimento habían sido dos bocadillos y té comprados al paso. Hubiera sido extraño que su semblante reflejara lozanía.

—Mucho trabajo —explicó. Le entregó el abrigoy el sombrero.

—Entiendo. Su padre está en la biblioteca.

—¿Solo?

El sirviente sonrió.

—Sí, señor. Lady Scubs ha ido a la modista.

¡Lady Scubs! ¡Qué horrible sonaba cuando se refería... a ésa!

Atravesó la luminosa galería que unía la sala de visitas con el resto de la propiedad. En las paredes, empapeladas de colores claros con relieves dorados, podían apreciarse hermosas pinturas, regalos de sus mismos autores, pintores famosos conocidos de su padre; buenos amigos, muchos de ellos.

Al llegar a la entrada de la espaciosa biblioteca se detuvo. Sir William estaba absorto en el contenido de un libro que sostenía con una mano mientras que, en la otra, temblaba una taza de té. Levantó la vista cuando sintió su presencia.

—¡Jeremy, hijo! ¡Qué alegría verte! —Cerró el libro, lo apoyó en la mesita de al lado y se quitó las gafas. Era un hombre apuesto, sin duda. Su blanca y abundante cabellera estaba peinada hacia atrás, con un engominado perfecto. Sus ojos, de un celeste clarísimo, rezumaban ternura. Su piel era blanca y pecosa. Estaba más delgado que la última vez que lo había visto.

—¿Cómo está, padre? —El inspector se acercó.

—Muy bien, siéntate, por favor —Sir William movió con energía una campanilla de plata; cuando el sirviente asomó, le pidió té y masas. Scubs se ubicó frente a su padre en un sillón igual, de orejas, con antimacasar de hilo egipcio y taburete para apoyar las piernas—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—Necesito su ayuda.

En pocas palabras y sin dar demasiado detalle, le pidió prestados algunos pequeños objetos de valor para resolver un caso «de robo», según le dijo, asegurándole que, más adelante, los devolvería sin daño alguno.

Sir William dudó. No le gustaba que su hijo fuera policía, hubiera preferido que siguiese sus pasos. Y, aunque sabía que nada podía hacer para remediarlo, estaba convencido de que un hombre de su edad ya debía valerse por sí mismo. No estaba bien que pidiese ayuda a sus padres.

—No me parece muy acertado mezclar la vida personal con el trabajo —expresó con diplomacia—. Creo que deberías hallar otro método para.... —Levantó los ojos, intentando encontrar las palabras —. Tus clientes.

—No son clientes —aclaró el hijo con cierta molestia—. Son criminales y quiero atraparlos.

—Más a mi favor —Sir William enlazó los dedos sobre su vientre plano y levantó las piernas, cruzándolas sobre el taburete—. Uno no debe mezclarse con maleantes.

El sirviente entró con una bandeja que dejó sobre la mesita, entre ambos sillones.

—De acuerdo —replicó el inspector con tranquilidad—. Me llevaré lo que me corresponde de la herencia de madre. —Se dispuso a

llenar las tazas.

—Eso sería absolutamente inapropiado —repuso Sir William, meneando la cabeza—. Tu madre se disgustaría muchísimo.

—No se enterará. Voy a pedirle a la doncella que guarde algunas y me iré.

—De acuerdo, pero recuerda lo que te dije: vas a causar un gran disgusto a tu madre.

Sir William bebió su té mientras el hijo lo miraba extrañado.

—¡Esa mujer no es mi madre! ¡Y lo que me llevaré, no le pertenece! —exclamó con acritud, levantándose y alejándose rumbo a la cocina.

Sir William elevó las cejas.

—¡Ven a cenar mañana en la noche! ¡Y trae a Victoria!

Scubs se quedó de una pieza en medio del salón. Hacía años que no sabía nada de su antigua prometida. Volteó con lentitud. Su padre le pareció más pequeño en aquel enorme sillón, su mirada se perdía a través del ventanal y en sus labios se dibujaba una sonrisa... estúpida. Tarareaba, en voz muy baja, una antigua melodía.

* * *

El doctor Gillian maldijo una y otra vez al encontrarse con que el comercio de Finley se hallaba cerrado. Decidió llamar a la casa, situada en la parte alta. Dio la vuelta a la propiedad y abrió el portoncito de metal que protegía la escalera. Subió y llamó con dos golpes secos.

El propio Finley lo recibió con una mueca de desagrado.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo una urgencia. ¡Tienes que ayudarme!

—¡Yo no ayudo a nadie! ¿Traes dinero?

—No, pero te pagaré bien. Sabes que lo haré.

El comerciante estiró la boca.

—¿Qué necesitas?

—Un bebé. Tiene que nacer entre julio y agosto.

—¿Niño o niña?

—Me da igual.

—Supongo que lo querrás ni bien nazca.

—Por supuesto.

Finley acarició su mentón.

—Tengo una doncella que dará a luz para esa fecha, pero no te servirá.

—¿Por qué no?

—Es negra.

—¡Qué horror! ¡No, por supuesto que no me servirá!

El comerciante soltó una risita de burla.

—Déjame preguntar por aquí y por allá. A propósito, ¿sabes?, tengo una niña que podría gustarle al jefe. Es toda una mujercita, con una belleza particular. Anda por los doce o trece años. Tal vez catorce. Aún no he dado el aviso porque temo que pertenezca a alguna familia influyente. Si escuchas algo, ¿me lo dirás?

—Claro. ¿Cómo se apellida la chica?

—Carlington. Norah Carlington. Tiene un criado por el que me pagarán muy bien, es pequeño y ligero, con una lengua más rápida que una serpiente. El maldito bastardo sabe mi nombre, así que habrá que mantenerlo alejado.

—Seguramente lo enviarán al islote.

Finley meneó la cabeza.

—¡Pobre infeliz!

—No recuerdo ninguna familia Carlington —añadió el doctor Gillian, pensativo.

—Es un conde, tiene una flotilla de barcos pesqueros.

—No me suena, pero estaré atento, si alguien hace revuelo te avisaré. ¿Cómo es que la tienes?

—Esos secretos no son para revelarse, doctor...

—Tienes razón. ¿Me conseguirás el bebé?

—¿Alguna vez te he fallado?

—Si lo has hecho, no lo recuerdo. Escúchame, Fin, tiene que nacer entre julio y agosto, ¿de acuerdo?

—Como digas. ¿En qué mes estamos?

—Diciembre.

Finley arrugó la frente.

—O sea, que ya hay un mes de «embarazo», ¿eh?

—Sí, debo ser muy preciso si quiero obtener lo que deseo. El niño deberá llegar en fecha.

—Lo tendré. Te saldrá caro.

—Lo sé, no te preocupes, la madre está demasiado desesperada como para regatear. Gracias, Fin. Tengo que irme ya.

—Te avisaré en cuanto tenga a la chica.

Gillian se despidió con una alegría inusitada. Subió al carruaje preso de una gran excitación. Estaba seguro de que Finley le conseguiría el niño. Al otro día tendría a Marianne justo donde quería.

9

El sargento Flanagan caminó de prisa con el cuello levantado y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Miró hacia todos lados preguntándose si alguien lo seguía. Su instinto le decía que no, a la vez que le advertía que no debía confiarse después de la encerrona en la que se habían visto el día anterior. Los malditos rufianes se habían llevado sus últimos centavos y aún faltaba para cobrar el salario. Suerte que el inspector era un hombre de recursos y, para pagar la calesa en la que habían regresado, bastó con dirigirse a la pensión de Bloombsbury, donde Scubs guardaba sus reservas. Mientras lo esperaba en el pequeño hall de entrada, el sargento se había preguntado por qué, siendo un caballero, el inspector vivía en una pensión. Estaba bien para él, que nunca había tenido casa propia, pero ¿Scubs? No lo comprendía. Ahora, mientras caminaba bajo el frío que se le metía por los bordes del gabán, se hacía la misma pregunta.

Decidió comprar un té caliente, ya que no había desayunado, omitiendo el bocadillo para no gastar de más. Tras el robo, no había tenido más remedio que echar mano de sus pequeños ahorros para sobrevivir por cuenta propia hasta cobrar el próximo sueldo, lo cual lo llenaba de impotencia. ¡Esos ahorros eran para su futuro! ¡No quería vivir en una pensión después de casarse! ¡Debía estar en condiciones de pagar la renta de una bonita casa! De lo contrario, renunciaría a la idea de casarse. No sometería a su futura esposa e hijos a las penurias que había vivido él. Otra vez, la imagen de Jennifer, la fregona de Aldridge House, regresó a su mente.

Apuró el paso, el especialista había encontrado algo llamativo en la libreta del agente Gibson y tenía que comentárselo a Scubs. Un carro pasó por su lado transportando un pino y una cesta con piñas. Junto al cochero, dos niños reían alborozados. El clima festivo le cayó como un abrazo tibio y lo ayudó a sonreír.

* * *

Algo no estaba bien con sir William y preocupaba a Scubs. De haber tenido más tiempo, hubiera preguntado al servicio por el comportamiento de su padre en los últimos días, pero estaba apurado, y fue tal la sorpresa ante la mención de Victoria, que no atinó más que a aguardar en silencio a que la doncella metiera en una bolsa de lienzo algunas de las joyas que habían pertenecido a su madre.

Luego, sir William lo había despedido con una sonrisa tan genuina como siempre, su saludo no había tenido nada de extraño.

Scubs recordó la anterior vez que lo había visitado. Hablaron de muchas cosas, se habían reído y analizado el asunto de Irlanda, que clamaba su libertad. Sir William había sido vehemente como cada vez que se apasionaba con algo. ¿Qué había cambiado, entonces, en ese último mes? Tal vez nada. Scubs atribuyó a su cansancio el encontrar fantasmas donde no los había. Tal vez su psiquis estaba buscando algo con qué culpar a Madeleine, la horrible esposa de su padre.

Decidió que todo era producto de su estado de desesperación ante la desaparición de Fox y de Emily, y de no ser capaz de descubrir algún indicio que le ayudara a resolver los asesinatos. ¿Sería que Gibson estaba acercándose al asesino y por eso éste lo había matado? Pero... ¿Cómo es que Gibson había descubierto algo?

Flanagan lo estaba esperando cuando llegó a la estación de policía.

—¡Es increíble! —exclamó el sargento mientras Scubs despedía al cochero—. Acabo de estar con el especialista en *numeroro*.... en números. Una de las columnas de las libretas, son fechas.

—¿Fechas? ¿Cuáles fechas?

—Todas del último año, hay otra columna con números que van de cero a quince, otra con números que pocas veces se repiten y que no sobrepasan el doscientos cincuenta.

—¿Pagos, tal vez?

—Seguramente, no se me ocurre qué otra cosa podría ser. También se ha observado que, en la segunda columna, algunas cifras están subrayadas.

—Un buen enigma para resolver, sargento.

—Eso parece, sí.

—Bien, he conseguido los objetos que ofreceremos en Compton Street, así que nos reportamos y partimos de inmediato. De camino, visitaremos a una amiga mía que nos ayudará con los disfraces.

—Sí, señor.

—Ah, y, Flanagan...

—¿Sí, señor?

—El especialista. Es especialista en numerología —pronunció cada sílaba de forma lenta. Eran pocas las palabras que al sargento le costaba pronunciar.

Flanagan se ruborizó apenas y repitió en voz baja:

—Nume..ro..lo...gía. Gracias, inspector.

* * *

Viajaron en silencio. Scubs no dejaba de preguntarse dónde estarían Emily y Fox. ¿Alguien los estaría reteniendo por la fuerza? Dios, solo tenían trece y nueve años.... ¡Trece y nueve! Miró de reojo a Flanagan, se hallaba abstraído en el paisaje o bien continuaba

repitiendo mentalmente la nueva palabra. O, tal vez, al igual que él, estuviera preguntándose qué significaba lo que habían averiguado. Esa columna en las libretas bien podían ser edades, se dijo Scubs; si lo que había dicho su tío se confirmaba y esos bastardos comerciaban con niños... De ser así, ¡no pasaban de los quince años! ¿Y los ceros? ¿Bebés? ¿Esos desgraciados...? ¡Claro! Las prostitutas terminaban embarazadas tarde o temprano y en más de una oportunidad. Los chulos vendían a los niños, ya que las madres no podían cuidarlos. Nadie quiere que una puta detenga su acto para ir a amamantar al crío. Y, cuando uno ha pagado por una mujer, no tiene por qué soportar bebés chillando en los alrededores. A veces, las mismas madres los entregaban a determinadas familias o los abandonaban. Los buenos chulos hacían excelentes ingresos por cada bebé que nacía en su antro. Amén de la extorsión de la que hacían víctima al padre de la criatura, si es que sabían quién era. Y si no lo sabían, lo inventaban. La cuestión era sacarle dinero a los cuantos infelices que habían usado a sus chicas en las fechas en que se calculaba que se había preñado.

Al fin llegaron a Haymarket Street y se acercaron a uno de los teatros. Se presentaron ante el portero, un hombre algo mayor, vestido con un gastado uniforme azul con charreteras doradas. Les permitió entrar una vez comprobado que la actriz por quien habían preguntado, quería recibirlos. Los condujo por una puerta lateral a través de un largo pasillo colmado de telas, cartones y papeles pintados.

—Al fondo verán el nombre de Trixie en uno de los camerinos. Toquen antes de abrir. —Y se fue.

Scubs marchó adelante. No les fue difícil encontrar la puerta de colores con una gran estrella azul en cuyo centro estaba escrita la palabra Trixie. Scubs tocó dos veces con los nudillos.

—Adelante —respondió desde dentro, una sensual voz femenina.

El inspector abrió despacio y metió la cabeza. La muchacha de ondeados cabellos rubios que se maquillaba frente a un espejo soltó una carcajada.

—¡Benjamin! ¡Pero si eres tú! ¡Pasa, entra! ¡Qué bonita sorpresa! ¿Ya has visto la obra? —continuó, sin dejar de maquillar sus párpados—. Lo sé, es horrible, he estado hablando con Harvey para mejorar...

—Trixie —interrumpió Scubs. La muchacha levantó la vista en el espejo, sin voltear.

—¡Oh, Dios! No eres Benjamin, ¿verdad?

—No —aclaró el inspector, sonriendo—. Y me duele mucho que no me recuerdes.

Trixie dejó sus polvos y brochas y se puso de pie, con un ojo sin

maquillar.

—¡Pero es que sí te recuerdo! Lo que se me olvidó es tu nom... ¡Jeremy! ¡Pero qué tonta soy! —La chica correteó hasta él y lo abrazó con fervor ante la mirada, entre asombrada y divertida, del sargento Flanagan.

Trixie era delgada, casi tan alta como Scubs. Su rostro, de delicados rasgos, parecía de porcelana. Se mostró muy contenta de verlo. El inspector le explicó con pocas palabras lo que necesitaba y ella aceptó encantadísima.

A Flanagan, que nunca había visto de cerca a una mujer tan hermosa y mucho menos a una actriz, le agradó la idea, tanto que se deshizo en halagos hacia la muchacha que reía, coqueta, ante tanta galantería.

Scubs se sentó en un taburete forrado en terciopelo color lavanda, con una pierna apoyada en el piso, y se dedicó a observar con atención como las manos de la bella Trixie llenaban de polvos y trazos el rostro de Flanagan.

—Esperaba, para este invierno —continuó hablando la actriz—, encabezar una obra algo más chispeante, no sé si me entienden, más graciosa para el público, pero Harvey, que piensa que lo filosófico es más snob, ha decidido mantener esta bazofia aburrida y tediosa. Pero segura...

—Trixie —interrumpió Scubs—, te aseguro que vendremos a ver la obra una de estas tardes y te aplaudiremos a rabiar, pero ahora, necesito que me digas algo importante... Conoces chicas que trabajan la noche, ¿verdad?

—¡Oh, sí! No me avergüenzo de ello. Son chicas que no han tenido mucha suerte en la vida y no les ha quedado más remedio que hacer la calle para poder comer, o alimentar a sus críos. ¡Pobrecillas!

—No las critico, lo sabes. Lo que quiero saber es si conoces o conociste a un chulo llamado Goofy.

—¿Goofy? Déjame pensar... ¡Oh, sí! Es el idiota que controla la Casa Grande, allí trabajaba mi amiga Flo. Florence, en realidad, pero le decimos Flo, es más corto, ¿sabes?

—¿Dónde puedo encontrar a Flo?

—No podrás. Se fue a París con un ricachón que se prendó de ella. ¿No es romántico? Es que es muy buena mi amiga. Se merecía....

—Trixie, ¿qué sabes de la Casa Grande?

—Lo que sabe todo el mundo, que los hombres van a divertirse y a pasarla bien. Que pagan bastante por cada chica... ¿qué es lo que quieres saber, exactamente?

—¿Hay criaturas allí?

—¡¿A qué te refieres?! —Trixie abrió muy grandes sus casi transparentes ojos.

—A eso que estás pensando.

—¡Oh, no! ¡Flo me lo hubiera comentado! Lo que sí sé, y es espantoso, pero es la ley de la vida, es que cuando las chicas se embarazan, les quitan a sus bebés.

Scubs suspiró.

—¿Y qué hacen con ellos?

—Los venden. —Flanagan se sacudió en el asiento y Trixie terminó haciéndole un rayón en la mejilla—. ¡Quédese quieto, hombre! Sé que es horrible —continuó mientras limpiaba con un lienzo el rayón—, pero ellas no los pueden tener consigo y, habiendo gente adinerada que no puede tener niños... O la chica no quiere atravesar un embarazo. De todas formas, creo que es lo mejor para esas pobres criaturas.

Después de que Trixie terminó de maquillar a Scubs, se cambiaron allí mismo mientras soportaban con estoicismo el interminable chorro de palabras que salía de boca de la actriz. Finalmente, se despidieron agradecidos.

Una vez fuera, ni ellos mismos se reconocían. El cochero los miró con desconfianza, sólo los dejó subir a su carruaje cuando vio el dinero en manos del inspector.

—¿Sabe, sargento? —inició Scubs la conversación en tono confidencial—. Mi tío, lord Cartwright me ha hablado de la Casa Grande, y ha coincidido con lo expresado por Trixie: no solo hay prostitutas, comercian con personas.

—¿Personas?

—Así es, mi tío se refirió a hombres y mujeres... pero no me extrañaría que también traficaran con niños.

—¡Pero eso es espantoso!

—Lo es.

—Niños ¿para qué? —preguntó Flanagan con voz temblorosa.

—Para obligarlos a robar, son pequeños, entran en cualquier parte. Para obligarlos a trabajar para ellos... —No quiso mirarlo, no tenía idea si Flanagan podía imaginar algún destino más tenebroso para aquellos niños. Él sí.

—O entregarlos a familias que no pueden tener hijos por las vías naturales —apuntó el sargento—. O divertirse con ellos —agregó con los puños y los dientes apretados.

Scubs asintió en silencio.

* * *

Emily abrió los ojos, estaba oscuro. Intentó moverse, pero sus manos estaban atadas a la espalda. Un dolor insoportable le nacía en el centro de la cabeza, descendía por su cuello y le agarrotaba los brazos. Unos cortos y agudos chillidos le martillaban los oídos desde

hacía un rato, alguna alimaña se deslizaba a velocidad. Ratas. Podía oírlas raspar sus dientes contra alguna viga, o una cuerda. Ojalá pudiera indicarles que royeran sus ligaduras. Lo último que recordaba era estar hablando con Fox mientras caminaban intentando conseguir un coche de alquiler que los devolviera al Claridge's, después de haber visitado a aquél vendedor en la calle Compton. ¡Fox! ¿Dónde estaba?

—¡Fox! —Más que grito, lo que salió de su garganta fue un graznido. Un olor repugnante le cortó la voz, obligándola a toser con fuerza. Algo se estaba pudriendo en el mismo compartimento en el que se encontraba. Quiso levantarse, pero se dio cuenta con horror que sus piernas también estaban atadas y que se encontraba amarrada por la cintura a una especie de poste. El piso se movía en un vaivén desconocido. Algo veloz y liviano cruzó sobre sus tobillos. Ni siquiera podía sacudir las piernas para espantarlo.

—¡Fox! —volvió a gritar, para luego seguir tosiendo, asqueada. Hasta que vomitó.

10

El propio lord Riderbown fue quien abrió la puerta cuando llegó el doctor Gillian.

—¡Lord Riderbown! —exclamó éste, adelantando el brazo para estrechar su mano—, qué suerte que está en casa. He venido a constatar algo que no me ha dejado dormir en toda la noche.

Geoffrey se apartó para que entrara.

—¿Ha sucedido algo malo?

—Espero que no, milord. Me gustaría revisar a su esposa primero, luego hablaré con usted.

—Sí, claro, por supuesto. Aún no se ha levantado, está en su cuarto; enviaré a la doncella.

—Gracias.

El doctor aguardó a que su anfitrión se retirase para hablar con la criada y entonces observó alrededor. La sala estaba decorada con gusto exquisito, las alfombras, los cuadros, el mobiliario, los cortinados; todo producto de la más refinada elegancia. Él también poseía mucho dinero gracias a las «satisfacciones» de su profesión, aunque su casa no tenía ni por asomo aquella delicadeza, aquel estilo que solo otorga la buena cuna.

No era la primera vez que Gillian acudía a la mansión de los Riderbown, pero esta oportunidad no era como las anteriores. Nunca antes había experimentado tal sentido de pertenencia. Marianne sería su llave definitiva a la exquisitez de la aristocracia. Ninguna de las mujeres de las que había disfrutado a lo largo de su carrera le llegaban, a lady Riderbown, al dobladillo de los vestidos. Las que solía frecuentar eran algo más mayores, hastiadas, agrias, mujeres a las que les había costado resignarse a la realidad de sus naturalezas estériles y que habían perdido sus mejores años lloriqueando en brazos de suegras, madres y amigas, hasta que por alguna recomendación o por jugadas del destino habían caído en su consultorio y conseguido, pago mediante, al niño de sus sueños. Uno ajeno, al que nadie reclamaría. O embarazarse cuando no había criaturas disponibles o más dinero que ofrecer. O después de haberse convencido de que el defectuoso era el marido y no ellas. ¡Con qué gusto se entregaban entonces, a él! No todas, claro. Marianne era distinta. Bella, fresca. Joven y ambiciosa. Se veía presionada a tener un bebé para retener la fortuna de los Riderbown. No estaba dispuesta a permitir que ello sucediera, el doctor lo sabía; Marianne no estaba hecha para la pobreza. Ni para ser una mujer abandonada.

—Mi esposa lo espera arriba —anunció lord Riderbown cuando

la doncella hubo regresado.

Gillian se agachó en una ligera reverencia.

—Muchas gracias, milord.

—Esperaré aquí a que termine de revisarla... Doctor, le ruego me informe de lo que sea.

—Así lo haré, descuide.

Le llevó un esfuerzo mostrarse sereno y profesional al ingresar en el cuarto. Marianne estaba en la cama, apoyada sobre unos almohadones blancos. Su cabello castaño, recogido apenas con un lazo, caía sobre uno de sus hombros. Su piel se veía tersa y pálida, sublime. Su mirada destilaba miedo y furia al mismo tiempo.

—Mi querida muchacha —saludó—, ¿cómo te sientes?

—Nunca me he sentido mejor —repuso ella con cierta hosquedad.

—¡Oh, Marianne! Eres tan valiente, pero mentirme no te ayudará, ¿sabes? —Miró a la criada que permanecía de pie—: Trae un bote con agua caliente y toallas limpias —le ordenó—, voy a revisar a esta dama.

—¡No es necesario! —exclamó Marianne—. ¡No quiero que ella se vaya! Llamaré a otra sirvienta...

—Marianne —susurró el médico mientras la criada se mostraba confusa—, quieres que tu bebé nazca sano, ¿verdad?

Con los labios y los puños apretados, la joven asintió.

—Ve —ordenó el galeno a la chica, con voz aplomada. Luego sonrió y se aseguró de cerrar la puerta con el llavín. Se sentó en la cama y acercó la boca a la delicada oreja de Marianne.

—Si vuelves a intentar desobedecerme, todo el mundo sabrá lo que haces. ¿Queda claro? Y si me contradices, te enviaré a *Bedlam*, no lo olvides.

Marianne asintió sin emitir sonido.

El médico metió la mano por el escote del camisón hasta alcanzar el seno. Lo masajeó por incontables segundos, luego lo extrajo por sobre las puntillas de la prenda y lo abrazó con sus labios. Marianne cerró los ojos conteniendo las lágrimas. El médico hizo lo mismo con su otro pecho, hasta que unos golpecitos en la puerta lo obligaron a detenerse. Le acomodó las ropas.

—Tus pechos deben estar inflamados para que tuembarazo resulte creíble —le susurró al oído antes de levantarse con un gemido de placer a abrir a las sirvientas. Las despidió luego de que dejaran el agua y las toallas ordenándoles que llamaran a la matrona, la señora Rubbey.

Con ella presente, Gillian se ubicó a los pies de la cama, levantó las piernas de su paciente por sobre sus hombros, subió la falda del camisón y comenzó a hurgar en su sexo.

Marianne lloraba. La señora Rubbey apretó su mano y le acarició el cabello.

—Descuide, milady —dijo con dulzura—, no hay otra forma de comprobar que todo esté bien con su bebé. Durará unos pocos minutos. Ya verá usted.

—Su esposa necesitará atención absoluta —dijo el médico mientras degustaba el té que le había invitado lord Riderbown. Estaban sentados en la sala, junto al jardín. Afuera lloviznaba—. Su cuerpo es muy débil, le costará retener el embarazo si no tenemos los cuidados necesarios.

—Haré lo que usted diga, doctor.

—Yo recomendaría alejarla de Londres. ¿Tiene una finca en el campo?

—Sí, claro, tenemos una estancia en Hampshire.

—¿Hampshire? Estupendo, espero que esté cerca del mar.

—Lo está, claro que sí, pero... no sé cómo haríamos, no puedo dejar mi trabajo en el senado.

Gillian disfrutaba tanto que le costaba no sonreír.

—No hay problema con eso, podremos enviarla con su matrona y yo mismo la visitaré todas las semanas. Usted puede ir cuando le quede cómodo.

—Fantástico, pero ¿cree que soportará el viaje? ¿No será dañino para el bebé?

—No, no. Es preciso que el viaje se haga, a ser posible, mañana mismo. Cuanto antes esté lejos de este aire putrefacto de Londres, mejor. Más fuerte se pondrán ella y el niño. Es preciso que no se la someta a ningún tipo de esfuerzo.

—Así se hará, doctor.

—Estupendo, tendrá un hermoso bebé para agosto.

—Muy bien... envíeme en su factura, los costos de sus viajes y todo lo que necesite.

—Lo haré, milord, lo haré.

* * *

Alguien la agarró del brazo; recién entonces se dio cuenta de que la habían liberado de sus ataduras. La levantaron de un tirón y un dolor punzante abrazó sus piernas agarrotadas. No tenía idea de cuánto tiempo había transcurrido desde que había estado en Compton, con Fox.

Fue obligada a subir por una escalerilla angosta y resbaladiza, se sentía mareada; el piso continuaba moviéndose.

Era de noche, aunque en el cielo se veían las primeras señales del amanecer. Intentó girar la cabeza para ver quién la sostenía de

forma tan brusca, pero una mano tosca la obligó a mantener la vista al frente, donde distinguió un horizonte rosa, agua... ¡estaba en un barco! ¿Adónde la llevaban? Forcejeó para liberarse, aunque no tenía idea dónde podría ir sin saber nadar.

—¡Fox! —gritó—. ¡Fox! —La garganta le quemaba, había vomitado varias veces y aún tenía adherido en las fosas nasales el nauseabundo hedor de donde quiera que había estado antes—. ¡Fox!

—¡Cállate, chiquilla estúpida! —gritó el sujeto que la mantenía prisionera, con voz nasal; como no le hizo caso, le cruzó la mejilla con un bofetón.

Tomó aire, quiso gritar, pero primó su instinto de sobrevivencia.

El tipo la obligó a caminar por la cubierta hasta el otro extremo, donde, a los empujones, la hizo bajar otra escalerilla. La ubicó frente a un hombre enorme que tenía, según sus cálculos, una edad aproximada a la de Stephen Boyle, aunque algo más grueso y mejor acicalado que el jardinero; lucía un traje de buena tela, camisa de seda y fular. En sus dedos resplandecían varios anillos con piedras.

El que la sujetaba le despejó el cabello de la cara con dos manotazos. El hombretón bien vestido la observó de arriba a abajo, como se observa el trozo de carne por el que se ha pagado buen precio. Se le acercó y estiró las manos hasta aprisionar su cintura, luego las deslizó por las caderas. Emily sintió miedo por primera vez desde que se encontraba en aquella situación. El hombre le tomó las manos y las estudió de un lado y del otro, después le miró los dientes. Luego la soltó y se alejó.

—Está bien —sentenció—. Pagarán bien por ella, pero no la venderemos como criada. Bien arreglada, esta chica puede darnos mucho. ¿Estás casada? —preguntó, volviendo hacia ella sus ojos pardos. A Emily le recordó a un zorro. ¿Casada? ¡Pero si solo tenía trece años! Aunque a la pobre hija de Meredith, su vecina, la habían casado a los doce, pobrecilla, todo para obtener...—. ¡¿Eres sorda?! ¡Te pregunté si estás casada! —vociferó el hombre.

—No.

—Estupendo. Eso significa que estás intacta, ¿verdad? —Ahora parecía un lobo.

Ella levantó la frente. Empezaba a comprender. Era una simple criada, pero podía leer y había leído las suficientes historias como para relacionar «vender» con «estar intacta». Y entender su significado.

—¡Tengo un novio con el que me he fugado varias veces a los cobertizos! —dijo casi con satisfacción.

Pero seguía siendo una niña de trece años.

—Estupendo —repitió el tipo, repasando sus labios con la

lengua—, entonces costarás lo mismo si, antes, me divierto un poco contigo.

Los ojos de la niña se abrieron de par en par. Los dos hombres rieron; el que la había llevado la atrapó por la cintura y la atrajo hacia sí, acercando peligrosamente la boca a su cuello.

—¡No! —gritó al tiempo que levantaba con fuerza la pierna hacia atrás, dando con el taco justo en la entrepierna del sujeto, que se dobló de dolor mientras el ricachón reía a carcajadas.

Subió sin pensar por la escalerilla por la que había bajado y se encontró de nuevo en cubierta. Dos hombres la miraron extrañados. No podía perder un solo segundo.

—El jefe los espera —dijo acomodándose el cabello.

—¡Atrápenla! —gritó desde abajo el lesionado.

Tuvo suerte de que los que tenía adelante fueran un poco lentos, aprovechó para correr hacia unos barriles y se parapetó tras ellos; en cuanto se acercaron los empujó y corrió a la popa. Encontró una portezuela que abrió con todo cuidado metiéndose dentro de una especie de bodega. La puerta tenía, del otro lado, un pasador, lo corrió rogando que no hubiera ningún hombre más allí dentro. Pegó la oreja a la madera y escuchó: «¡No puede haber ido muy lejos!». «Debe haberse tirado al agua la muy tonta, ¿alguien escuchó un chapuzón?»

¡Un chapuzón! ¡Eso era! Con gran esfuerzo acostumbró sus ojos a la oscuridad y tanteó en derredor, había varias botellas llenas y algunas vacías, por el aroma supo que eran de ron. El señor Aldridge solía beber una copa cuando hacía mucho frío. Un trozo de lienzo con un pertinaz olor a podrido sirvió para envolver unas cuantas y buscar una ventanilla por donde arrojarlas. Si lo lograba, le daría tiempo de encontrar a Fox... si es que estaba en el mismo barco. La sola idea de que el chico no estuviera allí la llenó de terror. Encontró una ventanita redonda, pero no pudo abrirla; siguió unos pasos más y entonces escuchó golpes en la puerta. Intentaban abrirla. A su derecha un... no, varios gemidos... ¿Fox? Corrió agachada con su saco de botellas entre los brazos. Un pasadizo con olor a humedad la recibió, estaba aún más oscuro y frío.

—¡Fox! —llamó, casi en secreto con voz temblorosa.

—¿Emily? —¡Era él! Lloraba, pobrecillo.

—¡Sí, soy yo! Háblame así me guío, está muy oscuro.

—¡Acá estoy! ¡Ven por mí, por favor! Estoy atado...

—Lo sé, ahí voy, tranquilo.

Continuó caminando con los golpes sucediéndose detrás suyo. En cualquier momento entrarían. Un reflejo en lo alto le indicó que allí había otra ventana, vio con gusto que entraban los primeros rayos de sol.

Subió a una caja y descubrió que, con un empujón, podía

abrirla. Lanzó la bolsa con las botellas y se quedó muy quieta hasta que escuchó el «splash», fuerte y claro. Los golpes se detuvieron. Bajó con cuidado de la caja. No se escuchaban pasos. No había tiempo para perder. Continuó caminando hasta que encontró a su amiguito. Otros dos niños estaban con él. Con poco esfuerzo los liberó, aunque no tenía idea de cómo escaparían. Por ahora, lo único importante, era que se habían reunido, al fin.

—No podemos escaparnos —sollozó Fox, abrazándola.

—Encontraremos la forma, ya verás. Por ahora, quedémonos muy quietecitos mientras pienso qué haremos, ¿sí?

—¡*Temenos* que seguir hasta encontrar a Dick!

—Si no nos encuentran, regresarán —pensó Emily en voz alta, mordiéndose la uña del pulgar—. Entonces podremos pedir ayuda a Scubs.

—No —terció Fox—, *temenos* que seguir para ver donde los han llevado. *Depués* buscamos *al Scub*.

Tenía lógica.

—Haremos algo —dijo—, ya no me buscarán porque creen que me he tirado al mar. Me esconderé y ustedes quedarán aquí; si les preguntan por mí, dirán que no me han visto. Así sabré dónde los llevan y, si no puedo liberarlos, iré en busca del inspector.

A Fox no le gustó mucho la solución, pero entendió que era lo mejor. Los otros niños, cuyos nombres eran Jerry y Stanley, también aceptaron volver a ser amarrados. Emily se escondió detrás de unas redes de pesca, sucias y espesas.

Un rato más tarde, un hombre entró para inspeccionarlos. Los chiquillos lo miraron con ojos angustiados. El tipo alumbró con un farol como si buscara algo y Emily tuvo que agacharse para no ser descubierta. Cuando el haz de luz estaba casi sobre ella, Fox se quejó:

—¡Tengo hambre!

—¡Y yo tengo sed! —gimió Jerry.

—¡Quiero hacer pipí! —agregó Stanley, con el mismo tono doliente de los otros.

—¡Pues se aguantan! —bramó el hombre, al tiempo que pateaba unos cajones vacíos. Luego se alejó gruñendo cosas ininteligibles.

—Emily, ¿estás bien? —susurró Fox con rabia. Era un chico acostumbrado a esconderse y a escapar. No a que lo atraparan y lo amarraran. Tampoco acostumbraba a estar preocupado por otra persona que no fuera él. Y ahora lo estaba, por Emily, por Dick y por Billy, el amigo de Teddy.

—Sí —contestó la niña, asomando la cabeza entre las redes—, intentaré conseguirles comida y agua... en cuanto a lo del pipí...

—No te preocupes —señaló Stanley mostrando sus dientes rotos

en una amplia sonrisa—. Ya me hice encima.

—¡No te vayas! —suplicó Fox—, ¡podrían *encontarte* y hacerte daño!

—Descuida...

Un movimiento brusco de la embarcación la hizo tambalear; alcanzó a sostenerse de una columna. El barco estaba atracando. Los cuatro se miraron, horrorizados.

* * *

—¡No pienso ir a Hampshire! —gritó Marianne, temblando, con los puños apretados.

—El doctor Gillian dice que es lo mejor para ti y para el bebé, y es lo que harás —ordenó con cierta impaciencia, su marido—. La señora Rubbey irá contigo, te visitaré cada vez que pueda. Puedo decirle a madre que te acompañe, pero no creo que tu...

—¡No! No puedes molestarla con mis tonterías.

—El doctor Gillian te visitará una vez por semana.

Marianne apretó los puños. Estaba atrapada: soportaba los embates de Gillian o perdía la fortuna de los Riderbown, arrastrando consigo a su marido y a su suegra, capaz de matarla si, por su culpa, no lograba mantener el status social que con tanto orgullo ostentaba. El solo pensar en lo que debía aguantar hasta el supuesto nacimiento, la hicieron correr a su habitación seguida de una sonriente criada que, al igual que su esposo, consideraron que eran ganas de vomitar, producto de su estado de gravidez.

Ya en su cuarto, y luego de haber despedido a la doncella y a las criadas, Marianne se sentó en la cama con un pañuelo de seda apretado entre los dedos. ¿Qué escapatoria tenía? ¿Debía someterse a las bajezas de Gillian solo por...? ¡Oh, Dios! ¡Necesitaba un bebé! Y necesitaba que esta vez ocurriera. El anterior intento había salido tan mal... Habría sido perfecto... ¡Esa maldita prostituta! Esperaba gemelos; dos niños que iban a ser para ella y para Geoffrey. Y la condenada había huido con un criado dejándola sin bebés. ¡Un criado que ni siquiera era el padre de las criaturas! ¡Maldita y estúpida mujerzuela egoísta! Vaya a saber qué vida llevarían ahora esos pobres niños. Ella podría haberles dado la mejor educación, las mejores ropas. Las lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas al tiempo que recordaba la insistencia de su suegra a ayudarla a atar los lazos de su vestido cuando la suponía encinta. ¡Había sentido un miedo incontrolable! Entonces había decidido que no esperaría a que Gillian encontrara a otra mujer en estado. Si lady Elizabeth descubría la mentira hubiera sido el acabose, habría convencido a Geoffrey de divorciarse. ¡Había que hacer algo! El médico, a regañadientes, había aceptado ayudarla una vez más y así, un fingido ataque en el puente

de Westminster la había librado de su «embarazo» sin perjudicar su reputación; hablaba muy mal de una mujer el que no lograra llevar a buen término un alumbramiento. Solía decirse que estaba dañada. ¡Oh, Dios! ¡Cuánto necesitaba ese niño! Si lo anterior se hubiera llevado a cabo, nada de esto le estaría sucediendo y ya tendría dos vástagos para nunca más tener que atravesar semejante humillación.

Ni siquiera podía culpar a Geoffrey de su incapacidad para embarazarla; ninguna mujer sobrevivía a semejante a acusación. Pero tenía que ser él quien no podía engendrar hijos. Ella era joven y sana. ¡Su madre había parido a cuatro!

Levantó la frente con resolución en la mirada. Haría el sacrificio; debía tener al menos dos niños. Si algo sucedía con uno, habría otro heredero para la sucesión. Y una vez que tuviera a sus hijos, se encargaría de Hubert Gillian. ¡Oh, sí! Claro que se encargaría.

11

Una vez que descendieron en Compton Street, Scubs y Flanagan preguntaron aquí y allá. Tales eran las pintas que llevaban que los comerciantes los veían como si de leprosos se tratase. Así y todo, llegaron hasta lo de un tal Finley, quien según supieron, solía pagar excelentes precios por buena mercancía sin preguntar su procedencia.

La tienda era similar a todas las de la calle: puerta acristalada y ventanal con el nombre escrito en letras delgadas y parejas. Un robusto mostrador dividía el local en dos; vitrinas, cuyas puertas cerraban con llave, exhibían relojes, cadenas y algunas cigarreras de plata. Finley tenía una apariencia desagradable, su ensortijada cabellera gris crecía alrededor de una brillante y despejada coronilla.

—Acá no hay nada para ustedes —dijo sin abrir la puerta, meneando la mano como si espantara insectos molestos.

Flanagan le mostró el saco con las joyas de la madre de Scubs. El inspector lo había dejado al mando reconociendo que, en estas cuestiones, se conducía mejor.

—¡Son muy buenas! —exclamó el sargento, torciendo un poco la boca, con aire conocedor—. Muy valiosas.

Finley entrecerró los ojos y observó el saquito de terciopelo. La bolsa, por sí sola, ya tenía un valor, consideró, así que abrió y los dejó entrar, aunque no dejó de mirarlos con desconfianza mientras les indicaba el mostrador.

Flanagan desparramó allí las joyas. Scubs se mantuvo en silencio un paso más atrás, con las manos en los bolsillos y mascando unas hojas de tabaco para parecer más recio.

—¡Fantástico! —expresó el vendedor al ver las gemas—. Les daré una libra por todo.

—¿Qué? —intervino el inspector, olvidándose de su rol—. ¡Valen muchísimo más!

—Descuida. —El sargento apoyó la palma sobre el pecho de Scubs—. Por supuesto que valen mucho más y Finley lo sabe ¿verdad, amigo?

El comerciante se mostró un poco nervioso, pero sin intención de echarse atrás. Levantó el mentón.

—Es todo lo que puedo ofrecerles.

—De acuerdo. —Flanagan devolvió las joyas al saco—. No haremos trato contigo. Es una pena, porque teníamos otras cosas para ofrecerte.

—¿Qué cosas?

—No te lo diremos; no eres de fiar. Buenas tardes.

Scubs abrió enormes sus ojos azules y miró, ofuscado, al sargento. ¡No podían irse, así como así! Pero aquel, sin inmutarse, caminó hacia la salida.

—¡Está bien, está bien! —chilló Finley—. Les daré una guinea. ¿Conformes?

El sargento se detuvo con una sonrisa.

—Eso está mejor.

Para Scubs fue doloroso ver cómo las joyas de su madre iban a parar a manos del mercader a cambio de una moneda que, aunque valiosa, no era ni la cuarta parte de su precio real.

—¿Qué más tienen? —inquirió el hombre, metiendo el saquito en un cajón.

Flanagan lo miró de lado, como quien tiene todo para ganar.

—Eso que tanto quieres...

Finley estiró apenas los labios.

—Estupendo, estupendo. —Dio la vuelta al mostrador para tomar su libreta, similar a la que habían encontrado en el cuerpo de Gibson—. ¿Cuántos y de qué edades?

Los policías quedaron tiesos.

—Dos —atinó a contestar el inspector, con voz temblorosa—. De nueve y trece.

El comerciante levantó la vista, estirando hacia arriba sus espesas y desordenadas cejas.

—¡No serán un niño y una niña!

—Sí.

Cerró la libreta de golpe.

—¿Creen que pueden engañarme, zaparrastrosos?

—No, no te engañamos —prosiguió Flanagan, comprendiendo a quiénes se había referido Scubs—. Tal vez estamos hablando de diferentes... envíos...

El viejo se aferró al mostrador.

—Ustedes no serán polis, ¿verdad?

Hubo un instante en donde ninguno de los tres respiró. Scubs no logró contenerse.

—Así es —dijo sacando la placa ante la desesperación de Flanagan, que cerró los ojos, resignado. Y la puerta, de paso, no fuera cuestión de que se amontonaran curiosos.

—¡Lo sabía, malditos! —vociferó Finley—. Los enviaron ellos, ¿verdad? ¡Esos niños pordioseros! ¡Sabía que no debía confiar en ellos! ¡Hija de un conde, ja! ¡Pero qué estúpido he sido! ¡Ni se les ocurra detenerme, malditos! ¡Conozco al jefe! ¡Él me liberará de inmediato y los pondrá a ustedes a trabajar en los estercoleros!

—¡Cállate! —gritó Flanagan. El hombre pareció encogerse e hizo silencio de inmediato. Scubs lo sujetó por las manos, listo para

colocar los grilletes—. ¡Si tu jefe se entera que hemos llegado hasta ti, ¿qué crees que hará contigo?! —Finley tragó saliva, el sargento bajó el tono de voz—. No vamos a detenerte y nadie sabrá que te hemos visitado, pero podemos hacer algo peor si no nos dices lo que sabes.

—¿Qué es lo que quieren saber? —masculló el viejo, con aire de derrota dejándose caer sobre una silla.

Flanagan volvió a abrir la puerta, no tenía sentido que alguien pensara que le estaban robando.

—¿De qué niños hablas? —preguntó Scubs.

—No sé..., solo los entrego y me gano unas libras... ¡Son niños! —rezongó como si no fuera necesario explicarlo—. ¡Niños que nadie quiere! Les dan trabajo y comida. Qué más pueden esperar, ¿no? —Levantó un hombro—. Al menos no morirán de hambre.

Scubs lo miró con furia, quería golpearlo hasta que se le desprendieran los dientes.

—¡El niño y la niña de los que hablaste! ¿Cómo eran? —gritó. Finley se sobresaltó.

—Un niño pequeño, de unos ocho años, parlanchín y pretencioso. Ella es una jovencita como cualquier otra, dijo llamarse Norah Carlington.

—¿Norah Carlington?

—Sí. ¿La conoce?

—No. ¿Y el niño?, ¿cómo se llamaba?

—No lo sé, John, creo que dijo.

—Así que traficas con niños...

—No, no... Solo los entrego a quienes van a darles una vida mejor... ¿Lo ven? ¡Si hasta les hago un favor! ¿Saben cuántas mujeres se embarazan y después no quieren a sus niños? Pues yo me ocupo de conseguirles un buen hogar donde sí los querrán.

Scubs hojeó la libreta y se la mostró a Flanagan; las anotaciones eran muy similares a las de la otra.

—¿Qué significan estas columnas? —preguntó el sargento pegando con las hojas abiertas en la nariz del hombre.

—Es la... Son las fechas en que se entrega un niño, la edad que tiene... y para quién es.

—¿Los números subrayados?

—Los niños. Sin raya, niñas.

Scubs quitó el monóculo de la nariz de Finley y le dio tremendo puñetazo en plena cara. Flanagan sonrió. No era lo más ético, pero el tipo se merecía ese golpe, y muchos más.

—Bien —prosiguió el inspector, acomodando su deshilachado gabán—. Ahora señalarás los códigos de quienes los entregan y de quienes los reciben.

—Eso ya no lo sé.

—¡A algún sitio los llevas, ¿no?! ¡¿Adónde?!

—¡A ninguna parte! Los retiran de acá... un médico, que no sé cómo se llama —mintió—; solía venir Goofy, pero ha desaparecido...

—Y supongo que no tienes idea de adónde puede estar.

El hombre negó con la cabeza.

—Y tampoco me dirás quién es el «jefe».

—No podría, aunque quisiera —balbuceó—, porque no lo sé.

—Pero, deduzco que tiene mucho dinero, ¿verdad? —Finley levantó los hombros—. Bien, escúchame —prosiguió Scubs—. Me encantaría llevarte ya a la cárcel, pero nos serás de más utilidad libre. Nadie sabrá lo que nos has contado y habrá un policía en tu puerta las veinticuatro horas, ¡cada día de tu maldita y miserable vida! En cuanto aparezca Goofy o tu jefe, lo señalas, ¿entiendes? Puede que así te salves de la horca. Y donde te vea cerca de una criatura, vendré por ti ¡y yo mismo te colgaré! —Finley afirmó con la cabeza; ya no parecía el hombre seguro y altanero de un rato atrás—. Y otra cosa, ni se te ocurra intentar escaparte, estaremos vigilando. Volveremos cuando necesitemos más información.

Y así diciendo, tomó la bolsa con las joyas de su madre y las metió en el bolsillo. A Finley ni se le ocurrió reclamar su guinea.

* * *

Lady Elizabeth Willcott Riderbown observó que la mesa estuviera en condiciones y, una vez convencida, despidió a los criados. En su casa no había árbol navideño; si bien era absolutamente fiel a la reina Victoria, no coincidía con esa costumbre que había traído su esposo, de llenar la casa con cosas brillantes y árboles decorados. Tampoco coincidía con Su Majestad en el luto eterno. Ella ya había llorado lo suficiente a su Charles; ahora tenía otras cuestiones de qué ocuparse.

Alisó los antimacasares con la palma de su mano disfrutando de la delicada textura de la tela. Sonrió. Su hijo le había enviado una nota en la que le solicitaba que lo esperara a cenar, debía hablar con ella. Una secreta y feliz esperanza anidaba ahora en su corazón. ¿Se habría embarazado, al fin, esa melindrosa muchacha con la que se había casado?

El mayordomo abrió la puerta principal.

—El señorito ha llegado, milady —anunció.

Geoffrey Roderbown lo miró con desagrado al pasar junto a él.

—¡Hace años dejé de ser un «señorito», Rogers! —protestó.

—Lo siento, milord.

—¡Geoffrey, querido! —Lady Elizabeth avanzó hasta él abriendo los brazos—. ¡Que grata sorpresa!... ¿Y Marianne? —preguntó mirando extrañada por sobre sus hombros.

—En Hampshire —repuso él, besando la mejilla de su madre.

—¿Hampshire?

—Así es, el médico le ha recomendado reposo absoluto. Ha viajado en compañía de la señora Rubbey y allí se quedará hasta que... —Instintivamente, lady Elizabeth sujetó sus manos contra el pecho, con mirada anhelante—. Hasta que nazca el niño —soltó su hijo con una exhalación.

—¡Oh, Geoffrey! ¡Qué excelente noticia! Mañana mismo emprenderé el viaje.

—¿Qué via...? ¡No! No, madre, tú no irás.

—No digas tonterías —exclamó ella colgándose de su brazo—. A esa pobre muchacha ya no le queda familia; claro que iré; me necesita, aunque tú no lo creas. Y ahora, vamos al comedor que la cena debe estar lista, ¡debemos celebrar!

Se sentaron uno en cada extremo, como era costumbre; los platos y las copas fueron servidos; Lady Elizabeth se sentía dichosa, aunque el temor de otra pérdida por causa de la inutilidad de su nuera de hacer algo bien, anidaba en su corazón. Y una duda espantosa le carcomía el alma.

—¿Has sabido algo de aquella muchacha con la que te enredaste hace años...? —preguntó cuando ya tomaban los postres—. La sirvienta de lady Constance

Geoffrey levantó los ojos.

—¿A qué viene semejante pregunta?

—He oído ciertos rumores...

—¿Y desde cuando te dejas llevar por rumores? —Comenzaba a enfadarse.

—Desde que hablan de mi linaje —expresó ella con acentuado rencor.

Geoffrey bebió un largo trago de su copa. Había ido a dar una noticia que la alegraría y ella le salía con semejante cosa. Pues bien, si quería saber, le informaría.

—Hablemos en la sala pequeña —dijo, poniéndose de pie.

La mano de lady Riderbown tembló y soltó, sin querer, un pequeño gemido. Su intuición le advertía que aquello tan temido estaba a punto de ser revelado. Caminó con tanto nervio hasta la salita, que temió caerse en dos oportunidades. Geoffrey no pudo haber sido tan...

Encontraron a Sila arreglando los almohadones.

—¡Vete! —ordenó la dama. La sirvienta obedeció y se alejó con una ligera reverencia.

Se ubicaron en los sillones, bajo el enorme cuadro que mostraba a Elizabeth Willcott en su primera juventud, montada en un magnífico corcel.

Geoffrey se ocupó de cerrar ambas puertas.

—Madre —dijo, recargando su peso en el brazo del sillón—, lo que voy a decirte no será de tu agrado. Sé lo que piensas al respecto por lo que te ruego que no me lo digas. No en este momento, al menos. Si he de decírtelo es porque, por tus palabras deduzco que sospechas algo y temo que te enteres por otros medios o que tergiverses las cosas.

—¡Habla de una vez!

El joven tomó aire y carraspeó.

—Esa muchacha... Catherine Boyle. Se ha ido lejos, no he vuelto a verla ni tengo intenciones de hacerlo... Me he enterado hace poco de que ella... ha tenido una hija... mía. —Lady Elizabeth tapó su boca con ambas manos y sus ojos se abrieron de par en par—. No tengo idea dónde está la niña, no voy a buscarla, te lo aseguro... Catherine la... entregó en adopción.

Una exhalación de alivio relajó el semblante de su madre, pero fue solo un instante. «¡Soraya lo sabe!», pensó.

—¿Estás seguro de que es cierto? ¿Quién te lo ha dicho?

Geoffrey se puso de pie y caminó, ida y vuelta hasta la pared contraria, que le pareció más cercana que cuando habían entrado.

—Alguien absolutamente confiable, no hay motivo alguno para dudar de su palabra, te lo aseguro.

—¿Te pidió dinero?

—¿Quién?

—¡Quien te haya contado semejante mentira!

El muchacho se agachó frente a ella y la miró a los ojos.

—¡No es mentira, madre! —casi rogó—. ¡Esa niña existe y vive en algún lugar de Inglaterra!

Una bofetada amplia y dolorosa le cruzó el rostro.

—¡Idiota! ¿Cómo has podido...? ¡Dios mío! ¿Quiénes lo saben?

—Na... nadie.

—¡No seas estúpido! ¡Alguien te lo ha dicho a ti y, por rumores, he sospechado yo!

Elizabeth se puso de pie, erguida como un junco, la frente alta, la columna recta, como siempre que había que resolver un problema.

—¡Nadie más debe saberlo, o te juro...!

—¿Qué? ¿Qué harás, madre?

—¡No tienes idea de lo que soy capaz! —Y se marchó.

A Geoffrey le impresionó la mirada que impuso a su última frase. La conocía, pero nunca la había sufrido, era una mirada gélida y distante. Iracunda.

Del otro lado de la segunda puerta, Sila mantenía los labios apretados. Giró sobre sí misma y se apresuró a correr hasta el cuarto que compartía con otras tres sirvientas. Tras haberse cerciorado de

que nadie la había visto y de que estaba sola, cerró la puerta y se abalanzó sobre su baúl, extrajo unas hojas y un lápiz y garabateó una nota. La metió en un sobre y luego lo guardó, bien apretado entre el cintillo del delantal y el vestido del uniforme. Si alguien la descubría estaba perdida. Acomodó los pliegues de la falda y marchó rumbo a la cocina.

* * *

—¿Usted cree que el agente Gibson era colaborador en esa red de tráfico infantil? —preguntó Flanagan en voz muy baja. Se hallaban dentro de un carruaje; habían pasado por Bloomsbury a dejar las joyas a resguardo y se dirigían ahora a Spitalfield. Era de noche y estaban cansados, pero debían aprovechar los excelentes disfraces que les había procurado Trixie para entrar en la Casa Grande sin ser sospechados.

—No lo sé —respondió Scubs—, tal vez descubrió algo y por eso lo mataron. Creo que el asesino es el mismo que mató al niño que encontramos en el río.

Flanagan lo miró con duda.

—¿Por qué lo dice, señor?

—En ambos casos, el doctor Sfuttier ha coincidido en que el criminal sabía muy bien lo que hacía, la hoja utilizada era fina, delgada y muy afilada, como un estilete.

—Cualquiera tiene un estilete...

—Pero no cualquiera realiza cortes limpios en una garganta o acierta al corazón sin dar con alguna costilla. No, sargento, esto, como bien dijo el forense, es obra de alguien que sabe de estas cosas.

—Un hombre fuerte.

—Exacto. Y decidido.

El carruaje se detuvo y descendieron en silencio. El cochero se había negado a entrar en aquellos barrios, por lo que los dejó a varias cuadras de distancia. Caminaron con cierta indecisión con el objeto de aparentar que habían bebido de más. Nadie los molestaría por ello.

No fue fácil encontrar la Casa Grande, los laberínticos pasajes se abrían hacia un lado y hacia el otro, las puertas no tenían números identificatorios y era arriesgado andar preguntando. Al fin, con las escuetas explicaciones que les diera Trixie, llegaron.

Una mujer joven y atractiva, con un cigarrillo entre los dedos, los recibió con mirada despectiva.

—No damos limosnas —dijo con sequedad. Iba a cerrarles la puerta en la cara cuando Scubs la detuvo.

—Tenemos dinero —expresó, mostrándole unas monedas—. Nos gustaría hablar con la chica que reemplaza a Flo.

La mujer los miró con asco, de arriba abajo y, con un rápido

movimiento, se hizo con el dinero. Sonrió al ver semejante cantidad; luego regresó a su gesto huraño.

—Esa es Lynn, pasen —dijo, apartándose para que entraran. Scubs iba a protestar por su dinero, pero Flanagan alcanzó a tomarlo del brazo y arrastrarlo hacia adentro—. Tendrán que esperar a que termine —continuó la mujer guardando las monedas en el corpiño de su vestido, que dejaba al descubierto gran parte de piel—. Está trabajando.

Era, evidentemente, la regente del burdel, la madama; los condujo a una salita con una mesa cuadrada y muchas sillas, alrededor de la cual, otras mujeres tomaban té caliente, algunas fumaban. Los observaron con curiosidad, ninguna se les ofreció, lo que daba cuenta de lo bien disfrazados que iban. Sin haber preguntado, la madama sirvió dos jarros de té caliente.

—¿Los dos quieren a Lynn? —consultó con indiferencia—. Alguna de éstas puede encargarse de uno, y Lynn del otro.

Dejó los jarros sobre la mesa y los invitó a sentarse con un ademán. Dos de las mujeres se levantaron para dejarles espacio y fueron a ubicarse en otras sillas, algo más alejadas.

—Iremos con Lynn —aseguró Scubs con la cara roja. Flanagan miraba el suelo mientras bebía el insípido té. Era muy embarazoso estar en un lugar como aquél y que las personas presentes los supusieran dos degenerados; aunque dichas personas se ganaran la vida vendiendo sus cuerpos.

Luego de una larga e incómoda espera, una jovencita menuda, con buenas formas y bonito rostro alargado, apareció de atrás de un cortinado.

—¡Hola! Soy Lynn —saludó con aire alegre—. ¿Me están esperando? —Su rostro mutó de inmediato al reparar en los zaparrastrosos—. ¡Oh! —exclamó—. ¿Tienen dinero?... ¿Bastante dinero?

—¡Es dinero y punto! —chilló la madama—. ¡Han pagado por tus servicios y es exactamente lo que vas a darles!

—De... acuerdo... Vengan.

El resto de las mujeres sostenía sobre ellos esa mirada vacua e insípida de los resignados, de los que ya han perdido toda esperanza sobre cualquier cosa.

La chica los condujo hasta una habitación cuyas paredes estaban forradas con un descolorido papel rojo. Lo primero que saltaba a la vista era la cama doble sobre la que descansaba un edredón oscuro atiborrado de manchas en diferentes tonalidades. Sobre él, distribuidos en toda la cabecera, almohadones con volantes. Al costado, una mesa de noche sostenía la única lámpara del cuarto, con dos candelas; más allá, un par de sillas de madera y un espejo

ovalado de pie. Junto a éste, un biombo de tela brillante mantenía apartada una esquina del cuarto.

—Bueno —dijo la jovencita, resignada—, pueden quitarse las ropas ahí de...

—Solo queremos hablar contigo —interrumpió Scubs en voz baja, tomándole las manos.

Ella batió sus largas pestañas.

—¿En serio? ¡Qué tipos más raros! —Sonrió—. Pero madame Gigi va a molerme a palos si no hago mi trabajo.

—No te preocupes por eso —aseguró Flanagan—. Hablaremos bien de ti, solo necesitamos algo de información. Le diremos que has cumplido... muy bien.

A Scubs le costaba trabajo mantener los ojos apartados del escote de la chica, o de sus pulposos muslos que, al sentarse ella, quedaban al descubierto. Flanagan, en cambio, menos sutil que su jefe, no tenía el menor empacho en observar con detenimiento cada centímetro de piel expuesta.

—Te daré dinero extra —dijo el inspector.

—Está bien —consintió ella con mirada brillante—, pero debemos fingir que ustedes lo están pasando bien, ¿de acuerdo? —Y agregó en un susurro—: Las paredes oyen.

Asintieron. La chica lanzó entonces unos cuantos gemidos que ruborizaron a ambos.

—¿Qué es lo que quieren saber?

—Primero, déjame aclararte que somos amigos de Trixie Bepsy —informó el inspector.

Ella se echó hacia atrás, como para observarlos mejor.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡No sabía que Trixie tuviera amigos tan... desaliñados! —Soltó una carcajada y volvió a emitir unos gemidos y algunos gritos. Era evidente que estaba divirtiéndose.

—¿Quién dirige este lugar? —preguntó Scubs.

—Goofy, pero no sabemos dónde está. Hemos quedado en manos de madame Gigi.

—Por encima de ellos. Tiene que haber alguien por encima de ellos.

—Supongo —contestó ella levantando un hombro y volviendo a gemir—, pero no lo conozco ni sé su nombre. Supongo que será alguien a quien llaman «el jefe». He oído a Goofy hablar de él.

La chica empezó a moverse de arriba a abajo haciendo chillar los fuelles de la cama. Scubs suspiró.

—Cuéntame qué pasa cuando una de ustedes se embaraza.

Lynn hizo un puchero, como si fuera a llorar, pero no lo hizo. Siguió saltando en la cama.

—El doctor viene varias veces a ver a la preñada y luego de que

ésta tiene al crío..., pues..., se lo lleva. En caso de que no se encuentre al doctor y la pobre infeliz se las haya arreglado como mejor pudo, para parir, Goofy se lleva al bebé... ¡quién sabe adónde! —Lanzó una risita tonta.

—¿Quién es el doctor?

—Un médico supongo. Al menos entiende bastante de mujeres embarazadas y de partos. No sé cómo se llama.

—¿Cómo es?

—No muy alto, algo gordito, ojos grises y gafas redondas. Es bastante asqueroso, te diré.

—¿Qué edad crees que tenga?

La chica continuó saltando en la cama, con actitud pensativa. De pronto dio una fuerte palmada en la pierna de Flanagan.

—¡Ey! —gritó éste.

—¡No tiene caso que grite y gima yo sola! —expresó ella con una risita. Y agregó—: Supongo que unos cincuenta. Tiene canas y el cabello bastante largo. Gris.

—¿Sabes qué hacen con los bebés?

—¡Pues los venden! ¿Qué más? Hay muchas damas que no quieren embarazarse, o no pueden. Y pagan por un niño lindo y sano.

—¿Y si no es sano?

—Pues no lo sé... Hay quienes dicen que se los llevan a un islote donde los castigan todo el tiempo y los hacen trabajar, o los venden como criados... Digo yo que todos hemos de servir para algo, ¿verdad?

Los dos hombres intercambiaron miradas de espanto.

—¿Sabes dónde está ese islote?

—No. Se dice también que a las niñas las hacen crecer y luego las llevan a sitios como este, para que produzcan dinero... Eso es muy triste, ¿verdad?... También he escuchado que a los niños pequeños los emplean para robar.

Scubs se quedó pensando mientras Flanagan continuó recreando su vista con las piernas de la muchacha. De pronto, la chica posó su mano sobre la de él y lo miró, incitante, mientras repasaba sus propios labios con la lengua. El sargento se puso de pie de un salto y ella largó otra carcajada.

—Ese tal... «jefe» —dijo Scubs, sumido en sus pensamientos—, debe tener más personas que les consiguen a los niños... ¿Conoces a un Finley, de la calle Compton?

Ella negó con la cabeza y continuó gimiendo y saltando en la cama.

—Lo que sí sé... —agregó la muchacha, llevándose el índice a la boca—, es que el doctor no nos acepta como «regalo», ¿saben? Goofy intentó varias veces que tomara a una de nosotras para que se vaya

contento. Pero él no quiso, nos mira con asco. ¿Mencionaste la calle Compton? —preguntó Lynn luego de unos segundos.

—Sí.

—Creo que allí llevan los robos... Verás, el jefe tenía o tiene, no sé, una cuadrilla que roba objetos de valor y los llevan a la calle Compton... Supongo que los venden allí... O, tal vez, los dejan para que alguien más los venda, ¿no les parece?

Guardaron silencio, pensativos. De pronto, la muchacha se quedó quieta y los miró de hito en hito.

—¿Por qué quieren saber tantas cosas? ¿Acaso son policías?

—No, por supuesto que no. Estamos buscando a dos amigos —se apresuró a contestar Flanagan, antes de que el inspector metiera la pata.

Luego de agradecerle por la información recibida y entregarle unas cuantas monedas más, se marcharon, asegurándole a madame Gigi, que nunca lo habían pasado tan bien con una mujer. Ella los miró de lado, estiró la boca y levantó el hombro, como si no le importara.

12

Cuando el conserje le comunicó que alguien la esperaba en el salón, lady Merritt imaginó que sería el inspector Scubs con noticias de los niños; por eso bajó presurosa por las escaleras, seguida de Amelia, extasiada también ante el posible hallazgo de los pequeños. Aunque, por supuesto, el temor por un trágico desenlace era evidente en sus semblantes.

La sorpresa de encontrar a la mismísima lady Elizabeth y su fulgurante mirada, que la atravesó de lado a lado, hizo trastabillar a lady Merritt, por poco rueda los últimos escalones. Se recompuso de inmediato, se acomodó la falda lo mejor que pudo y los mechones de cabello gris que caían desordenados sobre su rostro.

La visitante también mostró su sorpresa, no por su amiga, sino por ver con ella a Amelia Aldridge.

—¡Elizabeth! ¡Qué coincidencia encontrarte acá! —exclamó Soraya con la esperanza de que en verdad fuera una coincidencia; que estuviera en el Claridge's por otras cuestiones.

—No es ninguna coincidencia, querida mía, he venido expresamente para hablar contigo —dijo la otra sin quitar la atención de Amelia, quien, a su vez, la miraba con ojos inquisitivos, como si la viera por primera vez.

Es que nunca antes había reparado en el enorme parecido que guardaba Emily con esta señora, lo cual era bastante lógico, si se piensa, ya que la había visto dos veces en toda su vida y de eso hacía ya más de diez años. Para cuando Emily llegó a Aldridge House, a fines de mil ochocientos setenta y cinco, hacía tiempo que los Riderbown habían salido de sus vidas—. ¿Podemos sentarnos en algún sitio? —preguntó Elizabeth.

—Claro, claro, vamos a los saloncitos... —respondió Soraya. Amelia se dispuso a acompañarlas, aunque dudó ante la gélida mirada de la visitante, pero lady Merritt se impuso—: Amelia nos acompañará.

—Preferiría que hablásemos a solas.

—¡Pues entonces tendrás que regresar en otro momento! —exclamó Soraya—. ¡Estamos bajo un asunto muy delicado y cualquier cosa que suceda nos afecta a ambas! —Amelia se irguió también mirando de soslayo a lady Elizabeth, que asintió con forzada resignación.

Se acercaron a uno de los sitios más apartados: un pequeño salón decorado de manera simple y elegante. Las dos damas se sentaron en sendos sillones, mientras que Amelia, por ser la más

joven, tuvo que conformarse con un taburete. Ni bien estuvieron cómodas, un camarero les dejó una bandeja con té y algunas delicias, como emparedados, masas y tartaletas.

—¿Y bien? —preguntó Soraya con ansiedad. No quería que llegase Scubs y la encontrara conversando con Elizabeth Riderbown—. ¿De qué se trata?

—De algo que tú sabes y crees que yo no sé —sentenció ésta mirando a Amelia por el rabillo.

—¡No tengo tiempo para jugar a las adivinanzas, Liz, por Dios! ¡De verdad estamos con un asunto muy delicado! ¿Qué no ves en las condiciones en que estoy?

Elizabeth se sorprendió con el tono empleado por su amiga y abrió aún más los ojos; en efecto, no había notado que se veía hecha un desastre: horribles violáceos bajo los ojos, el cabello despeinado... De «la otra» no le extrañaba, ya que pertenecía a una casta inferior. Pero Soraya...

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

Lady Merritt suspiró con cansancio.

—No viene al caso. ¿Tendrás la amabilidad de decirme, de una vez por todas, a qué has venido?

—De acuerdo. —Elizabeth se echó hacia adelante, bajando la voz con mirada endurecida—. Estoy enterada de que el ingrato de mi hijo ha dejado su simiente en una criada de aquella casa. —Lanzó una rápida mirada a Amelia, que se llevó una mano a la boca—. Y que su casquivana madre la ha dado en adopción. —Soraya estuvo a punto de hablar, pero Liz la detuvo—: No te atrevas a decirme que no sabías nada, porque sé que tú lo sabes. De hecho, ¡fue por tus insolentes preguntas que lo sospeché! Y por la cara de esta señorita, creo que también ella está en conocimiento, ¿verdad, querida? —Amelia no respondió—. Quiero que sepas, Soraya, que, si alguna vez me entero de que esa niña bastarda anda detrás de mi familia, ¡de cualquiera de ellos!, me encargaré yo misma de quitarla de la faz de la tierra, ¿me has oído? ¡Esa criatura no existe para nosotros! ¡Jamás existirá! Así que, si tú sabes dónde está, quién es, como es, o lo que sea, ¡será mejor que hables con ella y la convenzas de que ha nacido de un repollo! ¿Quedó claro?

Lady Merritt se puso de pie como impulsada por un resorte.

—Descuida, «querida» —pronunció con voz queda—. Jamás le haría semejante cosa a tan bella criatura. Ni tú, ni tu hijo, ni tu remilgada y triste familia la merecen. Esa niña es demasiado para ustedes. Ahora, si nos disculpas, tenemos cosas mucho más importantes de las que ocuparnos que tus estúpidas futilidades. Buenas tardes.

Se dispuso a salir con Amelia detrás, pero Liz la tomó del brazo.

—¿La conoces?

Soraya giró sobre sí misma. Estaba furiosa, pero no pudo evitar sentir pena por esa amiga tan bella y tan aristocrática, cuyos hombros habían caído ligeramente y la miraba, ya no con enojo, sino con turbación y desconcierto.

—La conozco, sí —respondió—. Y créeme, no la mereces. Esa nuera que tienes... Marianne, nunca te dará una niña como ella. ¡Nunca! No te aflijas, jamás sabrá la clase de familia que la trajo al mundo.

Y se fue, escoltada por Amelia.

Por primera vez en toda su vida, Elizabeth no supo qué hacer ni qué sentir. «¡Una nieta!», pensó. Y de inmediato, su mirada volvió a endurecerse. ¡Hija de una sirvienta! ¡Era lo más horroroso que le había sucedido! ¡Más le valía, a Soraya, mantenerla alejada de ellos, o la conocería! ¡Vaya si la conocería!

Acomodó su capa y salió del hotel.

* * *

Alguien abrió la puerta; dos hombres cortaron las cuerdas de los chiquillos y se los llevaron. Emily esperó unos momentos, luego de asegurarse de que nadie quedaba en el habitáculo hizo un moño muy ajustado con su cabello, se quitó el vestido de la señorita Amelia y, no sin pena, lo dejó tirado por allí. Vestida solo con las enaguas, se cubrió con la capa y levantó la caperuza. Le quedaba algo grande, por lo que su rostro permanecía semi oculto; eso le venía muy bien.

Caminó por los pasillos interiores tanteando en la oscuridad; de pronto le pareció reconocer el aroma asqueroso que había percibido cuando la tenían maniatada en esa cámara oscura. Era el mismo ventanuco que había visto antes. Sí, ya había estado allí. El olor era hediondo, vomitaría de nuevo si no se alejaba pronto. Tropezó con algo y cayó. Tanteó a los costados; algo muy frío había allí, algo como... ¿dedos?, subió un poco la mano y encontró un... ¿brazo? Sí. Y aquello era un hombro..., un cuello... ¡Dios! ¡Era una persona! ¡Y estaba muerta! Tapó su boca con ambas manos para ahogar el grito. Salió como pudo, a trompicones, hasta que cayó de bruces contra una escalerilla. Se quedó muy quieta, por si alguien había escuchado e iba a ver. Luego la subió en cuatro patas, levantando las prendas para no enredarse con las enaguas. Al llegar arriba, abrió la portezuela; el sol asomaba detrás de unas densas nubes oscuras. Con mucha precaución y mirando hacia todas direcciones, atravesó el puentecillo y bajó a tierra. A lo lejos podía ver a los hombres del barco empujando a los niños, obligándolos a ir más de prisa. ¿Adónde los llevarían? Los siguió escondida tras los arbustos.

Llegaron a una construcción cuadrada con un alto murallón

rodeándola. Parecía un castillo; al menos así los imaginaba. ¿Viviría la reina allí? ¿Sería aquel lugar una parte de Londres? Tal vez fuera la casa de verano de la reina... ¿Para qué querría ella unos niños? ¿Para que sirvieran? Tal vez para ponerlos a trabajar de pajes. Ese sería un buen trabajo para ellos. En un rincón del corazón tuvo la esperanza de que les dieran algo rico de comer, algo caliente de beber y buenas camas donde dormir.

Esperó parapetada detrás de un árbol de tronco gordo y ramas gruesas que se doblaban hacia abajo. Aquel sitio estaba desierto, un gran prado con muchos arbustos, muchos árboles, pero ni una casa, ni iglesias, ni... ¡nada! Tampoco había gente paseando, ni comercios. Solo el castillo.

El frío y el hambre la tenían a mal traer, pero no se doblegaría, aguardaría hasta que se le ocurriera algo.

Poco tiempo después volvió a ver a los sujetos del barco saliendo de la fortaleza, riendo despreocupados.

Un enorme portón se había cerrado tras ellos; esperó a que se alejaran y se acercó, rodeando la construcción, buscando algún agujero por donde colarse, pero no había ninguno tan grande por donde cupiese. Lo que encontró fueron unos huecos entre los ladrillos por donde podía espiar hacia adentro. Los niños no estaban a la vista. Distinguió un enorme parque y muchas puertas que llevaban al interior.

De pronto vio a Fox; alguien lo traía casi a la rastra y el niño lloraba a gritos. «¡Oh, Dios!». El hombretón lo pateaba cada poco, elevándolo unos centímetros del piso. Las piernas del pequeño intentaban correr, pero le era imposible igualar el paso de su captor. Se dirigían a la salida, así que Emily corrió. Había visto unas piedras enormes al pasar por la entrada, esperaba que sus pocas fuerzas no la abandonaran justo en aquel momento. El portón se abrió y el hombre salió con Fox sostenido de un brazo, con las piernas en el aire. Emily levantó la enagua y, haciendo bolsa con ella, metió varios pedruscos de considerable tamaño. Esperó a que el portón volviera a cerrarse y entonces se acercó con un gran cascote en la mano. Se irguió, llevó el brazo hacia atrás y lo lanzó con todo el ímpetu que pudo. Le pegó en el hombro y el señor se volvió, iracundo.

Ella se acercó corriendo y, esta vez, lanzó con mejor puntería. Directo a la cara. El tipo cayó con un grito. Fox estaba tan asustado que no se había dado cuenta de quién era hasta que la tuvo cerca y le tendió la mano. Emily cerró los ojos y lanzó otra piedra sobre la cara del hombre, que parecía a punto de levantarse. Fox había tomado la piedra anterior y la lanzó también.

—¡Espera! —gritó la niña, sujetándolo—. ¡No queremos matarlo!

Pero Fox ya la había lanzado. El hombre no se movió.

Se abrazaron asustados y contemplaron durante unos minutos el cuerpo inerte.

Emily apartó al niño y comenzó a quitarse los cordones de las botas.

—¡Ayúdame! —ordenó. Fox obedeció sin dejar de llorar.

Emily sujetó con fuerza y muchos nudos, las muñecas y los tobillos del hombre. Luego, con la cinta que sostenía su moño, puso una mordaza en su boca, lo más ajustada que pudo. Con mucho esfuerzo, entre ambos, lo colocaron detrás del árbol de tronco gordo.

—Debemos escondernos —susurró ella tomándolo de la mano. Lo obligó a correr hasta la orilla, cerca de donde estaba el barco lleno de hombres que custodiaban la cubierta.

—¿Y ahora qué haremos? —sollozó el pequeño, aferrado a su falda.

—¡Allí! —Amparados en la protección que les brindaba el cielo, cada vez más oscuro, corrieron hasta una saliente y se metieron en una especie de cueva bajo unos arbustos y troncos. Los truenos anunciaban que pronto arreciaría una buena tormenta.

—¿Por qué te llevaba ese hombre? —preguntó Emily.

—¡*Poque* me compró! —contestó Fox, entre lágrimas—. ¡Quiero *al Scub*!

Sí. A ella también le hubiera gustado poder ir a buscar al inspector Scubs.

—¡*Temenos* que buscar a Jerry y a Stanley! —murmuró el pequeño—. Les pegan mucho...

Emily lo abrazó aún más fuerte, preguntándose cómo diablos harían para entrar en esa fortaleza. Y salir después.

* * *

El señor Grubber se sentía frustrado. Había acompañado a la señorita Amelia para que nada les ocurriera y, en un descuido, había perdido a los niños. El señor y la señora Boyle se pondrían furiosos y el señor Aldridge... ¡Oh, Dios! ¡El señor Aldridge! Perdería toda confianza en él, ¡era desastroso! ¡Lo que había ocurrido era una verdadera tragedia!

Las damas ingresaron por la puerta en ese instante, lucían exaltadas, tristes y nerviosas. El mayordomo no sabía qué hacer, no podía ir a la cocina a preparar té, ¡estaban en el Claridge's! Se le ocurrió tirar de la campanilla para llamar a algún sirviente que trajera bocadillos; no habían cenado y, aunque era probable que ninguno tuviese hambre —él no tenía—, algo debía hacer.

—Señor Grubber —murmuró lady Merritt dejándose caer sobre el sillón más grande. Él soltó la campanilla y se acercó. Amelia

permaneció de pie—. Ha venido lady Elizabeth... —Grubber llevó sus ojos a una y a otra sin comprender demasiado. No tenía idea de quién era lady Elizabeth, pero algo le decía que el asunto era serio. Aguardó. Lady Merritt no se atrevía a mirarlo—. Riderbown —agregó—. Lady Elizabeth Riderbown.

¡Oh, *esa* lady Elizabeth!

—Disculpe, milady, pero no comprendo exac...

—Sabe que tiene una nieta —soltó Amelia.

—¡Oh! —Se sintió horrorizado, su rostro se puso blanco como el almidón.

—Siéntese, señor Grubber —sugirió la muchacha tomándolo del brazo. Lo acompañó hasta el *chaise longue* y se sentó junto a él—. No se preocupe, no sabe quién es la nieta ni dónde está.

—Pero sabe que existe y que yo la conozco —añadió lady Merritt.

—Pero, ¿cómo...? ¿Cómo se enteró? —preguntó el mayordomo, desconcertado.

Lady Soraya compuso una mueca de pesar.

—Creo que fue mi culpa. Me invitó a almorzar y mi curiosidad pudo más... hice algunas preguntas indiscretas y ella... bueno, no es tonta... Supongo que se dio cuenta. —Amelia se levantó hasta el mueble de las bebidas y sirvió brandy para los tres—. El caso es que vino a preguntarme —continuó lady Merritt al tiempo que cogía una de las copas—, y no pude hacerme la estúpida. Debemos tener cuidado de que no se cruce con Emily. De no saber nada es difícil que una dama o un caballero observen a una sirvienta, pero sabiéndolo... creo que tanto Elizabeth como su hijo, repararán, de ahora en más, en cada criada que ande por la edad adecuada.

—Emily se parece increíblemente a su abuela. ¡Dios! ¡Es su abuela! —susurró Amelia.

El señor Grubber bebió su copa de un solo sorbo, ellas lo observaron, pero no dijeron palabra.

—¡Debemos encontrar a Emily lo antes posible y regresar a Hillside Bell! —exclamó Amelia en tono desesperado.

—Scubs se encargará de eso —replicó lady Merritt.

En aquel momento llamaron a la puerta. Era un camarero del hotel que respondía al llamado de Grubber. Le pidieron aperitivos y té.

* * *

El día en que se realizó el funeral del agente Gibson, amaneció con llovizna. El sargento Flanagan había soñado con Jennifer Otto y estaba, más que contento, preocupado. ¿Cómo se las ingeniaría para cortejar a una muchacha que vivía a veinticinco millas de su lugar de

residencia? ¿Querría, Jennifer Otto, ser cortejada por él? Con estos pensamientos en la cabeza, se puso el uniforme y se preparó para asistir al servicio fúnebre.

Scubs, en cambio, no había dormido bien y no había desayunado, por lo que se hallaba de pésimo humor; le preocupaba el hecho de que siguieran pasando los días y no hubiera noticias de Emily ni de su pequeño protegido. ¿Los hallarían con vida? Esperaba que sí, pero no podía dejar de preguntarse qué los diferenciaba a ellos dos de Samuel Lindston que había sido salvajemente asesinado. ¿Por qué habían matado a ese muchacho? ¿Cuál había sido su error? ¿Se hallaban, Emily y Fox, exentos de cometer el mismo fallo que aquél? ¿Y el agente Gibson? Según sabía, el chico ayudaba a los niños a vender sus mercancías, y el policía... hablaba con ellos. Eso era lo que había averiguado Flanagan con su amigo el barquero. O sea, que ambos estaban involucrados de un modo u otro con los rapiñadores. Al parecer, los ayudaban, no los entregaban. ¿O lo hacían? ¿Dónde estaba el tal Goofy? ¿Y el doctor? No podía investigar a todos los doctores de Londres... Incluso si pudiera hacerlo, encontraría a más de uno ganando dinero con los hijos de las prostitutas, de las sirvientas o incluso, con los hijos de niñas bien que habían cometido un desliz.

Pero una cosa era entregar un bebé no deseado a una familia que pudiera cuidarlo como suyo y otra, muy diferente, arrancarlos de brazos de sus madres para venderlos.

¿Y qué cosa era eso del islote del que había hablado Finley? Sabía que en algún lugar del archipiélago había un sitio vedado para la mayoría de los ingleses donde se confinaba a aquellos que habían nacido con taras, malformaciones o enfermedades. Pero era la primera vez que escuchaba que se llevasen niños allí. ¿Cómo averiguar dónde se hallaba ese sitio? Nadie hablaba de ello. Se decía que era un secreto de estado y que solo el primer ministro lo sabía. Scubs nunca había pensado demasiado en ello así que no se había molestado en hacer algún tipo de averiguaciones.

Se encontró con Flanagan y el jefe O'Neill en la puerta de la sacristía. Le extrañó la poca gente que había asistido. Siendo Gibson un agente de la ley tan respetado como había escuchado, creyó que estaría todo el cuerpo reunido. Sin embargo, solo unos pocos compañeros se habían dado cita. Entre ellos, por supuesto, el agente Clarkson. El jefe O'Neill hablaba con el superintendente Palmer, cabeza de la comisaría de Limehouse.

—Lo siento mucho —murmuró Scubs.

—Gracias, inspector —repuso Clarkson con evidente congoja—. Nunca imaginé que lo enterraría, ¿sabe? Siempre pensé que me iría primero, ¡era lo lógico! ¡Soy casi diez años mayor!

—Tengo entendido que se conocían desde pequeños —apostilló

Flanagan.

—Así es. Nuestros padres se conocen de toda la vida... No son amigos, pero han tenido sus negocios uno junto al otro desde que tengo uso de razón.

—¿Qué negocios tienen? —indagó Scubs.

—El señor Gibson es relojero... Está por allá el pobre hombre —señaló con la cabeza a un grupo de tres—. Mi padre ha venido también.

—¿Su padre también tiene relojería?

—No, señor —repuso Clarkson—, mi padre es barbero. Y muy bueno, recorta el cabello y las barbas a toda la comisaría de Limehouse —agregó con orgullo.

—Lo tendré en cuenta.

El servicio comenzaba, así que se acercaron al ataúd. Flanagan habló por lo bajo:

—Los negocios de estos hombres están en Compton, tal vez puedan ayudarnos a encontrar a otros «Finley».

—El señor Gibson es relojero... añadió pensativamente, Scubs —, tal vez él mismo sea otro «Finley».

13

La lluvia caía ahora más espesa y los paraguas se bamboleaban al paso de los dolientes que comenzaban a alejarse, hacia el final del servicio.

—Agente Clarkson —llamó Scubs.

—¿Señor?

—Perdonará usted que sea tan insistente en estos momentos, pero de verdad quiero apresar a quien haya asesinado a Gibson, y no quisiera molestar a su padre, el pobre hombre tiene bastante sufrimiento ya.

—Por supuesto, señor, ¿qué necesita?

—Me ha dicho usted que el señor Gibson y su propio padre tienen sus tiendas en Compton Street.

Clarkson dudó. Él no había mencionado la calle.

—Así es, señor.

—Por casualidad ¿conocerán ustedes a un tal Finley, que comercia en esa misma vía?

El agente llevó los dedos a sus labios en actitud pensativa.

—No que yo recuerde... No, señor. Pero puedo preguntarle a mi padre y al señor Gibson, en cuanto estemos un poco más...

—Distendidos. Sí, hágalo por favor. Muchas gracias.

* * *

Hacia la tarde el tiempo parecía empeorar. El viejo Rufus cerró su gabán y ajustó la gorra con orejas sobre su cabeza; tenía dos pasajeros a bordo y una caja que le había dado el zapatero para entregar en la otra orilla. Debía apurarse porque en Inglaterra nunca se sabe cómo estará el clima una hora más adelante. Un pasajero le solicitó que aguardasen, su hijo, con quien debía encontrarse allí mismo, estaba retrasado y quería esperarlo.

—Solo unos minutos, caballero —concedió el barquero, tajante —. Si esperamos demasiado podemos quedar en medio de una lluvia fuerte.

Por suerte el muchacho en cuestión llegó rápido y zarparon antes de que cayeran las primeras gotas. Rufus tomó los remos y paleó con fuerza. Para cuando el viento comenzó a azotar, la barcaza ya se hallaba a mitad de camino; miró a su alrededor con los ojos entrecerrados, un carguero navegaba hacia la orilla contraria y, más allá, una embarcación de recreo, aunque sin gente divirtiéndose en cubierta, viraba con lentitud hacia el este. ¿Adónde iría? La había

visto antes y se había hecho la misma pregunta; conocía la mayoría de las embarcaciones que recorrían el Támesis, pero a esa, no. Había olvidado indagar entre sus colegas. Rufus recordaba que la primera vez, había pensado que partiría hacia mar abierto, por eso, al día siguiente se había asombrado de verla nuevamente por allí. En aquel momento, uno de sus pasajeros había sugerido que podía tratarse de un capricho de la reina, pero Rufus no opinaba igual, la reina no saldría a navegar por aquel río hediondo, y si alguna vez lo hiciera, su barco llevaría la insignia de la realeza. Todo el mundo notaría que «aquél era un barco real». Después ya no había vuelto a verlo y lo había olvidado. Hasta ahora. Chasqueó la lengua al recordar a Theo Flanagan preguntándole si había notado algo extraño en la noche del domingo. *Ese* barco era extraño en *esas* aguas, solo que no lo había visto la noche en cuestión. Se lo comentaría la próxima vez que lo viera.

* * *

Scubs estaba cansado. Miró con tristeza la lápida gris y se retiró luego con pasos lentos, apretando el puño de su paraguas.

Como cada día en que tiene lugar un funeral, éste había resultado triste y melancólico; había traído consigo el recuerdo del entierro de su madre y también los de aquellos momentos felices compartidos con su padre. Sir William solía aconsejarlo en cada cosa que hacía o emprendía, y le resultaba agradable escucharlo.

Entre todas las preocupaciones que rondaban su cabeza, una de las que más lo inquietaban era, precisamente, la salud de su padre. ¿Sería, en realidad, nada? ¿Algo que se le había ocurrido a él, fruto de su propio cansancio? ¿O de verdad estaría Sir William enfermo? Decidió visitarlo con la excusa de devolver las joyas.

Necesitaba ordenar los pocos datos conseguidos hasta el momento, tal vez sir William pudiera ayudarlo.

Fue el señor Parsons, y no el lacayo, quien abrió la puerta con una reverencia.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó al entregarle abrigo, paraguas y sombrero.

—Muy bien, señor, está en la biblioteca, tomando chocolate caliente. —Scubs sonrió y le rogó que llevara uno para él. Solía beberlo de niño—. Lady Scubs está en su alcoba —agregó el mayordomo, como aclarándole que no habría interrupciones.

Disimuló una involuntaria mueca de disgusto y atravesó la sala escuchando el sonido de sus propios pasos. Había algo distinto en el aire. ¿Sería su propia mente jugándole una trampa? Abrió la doble puerta de madera lustrada y lo encontró detrás del escritorio, inmerso en un grueso libro abierto. El hombre levantó la vista al escucharlo y

se quitó las gafas.

—¡Jeremy! ¡No te esperaba tan pronto de regreso!

—Tengo que devolver las joyas de madre, ¿no?

Sir William se puso de pie y rodeó el escritorio para sentarse en uno de los sillones, junto al ventanal. Lo invitó a que ocupara el otro. Scubs lo hizo.

—Me ha dicho el señor Parsons que toma chocolate caliente.

Sir William soltó una carcajada.

—¡Es verdad, pero ya se terminó! Le pediré uno para ti.

—Ya lo he hecho. —Sonrió y apoyó el saquito con las joyas en la mesilla—. ¿Cómo se encuentra, padre?

—¡Estupendo! Cuéntame de ti.

Era el mismo de siempre.

—Estoy con un caso que me está resultando difícil de resolver... ¡Dios! ¡No sé qué hacer!

Parsons entró con sigilo y depositó una bandeja de plata con una taza de chocolate caliente y un plato con pastas. Scubs agradeció con un movimiento de la cabeza.

—Habla, habla —alentó sir William que, aunque no comulgase con la profesión de su hijo, deseaba ayudarlo.

Scubs tomó un sorbo de chocolate, le supo exquisito y lo llenó de recuerdos.

—Bien —dijo—, tengo un niño de quince o dieciséis años degollado y tirado al Támesis, un niño que trabajaba en las costas, juntando tonterías que otros han descartado.

—Un *tosher*.

—Sí. O rapiñador. También hay un policía al que le gustaba conversar con estos niños, vaya a saber de qué... —Scubs frunció el entrecejo, pensativo. Su padre lo observó sin pronunciar palabra—. Que también fue asesinado —continuó, como si hablara para sí mismo —, lo apuñalaron en el corazón... A ambos los mataron con un instrumento de hoja muy delgada y afilada. Al parecer hay otros niños desaparecidos, todos pobres y sin familia... —Hizo una pausa para paladear otro sorbo. El calor del chocolate corriendo por su garganta lo tranquilizaba, evocando viejos recuerdos—. ¿Sabes? —continuó—. Hay personas inescrupulosas que los hacen trabajar para ellos; los envían a recoger «tesoros» a orillas del río, o a robar... o a otras cosas. —Sir William bajó los párpados; pertenecía a la aristocracia por nacimiento, pero no era tonto; había viajado, había sido un excelente abogado y había actuado en política. Conocía, mucho más que su hijo, las bajezas humanas—. Creo haber identificado a uno de los bicharracos que los someten, un tal Reginald Goovnaway, alias Goofy, regente de un prostíbulo, que es, como todos esos lugares, proveedor de infantes para su venta. Aunque no logro dar con el tipo. No sé si

podría decirme algo..., si no lo encuentro, no lo sabré. Y, por otro lado, tengo a dos niños a quienes conozco y aprecio, perdidos... Temo que los hayan secuestrado, no sé dónde comenzar a buscarlos. ¡Me desespera, padre! ¡La niña tiene catorce años, es bonita...! ¡Oh, Dios! Y Fox... solo tiene nueve, ha vivido en la calle toda su vida... es... —El padre calló, conmovido. Scubs apartó sus incipientes lágrimas con un manotazo—. Discúlpeme, he sido débil.

—Descuida. Todos los hombres hemos llorado alguna vez; lo imperdonable es hacerlo en público, pero soy tu padre, Jeremy; no te delataré. Continúa, por favor.

—Gracias... El policía asesinado llevaba entre sus ropas una libreta de anotaciones en la cual se reflejan varias columnas de números que, en un principio, fueron incomprensibles para nosotros; pero luego descubrimos que indican las edades de los niños, su precio y su sexo. Esto señalaría que el agente asesinado podría ser un cómplice...

—O haber dado con esa libreta por casualidad...

—Tal vez... Lo extraño es que el forense la encontró metida en el forro de su abrigo...

—¿Como si la escondiera?

—Exacto.

—¿Has comprobado si la escritura de ese anotador se corresponde con la del agente?

Los ojos de Scubs se abrieron con desconcierto y sus mejillas fueron subiendo a un tono más rojizo.

—No, no lo he hecho, pero lo haré...

—Tal vez Gibson *indagaba* a los niños —prosiguió sir William, reclinándose en el asiento—, tal vez andaba detrás de los villanos.

—No lo creo. El barquero que nos dio el dato dio a entender que siempre hablaba con ellos, sin embargo, ninguno de nosotros supo de las desapariciones hasta el hallazgo del cadáver de New Grane. Si antes de ello, Gibson indagaba a los niños, como dice usted, es porque estaba metido en el asunto.

—Un barquero, ¿eh? ¿A qué distancia veía a ese agente conversar con los niños? ¿Tiene buena visión?

Scubs emitió un suspiro. No se le había ocurrido preguntar aquello. Pero sabía, por Flanagan, que Rufus no podía determinar de cuál de los policías se trataba.

La puerta se abrió en ese momento y ambos voltearon. Una mujer de exquisito porte entró.

—¡Jeremy! El señor Parsons me ha dicho que estabas aquí.

Scubs se puso de pie.

—Madeleine —saludó con incomodidad. No le gustaba cruzarse con la esposa de su padre.

—Jeremy me estaba comentando su caso, querida, no creo que te interese demasiado —dijo sir William, sonriéndole.

Ella esbozó una mueca similar.

—Solo he venido a saludarlo. ¿Nos acompañarás a cenar?

—No, gracias. Debo regresar al trabajo.

Madeleine se acercó a su esposo, lo besó en la coronilla y se retiró con la misma gracia y elegancia con la que había entrado, no sin antes regalarle una rutilante sonrisa a su hijastro.

—Debo irme —señaló el inspector—. Me ha sido de mucha ayuda venir a verlo, padre. Me alegro encontrarlo tan bien.

—Estoy excelente, hijo, gracias. Me he preguntado muchas veces por qué quisiste hacerte policía, creo que empiezo a comprenderlo.

—Ah, ¿sí? —Scubs volvió a ruborizarse, su padre debía considerar que era un completo inepto.

—Te gusta atrapar a los culpables. Siempre has sido así. No sé cómo no lo comprendí antes. Recuerdo cuando desapareció el broche de Sarah; no era una joya de gran valor, pero no te detuviste hasta dar con el pobre muchacho que lo había robado... ¿lo recuerdas? —Scubs asintió. Sir William se puso de pie y se acercó a la ventana. Luego giró y lo miró con dulzura—. Establecerse en la mente de un delincuente no es nada fácil, Jeremy. Recuerda lo que te repetía el comandante Larsson: no serás nunca un buen policía si no tienes la certeza de que puedes ser aún un mejor criminal.

Scubs no coincidía con ello. Se despidió de su padre y, tras cruzar unas breves palabras con el mayordomo, se dispuso a salir.

Encontró a Madeleine en la puerta, como si lo estuviese esperando.

—Ven a verlo más seguido —susurró ella—. A veces... creo que no está bien.

—¿Qué le sucede? —preguntó con aspereza. No le gustaba que esa mujer le dijera lo que tenía que hacer.

—No lo sé. A veces su mente se extravía y habla de eventos pasados como si aún estuvieran sucediendo. Y se le olvidan algunas cosas...

Entonces no era su cansancio.

—¿Lo ha visto un doctor?

—No es fácil; no reconoce que le sucede algo y la única vez que ha venido Douglas a visitarnos, estaba lo más bien.

Douglas Curtis era el viejo médico de la familia del que Scubs se había distanciado después de la ruptura de su compromiso con su hija, Victoria.

—De acuerdo —consintió al tiempo que se ajustaba el gabán—. Veré qué puedo hacer. —La miró a los ojos—. Cuídalo. —Su voz sonó

amenazante. Ella entornó los párpados.

Al salir miró la hora en su reloj con leontina. La lluvia continuaba, aunque algo más suave. Flanagan le había comentado su asombro al no ver al agente Harris en el funeral de Gibson, por lo que decidió tomar un coche de alquiler e ir a verlo. Según su sargento, debía estar haciendo su guardia en el Wapping.

Lo encontró apoyado en una pared, fumando para mitigar el frío.

—Buenas noches, señor, ¿en qué puedo ayudarlo? —preguntó el joven, ni bien se le acercó.

—Buenas noches. Soy el inspector Scubs, de Ashcraft Lane. —Harris tiró el cigarrillo y se irguió enseguida, con el rostro enrojecido. Scubs levantó una ceja—. ¿No debería estar recorriendo el perímetro de su zona asignada?

—Sí, señor. Me he detenido un momento a descansar. Llevo muchas horas bajo el frío...

—Lo entiendo. Lo acompañaré, busquemos un vendedor ambulante, le vendrá bien un té. —El muchacho asintió con cierto embarazo—. Nunca antes lo había visto por la zona, ¿hace mucho que es policía?

—Unos meses, señor, desde la muerte de mi padre. En algo ha de ocuparse uno, ¿verdad?

—Claro. Siento lo de su padre. ¿Tiene familia?

—No, señor. Solos yo y mi alma —Sonrió.

—Le ha dicho al sargento Flanagan que algunas veces cambia lugar con el agente Clarkson.

—Sí, señor. Es más que nada porque el hombre necesita...

—No importa. No es eso lo que me interesa. Dígame, ¿gusta usted de andar conversando con los rapiñadores?

Harris lo miró de rabillo, visiblemente nervioso.

—Bueno... no en particular, señor, a veces alguno se acerca...

—¿Vio al agente Gibson conversar con ellos?

—¿Gibson? ¡Oh, el agente que ha muerto...! Pobre hombre... Sí, señor, solía andar por acá, aunque su zona era algo más allá de New Grane. Ahora que lo menciona, el agente Clarkson también conversaba mucho con los niños...

Scubs hizo una mueca de asombro que borró enseguida.

—¿Tiene idea de qué hablaban?

—No, señor. Solían pararse allá a conversar con ellos. Los niños los conocen bien, se juntaban en racimos a escucharlos.

—¿Durante mucho tiempo?

—No, no. Apenas unos minutos, luego las criaturas se dispersaban como hormigas en busca de sus madrigueras.

—Entiendo... —Scubs sacó la libreta del bolsillo interno de su gabán y se la enseñó—. ¿Sabe qué reflejan estos números?

Harris la estudió con atención.

—No, señor; no sé de qué se trata, la verdad.

—¿Reconoce la caligrafía?

—No... aunque podría ser de Clarkson, ya que lo menciona usted.

La excitación de Scubs iba en aumento, aunque resultaba difícil pensar que Clarkson pudiera estar involucrado. Llegaron a un puesto callejero y el inspector compró dos tés y una empanadilla de cerdo.

—¿Cómo podría asegurarme de que sea o no, la caligrafía de Clarkson? —Le tendió uno de los vasos y la empanadilla.

El muchacho se quitó los guantes, agradeciendo el convite.

—En la comisaría, supongo. Ya sabe, uno debe llenar cientos de papeles. Creo que el superintendente Palmer no tendrá problemas en mostrárselos. Aunque... ¿No sería más fácil preguntarle a Clarkson si la libreta es suya, señor?

Si era suya, no lo reconocería, claro.

—Gracias, agente. Me ha sido muy útil, disfrute de su bocadillo.

El muchacho levantó el té, a modo de brindis.

* * *

La lluvia los había empapado, pero comenzaba a amainar. Un hombre salió de la fortaleza llevando de la mano a un muchachito que ni Emily ni Fox pudieron distinguir. Estuvieron a punto de correr hacia ellos, con sendas piedras en las manos, pero la puerta volvió a abrirse y otros niños, atados con cuerdas entre sí, salieron en fila. Emily tuvo que taparse la boca con las manos para no gritar. No los llevaban al barco, sino que se dirigían hacia el otro lado de la isla. Apenas lograban distinguir las siluetas en medio de los relámpagos.

—¡Allí están Jerry y Stanley! —susurró Fox.

—¿De verdad? ¿Dónde?

—¡Allí! ¡*Temenos* que salvarlos!

—¿Y cómo haremos? ¡Están atados y hay muchos hombres con ellos!

—¡Emily! —sollozó el pequeño apretándose a ella.

—Lo sé, lo sé... Intentemos ver adónde los llevan...

Salieron del escondite arrastrándose sobre la grava, escondiéndose entre los arbustos que les golpeaban la cara y los empapaban aún más.

La fila de niños y el anterior, que había salido con el hombre, fueron subidos a una barcaza que se puso en marcha de inmediato, rumbo a lo que Emily dedujo, sería el norte. Acostados sobre el barro, Fox lloraba en silencio mientras que Emily veía con ojos absortos

cómo una pequeña figura saltaba de la barcaza a las aguas mugrientas.

—¡Dios mío! —gimió— ¡Va a ahogarse!

De la embarcación, que no se detuvo, salieron varios disparos de pistola. La pequeña figura continuaba nadando con esfuerzo hacia la orilla. Emily levantó sus faldas y corrió.

—¡Busca una vara grande! —gritó a Fox que, de inmediato, se puso a buscar en la semi oscuridad de la tarde. Luego corrió hasta ella con un trozo de rama, pero la niña ya había perdido de vista al muchacho del agua. No se atrevió a gritar por miedo a que la escucharan desde la fortaleza. Aunque con la tormenta era difícil, no se arriesgaría. Desalentada, comenzó a meterse en las aguas heladas; entonces lo vio: el chiquillo, casi desfallecido, viajaba con la corriente hacia ella. Se apresuró y alcanzó a agarrarlo de las ropas, tiró hacia sí con fuerza, Fox se le unió y, entre los dos, lo sacaron del agua.

—Gra...gracias —balbuceó el chico entre toses. Los tres temblaban de frío.

—¡Billy! —gritó Fox al reconocerlo—. ¡Ralphie te ha buscado por todos lados!

—¡Escondámonos! —ordenó Emily. No tenían fuerzas para correr hacia la cueva en la que se habían resguardado antes; por eso buscaron un lugar allí mismo, entre los árboles. Se abrazaron para darse calor. Y lloraron.

* * *

Rufus dejó a sus pasajeros, entregó la caja de zapatos al señor Green, que se había acercado hasta el muelle a recogerla y decidió emprender el regreso. Entonces volvió a verlo. Allí estaba otra vez ese barco. ¿Hacia dónde iría? ¿Por qué le había preguntado Theo por los barcos del domingo? Resolvió seguirlo pese al peligro que implicaba aquella noche que presumía tormenta. Su embarcación era pequeña, un viento fuerte podría arrastrarla sin piedad. Pero iría lo suficientemente cerca como para pedir ayuda si lo necesitaba, podía decir que iba a buscar clientes en las islas cercanas. De todos modos, hasta que alguna emergencia se presentase, se cuidaría de que lo vieran. Maniobró hasta ubicarse en la orilla más oscura y paleó despacio detrás de la embarcación.

14

Una vez que el doctor Gillian se hubo marchado, Marianne se levantó a lavarse, ordenó que cambiasen las sábanas, mudó de ropa y fue a arrellanarse en un sillón retorciéndose entre lágrimas y refunfuños. La señora Rubbey sonreía mientras le acariciaba el cabello.

—Tranquila, mi lady —intentó calmarla—. Todos estos sacrificios la harán más fuerte; verá que cuando nazca el niño se le olvidarán todos estos dolores.

Pero lejos estaba ella de querer olvidar. Lo soportaría todo hasta obtener lo que necesitaba y luego.... Una y otra vez, el recuerdo de lo sucedido esa misma mañana martillaba su cabeza: el doctor había llegado y, como siempre, había ordenado a la señora Rubbey que los dejara solos, había echado llave a la puerta y se había metido en su cama. Marianne había soportado las embestidas con los puños apretados, llorando en silencio. En aquel momento le hubiera gustado que no importara si tenía o no, un niño. En aquel momento hubiera enrollado una sábana entre sus manos y hubiera ahorcado al maldito. ¡Ah, si hasta lo imaginaba haciéndolo!

Una vez saciados sus apetitos, el médico se acomodó la ropa, se recompuso de la agitación, quitó la llave de la puerta y se sentó a su lado, tomándole la mano. Entonces llamó de nuevo a la matrona.

—Lady Riderbown está perfectamente, y el bebé también —expresó con gran sonrisa—. Si es tan amable de traerle un té y unas rebanadas de pan con mantequilla a esta hermosa dama, estoy seguro de que se sentirá mucho mejor.

—Enseguida, doctor.

La señora Rubbey se retiró con gesto amable.

—¡Eres un sucio bastardo! —gimió la muchacha.

El médico soltó una carcajada.

—Sin embargo, querida, ¡tú eres deliciosa! —Acompañó sus palabras con una larga caricia en su cuello y acercó la boca a su oído —: Pórtate tan bien como hasta ahora y tendrás un hermoso retoño para mostrarle a tu familia.

Ella había girado la cabeza hacia el ventanal; él, tomándola por el mentón la devolvió hasta que los ojos de uno quedaron fijos en los del otro. Entonces la besó con furia mientras sus manos recorrían los interiores del camisón.

Dos golpecitos en la puerta hicieron que rectificara su postura. Era la señora Rubbey con una enorme bandeja en la que había dos tazas de té y suficiente pan con mermelada y mantequilla para ambos.

—Oh, ¡es usted maravillosa! —expresó el doctor—, pero temo que no podré quedarme a probar sus delicias, señora Rubbey; otros pacientes me esperan. Regresaré el jueves, para revisar a lady Marianne. Mientras tanto, por favor, que nadie la moleste ni haga demasiado esfuerzo. Tal vez unos cortos paseos por el jardín a la hora en que el sol está alto, le sentarán de maravilla. Que camine despacio y se mantenga bien abrigada.

—Así se hará, doctor —aseguró la matrona.

—Tienes que conservarte hermosa y fuerte —expresó el médico, mirando a su paciente casi con devoción. Y la besó en la frente como despedida.

Ahora, con la mirada perdida y encogida sobre el sillón, Marianne se dejaba mimar por la señora Rubbey mientras imaginaba lo que haría con el médico una vez finalizado su cometido. Con un solo niño bastaría. Si la obligaban a tener otro, lo conseguiría por otro lado. Tal vez hubiera sido más fácil hacer un viaje a París, conocer a algún apuesto muchacho que tuviese deseos de... ¡Oh, Dios! ¿En qué estaba pensando? ¡Ella era una dama! ¿Por qué soportaba entonces a ese malnacido que la sometía a su antojo? ¡Porque necesitaba un hijo y el imbécil de su marido no podía dárselo! —Dos lágrimas rodaron desde sus bonitos ojos tristes—. Si delataba a Gillian, él haría que la enviasen a Bedhlem; nadie aceptaría la palabra de una mujer contra la de un médico reputado. Aunque bien podría hacerse revisar por otro médico y éste le daría la razón: ella nunca había estado embarazada. ¡Pero para ello, debería reconocer sus mentiras! ¡No podía hacer tal cosa! ¡Su esposo la repudiaría! Soportaría hasta que tuviera al niño, después regresaría a Londres, dejaría pasar un tiempo y luego le diría a Gillian que quería agradecerle lo que hacía por ella; lo invitaría entonces a Riderbown Hall y asistiría sola y el médico, estúpido arrogante, creería que ella estaba feliz de poder intimar de nuevo con él. Y ella permitiría que lo creyese, lo seduciría hasta meterlo en su cama, desnudo. La mirada de Marianne se volvió brillante y vidriosa y se sostenía fija en ninguna parte mientras aferraba con fuerza el brazo de la señora Rubbey. Luego tomaría de su cajoncillo una tijera que habría guardado antes y....

—Bien, milady —dijo la señora Rubbey, apartándola con gentileza—. La doncella ha terminado su trabajo, es mejor que regrese a la cama y descanse.

—Sí... sí —«O tal vez un veneno; se lo pondría en el té...».

—Le pondré otro almohadón.

Marianne levantó la cabeza con docilidad. «Podría pedirle a la señora Rubbey que me consiga un poco de arsénico para... algo... Ya me inventaré una excusa. O al jardinero, algo fuerte para matar hormigas... O mejor aún, ¡ratas!»

Una pérfida sonrisa se dibujó en sus labios.

* * *

El inspector Scubs se levantó después de una pésima noche donde había soñado cosas horribles, como Fox flotando en el río, su padre riendo, desencajado como un demente o Madeleine cubriendo su rostro con un velo negro.

«Al menos hay sol», se dijo a modo de consuelo mientras se vestía. Probó apenas, más por cortesía que por otra cosa, el desayuno que le había preparado la señora Ryder, y salió a buscar un coche de alquiler que lo condujera a Limehouse.

Durante el trayecto volvió a pensar en su padre y en Madeleine. ¿Por qué detestaba a esa mujer? No lo tenía muy claro; tal vez fueran celos, aunque se negara a aceptarlo. Recordó a su madre, aquella tibia y honesta mujer con la que había compartido su infancia y primera juventud. Ella le había enseñado a leer otros libros, más allá de los tratados de abogacía y política a los que lo obligaba su padre. Ella lo llevaba al teatro, cuando era ya un jovencito, a ver ciertas obras, tal vez un tanto «subidas de tono», pero que había disfrutado enormemente. Mientras sir William soñaba con que su hijo siguiera sus pasos con una banca entre los parlamentarios o, al menos, como un reputado abogado, lady Sarah lo empujaba a ser artista. Al niño le gustaba pintar, hacía unos bonitos cuadros de paisajes e incluso, se había animado a pintar algunos retratos. No lo hacía mal, pero sir William consideraba que, para un hombre, era una pérdida de tiempo y dinero.

Se arrellanó en el asiento y se preguntó cómo habría resultado su vida si hubiera continuado pintando. A veces, lamentaba no tener el tiempo suficiente ni el espacio acorde como para llevarlo a cabo durante su vida adulta. Tiempo y espacio que tendría si hubiera seguido viviendo en casa de su padre, pero no le agradaba compartir techo con aquella mujer.

Ya frente al superintendente de Limehouse, le expuso la libreta encontrada entre las ropas de Gibson.

—Me gustaría cotejar esta escritura con alguna del agente Gibson... o de su compañero, Clarkson —deslizó.

El jefe Palmer frunció entrecejo y labios en una mueca severa; tomó la libreta entre sus manos y la examinó.

—¿Dice que la encontró entre la ropa de Gibson?

—Así es, señor. Según hemos sabido, se trata del registro de entregas. Secuestran a niños sin familia que puedan reclamarlos o se quedan con los bebés de algunas prostitutas... Bueno, creo que no tengo que explicarle cómo funciona aquello...

—No, no. Por supuesto que no. Se han utilizado niños para

múltiples fines desde que el mundo es mundo, inspector. —Repasó su barbilla con los dedos—. No reconozco esta caligrafía; me rehúso a pensar que es de alguno de los agentes de mi estación. Creo —dijo al devolvérsela— que el agente Gibson la habrá encontrado en algún sitio y estaría intentando indagar a su dueño cuando lo mataron... —Suspiró—. El pobre murió en cumplimiento de su deber.

Scubs estuvo a punto de preguntarle si sabía algo acerca de los cambios de horarios entre Harris y Clarkson, pero prefirió callar. Después de todo ¿quién era él para impedir que un policía ganara unos chelines más cubriendo a otro compañero que no los necesitaba?

—¿Me permitiría, entonces, ver los registros de Gibson y Clarkson, señor? —insistió.

—¿Es que acaso sospecha de ellos? ¡Es ridículo! No olvide, inspector, que fueron ellos quienes lo llamaron por el niño encontrado en el Támesis.

—No lo olvido, señor.

—¿Por qué lo harían, si son culpables como usted parece creer?

—Solo quiero descartarlos.

Palmer se puso de pie. A Scubs le pareció más enorme de lo que recordaba.

—¡No voy a poner en duda el buen nombre de mis agentes, inspector! —declaró—. Gibson ha sido enterrado con honores y Clarkson es uno de mis mejores hombres. Permitir su investigación sobre ellos sería deshonrarlos. ¡Pregúntele a O'Neill qué pensaría si alguno de mis hombres se presentara en Ashcraft Lane con la pretensión de indagarlo a usted o al sargento Flanagan por una causa de asesinato!

Scubs se puso de pie también, con mirada altiva.

—Creo que permitiría toda indagatoria que tuviera por fin barrer cualquier duda acerca de nuestra honradez y honestidad, señor. Con permiso. Buenas tardes.

Quiso marcharse rápido, antes de que a Palmer se le ocurriera amonestarlo por desacato o algo parecido.

«La falta de respuesta es una respuesta en sí misma», se dijo, y detuvo a un coche de alquiler.

* * *

El sol brillaba, al fin, en un cielo límpido y azul. Los árboles, agotados de tanto viento y tanta lluvia, mecían apenas sus copas, dejando entrar la tibieza de la luz en cada recoveco de sus mustias ramas.

La doncella, Sila, miró con recelo al muchacho que paleaba estiércol en la calle y avanzó levantando más que de costumbre su

falda gris; la menor salpicadura le llevaría horas de limpieza. Estaba nerviosa, no conocía aquel pueblecito y debía darse prisa. A último momento, a su ama se le había dado por viajar a Hampshire sin darle tiempo de ir al correo, necesitaba enviar esa carta lo antes posible. Era demasiado importante.

Se topó con una muchacha que llevaba una canasta con verduras colgada del brazo. Sila estimó que sería una criada y se acercó.

—Disculpe, señorita —dijo en un susurro.

La chica giró hacia ella con los ojos muy abiertos.

—¿Qué desea?

—Tal vez pueda ayudarme a encontrar una oficina postal, si fuera usted tan amable.

—Oh, bueno, no sé dónde haya una —replicó la joven con pena. De inmediato su rostro se iluminó—. ¡El negocio de Frida! ¡Allí podrá usted comprar los sellos que necesite y dejar su correspondencia! Frida se encargará de enviarla. Está en la otra calle, venga que yo la acompañaré.

—Muchas gracias, señorita...

—Lavinia. —Hizo una inclinación ligera y continuó caminando —. Soy criada en casa de los Barrow. ¿Los conoce?

—No, no soy de aquí, vivo en Londres.

—¿Londres? ¡Oh, tiene usted mucha suerte! Yo nunca he ido a Londres. ¡Dicen que es maravilloso!

Sila sonrió.

—Sí... pues, yo prefiero un sitio como este...

—¡Oh, no! —exclamó Lavinia, cambiando de brazo la cesta—. ¡En Selborne no hay nada! —Paseó la vista por los alrededores—. No digo que no sea bonito, pero es solo un pueblo pequeño.

—En efecto —coincidió Sila—, es muy bonito y también muy tranquilo.

—Demasiado. En fin, no me parece que su acento sea de Londres —agregó Lavinia, dubitativa—. La doncella de la sobrina de mi ama es de allí y habla diferente.

—Es que, en realidad, provengo de Yorkshire, aunque trabajo en Londres desde hace un tiempo.

—¡Oh! ¡Sí que ha viajado usted! ¿Es criada de alguien importante?

—Soy doncella de una dama. Lady Riderbown.

—¡Lady Riderbown!

—¿La conoce? —A Sila le temblaron las piernas. ¡Faltaba que su ama se enterara que había andado buscando una oficina postal!

—A ella no. Pero sí a su apuesto hijo, lord Geoffrey, y a su esposa, lady Marianne. Tienen una casa de campo aquí. ¿Es que han

venido a Hampshire? ¿Darán una fiesta? —preguntó la criada con alegría infantil.

—No, no...

—Es aquí.

—¿Qué?

—El negocio de Frida, es aquí, entremos.

—No, es que... —No podía entrar con ella. No tenía idea si podría resultar peligroso que viera el destinatario; ya era bastante con que conociera a los Riderbown—. Creo que he olvidado la carta.

—¡Pero qué cabeza la suya, señorita! —protestó Lavinia con ojos divertidos—, bueno, pues, ahora ya sabe dónde queda la «oficina postal».

—Sí, sí. Muchas gracias, ha sido usted muy amable.

—No me ha dicho su nombre.

—Catherine —mintió.

—Mucho gusto, Catherine. Iré a llevar esta verdura o la cocinera me echará la bronca. Espero volver a verla por aquí. ¿Sabrá cómo regresar a Riderbown Hall?

—Sí, descuide.

La muchacha se marchó bamboleando su amplia falda color café, Sila la saludó con la mano, luego arrancó hacia el lado contrario y, en cuanto vio a Lavinia doblar en la esquina, se metió en el negocio.

—Buenos días —saludó a la mujer detrás del mostrador que, supuso, sería la tal Frida—, necesito dos sellos, por favor.

La dependienta devolvió un lacónico saludo, le entregó los timbres y le recibió las monedas, ocupándose, a continuación, de contarlas. Sila pegó uno de los sellos en el sobre que sacó del bolsillo y se lo entregó. Frida anotó el destino en una hoja luego de constatar que todo estuviera en orden. Después metió la misiva en una caja y miró un reloj que tenía sobre el mostrador.

—Llegará mañana al mediodía —anunció con voz nasal.

—De acuerdo. Muchas gracias, hasta luego.

Sila se marchó.

Luego de pensarlo unos minutos, Frida volvió a tomar el sobre y leyó de nuevo su destinatario: Catherine Howard, 203, Firthland Rd, Pickering, Yorkshire. Giró el sobre: «S.B.».

«Catherine Howard», se repitió. Levantó un hombro y volvió a dejarlo en la caja. No conocía ninguna Catherine Howard. Ni a la «S.B.» que había dejado el sobre.

«¡Cómo le gusta a la juventud andar con misterios!», pensó.

* * *

Enorme fue la sorpresa del doctor Gillian al encontrarse en la

sala con la gélida mirada de lady Elizabeth Riderbown.

—¡Milady! ¡Qué sorpresa! —exclamó algo turbado.

—Doctor —saludó ella con agria amabilidad. Lo culpaba por la pérdida del anterior embarazo de su nuera—. ¿Cómo está Marianne?

—Muy bien, muy bien. Tiene que guardar reposo y no ser molestada en absoluto.

—Me encargaré personalmente de ello.

—¿Piensa...? ¿Piensa usted quedarse acá, milady?

—Por supuesto. A pesar de que a mi hijo no le agrada la idea, no veo quién podría cuidar a mi nuera mejor que yo —repuso, desafiante.

—La señora Rubbey está perfectamente capacitada para...

—¡La señora Rubbey no deja de ser una sirvienta! Por más buena que sea, no puede doblegar la voluntad de su ama.

Gillian se mordió los labios. La dama tenía razón, pero su presencia le arruinaba los planes y se convertía en un peligro si llegaba a descubrir la verdad del embarazo. Con impaciencia, supo que era inútil protestar o decir algo contrario a los deseos de la mujer. De momento, era mejor marcharse. Ya se las arreglaría Marianne, o el mismo Geoffrey, para quitar del medio a tan entrometida señora. Ninguno de ellos la quería allí. Se despidió levantando el sombrero y se marchó.

Lady Elizabeth ordenó a la cocinera preparar un buen caldo de gallina y verduras, pastel de queso y macedonia de frutas. Luego subió a la alcoba de su nuera.

La encontró arrebujada entre las sábanas, con la mirada fija en el techo. La joven se incorporó de inmediato al verla.

—No entiendo por qué estás hecha un trapo —dijo la suegra en tono admonitorio—, el doctor dice que estás muy bien. Deberías sentirte feliz.

—Lo estoy, madre, lo estoy —contestó rápidamente Marianne, que no esperaba verla allí—; es... la sombra de aquello que me ha ocurrido, que no deja de atemorizarme.

Lady Elizabeth se sentó a su lado, sobre la cama, ordenando a la señora Rubbey que se llevara la bandeja del té que su nuera no había tocado.

—No debes pensar en ello y, por Dios, señora Rubbey, antes de retirarse ¡abra un poco esas ventanas! ¡Hay un olor tan... rancio aquí!

Marianne enrojeció.

—Sí, milady —dijo la matrona—, pero el doctor ha dicho que lady Marianne no debe tomar frío...

—No lo hará. —Cubrió a la joven con una manta—. Ya verás que todo saldrá bien, querida. Me quedaré aquí para cuidarte.

La señora Rubbey abrió una de las hojas y sonrió. Luego las

dejó solas.

Marianne exhaló un suspiro que tanto pudo ser de alivio como de temor. Hubiera querido tomar a esa mujer de las manos y pedirle que no se alejara de ella un solo instante, sobre todo, que no la dejara a solas con el doctor Gillian, y, por otro lado, si la descubría... ¡Oh, Dios! ¡Necesitaba tanto un niño! Temía que, de seguir así las cosas, terminaría odiando al pequeño que aún no había nacido; ¡y ella quería amarlo! Con todas sus fuerzas quería amar a su futuro hijo, pero ¿cómo?

—Marianne, ¿qué te sucede? —preguntó extrañada, lady Elizabeth—. Estás muy pálida... ¿Tienes frío?

La joven temblaba.

—No, no... madre... yo... ¡Yo le agradezco tanto que haya venido!

Se echó a llorar, aferrando las manos de su suegra.

«¡Estas muchachas modernas que no saben soportar la molestia de un embarazo!».

* * *

Al llegar a Ashcraft Lane, Scubs percibió un extraño clima de nerviosismo.

—¡Inspector! —El jefe O'Neill bajaba la escalera con rostro desencajado—. ¿Dónde diablos se había metido? ¡El sargento Flanagan lleva un rato buscándolo!

—Fui a...

—¡Olvídelo! ¡Vaya a Gravel Lane! Ha venido un muchacho, de parte de un barquero, a buscar a Flanagan, parece que han encontrado a sus niños.

«¡Emily! ¡Fox!».

—¿Están bien?

—No lo sé, inspector. ¡Vaya de una vez!

15

Subió al carruaje con el corazón en un puño. ¿Debía ir primero a avisar al señor Grubber y a Amelia? ¿A lady Merritt? No. Antes debía cerciorarse de que, de verdad, fueran ellos. Y de que estuvieran bien. ¡Dios, que estuvieran bien! ¿Qué haría si los hallase muertos? ¿Qué les diría a los Boyle? ¿Y a Geoffrey Riderbown?, ¿se atrevería a contarle la verdad? Pero, ¡qué importaba lord Riderbown ahora! Su cuerpo entero se estremeció. ¡El sueño! Fox en el río... ¡Pobrecito si había muerto ahogado! ¡Qué muerte tan fea! Sin familia que lo llorase, sin... Lo tenía a él; le daría un hermoso entierro y lo visita...

El carruaje se detuvo; habían llegado. El cochero lo llamó dos veces golpeando en el techo.

—¡Su destino, señor!

Lo había escuchado, pero su cuerpo no respondía. Sus piernas no se movían. Hasta que Flanagan asomó por la portezuela con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Son ellos, señor! ¡Emily y Fox! ¡Están bien!

La losa que lo aplastaba desde hacía días se le quitó de encima. No supo, hasta aquel momento, cuánto le había angustiado la desaparición de los chicos. Entonces obligó a sus piernas a obedecer y descendió, tambaleante. Allí estaban, envueltos en mantas, sentados sobre la piedra fría de las escalinatas de Gravel Lane. Emily giró la cabeza, le pareció la niña más hermosa que haya visto en su vida. El cabello desgreñado se le arremolinaba en la espalda y algunos mechones le acariciaban el rostro, amoratado de frío. A su lado estaba Fox, el pequeño más dulce que había conocido jamás, quien tiró la manta a un costado y corrió hacia él subiendo de un salto hasta rodearle el cuello con sus bracitos flacos y envolver su cintura con las piernas. Lo apretó contra sí. Olía a mugre y a sal, y temblaba, empapado. Pero estaba a salvo. Nunca imaginó que su felicidad se agigantaría tanto al verlo.

Con el niño en brazos se acercó hasta la muchachita, que le sonrió con gesto cansado. Su brazo cruzaba los hombros de un niño de la misma complexión que Fox.

—Es Billy —dijo un hombre de piel curtida que rodaba la gorra entre los dedos.

—Señor. —Se adelantó Flanagan—. Él es nuestro héroe, es quien ha hallado a los niños; Rufus, mi amigo barquero. —El hombre sonrió—. Rufus, él es el inspector Scubs.

—Mucho gusto, inspector.

—Encantado y agradecido de conocerlo, señor Rufus. ¿Cómo

los encontró?

—Es una larga historia, señor, y están cansados —interrumpió el sargento—, ¿qué tal si los llevamos a algún sitio más cómodo, donde puedan secarse, comer y tomar algo caliente?

—Tiene razón. Vamos a Ashcraft Lane. El jefe O'Neill estará deseando enterarse de lo ocurrido. Sargento, encárguese de que avisen a lady Merritt y a Amelia. Dígales, que, por favor, traigan ropa seca para estos niños.

—Sí, señor. Iré yo mismo. Nos veremos en comisaría.

Las tres criaturas fueron envueltas en nuevas mantas secas y subidos a un coche junto con Rufus, que dejó su embarcación amarrada en la orilla. Viajaron en un silencio taciturno, acompañados, cada uno, por sus propios pensamientos. Fox se durmió en brazos de Scubs. Billy sostenía con una mano la del barquero y con la otra, la de Emily, que luchaba por mantenerse despierta.

En la comisaría los recibieron con aplausos y algarabía. El jefe O'Neill envió a un agente al Golden Fischer a traer comida para los rescatados, a la vez que se sorprendía del enorme parecido que guardaba Emily con la madre de Geoffrey Riderbown. El superintendente pensó que, de no conocer de antemano el verdadero parentesco entre ellas, no lo hubiera notado, porque uno no se anda fijando en los parecidos de las personas. Sobre todo, cuando una de ellas es una dama y tiene la piel algo ajada; y la otra, una criada lozana como un melocotón que tiene, en los cabellos, el color que la otra ha perdido.

Scubs ayudó a Fox y a Billy a desvestirse por completo y los envolvió en toallas secas que algún agente había traído de su casa. Emily tuvo que conformarse con quitarse solo el vestido, las medias y las botitas de Amelia, y envolverse en la misma manta con la que había llegado.

Minutos más tarde devoraban emparedados y pastas, acompañándolos con enormes tazones de chocolate caliente.

El señor Grubber, Amelia y lady Merritt llegaron enseguida. En sus rostros había una mezcla de dicha y congoja y traían una maleta en donde cada uno había guardado lo que, pensaban, podía servirle a cada niño. Así, Amelia ayudó a Emily a vestirse por completo con prendas suyas, lo que la hizo verse como una auténtica señorita. Para Fox y Billy, en cambio, adaptar prendas de Grubber resultaba una tarea imposible, pero fue solucionado por uno de los agentes, que trajo ropas de sus propios hijos.

Luego se reunieron todos en la oficina del jefe O'Neill. Recién entonces comenzaron los relatos. Emily, con cierta vergüenza, contó que se había vestido con ropas de la señorita Amelia y había instado a Fox a unírsele en lo que, ella creyó, sería no solo una gran aventura,

sino que les daría, además, la oportunidad de ayudar a encontrar a los niños.

—¡Y así fue! —exclamó orgullosa—. ¡Los encontramos!

—¡Pero fue muy peligroso, Emily! —protestó el señor Grubber con cara de circunstancia.

—¡Se lo dije! —proclamó Fox—. ¡Pero la cabezota no quiso escucharme!

—Lo sé... y pido perdón —murmuró Emily con el rostro arrebolado.

El inspector Scubs meneó la cabeza.

—Fueron a ver al señor Finley, ¿verdad? ¿Cómo sabían dónde encontrarlo?

—No lo sabíamos —continuó la niña—. Fox reconoció el negocio y entonces entramos con una excusa tonta... Le dije al vendedor que quería recuperar un medallón...

—¡Y que era hija de un conde pescador! —agregó el niño luego de tragar el último trozo de su emparedado.

—¡Pesquero! —corrigió ella.

—Es lo mismo —porfió él.

—Como sea —añadió Flanagan—, Finley dio el aviso y los atraparon.

—¿Ese malnacido dio aviso para que nos *sequesta... sec...* nos agarraran?

—Secuestraran —señaló el jefe O'Neill, que se hallaba hipnotizado con Fox. Había lamentado siempre no tener un hijo varón; ahora imaginaba que, de haberlo tenido, le hubiera encantado que fuera tal como aquel chiquillo—. Sí, fue él, pero descuiden, ya lo tenemos vigilado y lo detendrán en cuanto ubiquemos a un tal Goofy... ¿Lo conocieron?

Los tres negaron con la cabeza. Emily relató las peripecias del barco, que había una persona muerta, que tres hombres quisieron atraparla para «hacer quién sabe qué cosas» con ella. Y detalló, además, cómo logró escapar para luego esconderse y fingir que se había tirado al agua. Mientras ella narraba los sucesos como si se tratara de una de las historias que leía en los libros, el señor Grubber transpiraba; Amelia y lady Merritt, en cambio, la escuchaban embelesadas.

A Billy lo habían atrapado unos días antes y fue quien reconoció, desde lejos, la barcaza de Rufus; lo que hizo que los tres comenzaran, pese a las pocas fuerzas, a saltar y a dar brincos en la orilla hasta que el barquero los vio.

A su vez, Rufus contó que, tras observar nuevamente aquel barco que le había extrañado tanto, decidió seguirlo con suma discreción.

—Anduvimos bastante —comentó—, tanto que dudé en seguir, se hacía tarde y estaba con hambre. Entonces el barco se internó por un canal que apenas alguna vez había visto, hay mucha suciedad por allí a pesar de las obras. Entonces me detuve en un lado y esperé. No se veía nada porque ya era de noche y el cielo estaba muy nublado. Suerte que el viento movía las nubes y, cada tanto, la luna iluminaba un poco. En una de esas ocasiones fue que vi unas siluetas que saltaban y se movían como si estuvieran en el medio del agua. Busqué mi catalejo y ¡me sorprendí muchísimo al darme cuenta de que eran niños! Remé despacio, para no hacer ruido y me acerqué; confieso que me daba un poco de miedo, pero Theo me había hecho preguntas sobre unos niños desaparecidos, así que avancé, pensando que podían ser ellos. Y allí estaban, a Billy lo reconocí enseguida.

—¿Y el barco? —preguntó el jefe O'Neill.

—Estaba detenido más adelante, hacia el lado contrario de donde estaban los niños. El sitio es una especie de islote que queda escondido detrás de Millwall Docks. Una vez que los chicos estuvieron a salvo en mi bote, tuvimos que esperar hasta que el barco volvió a zarpar y se perdió a lo lejos, no podía correr el riesgo de que nos vieran. Los niños querían ir a rescatar a los otros, pero era muy peligroso.

—Hizo muy bien, señor Rufus —declaró, emocionado, el inspector Scubs—. ¡No se imagina cuánto se lo agradezco!

—Todos le agradecemos —añadió el jefe O'Neill—, y mucho más le agradeceremos cuando nos señale en un mapa el sitio exacto en el que se encuentra ese islote.

—Con mucho gusto, señor.

—Y usted, señorita —se dirigió a Emily—, dará a nuestro dibujante las señas para hacer los retratos de esos hombres que vio en el barco.

—Sí, señor.

—Clarkson... ¿Dónde está?

—Estaba aquí hace un momento —respondió Flanagan—. Tal vez haya ido hasta el Golden por un trago.

—Usted —ordenó O'Neill a un agente—, vaya a buscarlo. Tal vez se llegó hasta Limehouse a avisar al jefe Palmer. Mejor, así organizaremos una cuadrilla para ir hasta esa isla y sacar a todos las criaturas que estén allí. Fox, ¿puedes ayudar a hacer un dibujo de ese hombre que dices que «te compró»?

—Era muy feo—repuso el niño frunciendo la cara—, pero puedo hacerlo.

O'Neill sonrió y una idea comenzó a formarse en su mente, tendría que hablarlo con Vanessa, pero... ¡Ojalá estuviera de acuerdo!

Billy se acercó al oído de Scubs.

—El poli que no está es el que me llevó al barco —susurró.

* * *

El doctor Hubert Gillian terminó de atender a la señora Parrish y cerró su cuaderno de notas. Estaba agotado. Con este ya eran tres los niños que debía conseguir en unos pocos meses y no tenía idea de dónde los sacaría. ¿Qué diablos pasaba con Finley que aún no le enviaba novedades? ¡Se suponía que era uno de los mejores proveedores! De niños más mayores, eso era cierto, ¡pero le había asegurado que conseguiría un bebé! Ahora necesitaba dos más. Tendría que arriesgarse e ir otra vez a la Casa Grande, a ver si había aparecido Goofy.

Saludó a su secretaria al salir y tomó un coche de punto. ¿Cómo le estaría yendo a Marianne con su insípida suegra? Esperaba que no le arruinase los planes, no solo quería seguir disfrutando de la muchacha, sino que necesitaba el dinero que el futuro vástago le reportaría. La señora Parrish no lo preocupaba, era una mujer mesurada y discreta que había solicitado un bebé sin apuro ninguno y su marido estaba de acuerdo: una vez que consiguiera una embarazada, se instalarían en su casa de campo hasta el alumbramiento. Luego regresarían a Londres con el niño recién nacido y Gillian embolsaría una buena suma a sus arcas. La señora Johnson estaba algo más ansiosa, su marido era juez y pasaba muchas horas fuera de casa, así que Gillian había optado por seguir su método más satisfactorio para mantenerla calmada. Sonrió para sus adentros al recordar las voluptuosas formas de Rachel Johnson.

Caía la tarde cuando tocó en la puerta de la Casa Grande.

—Te estaba esperando —dijo Gigi al abrir.

—¿De veras? ¿Ha regresado Goofy?

—Aún no, pero tengo lo que buscas. —La mujer le hizo una seña para que lo siguiera. Gillian contempló su espectacular cuerpo bajo la transparencia de la bata; lástima que era una puta; no las tocaba, quién sabe qué pestes podrían contagiarlo.

Llegaron a un cuartucho de dos por dos, recargado de cajas y papeles apoyados en el piso, en un escritorio derruido o en una silla en idénticas condiciones. Lo único libre era un camastro mugriento.

—Hay dos muchachas que se han puesto en estado, acabo de enterarme. Una está aquí y la otra en la Casa Pequeña.

—¡Fantástico! ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—La de acá lleva su primera falta; la otra tiene tres. La estúpida no había dicho nada. Tendrás que revisarlas.

—La de allá me sirve para... Está bien, las revisaré. Y necesitaré otra más.

Gigi sujetó su propia cintura con una mano y lo miró desde su

altura.

—¿Quieres embarazar tú a alguna de estas?

—¡No digas tonterías, mujer!

Gigi soltó una risita y cerró la puerta.

—Escúchame bien, tenemos que cubrirnos, vamos a ocultar a estas putas preñadas y diremos que se han fugado, ¿comprendes?

—Es... peligroso.

—¡Ya lo sé, imbécil! ¡Qué prefieres? ¿Qué Goofy o el jefe se enteren y nos corten el pescuezo?

—¿Por qué no envías a alguien a informar al jefe?

—Y ¿a quién?, según tú. —Gillian se rascó la cabeza, confuso —. ¿Adónde lo encontraríamos? ¡No seas gallina, doc! ¡Es nuestra oportunidad de hacer diferencia! —Se le acercó al oído—: Tú las revisas y esta misma noche yo me ocupo de llevarlas a un sitio donde nadie las encontrará. Luego ya decidiremos qué hacemos con ella.

—Está bien, está bien. ¿Puedo ver a la de acá?

—¡Johanna! —llamó, luego de volver a abrir la puerta.

Minutos después, una jovencita con cara de susto se presentó en el sucucho. El médico la miró con pena. ¡No haberla visto antes de que se convirtiera en puta! Era una preciosa muchacha de ojos verdes y tez aceitunada, con curvas generosas, no muy alta.

—Tiéndete allí, te va a revisar el doctor. ¡Y calladita! —ordenó Gigi, señalando el camastro. Luego los dejó solos.

La joven obedeció y soportó el examen con los labios apretados. Gillian tenía como premisa no mantener relación sexual alguna con una prostituta, pero sabía divertirse de otras maneras con ellas. Una vez complacido, dio a la joven las directivas para cuidar su estado y llamó a Gigi.

—Esta chica me sirve. ¿Sabes quién la embarazó?

—Por supuesto que no, pero ya la viste, es joven y tersa, por lo tanto, es cara; ahora lo será más, por supuesto. Nunca la han golpeado.

—Bien, que siga así. Y cuídame a ese niño.

—Descuida. La alimentaremos bien, cuanto antes se le note la tripa, mejor. Ve a la Casa Pequeña a examinar a la otra. Su nombre es Carrie. Te gustará —agregó con un guiño.

—¿Dices que ahora costará más? ¿No me dijiste que la llevarías a otro sitio?

—Cuanto menos sepas, mejor. Calla y ganarás mucho dinero.

Gillian sonrió y se despidió de ella con nerviosismo. «Ya tengo el bebé de la señora Parrish», pensó.

Para los antros como aquél era una bendición que sus chicas se embarazaran, no solo aportaban un niño para vender, sino que sus madres eran apartadas y cuidadas especialmente ya que, preñadas,

redituaban mejor. Había hombres que pagaban pequeñas fortunas por intimar con ellas. Y, por supuesto, el negocio lo aprovechaba. Lo que no entendía Gillian era cómo pensaba Gigi sacar provecho de las chicas preñadas si las sacaba del burdel. No podía pensar que fuera tan estúpida de abrir otro, por su cuenta. Goofy o el jefe la harían trizas en un abrir y cerrar de ojos.

En la Casa Pequeña parecían estar esperándolo. Lo llevaron a un cuarto similar al que acababa de dejar en la Grande y le trajeron tres chicas. En una, el estado de gravidez era evidente.

—Me dijeron que había una sola —señaló con asombro.

—¡Pues son tres! —informó de mal modo, la madama, que sostenía un cigarrillo entre los dedos—. Sucede que las estúpidas prefieren esconderlo. ¡Como si no fuéramos a enterarnos!

—Bien, ¿quién es Carrie?

Una joven de rostro aniñado y vientre incipiente, se adelantó. Era tal como más le gustaban, pelo ensortijado, rojo como el fuego y mirada desafiante. No llegaba a los veinte años.

Dio dos palmaditas sobre el catre. La joven se acercó con un refunfuño y él la empujó con suavidad sobre el camastro; luego se ubicó a sus pies, examinó su sexo; las manos; las piernas, fuertes y torneadas; su abundante cabellera; sus dientes, algo ennegrecidos, pero bastante sanos; y sus ojos límpidos. La estudió como quien examina al ganado.

«Este será el bebé de Marianne», se dijo.

—De acuerdo, la chica está bien. ¿Noticias del padre?

La joven negó con la cabeza, la madama también.

—Bien. Aliméntenla y cuídenla. Puedes irte.

Una vez que la chica salió, el médico apartó a la mujer, de rostro cuadrado.

—Ese niño ya está ubicado —susurró—. Tu vida depende de que no le ocurra nada, ¿me oyes?

—Claro como el agua —repuso ella, mirándolo de costado—. Pagarás la prima como si Goofy estuviera acá, de lo contrario será tu vida la que dependerá... de nosotros. ¿Claro?

Gillian tragó saliva.

—Como el agua.

—Estupendo. ¿Has hablado con Gigi... de lo otro? —Gillian asintió, comprendiendo que estaban juntas en lo que sea que fueran a hacer a espaldas del jefe. Sintió miedo—. Ahora mira a estas dos —le ordenó la mujer.

Examinó primero a la mayor. Si lograba salvar al bebé sería la última contribución de Rose a este mundo, se estaba muriendo. De todos modos, no dijo nada. La última era una mujer de unos treinta y pocos, bonita, delgada, con pintas de haber nacido en buena cuna. Su

embarazo era evidente.

—¿Cómo terminaste acá? —indagó mientras revisaba su entrepierna.

—Un mal matrimonio, huérfana y sin hermanos —contestó ella, con voz monocorde.

—¿Has tenido otros hijos?

—Uno.

El médico salió de entre sus ropas.

—¿Sabe que estás acá?

—¡No! Vive con su padre, por supuesto. —La mujer disimuló un sollozo—. Tiene cinco años...

—Lo siento. Bueno, creo que en unos cuatro meses tendrás otro. Lo cuidaremos bien.

Ella no lo miró; se sentó en el camastro y elevó el mentón.

Gillian la observó. Era bonita sin estridencias y delgada como un junco. Lástima que su bebé nacería para abril, un poco ajustado para Marianne. Quizá consiguiera a alguien que quisiera un niño en cuatro meses, o podría dárselo a la Johnson. Sí, eso haría. Al día siguiente hablaría con ella.

Salió satisfecho, silbando despreocupado. Ya se ocuparían Gigi y esta otra madama, cuyo nombre desconocía, de ocultar a las chicas. Todo saldría a la perfección. Amaba la vida. Amaba a las mujeres y amaba a los niños. Al pasar por un puestecito de flores compró unas para su esposa, una mujer agria y sin muchas luces, pero se ocupaba de la casa, de los niños y de su ropa como nadie.

16

El señor Grubber se vio en obligación de enviar una nota a Aldrige House informando a los Boyle de lo que ocurría, les aseguró que era muy probable que regresaran al día siguiente, o al otro. Escribió con cuidado y con letra muy clara ya que el único que podría leerla sería Stephen Boyle, el jardinero, y no la descifraría si la escribía con prisa. La señora Hellen, esposa de aquel, lograba leer la letra impresa del periódico o de algún libro, pero se perdía con la manuscrita. Tuvo suerte de que un agente se ofreciera a llevarla al correo, de lo contrario, habría tenido que salir a buscar uno en una ciudad que le resultaba tan desconocida como intimidante. Había vivido en Londres, pero la casa en la que servía entonces, se situaba al otro lado de Hyde Park, en Kensington, y aquellos amos eran demasiado rigurosos y no les permitían salir, por lo que nunca llegó a conocer la ciudad. Recordar su vida en casa de los Plummel lo entristeció. Suspiró agradecido por haber logrado salir de allí.

A un lado, Emily dictaba los rasgos de los hombres del barco al dibujante. Amelia se encontraba junto a ella y seguía los trazos con atención. El señor Grubber las contempló durante unos segundos. ¡Qué bellas eran! Sin saber muy bien qué hacer, se acercó a lady Merritt, que se había sentado en un sillón y cuyo rostro rezumaba el cansancio y la preocupación de los últimos días.

—Milady —murmuró, haciendo una ligera reverencia.

—¡Señor Grubber, qué alegría haberlos encontrado sanos y salvos!, ¿no cree?

—Por supuesto, milady. Puedo...

—¡Claro, claro! Olvidémonos de las formalidades por hoy, siéntese.

El mayordomo se mostró confundido durante breves segundos, luego, obediente, se sentó frente a la dama y habló en voz muy baja.

—Quisiera preguntarle algo, si no le incomoda...

Ella se echó hacia adelante para escucharlo mejor.

—No, claro que no —aseguró en el mismo tono—. ¿Qué desea saber?

—¿Cómo reaccionó lady Elizabeth al enterarse de...? Ya sabe...

—¿Que tiene una nieta? ¿Cómo cree? ¡Se puso hecha una furia! ¡Jamás consentirá el reconocer a una nieta bastarda!

Grubber suspiró.

—Era de suponerse...

—Me pregunto si su hijo opinará igual —deslizó ella mirándolo de costado.

—Lady Merritt... —expresó Grubber—, lo único que lograríamos es hacer sufrir a Emily...

—Lo sé, lo sé... Por eso creo que es mejor que, en cuanto terminemos con las declaraciones y los dibujos, regresemos a Hillside Bell y nos olvidemos de todo el asunto.

—También lo creo, milady.

* * *

En el despacho del jefe O'Neill, Scubs interrogaba al pequeño Billy, un muchachito pecoso a rabiar, de ojos en permanente asombro.

—¿Estás seguro de que el agente Clarkson fue quien te llevó al barco?

—¡Claro! ¡Lo conozco! No le van a contar que lo dije yo, ¿verdad?

El jefe O'Neill se agachó frente a él.

—Te doy mi palabra de que será un secreto entre nosotros.

—He trabajado para él muchas veces... —continuó el pequeño —, y para el otro. Pero ya no puedo entrar con tanta *falicidad* en las casas porque he crecido y ahora soy grande, entonces me llevó al barco...

—¿¡Robabas para él!? —preguntó, atónito, el inspector. Flanagan apretó los puños.

—Solo en las casas de mucho dinero —dijo el niño, avergonzado.

—Descuida, no te sucederá nada —señaló O'Neill con voz tranquilizadora—. Los niños que lleva al barco, ¿son para robar también?

—No lo sé... Los llevan a una isla donde hay una casa muy grande y los *encerran* no sé para qué, o los llevan a otro lado. Yo me escapé del barco. La niña y Fox me salvaron de morir *ahugado*.

—Lo sé... ¿Tienes familia? —preguntó Scubs.

—Solo somos mi padre y yo... Pero no creo que se dé cuenta de que no estoy, siempre está borracho.

Dos golpecitos en la puerta los hicieron voltear.

—Señor, los retratos ya están listos —anunció un agente.

—De acuerdo, tráigalos, por favor —ordenó O'Neill, luego se dirigió a Billy—: Los mirarás con mucha atención y me dirás si reconoces a alguno.

El niño afirmó con la cabeza. Solo identificó a uno, un hombre delgado, de nariz afilada que, según dijo, solía andar por los muelles, haciendo preguntas a los rapiñadores.

—Hace un momento —dijo Scubs, pensativo—, dijiste que «solías robar para él y para el otro», mencionaste otro hombre, ¿verdad?

—Sí. Otro poli.

Un silencio, como de abismo, cayó sobre ellos.

Rufus, por su parte, señaló en los mapas el sitio exacto en que se encontraba el islote y, tras dar nuevamente su versión de los hechos, se marchó junto con Billy a quien prometió que cuidaría de ahora en más. Pero antes, dijo, debía hablar con el padre del muchachito.

Lady Merritt regresó al Claridge's con Amelia, el señor Grubber, Emily y Fox, no sin antes anticiparle a Scubs que, si bien descansarían esa noche, a la siguiente, tomarían el tren a Hillside Bell, cosa que llenó de tranquilidad al inspector. Prometió visitarlos antes del final del año y los despidió en la puerta de la comisaría, acompañado del sargento Flanagan.

Comenzaba a caer la tarde y el frío se colaba por cada pliegue de la ropa. Una vez que el carruaje se hubo perdido en la distancia, decidieron entrar. El superintendente O'Neill partía hacia Limehouse para ultimar con el jefe Palmer los detalles del siguiente paso: al alba saldrían rumbo al islote para desbaratar de una vez por todas esa terrible red que secuestraba niños.

Ya con la noche encima, el inspector y el sargento marcharon hacia Compton Street dispuestos a comprobar si alguno de los dibujos se correspondía con el famoso Goofy. Encontraron a Finley cerrando el local.

—¡Otra vez ustedes! —rezongó el comerciante con voz cansina —. Sus polis de paisano ya me han espantado a toda la clientela. ¡Vigilan mi negocio y todo el mundo se ha dado cuenta de quiénes son, no engañan a nadie!

—¡Lo sentimos tanto! —exclamó Scubs en tono de burla—. ¿Reconoces a alguien? —Le enseñó los retratos.

El hombre ajustó sus quevedos sin ocultar el mal genio, tomó los papeles y los estudió, uno por uno.

—Este es Goofy —dijo, separando una de las hojas. Era el hombre que Emily había señalado como el de las manos llenas de anillos, el que había pretendido tomarla por la fuerza—. Los otros son sus aliados, no sé sus nombres.

—¿Ninguno es médico?

Finley abrió de tal manera sus ojos que los quevedos resbalaron por su nariz, de milagro logró atajarlos.

—¿Me... médico? ¿Por qué buscan a un médico?

—Porque creemos que hay uno que abusa de su profesión. ¿Alguno de estos es médico? —repitió el inspector.

—N... No, no, esos tipos tienen menos cerebro que una rata. ¿Cómo se convertirían en médicos?

—¿Conoces a algún doctor que no esté haciendo bien su trabajo? —indagó Scubs ladeando la cabeza. Es que lo dubitativo que se había vuelto de pronto su interrogado, hizo que se inclinara a pensar que sabía más de lo que decía.

—N... No... ¿por qué habría de conocerlo yo? No. Al único doctor que conozco es al que me revisa cada año. Soy sano como un roble, ¿sabe usted?

—Eso te servirá de mucho en el sitio al que vas —precisó Flanagan e hizo señas a los agentes para que lo detuvieran.

—Pero... ¡he colaborado con ustedes! ¿Por qué me detienen?

—¿De verdad lo preguntas? —Scubs se mostró sorprendido—. ¡Eres parte del comercio de niños! Si no te detuvimos antes fue porque nos servías más en libertad. Ahora ya sabemos dónde está Goofy, así que lo siento, Fin. Si quieres contarnos más, seremos todo oídos.

—¡Oh, sí! ¡Claro que hay más! ¡Mucho más! —retrucó indignado—. ¡No imaginan cuanto! ¡No caeré solo! ¡No, señor!

* * *

Al amanecer, dos lanchas de la policía fluvial partieron junto al jefe O'Neill, el inspector Scubs, el sargento Flanagan y Rufus, que oficiaba de guía. El agente Clarkson, detenido para interrogatorio, sostenía que Billy lo había confundido con otra persona.

—No creo que lo confunda —comentó Scubs a su jefe mientras surcaban las aguas del río—. Todo concuerda, estoy seguro de que Clarkson es el asesino de Samuel Lindston y del agente Gibson.

—Pero ¿por qué? —preguntó el superintendente con asombro —. Estoy de acuerdo en que los salarios policiales no son muy holgados... pero ¿robar? ¿Enviar niños a robar? ¡No; me cuesta demasiado creerlo! Además, el jefe Palmer ha respondido por Clarkson, dice que es uno de sus mejores activos.

—¡Es una organización, señor! —continuó Scubs convencido—, creo que el agente Gibson lo descubrió y por eso lo mató.

—¡Por eso Gibson había escondido la libreta en el forro de su abrigo! —añadió Flanagan.

—Exacto. No olvidemos, además, que el padre del agente Clarkson es barbero...

O'Neill, que mantenía un gesto adusto, se asombró ante el comentario, ya que, justo se hallaba preguntándose por qué su inspector no asistía de vez en cuando a una barbería para recortar esos cabellos que, con el viento, se levantaban en punta sobre su cabeza formando una corona extrañamente similar a la de un león.

—¿Qué tiene eso de particular? —inquirió.

—La hoja que se utilizó para asesinar, tanto a Lindston como a Gibson, fue una hoja muy delgada y afilada según lo inferido por el

doctor Sfuttier —explicó Scubs—. Bien podría haber sido una hoja de barbero. Y, por ser policía, Clarkson sabe cómo utilizar un arma de ese tipo.

—Es aquí —interrumpió Rufus.

Las embarcaciones disminuyeron la velocidad, los remeros clavaron las palas en el agua con suavidad para no hacer ruido. El sol apenas comenzaba a asomar y, de lejos, el islote parecía llano, nada hacía presumir que se levantara en él una construcción como la que habían sugerido los niños y el barquero. Pero allí estaba. Fue acercarse un poco más, para verla. Una fortaleza enorme.

—¡Lidhom House! —exclamó O'Neill—. ¡Creí que ya no existía!

—¿Se refiere al...? —preguntó Scubs sin cerrar la boca al final de la frase.

—Así es, al viejo orfanato...

—¿El que fue cerrado en el treinta, durante la ola de calor?

—A causa de la ola de calor. Las enfermedades se multiplicaron por aquellos días y cientos de niños fallecieron allí, hacinados, sin medicinas ni agua limpia para beber.

—No —aseguró Rufus—. Los problemas en el Lidhom habían comenzado antes, los niños eran «tirados» ahí dentro, nadie se ocupaba de ellos. Los cuidadores no los alimentaban ni los curaban cuando enfermaban, se quedaban con el dinero que la corona otorgaba para solventar los gastos. —El hombre bajó la vista—. Mi padre fue uno de esos niños... Tuvo suerte de que lo adoptaran, aunque sea para trabajar en el campo... El calor del treinta solo empeoró las cosas... Yo... no sabía que ese sitio estaba aquí.

—Yo tampoco —agregó Scubs.

—Ni yo —dijo O'Neill—. Lo reconocí por viejos dibujos de la época. Esas almenas son inconfundibles.

El sargento Flanagan no vio la necesidad de aclarar que él tampoco sabía nada de aquel orfanato. Jamás había escuchado una palabra de él.

Descendieron en tres columnas. El espléndido día comenzaba a pincelar los bordes de las torres tiñéndolas de dorado. No se veía persona alguna por los alrededores. Avanzaron parapetados tras los árboles o arrastrándose entre las piedras. El terreno era fangoso y hediondo.

Algunos hombres lanzaron cuerdas con ganchos para sujetarlas en lo alto de los muros y treparon por ellas para descender al otro lado tras asegurarse de que nadie de dentro los había visto. Uno a uno, en fila, se metieron por los pasillos del caserón con los sentidos aguzados, deteniéndose ante cualquier crujido de ramas o cualquier aleteo de pájaros.

Minutos más tarde se reunieron en el patio con rostros

alicaídos. La fortaleza estaba vacía.

—¡Alguien les advirtió! —bramó con furia el jefe O'Neill.

* * *

—¡Vaya! —declaró lady Elizabeth con voz alegre observando a su nuera descender por las escaleras—. ¡Parece que te sientes mejor, cuánto me alegro!

Marianne sonrió con la mano posada en su vientre.

—¡Me siento espléndida, madre! ¡Es que comienza a notarse! ¡Míreme!

Al llegar al descansillo se giró y mostró con orgullo su perfil. No es que a las mujeres les agradara quedar encinta, más bien intentaban ocultarlo dentro de sus enormes vestidos, pero para los Riderbown, el hecho era algo demasiado importante.

—¡Es cierto! —exclamó lady Elizabeth con gesto dudoso, aunque no por ello menos alegre.

Es que, en sus tiempos, un embarazo era algo tremendamente vergonzoso, incluso si, como en el caso de Marianne, de ello dependía la fortuna familiar. Ella había tenido la suerte de tener un varón en su primer intento, por lo que se había visto exenta de atravesar por una nueva gestación. No lo hubiera soportado y prefería no recordarlo. Aunque en aquellos momentos, estaba segura de que era demasiado pronto para que a Marianne se le notase; se preguntó si otra vez esperaría gemelos. Aguardó a que la joven llegara al piso para admirar su figura, nada bella, por cierto, con esa pequeña hinchazón en el vientre y optó por no decir nada, el miedo a molestarla y que de nuevo perdiera su estado, la inhibió—. Estarás incómoda durante un tiempo, pero nada se puede hacer contra ello. Y, querida, aunque te sientas estupenda, creo que debes obedecer al doctor y guardar reposo... No queremos que nada le ocurra a ese niño.

—Descuide, madre —replicó ella con una sonrisa—, me sentaré en el sillón con muchos almohadones y una manta por encima. Mi doncella la traerá de inmediato.

La aludida muchacha subió de prisa las escaleras y regresó con lo solicitado. Marianne estaba radiante. Se sentía orgullosa de su obra: había colocado un delgado almohadón al que, a escondidas hasta de su doncella, le había cosido unas tiras para atarlo a la espalda y que quedara sujeto sobre su vientre. Había hecho otro, un poco más mullido para más adelante. Lo tenía bien escondido entre su ropa interior. Nadie hurgaba en ese cajón.

El chacoloteo de unos cascos hizo que ambas mujeres giraran hacia la ventana. Era el carruaje de Geoffrey. Marianne se sintió nerviosa sin saber bien por qué. Tal vez presumiendo que a su marido no le haría la menor gracia ver a lady Elizabeth allí.

En efecto, Geoffrey miró a su madre con enojo.

—Creí haberte pedido que no vinieras —dijo con sequedad.

Ella hizo caso omiso del comentario.

—¡Geoffrey, querido! —exclamó—. ¡Me alegra tanto que hayas venido a ver a tu amada esposa! ¡Su vientre comienza a notarse!

Lord Riderbown se despojó de su abrigo y sombrero y caminó con energía hasta el sillón donde descansaba Marianne, que le sonrió con dulzura. Él depositó un beso en su coronilla.

—¿Te sientes bien? —preguntó—. ¿No sería mejor que estuvieras en tu cuarto?

—Un rato mirando el parque me hará bien —susurró ella, sosteniendo su mano—. Madre ha venido a cuidarme ¿no es un hermoso detalle de su parte?

—Yo creo que te pone nerviosa. Madre —dijo volviéndose a ésta—, le agradezco que quiera ocuparse de mi esposa, pero lo mejor será que se despida por unos días. Tal vez en un tiempo pueda regresar y pasar un rato con ella. ¿Le parece?

Lady Riderbown endureció la mirada. En verdad no le apetecía para nada cuidar de los caprichos de una joven malcriada y encinta. Por tradición, al no tener Marianne otra familia que se ocupase de ella, le correspondía hacerse cargo. Pero, si no la querían allí, no rogaría.

—Si es lo que prefieren... Esta tarde vendrá el doctor, aguardaré a que confirme que todo continúa en orden y entonces, mañana mismo regresaré a Londres. ¿Almorzamos?

El gesto de Marianne se transformó.

* * *

El doctor Gillian llegó hacia las dos de la tarde, se sorprendió al encontrar también a lord Riderbown en la casa.

Luego de deshacerse en halagos hacia las damas, acompañó a Marianne escaleras arriba, recriminándole con suavidad, el haber abandonado la cama.

—¡Oh, querida, estás muy tensa! —le susurró al oído ni bien estuvieron dentro del dormitorio, cuya puerta cerró con llave—. Sin embargo —continuó, mientras deslizaba sus manos sobre las delicadas telas del vestido—, tengo una hermosa sorpresa para ti.

Marianne no podía hablar como cada vez que el hombre la visitaba. Los puños y las mandíbulas apretadas la ayudaban a soportar mejor. Pero una luz brilló en su mirada ante sus últimas palabras.

—¿Lo has conseguido? —preguntó con voz trémula.

—Así es. Nacerá justo en el verano, de una madre tan hermosa como tú.

Tras decir esto, tomó su rostro con ambas manos y la besó con

furia. Luego la empujó sobre la cama, levantó la falda y comenzó a quitar las enaguas; el almohadón con los lazos se desprendió y cayó al piso.

La idea del marido y la suegra aguardando en el salón, sin la menor sospecha de lo que acontecía en el cuarto, lo excitó de forma salvaje, como pocas veces antes. La embistió con violencia, mordió sus senos y apretó sus caderas hasta dejar los dedos marcados en la inmaculada piel. Cuando laxo, su cuerpo satisfecho cayó sobre ella, cerró los ojos. Estaba en la gloria.

—Tranquila —susurró luego, levantándose—. Deshazte de tu suegra. En cuanto nazca el niño te enviaré una nota con un conocido mío en la que te diré la hora en que llegaré. Te encargarás entonces de pedir a la señora Rubbey que vaya al pueblo con algún recado, yo llegaré a la hora prevista para revisarte. Traeré una cesta con ropitas para el bebé. Nos encerraremos aquí y haremos la pantomima del nacimiento. ¿De acuerdo?

—¿Traerás al bebé en la cesta?

—Claro. ¿D

ónde si no?

—Y ¿cómo harás para que no llore?

—No te preocupes por eso. No llorará hasta estar en el cuarto.

—¡Oh, Dios! —La sola idea de que Gillian hiciera algo que afectara al niño, la aterró; no porque amara ya a ese bastardo, sino porque se vería obligada a pasar por todo ello otra vez—. Será un varón, ¿verdad? —preguntó, recomponiéndose.

—¡¿Cómo diablos quieres que lo sepa?! ¡Será lo que será!

* * *

Al otro lado del pasillo posterior, Sila metía los vestidos de su señora en un enorme baúl de madera lustrada.

Unos susurros detuvieron sus quehaceres; se quedó muy quieta, prestando atención. En efecto, alguien hablaba en voz muy baja, alguien gemía. Abrió la puerta despacio y asomó la cabeza. Provenía de las habitaciones principales. Cogió dos toallas y caminó con ellas hacia allí. Se aseguró de que nadie pudiera verla y se introdujo en un pasadizo que unía la habitación de lady Marianne con la de lord Riderbown. Las puertas se hallaban cerradas, pero el sonido, sin duda alguna, salía de la recámara de la señora; se agachó y acercó el rostro a la cerradura. Uno de sus asombrados ojos grises fue testigo de lo que el doctor Gillian hacía con Marianne en el momento exacto en que un almohadón con dos cintas cosidas a los lados caía de entre las telas. Fue tal su impresión que no atinó a moverse. Por lo que se quedó allí, escuchándolo todo.

17

Hacia media mañana las lanchas de las autoridades fluviales dejaron en tierra a los efectivos de Ashcraft Lane y a Rufus que, al igual que aquellos, no lograba ocultar su frustración y su rabia por no haber dado con los delincuentes. Habían llegado a un lugar vacío, despojado de toda alma viviente. De todos modos, les había sido posible advertir la desolación e indecencia en la que habían vivido aquellos pobres infantes.

«¿Adónde han llevado a los niños?» se preguntaban. Ninguno podía dar una respuesta. No lo sabían.

—¡Presionaremos a Finley para que nos cuente lo que sabe! —exclamó el jefe O'Neill, colérico.

—¡Debimos haber salido ayer mismo hacia acá! —masculló Flanagan.

—¿Y cómo hubiéramos llegado? —gritó el superintendente—. ¿Nadando? ¡Dependíamos de la policía del río, sargento!

Flanagan se mordió los labios, aunque le hubiera gustado dar un par de gritos también.

Durante el regreso, Scubs permaneció en silencio, igual que Rufus, que se despidió de ellos al llegar a Gravel Lane, donde había dejado amarrada su barca.

—¿El niño? —preguntó O'Neill recordando de pronto que el barquero se había hecho cargo de Billy.

—Está bien —repuso éste—, escondido por ahora, hasta que termine todo. Ya le he comunicado a su padre que se quedará conmigo.

—De acuerdo, manténgalo así e infórmenos ante cualquier inconveniente.

Descendieron de las lanchas y caminaron bajo el sol hasta la comisaría.

—Mire, inspector —señaló Flanagan al llegar. Un carruaje conocido se hallaba apostado en las cercanías. Era Milton, que los esperaba; se acercaron a él mientras que O'Neill entró en la estación.

—Señor Scott —saludó Scubs.

El hombre levantó su sombrero.

—Inspector. Supe que encontraron a unos niños... ¿son ellos?

—Sí... ¿Cómo lo ha sabido?

El cochero encogió los hombros. Sus ojos inquietos permanecían vigilantes a los movimientos en la comisaría.

—Los rapiñadores están atentos —dijo.

—Los niños se han ido ya —informó el inspector.

—De acuerdo, espero que estén bien. —Milton llevó sus ojos hacia él—. Usted parece de fiar, pero algunos de sus compañeros no son lo que pretenden, ¿me ha oído? ¡Tenga cuidado!

Dio con el látigo a Cass y el coche se movió. Rápido, Scubs tomó las bridas, deteniéndolo.

—¿Por qué lo dice? ¡Hable, hombre, o nunca podremos detener a nadie!

Milton se agachó y comentó en un murmullo:

—Corro peligro si me ven hablando con usted, pero hay uno de ustedes que amenaza a ciertos cocheros de alquiler con retirar las licencias si se habla más de la cuenta. Deje que me vaya, inspector.

Scubs soltó las riendas.

—Definitivamente, hay alguien más —murmuró Flanagan con rabia.

—Silencio, sargento. Investigaremos nosotros. No lo comente con nadie.

Adentro les aguardaba una desafortunada sorpresa. El superintendente parecía fuera de sí.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Scubs.

—El prisionero Finley, señor... —relató el agente administrativo —. Ha sido visitado por su abogado, un tal doctor Smith...

—Bueno, es su derecho... ¿Cuál es el problema?

—Que luego de unos cuarenta minutos aproximados, de haberse marchado el abogado de la celda, el carcelero encontró a Finley tirado en el piso. Lo han matado, señor.

El inspector cerró los ojos y apretó los labios.

—Vaya a ver qué ha ocurrido —ordenó el superior con semblante sombrío.

Scubs hizo una seña a Flanagan y ambos partieron.

Ya no había mucho que pudieran hacer. El doctor Sfuttier determinó que le habían clavado un cuchillo en el cuello y murió desangrado. El cadáver yacía aún en el suelo mugriento de la celda; la sangre coagulada aportaba una nota ferrosa al aroma hediondo del ambiente.

—¿Conocía usted al abogado? ¿Alguna vez lo había visto? —preguntó Scubs al encargado de custodiar la celda.

—No, señor, nunca antes lo había visto.

—Y, mientras el abogado estaba con el reo ¿escuchó algo extraño o sucedió algo que haya llamado su atención?

—No señor... Bueno —El hombre se ruborizó por completo—, aproveché la presencia del letrado para ir a orinar, señor... ¡Pero fueron dos o tres minutos, a lo mucho!

—Está bien, descuide, lo que sucedió no ha sido su culpa. Smith

se llamaba, ¿verdad?

—Sí señor, doctor en leyes Phillip Smith.

—¿Puede describirlo? ¿Dejó alguna tarjeta?

—No dejó nada, señor. Bien vestido, alto, de espalda ancha... muy elegante. Llevaba varios anillos en los dedos, lo cual me extrañó, los abogados suelen ser prudentes con su vestimenta, ¿no? Creen que deben dar una imagen muy seria, ¿verdad?

Scubs asintió al tiempo que metía la mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó uno de los retratos y lo desplegó ante los ojos del carcelero.

—Es él —aseguró éste nada más ver el rostro de Goofy en el papel.

—¡Santo cielo! —exclamó el inspector—. Gracias. ¡Doctor, puede llevarse el cuerpo! —autorizó a Sfuttier, luego se volvió a Flanagan—. Vámonos, sargento.

Ya fuera del recinto, caminaron con rapidez, buscando un coche de alquiler.

—¡Esto significa que quien haya avisado a Goofy de que el entramado ha sido descubierto, también sabía que Finley estaba preso! —vociferó Scubs haciendo gestos impacientes con las manos—. ¡Le dio tiempo al miserable para huir del islote y llegarse hasta aquí!

—Lo que implica que... ¿el topo es alguien que interviene en la investigación? —preguntó Flanagan, incrédulo.

—Eso parece... Pero, ¿por qué entonces, Goofy no buscó también a Clarkson?

—Tal vez sea inocente, como él mismo dice.

—No lo creo, sargento. Mi intuición me dice que uno es tan culpable como el otro, solo que quizá, Clarkson esté más protegido de lo que estaba Finley... ¿Quién será el otro policía?

Flanagan se detuvo al darse cuenta de que el inspector se había quedado clavado en el piso, con los ojos atónitos, como si algo lo hubiera asustado.

—Volvamos a entrar, sargento, necesito hablar con Clarkson.

* * *

El día de la partida fue una jornada triste para Emily; le hubiera gustado quedarse para recorrer las calles de Londres y conocer la ciudad un poco más. Se aseguró a sí misma que regresaría siendo ya una mujer exitosa y compraría una hermosa casa cerca del parque donde habían estado tardes atrás. También se dijo que, si quería ser escritora, lo mejor sería que comenzase a dar forma, de una vez por todas, a las aventuras que escribía en su cuadernillo y que, por el momento, permanecían absolutamente inconexas entre sí. Había intentado contar los asesinatos de las doncellas, ocurridos poco tiempo

atrás en su casa, y cómo un apuesto inspector de la policía y su valiente sargento habían descubierto a los malhechores. Pero había mucha cosa que no sabía, claro; le resultaba difícil poner en palabras tanto relato. Grubber siempre estaba muy ocupado para ayudarla y, además, el pobre había leído menos libros que ella.

Fox, a su lado, también soñaba despierto. Lady Merritt le había enrollado una interminable bufanda en el cuello que lo hacía sentir la mar de bien, cuidado. Algo que, últimamente, le ocurría con bastante frecuencia. Comenzó a preguntarse si el inspector tendría ganas de casarse con alguna linda señorita y llevárselo a vivir con él, así se transformaría en su papá. La idea le pareció tan feliz que largó unas cuantas carcajadas mientras el resto lo contemplaba con divertido asombro.

Lady Merritt les había prestado el carruaje y el cochero. La pobre hubiera querido acompañarlos y regresar con ellos a Hillside Bell, pero cuando quiso despedirse de su sobrina, Felicity, ésta le dio la noticia de que se hallaba embarazada. «No te irás, tiita, ¿verdad?», le había preguntado con un afectado mohín de niña desvalida. ¿Cómo negarse? Pero les prometió, a Emily y a Fox, que apenas regresara al pueblo, tomarían todos juntos el té en su casa.

* * *

Flanagan y Scubs entraron de nuevo en la prisión y otra vez soportaron asqueados el olor mohoso que les inundaba las fosas nasales y se instalaba en sus gargantas.

Al cuarto de las entrevistas solo pudo ingresar el inspector. Era un cuadrado de tres por tres con una mesa de madera y dos bancos largos enfrentados.

Clarkson fue conducido hasta allí pocos minutos después, acompañado de dos custodios. No era ni la sombra de la persona que Scubs había visto antes. Estaba ojeroso y pálido, con la barba a medio crecer y el cabello revuelto. Si hasta parecía que temblaba.

—¿Ya tiene abogado? —preguntó el inspector con acritud.

—No lo sé. Supongo que mi comisaría me proveerá uno... —Clarkson arrastraba las palabras, como si le costara hablar.

—¿No lo ha visitado un tal doctor Smith?

—Ya se lo dije, no me ha visitado ningún letrado. ¡Ni siquiera sé por qué me han detenido!

—Alguien lo identificó como la persona que llevó, al menos a uno de los niños, al barco que luego los trasladó al islote.

Clarkson endureció el gesto.

—No tengo nada que ver con eso. No sé de qué barco me habla. El conocimiento que poseo del islote es porque ustedes mismos han hablado de ello. —Golpeó la mesa—. ¿Por qué en lugar de ocuparse

de hostigarme, se centra en ubicar a quien haya hecho desaparecer a Gibson? ¡Tal vez allí encuentren la clave de esos secuestros!

—¿Qué quiere decir?

—¡Que Gibson era el que estaba metido en quién sabe qué chanchullos con esos niños! Hablaba mucho de ellos, ¿sabe? Y en términos que, a sus madres, si las tuvieran, pobres infelices, escandalizarían. ¡Investigue por ahí, inspector y déjeme en paz!

Los ojos de Clarkson quedaron fijos en los suyos. Scubs sostuvo con rabia esa mirada feroz que parecía atacarlo.

—Supongo que tampoco tiene idea de quién es Finley... —arriesgó—, porque él si lo conoce a usted. —Clarkson podía estar enterado de su fallecimiento, pero no de lo que había declarado antes de pasar a mejor vida.

El rostro del prisionero demudó en un rictus de preocupación que desapareció a los pocos segundos.

—No sé quién es ni lo qué ha dicho. Soy policía, inspector, igual que usted. ¿Cree que somos santo de devoción de todo el mundo? Pues no; hay miles que nos odian. Hoy me toca a mí, pero no se confíe, señor; mañana puede que alguien lo calumnie a usted, o a su sargento, y ahí me dirá cómo se defenderán. —Scubs ladeó la cabeza. ¿Lo estaba amenazando? Clarkson se echó hacia adelante—: ¡Nos defendemos entre nosotros, inspector! ¡No nos metemos presos porque a un chiquillo se le ocurrió que somos culpables de algo!

Scubs se puso de pie y estiró su chaqueta sin desviar la mirada de aquellos ojos cargados de rabia.

—¿Chiquillo? Yo no mencioné que ningún chiquillo hubiera dicho algo, pero usted ha sido muy revelador. Que tenga buen día.

* * *

—¿Sacó algo en claro, señor? —preguntó Flanagan en cuanto se reunieron otra vez.

—Es culpable y se ha delatado a sí mismo.

De regreso en Ashcraft Lane encontraron al jefe O'Neill mucho más nervioso de lo que lo habían dejado.

—En efecto, Finley ha muerto —informó Scubs entrando en la espaciosa oficina—. Y ha sido Goofy quien lo mató.

—¡Goofy! Pero ¿cómo pudo haber sido él? ¡Se suponía que estaba en Lidhom House!

—Es evidente que tienen un buen informante —expresó el inspector—. De algún modo se enteraron de nuestros movimientos. Todo el tiempo han estado un paso por delante.

—¿Están seguros de que ha sido Goofy?

—El carcelero lo describió y luego lo reconoció en el retrato —señaló Flanagan—. Se hizo pasar por su abogado. Pero no vio a

Clarkson, que sigue asegurando que no tiene nada que ver.

—Palmer opina igual —replicó el superintendente—. Vino a verme.

Scubs arrugó la frente.

—¿Continúa defendiéndolo?

—No sólo eso, le ha puesto uno de los mejores abogados de la ciudad, el doctor Leonard Lloyd. Temo que hemos entrado en malas relaciones con los de Limehouse, lo cual por supuesto, no nos conviene. Espero que el comisionado sea lo suficientemente ecuánime como para comprender que nos vimos obligados a aprehender a Clarkson, al menos hasta averiguar qué demonios sucedió realmente. Aunque... —O'Neill meneó la cabeza.

—Aunque, ¿qué, señor? —interpeló el inspector.

—Palmer me ha dicho que es iluso pensar que un juez dará por válida la declaración de un niño *tosher*.

—¿Usted le informó al jefe Palmer que fue la declaración de un niño la que hizo que lo detuviéramos?

—No... Ya lo sabía.

—¡Clarkson también lo sabía!

—Clarkson estaba presente cuando trajimos a los chicos, después de rescatarlos —reflexionó Flanagan—. Si bien desapareció enseguida, llegó a verlos. Puede suponer que el niño lo vio también.

—Es cierto —convino Scubs—. Billy lo señaló en secreto y yo se los comenté a ustedes. ¿Alguno lo habló con otras personas? —Llevó sus ojos de uno a otro.

—No.

—¡Clarkson dio por sentado que fue Billy quien lo delató y pidió la ayuda de Palmer! —dedujo el sargento.

—¡Pero no pudo haberle dicho que un niño lo reconoció! —añadió Scubs. Los otros dos asintieron—. Si lo hubiera hecho, habría reconocido su culpabilidad. Entonces, volvemos al principio: si usted, jefe, no le dijo a Palmer que detuvimos a Clarkson porque un niño declaró, ¿cómo se enteró?

—Hay un topo —sentenció Flanagan con gesto duro.

—¿Quién? —se preguntaron.

Dos golpecitos en la puerta interrumpieron la conversación.

—¡Pase! —gritó O'Neill.

El rostro rojizo del agente administrativo asomó.

—Inspector, lord Cartwright quiere verlo.

—¿Tío Jared? —La voz de Scubs tembló. La imagen de su padre cruzó por su mente y temió lo peor.

Lo encontró en la recepción, paseando su considerable humanidad por el estrecho pasillo de la entrada, con gran

nerviosismo.

—Lord Cartwright —saludó cortésmente. En público había que guardar las formas.

—Inspector. ¿Tiene un momento para mí?

—Por supuesto, venga, pase a mi despacho.

Una vez sentados frente a frente con el viejo escritorio de por medio, lord Cartwright habló:

—Es muy importante que no lo comentes con nadie, Jeremy, por favor —suplicó en voz baja. Scubs entendió que era un asunto personal y que nada tenía que ver con su padre, lo que lo alivió sobremanera.

—¿Qué ha ocurrido?

—Es... ¿recuerdas que me preguntaste por un proxeneta? ¿Reginald Goovnaway?

—Goofy. Claro que lo recuerdo ¿Sabes dónde está?

—¡No! ¿Por qué habría de saberlo?

—No lo sé. ¡Tú has venido a hablarme de él!

—No, no de él... Recuerdas que te dije que vende objetos...

—Sí, tío —interrumpió con impaciencia—. Sé quién es Goofy ¿qué sucede?

—Es por los... niños...

El inspector inspiró una bocanada de aire y se sentó muy recto, como si esperara lo peor.

—Habla.

—Hace un tiempo conocí a una chica... La conocí en el teatro, lo juro. La invité un par de veces a mi casa...

—¿Una prostituta?

—Bueno... sí...

Scubs se puso de pie de un salto.

—¿¡Y así quieres casarte con Amelia Aldridge!?

Lord Cartwrigth se llenó de asombro.

—¡Oh, sobrino! Eso ya pasó; ni ella ni yo tenemos interés en el matrimonio por ahora. Al menos entre nosotros. Pero, si así fuera... ¿qué tendría de malo que yo hubiera intimado con una de estas chicas tan cariñosas? —preguntó con tono inocente. A Scubs se le subieron los colores—. ¿Estás celoso, sobrino? —inquirió con sonrisa gatuna.

Scubs lo fulminó con la mirada.

—¿Me explicas de una vez por todas a qué has venido? Estoy bastante ocupado en estos momentos.

—De acuerdo, perdona. Esta joven de la que te hablo me ha comentado que está... embarazada.

Los ojos de Scubs se abrieron de par en par.

—¿Es tuyo?

—¡No! Bueno, no lo sé... Ella tampoco lo sabe. El caso es que ha

venido con ciertos requerimientos que... Olvídalo, no viene al caso. La ha visitado un médico, o al menos un tipo que dice ser doctor y ella cree que van a vender a su bebé y al de las otras...

—¿Hay otras embarazadas?

—¡Por supuesto! ¡Es un burdel, Jeremy! ¡Siempre hay embarazadas! Recordé que me preguntaste por niños en esos sitios y me pareció importante.

—Claro que es importante. ¿Cómo se llama ese médico?

—No lo sabe. Pero eso no es todo, la regente del sitio les ha dicho que las trasladará a otro lugar. Al parecer, iba a hacerlo anoche y por alguna razón, no lo han hecho.

—De acuerdo. Entonces me has mentido. Tú sí sabes dónde quedan esos burdeles.

—¿Que no te he dicho que la he invitado a mi casa? Además, por lo que sé, no es el que tú buscabas, es otro. Este se llama «Casa Pequeña».

—Y también la regentea Goofy —afirmó Scubs, pensativo.

—Exacto. Te aclaro que el señor Goovnaway... o Goofy, como lo llamas tú, no tiene idea de que me divertí un poco con una de sus chicas, yo tampoco sabía que era una de ellas hasta que ella ha venido a hablarme corriendo un gran riesgo. ¿Sabes lo que le harían si se enterasen de que ha pedido ayuda?

—¿Cuál es el nombre de la chica?

—Emma. Pertenecía a la sociedad la pobrecita, o eso dice. —Lord Cartwright sacó un papel de su bolsillo—. Aquí está la dirección.

—¿Ella quiere conservar al bebé?

—No particularmente, no tiene idea de quién será el padre. Aunque si yo aceptara su extravagante propuesta lo consideraría.

—¡¿Quiere casarse contigo?!

El tío asintió con los ojos cerrados en un gesto de resignación.

—Además —agregó—, estoy en la lista de los posibles padres, así que sus chulos intentarán extorsionarme. Pero, como no di mi verdadero nombre, creo que no estoy en peligro.

Scubs sonrió.

—De acuerdo tío, gracias —dijo, y tomó el papel con la dirección.

18

A media tarde, Scubs y Flanagan llegaron, vestidos con sus ropajes más viejos, a la Casa Pequeña. El burdel se erigía en una construcción mucho más grande que la anterior, por lo que resultaba difícil entender que sus nombres estuvieran colocados de tal manera.

Los recibió la madama, una mujer rolliza de labios rojos y mirada vivaz. Su atuendo extremo dejaba a la vista la mayor parte de sus pechos. Las piernas, gruesas como jamones, quedaban expuestas hasta los muslos con cada paso que daba, sus pies calzaban sandalias y las uñas estaban teñidas con algún ungüento de color rojo. Scubs, por cortesía, hizo el esfuerzo de no mostrar su disgusto. El sargento entendió que su jefe no hablaría, así que se adelantó

—Buscamos a Emma —dijo.

La mujer los estudió con una mezcla de asco y asombro.

—¿Emma? —Asintieron. Ella hizo un movimiento con la cabeza y les indicó que entraran. Luego se asomó a la calle, miró hacia los lados, dio una calada a su cigarrillo y, al fin, cerró la puerta.

—Esperen aquí —ordenó. Tras caminar dos pasos, giró sobre sí misma—: ¿Están seguros de que pueden pagar? Su precio ha subido.

El inspector sacó unas cuantas monedas de su bolsillo, lo que hizo brillar los ojos de la mujer. Sonrió.

—De acuerdo, los atenderá en unos minutos. ¿Quién irá primero?

—Eeee —Scubs estaba rojo como el carmín de los labios de la madama. Flanagan volvió a adelantarse.

—Iremos juntos —expresó con algo de incomodidad.

—Eso será aún más caro. A la chica hay que cuidarla, supongo que lo comprenden.

—Por supuesto.

Minutos más tarde estaban ante una bonita mujer, poco mayor que ellos, con un vientre bastante abultado. Su transparente deshabillé morado dejaba casi todo el cuerpo en exposición.

Una vez cerrada la puerta, Scubs habló en voz muy baja:

—Somos conocidos de lord Cartwright —expresó.

La joven se mostró desagradablemente sorprendida.

—¡¿Él los envió?! ¡Ese viejo estú....!

—¡No para lo que usted piensa! —se apuró a aclarar el inspector—. Somos policías—. Emma abrió la boca, tanteó con las manos hacia atrás y se sentó sobre la cama sin dejar de observarlos—. Usted le habló de un doctor que viene a controlar sus embarazos... —prosiguió Scubs, sentándose a su lado. Flanagan se ubicó en la única

silla que había—. Queremos atraparlo y usted nos ayudará.

—¿Cómo?

—No lo sé...

—Van a llevarnos a otro sitio —murmuró Emma con evidente angustia.

—Sí, lo sé, debemos darnos prisa. —Recorrió la habitación con la vista y señaló el vestidor—. Nos esconderemos allí; usted haga que venga y le detalle lo que piensa hacer con su bebé. Entonces lo atraparemos.

La chica frunció el entrecejo.

—¿Y qué cree que pasará? ¿De verdad cree que irá a la cárcel por vender bebés de prostitutas?

—¡Por supuesto! ¡Vender niños es un delito! ¡Hay leyes que los protegen!

Emma soltó una carcajada opaca.

—Entiendo que es usted policía y como tal, debe convencerse de que las leyes se cumplen en todo ámbito... Lamento comunicarle que no es así, inspector. ¡Los hijos de las putas se venden como se venden las manzanas o un filete de cerdo! ¡Se roban, se usan, se mancillan y se ultrajan!

La mujer contenía como podía su angustia; no había levantado la voz solo por no atraer la atención de la madama y los cuidadores. Los policías se miraron entre sí. Ella tenía razón.

—Lo comprendo, señora —dijo Scubs con suavidad—, pero si, con la excusa de que de todos modos sucederá, nadie hace nada al respecto, nunca cambiará, ¿no cree? Comencemos por atrapar a uno, que es la posibilidad que tenemos. Ya veremos después.

Ella suspiró entrecortado y se mordió los labios.

—Tiene razón... Está bien.

—¿Cree que de verdad es médico?

—No lo sé... He estado embarazada antes y supongo que ha comprobado las mismas cosas que el que me atendía cuando era... una mujer real, con un esposo y una casa. —Sus ojos se anegaron y el hilo de su voz se perdió en el aire. Se repuso de inmediato—. Solo que aquél se atenía a lo estrictamente necesario, no como éste, que aprovecha... No me haga contarle más, por favor...

—Descuide.

—No sé si es médico, pero es el que viene y atiende a las preñadas, luego se lleva a los bebés y nunca más volvemos a verlos.

—¿Usted quiere quedarse con su niño?

—¿Para que me recuerde todo el tiempo que no tengo idea de quién es el padre? ¿Qué clase de vida cree que podría darle?

—Sin embargo, la propuesta que le hizo a lord Cartwrigth indica que desea mantenerlo con usted.

—¡No porque lo quiera! Que lo querré si lo tengo, por supuesto. ¡Lo que deseo con todo mi ser es salir de acá, inspector! Dejar esta vida miserable donde mi cuerpo es... ¡algo! Una cosa que se puede vender y comprar, tocar, golpear, humillar... —El llanto se hizo insostenible. Flanagan se puso de pie, metió las manos en los bolsillos y miró hacia la pared. Scubs rozó con las puntas de los dedos la pequeña mano de la mujer.

—Atrapemos a ese hombre —susurró—, y luego veré cómo puedo ayudarla.

Ella dibujó una sonrisa rota.

—No casándose conmigo, seguro. —Su voz sonó resignada. Scubs suspiró.

—No podemos perder más tiempo, llamemos a la madama, dígale que se siente mal, que necesita que la vea el doctor.

—De acuerdo...

* * *

El carruaje traqueteaba en un ritmo monótono y aburrido. Lady Elizabeth Riderbown sonrió de satisfacción al imaginar la cara que pondría el primo Martin al enterarse del embarazo de Marianne. Y esta vez nacería. ¡Oh, deseaba con toda el alma que su nuera no sufriera inconveniente alguno! Si se quedaba en Hampshire lo lograría. Si Geoffrey la mantenía contenta, todo saldría bien. Confiaba en la señora Rubbey, pero ese médico... Gillian no le proporcionaba ninguna seguridad. ¡Niña estúpida! ¿Cómo iba a atender su embarazo con el mismo profesional que le había hecho perder el anterior? Bueno, no él exactamente, pero el imbécil no le había dicho que hiciera reposo ni que se cuidara. ¿Acaso no lo sabía? ¿No se había dado cuenta de lo debilucha que era? ¿Qué clase de médico no nota que su paciente es una enclenque que no soportará nueve meses de peso extra en el cuerpo? En cuanto llegara a Londres, indagaría entre sus amistades los antecedentes de ese doctor. Miró a su doncella, ajena a sus pensamientos, inmersa en el paisaje exterior.

—Entonces... —dijo—. ¿Irás con tu familia?

Odiaba que Sila se tomara tiempo libre, pero entendía que su madre estaba algo enferma y que la joven tenía el derecho de verla antes de que la pobre mujer pasara a mejor vida. Además, hacía tres años que no se tomaba vacaciones, no quería que se le fuera por exceso de trabajo. Conseguir una buena doncella no era tarea fácil por aquellos días, aunque una pagase, incluso, más de lo que le correspondía.

—Sí, milady —respondió Sila—. Serán unos pocos días, regresaré lo antes posible.

—Así lo espero, tengo intención de visitar a Marianne varias

veces antes de que nazca mi nieto y luego, por supuesto, quiero presenciar el alumbramiento. Nadie mejor que yo podrá ayudar a ese doctor Gillian.

—Creí que la señora Rubbey...

—¡Oh, no! Ella puede cuidarla durante la gestación, pero el parto es otra cosa. Allí estaré yo, aunque mi hijo se oponga y salga con alguno de sus berrinches.

Sila sonrió por dentro. ¡Menudo chasco iba a llevarse milady si asistía al «parto»!

—Nunca he estado en un nacimiento —dijo.

—No te has perdido nada. Entre los gritos de la madre con las piernas abiertas y todo expuesto... ¡Y lo horribles que se ven los recién nacidos! Te aseguro que no es algo agradable de ver.

Sila se estremeció.

Ni bien llegaron a la mansión, la doncella se apresuró a ordenar el equipaje de su señora y, sin desarmar el suyo, se despidió. Lady Elizabeth le pagó, a regañadientes, el salario que le correspondía y le deseó suerte. Aunque, por supuesto, no le ofreció el carruaje para ir hasta la estación. Eso ya hubiera sido demasiado.

De todos modos, Sila se dio el gusto de subir a un coche de alquiler y, una hora más tarde, dormitaba en uno de los vagones de tercera, en el tren a Yorkshire. Había escogido sentarse frente a una dama que viajaba con quien parecía ser su marido, ambos le impresionaron como personas muy discretas. Si bien no se consideraba tonta y sabía defenderse, no era bueno para una mujer joven como ella viajar sola en un tren si no ha podido pagar la primera clase, allí se podía estar bastante segura dentro del propio compartimento. En la segunda clase y, mucho más en la tercera, en cambio, nunca faltaban hombres solitarios convencidos de que, por el simple hecho de estar solas, las mujeres debían acceder a sus desvergonzadas intenciones y se les acercaban para pasar el viaje diciéndoles tonterías cargadas de indecencias y palabras soeces. Sobre todo, a las más jóvenes. Por eso, éstas buscaban refugio cerca de alguna mujer mayor o, como en este caso, de una pareja que pareciera decente.

Cuando el tren se detuvo en Pickering, la tarde ya había caído. Pese a haber viajado con una manta por encima, el frío la había entumecido y los dientes le castañeaban sin pausa. Rebuscó en su monedero algunas monedas y le pidió a uno de los muchachitos de la estación que le llevara el equipaje hasta un coche de alquiler. Lloviznaba.

Dio al cochero la dirección de su antigua pensión, donde vivía antes de marchar a Londres y luego de un corto viaje, llegó.

Durante unos segundos observó la fachada de su viejo hogar. ¡Cuántos recuerdos! Llamó a la puerta con cierto nerviosismo y se

arregló el atuendo mientras esperaba. Suspiró aliviada cuando la casera la recibió como a una hija pródiga. La señora Grey se deshizo en atenciones, ¡por supuesto que tenía una habitación para ella! ¡Siempre sería bien recibida allí! ¿Es que acaso lo había dudado? La condujo a la cocina y le puso enfrente una taza de té caliente y un buen trozo de pastel de cerdo recalentado. Hablaron durante largo rato hasta que, al fin, cansada pero satisfecha, Sila se metió en su cuarto y se acostó a dormir.

* * *

Costó bastante que Ninette se resignara a llamar al doctor, le arruinaría los planes, pero, en vista de que Emma parecía sentirse realmente mal y Gillian le había asegurado que ya tenía a quién entregar el bebé, envió a uno de sus rufianes a buscarlo. Tampoco le causaba ninguna gracia que la joven se hubiera tendido en uno de los cuartos de trabajo y que no hubiera forma de sacarla de allí, aunque lo prefería a que le sucediera algo y perdiera al crío.

—¿Dónde están los dos tipos que atendías? —preguntó con gesto dubitativo.

—Se han ido, creo que se asustaron —balbuceó Emma, fingiendo que le dolía alguna parte del cuerpo. Se había desnudado por completo para que Ninette creyera que en verdad había estado con los hombres.

—Escúchame bien, estúpida —masculló la madama agachándose hasta su oído—, más te vale que no le digas al doctor que estabas con dos, ¿entiendes? —Emma asintió.

Ninette no podía permitir que la culparan de no cuidar a una embarazada cuyo crío ya estaba ubicado. No era tanto el temor por Gillian a quien, si lo deseaba, ponía a dormir con un puñetazo. Al que temía era a Goofy; había sido testigo de la brutalidad de la que era capaz, había visto cómo le arrancaba las uñas a uno por hacerlo perder unos cuantos chelines.

Gillian entró con una sonrisa. No había nada mejor para él que una mujer lo esperara desnuda en una cama. Y si llevaba en su vientre un niño que le reportaría ganancias, tanto mejor.

Dentro del armario, Scubs y Flanagan apenas respiraban. El inspector tenía el ojo derecho apoyado en el agujero de un clavo que había sostenido un retrato en el lado contrario, el cual habían quitado esperando que nadie lo notara. Flanagan, en tanto, espiaba por el hueco de una ausente cerradura. Emma se había ocupado de sujetar la puerta con un trozo de tela que calzó contra el marco.

El doctor Gillian estaba de espaldas, por lo que la visión era nula. De todos modos, lo escuchaban a la perfección.

—¿Ya vas a parir? —inquirió el galeno—. Creí que te faltaban

unos tres o cuatro meses.

—Y así es —respondió la mujer—. ¡Pero me siento muy mal!

Gillian quitó la sábana de un manotazo y se relamió de gusto. Lástima que fuera una puta.

—¿Adónde te duele?

La muchacha señaló su bajo vientre componiendo gestos de dolor. El hombre se ubicó a sus pies y, tomando sus tobillos con fuerza, la abrió de piernas. El espectáculo le aceleró la respiración.

—¿Qué...? ¿Qué harás con mi bebé?

—No te preocupes por él —respondió con un jadeo, mientras le palpaba el vientre—. Tendrá una hermosa familia que lo amará y malcriará todo lo que tú no podrás.

—¿Lo darás en adopción?

Gillian soltó una carcajada.

—Sí, ¡cómo no!

—Lo vas a vender, ¿verdad?

—Bueno... unas cuantas libras tendrán que pagarme, por las molestias, ¿sabes?

En ese momento los dos policías salieron de su escondite.

—¿Qué...? —atinó a preguntar el médico.

—Doctor —dijo Scubs—, queda usted arrestado por venta de bebés. Es algo que está penado por la ley.

—¡¡¡La policía!!! —gritó Gillian con todas sus fuerzas. Flanagan y Scubs se quedaron tiesos. Había dos alternativas: o permitían que los forajidos de Ninette los molieran a palos o mentían. Flanagan reaccionó de inmediato, se llevó dos dedos a los labios y emitió un fuerte chiflido. Esto dejó atónitos a los malhechores que, creyendo que les caería un ejército de policías, huyeron despavoridos junto con todos los que estaban en el lugar. Menos Emma que, envuelta en una manta, los miraba, interrogante.

Scubs era consciente de que no podían abandonarla. Le ordenó que se vistiera rápido y se la llevaron con ellos.

Era noche cerrada y hacía muchísimo frío. Estaban cansados y con hambre, debían ir a sus casas. Llevaron al prisionero a la comisaría. Scubs pagó una pieza de pensión para que Emma pasara la noche. Ya vería qué hacer con ella al día siguiente.

* * *

—¡No tienen idea de lo que han hecho! —vociferó Gillian dentro de la celda.

—Si nos ayuda, tal vez podamos hablarle bien de usted al juez.

—Gracias, pero puedo ayudarlo porque no sé nada de nada.

—¿Sabe dónde está Goofy?

—No sé quién es.

El jefe O'Neill levantó una ceja irónica.

—Voy a dejarlo tranquilo, doctor, pero como soy buena persona, le contaré algo: un tal Finley, al que es probable que tampoco conozca porque también está vinculado al señor Goovnaway, alias Goofy, fue apresado anteayer. —Gillian levantó una mirada arrogante —. Ayer lo visitó un abogado que, ¡fíjese qué coincidencia! ¡Tiene las mismas características físicas de Goofy! Y ¿sabe qué es aún más curioso? ¡Que era él! ¡Goofy disfrazado! ¿Y sabe qué hizo? Pues no va a creerlo usted: ¡ayudó al señor Finley a pasar a mejor vida! —Dejó que sus ojos reposaran unos segundos en los del detenido, que parecía algo más pálido, y luego se puso de pie—. Que descanse, doctor.

—¡Espere! —atajó Gillian—. Si hablo ¿me protegerán?

—Se lo garantizo.

—¿Cómo?

—Lo enviaremos a cumplir condena en otro condado. Con nombre falso si es necesario. Eso si lo que dice nos sirve.

—De acuerdo. ¿Tengo su palabra?

—La tiene. Le conseguiré un abogado y él lo pondrá por escrito. Por ahora permanecerá en esta comisaría, con mi gente. Nadie lo visitará sin mi autorización expresa.

Gillian asintió.

—Es una organización muy bien estructurada. No sé quién es el jefe, pero es alguien de muy arriba... Goofy es su segundo. Finley... ¿de verdad está muerto? —O'Neill asintió—. Finley se ocupaba de conseguir objetos valiosos, joyas, cuadros... Hay mucha gente involucrada. Hay...

—¿Un policía?

El médico se envaró.

—¿Entiende por qué necesito protección?

—Lo comprendo a la perfección. Quédese tranquilo, el policía involucrado está muerto, o preso; depende de qué nombre me dé.

—Clarkson.

O'Neill suspiró.

—Está detenido. ¿Dónde encuentro a Goofy?

—No... no lo sé.

—¡Entonces no me sirve de nada!

—¡Podemos atraerlo! Seré su carnada si usted me garantiza que me cuidará de él.

—Lo pensaré. Cuénteme qué diablos hacen con los bebés y los niños.

—Se venden, se entregan... se comercia con ellos, esa es la verdad. Cuanto más pequeños sus cuerpos, mejor... son buenos para robar, para colgarse por las chimeneas. Las niñas son enviadas a los

burdeles o vendidas para servir...

O'Neill apretó los puños.

—¿Cómo pudo...?

—¡Son niños que nadie quiere! ¿Qué hace la sociedad por ellos? ¡Nada! ¿Usted hace algo? ¡No! ¡Yo, al menos, me ocupo de los bebés de las prostitutas, los ubico en casas de buenas familias que les darán una buena vida! ¿Qué sería de ellos si se los dejara con sus madres que tarde o temprano morirán de sífilis o gonorrea, incluso antes de que sus hijos aprendan a caminar? ¡Ahora mismo, al haberme detenido, habrá tres de esos niños que se perderán de tener una vida digna! ¡Terminarán en un orfanato o muertos!

O'Neill bajó la vista. El tipo era un bastardo, pero tenía razón.

—Organizaremos un plan para atraer a Goofy —dijo poniéndose en pie—. Mi gente lo custodiará. Luego que atrapemos a ese malnacido, informaré y lo retendré aquí hasta que consiga un lugar seguro para esperar el juicio.

19

En Aldridge House, la señora Boyle horneaba unas tartas que olían delicioso. Al fin tenía a Emily de regreso y, después de la preocupación que la había mantenido en vilo los días anteriores, quería llenar la casa de festividad; después de todo, la navidad estaba cada vez más cerca. El servicio se mostraba pleno de alegría. Sin los amos podían cantar mientras trabajaban y reír por todo lo alto. Se cuidaban cuando aparecía la señorita Amelia, pero ella, con una sonrisa, les hacía comprender que podían seguir como si nada.

Para Emily en cambio, fechas como la navidad o su propio cumpleaños, la llenaban de un sentimiento al que aún no lograba darle nombre. Sin proponérselo, en esos días su propia existencia le ocupaba todo pensamiento. ¿Por qué había nacido? ¿Quiénes fueron sus padres? ¿Vivían? Eran preguntas que le aparecían de repente, de la nada. Y la llenaban de algo similar a la tristeza, aunque no era eso, con exactitud.

Aquella tarde no fue la excepción. Terminadas las tareas obligadas y, con la excusa de preparar los regalos, se refugió en su cuarto, el que aún compartía con Jennifer, Molly y Silvie. Los señores se habían negado a otorgarle una habitación propia luego de que las doncellas que ocupaban las contiguas fallecieran en manos de aquel horrible asesino. Emily sabía que era difícil que aceptaran cederle una, de todos modos, lo había intentado a través de la señorita Amelia. Pero no hubo caso.

Cerró la puerta y se sentó en la cama, sus manos reposaron, blandas, sobre el delantal. ¿Cómo sería su madre? ¿Estaría viva? ¿La había querido? Lo más probable era que se hubiera sentido horrorizada al darse cuenta de que estaba encinta; tal vez sus amos la habían obligado a dar el bebé en adopción para poder mantener el trabajo, ¿Dónde habría servido? ¿En alguna casa importante? ¿En Londres? El señor Grubber le había contado poco acerca de cómo fue que los Hattie se la cedieron... ¿Sería el mayordomo, su padre? Los ojos se le abrieron de par en par, ¡nunca se le había ocurrido semejante cosa! Se puso de pie y corrió hasta el pequeño espejo, junto a la cama de Jenny. Se observó. No se parecía a Andrew Grubber en nada. Volteó la cara para ver un perfil, luego el otro; en realidad, no se parecía a nadie que conociera. Tenía los ojos verdes, igual que la señora Boyle; pero eran diferentes verdes, el de la cocinera era claro como el de las uvas que solía traer Lucius del almacén del señor Oliver; el suyo era un verde oscuro, como el de las esmeraldas. No había visto una esmeralda en su vida, claro, pero eso le habían dicho

los Hattie: «Tienes los ojos preciosos y verdes, como dos esmeraldas». Y alguna vez se lo habían mencionado el señor Grubber y la señorita Amelia. Suspiró resignada. Mathew también tenía los ojos verdes como el musgo. No significaba nada. ¡Media Inglaterra tendría los ojos verdes! Se arrodilló en el piso y sacó su baúl de abajo de la cama. Allí guardaba los regalos que repartiría en navidad, ese año tenía para todos. El que más orgullo le daba era un almanaque de mil ochocientos ochenta y uno, que estaba a punto de comenzar. Lo había hecho para el señor Grubber con sus propias manos. Había delineado los días, hoja por hoja, había hecho un dibujo en cada una y las había cosido flojamente con lana para que pudiera correrlas. A la señorita Amelia le había comprado un pañuelo de gasa en la tienda de la señora Christine; fue en la única que gastó de sus ahorros. ¡Es que resultaba muy difícil regalarle a una señorita como ella! Para el resto, había tejido guantes y mitones. Se le daba muy bien el tejido, todos habían alabado la colorida bufanda que había hecho para Silvie en su cumpleaños, aunque le producía cierta tristeza porque, en realidad, siempre regalaba lo mismo a sus amigos: tejidos; no tenía otra cosa. No podía gastar sus pocos ahorros en regalos para todos, si lo hiciera, nunca cumpliría su sueño de ir a Londres cuando fuera mayor y se convirtiese en una escritora reconocida... ¿Lo lograría alguna vez? Ni siquiera había terminado de relatar el caso de las doncellas en su cuaderno.

Mientras envolvía los regalos y escribía en cada uno el nombre del destinatario, se dio cuenta de que estaba llorando. ¡Era ese sentimiento desconocido que le aprisionaba el pecho! ¿Por qué su padre había embarazado a su madre y luego no la había querido? ¿Por qué la habían dejado sola en el mundo? ¿Para qué la hicieron nacer si luego no la querrían? ¿Habría hecho algo malo, de pequeña, tanto que no lo recordaba, y por eso la habían abandonado? ¿Habrían pensado que era deforme? ¿O que estaba loca? Recordó a Fox y a Billy, y a Oliver Twist, ellos también estaban solos. ¿Por qué la gente tiene hijos si después no los quiere?, se preguntó. ¿No se dan cuenta de lo que sufren los niños? Ella había tenido suerte, se sentía querida en esa casa y lo agradecía, pero seguía estando sola en el mundo. Sola de madre, de padre, de tíos, de hermanos... ¿Quién le buscaría un esposo cuando tuviese edad? No tendría presentación en sociedad a los dieciocho años, no era una damita de la aristocracia. Ella no era nada. Solo una sirvienta a la que nadie necesitaba demasiado, más que para fregar y cumplir órdenes. ¿Quién la entregaría, si se casaba alguna vez? Sería Andrew, con seguridad. Y estaría muy bien porque lo quería mucho. Se arrodilló en el piso con el rostro escondido entre las palmas y lloró como pocas veces lo había hecho. Todos sus compañeros tenían familia en algún sitio de Inglaterra, algún padre,

algún hermano. ¡Todos, menos ella!

Intentó calmarse. Limpió sus lágrimas y se sonó la nariz. Se acomodó el cabello frente al espejo mientras ordenaba en su mente los pocos datos que tenía de su existencia, la historia que le habían contado y había aceptado como verídica. Pero en la que, luego, con el correr de los años, descubrió vacíos, lagunas que nadie llenaba. Preguntas que no se respondían.

Según el señor Grubber, su madre había llegado, embarazada y sola, a la vicaría de Paul Hattie, en Dorchester. El vicario y su esposa la habían acogido y la habían ayudado a dar a luz, hecho que sucedió enseguida. Una vez repuesta del parto, la muchacha se fue. No les dio su nombre ni el del padre de la criatura... Esto era lo primero que no le cuadraba. Tuvo que haber estado, al menos, dos o tres días en casa de los Hattie, ¿cómo es que nunca dijo su nombre? ¿Cómo la llamaban ellos? ¿Muchacha? ¿Niña? ¿Chica? No. Uno siempre pregunta el nombre para saber cómo referirse a quien tiene enfrente. Luego, antes de marcharse, su madre les había pedido que le transmitieran que la amaba con toda su alma. Emily había aceptado eso y, en cierta forma, también la había amado, aunque no la conociera. Hasta podía comprender que en aquellos momentos se hubiera sentido sola y perdida y que no encontró más salida que dejarla en algún sitio seguro. ¡Pero eso había ocurrido trece años atrás! ¿Cómo es que nunca había vuelto a buscarla? ¡Interesarse en saber cómo estaba, al menos! ¿Hizo su vida y se olvidó de ella? ¿Así es como «la amaba con toda su alma»?

Jennifer entró en ese momento.

—¡Déjame sola, Jen, por favor! —rogó ella que, a esa altura, había vuelto a llorar a moco tendido.

Sin decir palabra, la fregona regresó sobre sus pasos. Minutos más tarde entró el señor Grubber, que cerró la puerta tras de sí y se sentó en la cama.

—¿Qué sucede, pequeña? —preguntó con pena. Nada en el mundo le resultaba más desgarrador que el llanto de aquella niña.

Ella movió la cabeza, negando, y se limpió las lágrimas con las palmas. Luego clavó sus ojos enrojecidos en él.

—Dime lo que sabes de mí. ¡Pero dímelo todo, por favor!

—Em...

—¿¡Por qué los Hattie me entregaron a ti!? ¿¡Cómo es que no supieron el nombre de mi madre!?

—Porque ella no se los dio. —Grubber temblaba por dentro. Siempre había temido que llegara ese día, aquellas preguntas.

—¿¡Y por qué no le exigieron que se los diga!? ¿¡Así «me amaba tanto»!? ¿¡Dejándome al cuidado de otros!?

—Cálmate, Em, ¡por Dios! —La tomó por los hombros. Ella

cerró los puños—. Te diré lo que sé.

—¡Si vas a contarme lo mismo que has dicho mil veces, ahórratelo! —replicó—. Quiero saber quiénes eran mis padres, si están vivos o muertos, si de verdad me quisieron o fui un estorbo para ellos. ¡Si vuelves a decirme que Paul y Berenice no sabían el nombre de mi madre, no voy a creerte!

—¿No puedes pensar que, tal vez, lo hizo para protegerte?

—¿¡Protegerme de qué!? ¡Soy una sirvienta! Si ella fue sirvienta también, ¿de qué quería protegerme?

—¡De que te criaras en la calle, como Fox, como Billy, como todos esos niños que quién sabe si el inspector Scubs logró o logrará recuperar!

—Y entonces, ¿¡por qué no dejó su nombre, así podría buscarla y agradecérselo!? ¿¡Eh!? ¡Dime! ¿¡Y mi padre!? Si la abandonó a su suerte con un hijo en el vientre, ¿¡por qué no dejó al menos el nombre de mi padre, así puedo buscarlo y cantarle las cuarenta!? ¿¡Eh!?

Caminaba de un lado a otro de la habitación, gesticulando, con las lágrimas cayendo en cascadas.

Grubber se estremeció. Recién ahora se daba cuenta de lo mucho que había crecido Emily; era alta y esbelta, y mostraba un temperamento que cada vez resultaba más difícil de contener. ¿Acaso había llegado el momento de ponerla en conocimiento, al menos, de su verdadera edad? ¿Decirle que tenía catorce y no trece, como creía? No podía tomar esa decisión. Debía consensuar con los Boyle. Al levantar la vista se encontró con los ojos iracundos e interrogantes de la muchacha. Con los brazos en jarra, respiraba como si hubiese corrido. Su peinado se había aflojado y cientos de hebras doradas se desprendían de las trenzas casi deshechas.

—No... no sé más de lo que te dicho... —balbuceó él—, tu madre, según me contaron los Hattie, era una sirvienta...

—¿Por qué los Hattie me entregaron a ti? ¿Por qué me fuiste a buscar?

—Yo no fui a buscarte; fue...

—¡No me tomes por estúpida, Andrew! ¡Los Hattie vivían en Dorchester y estamos al límite con Kent! ¡Al otro lado del mapa! ¡Tú ya trabajabas acá! ¡Enviaron por ti para que me sacaras de su casa! ¡Te conocían! ¿Por qué me entregaron a ti?

Además, tenía buena memoria.

—¡Está bien! —rezongó resignado. No podía contarle *toda* la verdad, pero debía tranquilizarla, aunque sea llenando el relato con pequeñas mentiras—. Es cierto, los Hattie me conocían; yo había estado en la vicaría durante un tiempo, luego tuve que irme, necesitaba encontrar un empleo, una vivienda. Y llegué a esta casa. Tiempo más tarde, cuando Berenice murió, Paul envió a buscarme

porque ya no podía hacerse cargo de ti. Había quedado solo, estaba viejo, así que consideró que yo podría prepararte mejor para el futuro. ¿Qué podía hacer él? ¡No podía heredarte la vicaría! ¿O has visto mujeres «vicarias»?

Emily lo miró de costado, enfurruñada y seria.

—No eres tú, mi padre, ¿verdad? —Sabía la respuesta, pero tenía que preguntarlo.

—¿Yo? ¡Oh, querida! ¡Qué más quisiera! En este momento te estaría dando una zurra tan grande...

Emily sonrió a pesar suyo.

—Perdóname —murmuró—, es que tengo este sentimiento aquí dentro... —Apretó su pecho con el puño—. Todos tienen familia... — Se echó a llorar otra vez. El mayordomo se puso de pie y la estrechó entre sus brazos.

—Tú también tienes familia, chiquilla. Haz de cuenta que soy tu padre; los Boyle, tus abuelos y el resto de la servidumbre, tus primos y tíos.

—Hago de cuenta, Andrew, claro que lo hago... pero es... fantasía...

* * *

Sila esperó en el coqueto saloncito de los Howard. Era una casa sin pretensiones, decorada con excelente gusto. Resultaba evidente que la señora era una mujer pulcra y discreta. La recibió con una sonrisa ligera. «Incómoda», juzgó Sila, desencantada.

—¡Te hacía en Londres! —exclamó la anfitriona estirando las manos.

—He venido por unos pocos días —repuso ella, tomándolas—. Solo para hablar contigo.

La señora Howard enganchó el brazo en el suyo y la condujo a la sala. Ordenó a la criada que preparara aperitivos.

—Si es por lo que me contaste en tu carta, me temo que has venido en vano, aunque no estará mal que aclaremos las cosas al respecto.

A Sila la sorprendió la respuesta. Se sentó en un sillón de orejas y su amiga en el contiguo. La chimenea chisporroteaba alegremente, haciendo olvidar el frío exterior.

—Creí que querías saber... —murmuró.

—¡Claro que quería saber! —replicó la señora Howard en voz muy baja; el servicio no tenía por qué enterarse de lo que hablaban. Un tema muy sensible, además—. ¡Pero han pasado muchos años desde que decidimos aquella locura! ¡Hoy mi vida ha cambiado, Sila! Me he casado, tengo dos niños...

—Ya lo sé. Asistí a tu boda, ¿recuerdas? ¡Fui cómplice de tus mentiras!

La doncella entró con una bandeja con dos vasos altos y platitos con emparedados. Guardaron silencio hasta que se retiró.

—¡Habla bajo! Los sirvientes suelen ser muy perspicaces.

—¡Oh, no me digas! —respondió Sila, irónica—. ¿Cómo crees que me he enterado de lo que te conté?

—No quiero saber nada de esa familia —dijo la otra, alcanzándole un vaso.

—¡No se trata de la familia, se trata de la niña!

La señora Howard hizo un gesto de dolor apenas perceptible y bebió un trago de su aperitivo.

—No puedo hacer nada por ella —repuso. Sila abrió enormes sus ojos grises. Volteó hacia ella, inclinándose hasta quedar casi frente a frente, pese a que estaban sentadas de lado—. ¡No me mires así! ¡Es la verdad! —La señora Howard bajó aún más la voz—: ¿Qué quieres que haga? ¿Que vaya a su encuentro y le diga: «mírame, soy tu madre, te abandoné para poder vivir una vida decente»? —Tomó aire y continuó—: O «perdóname, pero no puedo hacerme cargo de ti porque tengo un esposo que no sabe nada de mi pasado y dos hijos que no tienen por qué enterarse». —Sila guardó silencio—. Lo siento —siguió la señora Howard—, cuando te pedí que me ayudaras a encontrar a mi... a la niña, mi vida era distinta...

—Lo sé —repuso la otra con la frente en alto—. Te pido disculpas por haberte molestado con estas... tonterías.

—¡No, no! No te enojes, no lo entiendes...

—¡Oh, sí, claro que lo entiendo! —exclamó Sila, colérica, poniéndose en pie. Luego bajó el tono y su mirada se suavizó—. Créeme que sí. Sería impensable que... Es esta loca cabeza mía, que hace que crea que... Olvídalo. Después de todo, me ha servido el haber hecho de sirvienta de una dama de la alta alcurnia en Belgravia, he aprendido unas cuantas cosas, supongo que debo agradecértelo.

—Sila, siéntate, por favor y escúchame. —Lo hizo. En la garganta, un nudo apretaba y no había forma de deshacerlo; bebió otro trago. La señora Howard se levantó y fue hasta la puerta a cerciorarse de que estuviese bien cerrada, luego regresó—. Verás, no es que no me importe la niña, claro que me importa, ¡salió de mis entrañas, caramba! Pero es que, de verdad, no puedo hacer nada. Si intentara, siquiera, acercarme a ella, tendría que dar explicaciones a mi esposo y ¿sabes qué haría él? ¡Me repudiaría y me pondría en la calle sin aquella hija y sin estos dos que tengo con él y que son mi tesoro! No me permitiría volver a acercarme a ellos, lo entiendes, ¿verdad?

Lo entendía, por supuesto. No lo aceptaba. Ella no podía tener hijos por una torpeza del pasado y Catherine, que podía parir cuando quisiera, se daba el lujo de abandonar a una cría, así como así.

Aunque, claro que la entendía, lo perdería todo si su marido llegara a enterarse de que no estaba tan intacta como creía cuando la conoció.

—¿Nunca se te ocurrió indagar con disimulo a tu esposo? —preguntó con acidez—. ¿Qué pasaría si le contaras?

—¡No! ¡Lo conozco lo suficiente como para saber que no consentiría jamás que le haya ocultado semejante cosa! —Catherine hablaba en un susurro, mirando a cada momento la puerta, luego agregó con dolor—: Ni siquiera conocerá alguna vez a mis padres...

Sila asintió. Conocía la historia, había sido partícipe. Luego de un rato se despidieron. Sila intuyó que sería para siempre, aunque con el destino nunca se sabe.

Ya en su cuarto de la pensión se tiró en la cama, mirando el techo.

Había conocido a Catherine Boyle en el otoño del sesenta y seis cuando llegó recomendada por un conocido de la señora Lawrence. Entonces comenzó a trabajar en la casa donde ella era niñera. Cath llegó como doncella, enseguida hicieron buenas migas. Tenían la misma edad y algunos sueños en común. La gran diferencia entre ambas era la educación. Mientras que Sila había estudiado y se había graduado con honores como maestra de escuela, Catherine apenas si sabía leer y escribir. Ella le había enseñado, junto a los niños Lawrence. De a poco, Cath fue abriendo su corazón y le contó su triste historia: se había enamorado del prometido de su señorita y había cometido la torpeza de entregarse a él, creyendo que la amaba. Había quedado encinta y su vida se había desmoronado. Sus padres, cocinera y jardinero de la casa de la prometida en cuestión, le pidieron ayuda al señor, que se había criado con la cocinera ya que ésta había servido en su casa de soltero desde muy jovencita. Así, el señor Aldridge, a espaldas de su esposa y de su traicionada hija, envió a Cath a una casa de campo hasta que dio a luz y se repuso del parto; luego la envió a Yorkshire con una carta de recomendación y allí recaló, sufriendo por esa hija que no podía tener consigo. Tiempo después, una carta de su madre la había tranquilizado. Habían entregado al bebé a un vicario y a su esposa. La niña estaba bien y era amada. Pero Catherine no se había resignado por aquel entonces a perderla, así como así. Y Sila, que también se había embarazado en sus tiempos de estudiante, viéndose obligada a abortar, se había compadecido y había decidido ayudarla. Cuando los niños Lawrence ya no la necesitaron más, la señora le dio una excelente recomendación que ella modificó para poder ingresar como doncella en Londres, justo en la casa del hombre que había seducido tan impíamente a Catherine. Así, había terminado sirviendo a lady Elizabeth Riderbown. Y allí había sido testigo del momento en que ésta se había enterado de que tenía una nieta. Y que su amiga, lady Soraya Merritt, sabía dónde estaba. Catherine por su

parte, había conocido al boticario, señor Howard, y le había inventado una historia de vida que Sila avaló. Se había casado con él logrando así, dar un milagroso giro a su vida con dos hijos varones que, tal como había asegurado esa tarde, eran su tesoro.

20

El plan para atraer y atrapar a Goofy estaba en marcha. El doctor Gillian fue trasladado a la cárcel junto a otros dos presos con los que compartiría celda. Del plan solo participaban el jefe O'Neill, Scubs, Flanagan y tres policías alineados a ellos. Nadie, ni siquiera el comisionado, estaba enterado. Ni el superintendente Palmer.

Hacia el mediodía un hombre de gran porte, que bordeaba la cuarentena, vestido con traje de corte impecable y un maletín en la mano, se presentó ante el carcelero.

—Buenas tardes —dijo con voz autoritaria—, mi nombre es Daniel Murdog, soy el representante legal del señor Hubert Gillian. Necesito hablar con mi cliente. —Extendió una ampulosa tarjeta impresa.

El carcelero tomó la cartulina y estudió al abogado. Le llamó la atención, sobre todo, la cantidad de anillos que adornaban sus dedos.

—¡Gillian! —gritó a la ventana de rejas de la celda—. ¡Ha venido el abogado! ¡Atrás! Voy a abrir en uno..., dos... —Llevó sus manos al cinturón—. ¡Tres!

Abrió los cerrojos y dejó entrar al hombre, que sonrió de costado cuando vio a su «cliente» acurrucado como una rata en una esquina.

—Hola, Gillian —dijo—. He venido a liberarte de tus miserias.

Los dos prisioneros que se hallaban a los costados sacaron sus armas y lo apuntaron. Sorprendido, el falso abogado, supo que eran policías y que le habían tendido una trampa; lanzó su maletín sobre uno de ellos y giró sobre su eje. Pero el carcelero le flanqueó la puerta, apuntándolo también.

—¡Reginald Goovnaway, queda detenido por el asesinato del señor Finley!

Goofy levantó las manos en señal de rendición. Sus ojos coléricos se desviaron hacia el médico.

—¡No saldrás de esta, idiota! —masculló—. ¡Nadie lo pasa peor que un soplón!

* * *

Clarkson se aprestaba a salir de la cárcel. El doctor Leonard Lloyd, enviado por el superintendente Palmer, había jugado bien sus cartas y el juez había dejado sin efecto el testimonio de Billy, alegando que «no puede tomarse en serio la declaración de un niño que no tiene educación alguna y que se gana la vida embaucando y robando a las

personas». No tenían otra cosa concreta en su contra.

Scubs lo observó con la cabeza ladeada.

—Más vale que haga bien las cosas de ahora en más, agente, o regresará a esta celda en el momento menos pensado.

Clarkson sonrió con aire de superioridad.

—No he hecho nada...

El abogado levantó la mano.

—Al no tener hijos propios —dijo—, mi cliente intenta ayudar siempre que puede a los niños desprotegidos. Lo único que ha hecho es llevar a una de estas criaturas hasta el barco para que diera un paseo, inspector. Le aconsejo que deje de perseguirlo e invierta su precioso tiempo en hallar al verdadero culpable del asesinato del agente Gibson y de ese pobre jovencito que encontraron flotando en el río.

Dicho lo cual, saludó con un ligero movimiento y se marcharon. Flanagan, con las manos en los bolsillos, negó con la cabeza.

—Se saldrá con la suya, el cretino —dijo, iniciando el trayecto hacia la salida detrás del inspector.

—Tal vez dice la verdad —murmuró Scubs—. Tal vez no ha sido él.

Flanagan levantó las cejas.

—¿De verdad va a creerle a ese tipo? ¡Billy lo identificó!

—Clarkson no negó que haya llevado al niño al barco, ya ha escuchado usted al abogado. Pero, al no haber hallado a nadie en el islote, no tenemos con qué acusarlo.

—¿Y la palabra de Emily? ¿Tampoco sirve?

—Emily no vio a Clarkson; como mucho identificará a Goofy... ¿tenemos un retrato de Clarkson?

—No que yo sepa, tal vez haya alguna fotografía en su expediente.

—¡Eso es! ¡Busquémosla!

—¿Cree que Palmer nos permitirá hacerlo, después de esto?

—Tiene razón... Bien, vayamos con el dibujante. Quiero mostrarle el retrato a Gillian.

—¡Pero si fue Gillian quien nos dio su nombre!

Scubs se tomó la barbilla con aire pensativo.

—¿Recuerda el nombre que di cuando nos cercaron esos malandrines, en Limehouse?

—Morse, Morton, algo así...

—Y Goofy, ¿cómo se presentó?

—Primero dijo ser Smith y luego Murdog...

—Exacto. —El sargento frunció el entrecejo. Al llegar a la calle subieron los cuellos de sus abrigos; el viento arrastraba nubes enormes y el intenso frío presagiaba nevada—. Uno puede dar el nombre que

quiera y los demás no dudarán de que es el propio —continuó el inspector—. Ahora bien, otra persona pudo haber dado el nombre de Clarkson... —Se detuvo en seco—. ¿Sabe qué creo, sargento? —Flanagan negó—. Creo que... y esto debe quedar entre usted y yo, ¿de acuerdo? —El sargento asintió. Scubs bajó la voz—: Alguien de mucho peso es quien tiene el poder de esta... ¿«organización»? ¿Así la llamó Gillian? Y creo saber quién es, pero no puedo decírselo a nadie más que a usted; esto le indicará cuánto confío en su discreción.

—Gracias, señor.

—Estoy seguro de que el mandamás es el superintendente Palmer. —Flanagan compuso un gesto perplejo—. Pero no tengo cómo probarlo, al menos de momento. Gillian está dentro de este juego, Clarkson también, por supuesto, y habrá muchos más... —Continuó caminando—. Incluso el asesino.

—¿Por qué duda de Palmer, señor?

—¡Porque es quien nos ha negado ver las caligrafías de sus agentes! ¡Y es quien ha enviado al abogado que sacó a Clarkson de la cárcel! Además, sargento, piense: únicamente alguien con poder y con información precisa, podría haber avisado al islote que íbamos en camino. —Movió la cabeza, dubitativo—. Otra persona que podría haber actuado de tal manera es el superintendente O'Neill, pero no puedo desconfiar de él.

—Ni yo.

—Debemos ser objetivos, sargento. Por ahora no diremos una palabra a nadie. Ni siquiera a O'Neill.

Subieron a un coche de punto y se dirigieron en busca del dibujante que les hizo, en dos trazos, un esbozo del rostro de Clarkson; no era su mejor trabajo, pero se parecía bastante; el pobre hombre se había negado en un primer momento a entregar el dibujo en tales condiciones, ¡era su reputación lo que estaba en juego! Scubs le aseguró que no había tiempo, le prometió que nadie conocería su autoría y le rogó que no comentara una palabra al respecto. «Su vida estará en peligro si lo hace», le había dicho para asegurarse.

Regresaron a la comisaría, adonde Gillian había sido devuelto bajo fuerte custodia. Le enseñaron el retrato.

—No lo conozco —afirmó el médico luego de estudiarlo por varios minutos.

—¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro. Ese no es Clarkson.

Scubs suspiró y se echó hacia atrás en la silla.

—Pues entonces, descríbalo. ¿Cómo es el agente Clarkson?

—Es más joven, alto, algo esmirriado... tiene ojos claros, casi transparentes...

El inspector asintió, pensativo. ¿La descripción encajaba con

alguien que conociera? Flanagan estiró la barbilla, como si le sonara ajena. De pronto, se miraron con ojos atónitos. ¡Claro que habían visto a alguien con aquellas características! ¿Cómo fueron tan tontos como para no haberlo visto? ¡Y Palmer quedaba en medio, una vez más!

* * *

La mirada de Sila se perdió entre los copos de nieve que caían, ligeros, tras los cristales del vagón. Sus pensamientos volaban entre las diferentes situaciones de las que había sido testigo en los últimos días. Lord Geoffrey contándole a su madre la verdad acerca de esa hija que había tenido con Cath... Marianne y ese doctor... ¡Y fingiendo un embarazo! —Llevó su mano a la boca, a punto de emitir un lamento —. Cath, reaccionando de esa forma tan inesperada ante la noticia de que estaban en condiciones de localizar a la niña; aquella criada, Lavinia, en Selborne, a quien mintió su nombre. ¿Qué pasaría si Lavinia hablara con alguna de las criadas de Riderbown Hall y le contara que ha conocido a Catherine, la doncella de lady Elizabeth? Ella reiría y la sacaría de su error, pero, ¿si llegara ello a oídos de milady? ¡Menudo susto se daría la vieja! Sonrió para sí misma ante la loca idea de que algo así sucediera.

Para cuando llegó a Londres, había tomado la decisión, comenzaría el nuevo año con una nueva vida. Enderezó los hombros y lanzó un largo suspiro. Luego dejó el equipaje en depósito, en la estación de tren, subió a un coche de alquiler y dio al conductor la dirección de los Riderbown.

Lady Elizabeth mostró gran alivio al verla. ¡Si hasta parecía sonreír!

—Creí que tardarías más en regresar, pero me alegro de que hayas vuelto. Tu madre estará mejor, supongo —dijo sin quitar la vista de la camisita que bordaba para su futuro nieto.

—He venido a retirar el resto de mis cosas, milady. No voy a quedarme.

Lady Elizabeth apoyó la costura en el regazo y se quitó los quevedos.

—¿Cómo dices? ¡Oh, tu madre...!

—No se trata de mi madre, milady. —No podía decirle lo que en verdad le pasaba por la cabeza—. Con su permiso, voy a sacar mi baúl.

La dama quedó boquiabierta. ¿Qué clase de insolencia era esa? Dejó con delicadeza la costura, se levantó y fue hasta el cuarto de servicio, donde la encontró doblando su mejor vestido.

—No puedes irte hasta que no entrenes a otra doncella para mí —indicó desde la puerta.

Sila inspiró con fuerza.

—Lo siento, milady, pero así será. Puede pedirle a Cinthia que sea su doncella, sabrá hacerlo bien.

—¡Oh! ¡Cinthia es, incluso, más estúpida que tú! ¡Al menos tú sabes leer y escribir! Si te vas en este momento, olvídate de obtener una carta de recomendación de mi parte.

—No la necesito, milady. —El corazón de Sila comenzó a latir con más fuerza; no había pensado en ello, si las cosas no salían como esperaba... Pero ¿de qué se preocupaba? ¡Ella tenía una salvaguarda para el resto de su vida! Marianne pagaría lo que fuera porque su insensatez no saliera a la luz. Y si se lo contaba a Elizabeth Riderbown... ella tampoco querría que el mundo se enterase del «secretito» de su nuera. Sonrió y cerró con fuerza el baúl. Lo arrastró hasta quedar frente a frente con la dama. Ésta la miró con ojos furiosos, pero no iba a rebajarse con una sirvienta, se hizo a un lado y la doncella salió.

Al llegar a la calle, Sila abrió la mano y atrapó los delicados copos de nieve que caían sobre ella. Era libre. Por fin. Aunque el destino se presentaba confuso y, si lo pensaba un poco más, hasta peligroso, confiaba en sí misma. Y confiaba en no verse en obligación de recurrir jamás a una forma tan baja de supervivencia como lo era el chantaje a esas dos mujeres, sobre todo a Marianne, que lo único que hacía era sobrevivir como mejor podía.

Al llegar a Paddington, agregó el baúl a su equipaje y buscó el cartel con los horarios de los trenes, luego miró la hora en el gran reloj de la estación; si se apuraba, podía llegar hasta el banco y retirar sus ahorros, había juntado lo suficiente como para sobrevivir un tiempo hasta ubicarse en un nuevo trabajo. Con los nervios a flor de piel y la excitación de la aventura, se acercó a la ventanilla y compró un boleto para Hillside Bell. Ese era el pueblo donde vivían los padres de Catherine Boyle, ellos sabrían dónde estaba la niña.

* * *

—¡No sé cómo no nos dimos cuenta! —expresó con rabia el inspector Scubs.

—¡Nos dio todas las pistas! —convino Flanagan—. ¡No era cierto que Clarkson le cambiara las guardias!

—¡Dijo que Clarkson tenía que alimentar a varios hijos y resulta que, de acuerdo a lo que expresó su abogado, no tiene ninguno! Palmer fue quien le dijo a O'Neill que Harris cambiaba los horarios con Clarkson...

—¿Por qué diría eso? ¿Qué más le da que atrapemos a uno u a otro?

—No lo sé, pero no me extrañaría que no hallemos a Harris por ninguna parte.

En efecto, el agente había desaparecido como por arte de magia. Enterado el jefe O'Neill al respecto, envió patrullas a buscarlo por todo Londres sin éxito alguno. Se registraron las salidas de trenes, de buques, nada. Por supuesto, ni Scubs ni Flanagan hablaron con su superior de las sospechas sobre Palmer, no se puede acusar a un superintendente sin riesgo de terminar en la horca por sedición.

—Entonces, ¿Clarkson es inocente? —preguntó extrañado el jefe O'Neill.

—De los asesinatos, sí; pero estamos seguros de que pertenece a la organización que secuestra niños.

—Él los entregaba al barco que luego los transportaba al islote —agregó Flanagan con tristeza.

—A Goofy.

—Claro —Scubs se tomó la barbilla en actitud pensativa—. Bueno, no lo sé, en realidad. Goofy regentea burdeles. Cuando apareció el cadáver del niño del río, se vio en la obligación de huir... Dejó sus negocios y subió al barco para no ser encontrado... Por lo tanto, sabía que lo vincularíamos a él... ¿Cómo es que Harris no huyó también?

—¿Porque estaba seguro de que no sospecharíamos de él? —arriesgó el sargento.

—Podría ser... Después de todo, fue su testimonio lo que me hizo sospechar de Clarkson, el que Billy lo haya señalado luego no hizo más que confirmarlo... Tal vez, Harris pensó de inmediato en inculparlo a él. Por eso habló de los negocios que sus padres tienen en Compton...

—Para que llegáramos a la barbería del señor Clarkson.

—Exacto. Cuando en realidad, quien seguramente tomó una navaja de la barbería, fuera él mismo... Lo que me resulta extraño es que haya huido ahora... Sabe que no tenemos prueba alguna, lo único que nos serviría sería una confesión y no creo que esté dispuesto a dárnosla.

—Tal vez lo asesinaron también —deslizó O'Neill.

—No. Lo hubieran hecho antes. Nadie sabe que sospechamos de él, a no ser que... ¡Claro! Clarkson debe haberse dado cuenta de la metida de pata del abogado, al contarnos que no tiene hijos y le avisó. Por eso huyó...

—¡Pero hemos cerrado todas las salidas! —agregó el superior —. ¡No ha tenido tiempo de abandonar Londres!

—A no ser que aún esté aquí. Escondido.

—¿En qué piensa, inspector?

—No puedo decírselo, jefe; si estoy equivocado, necesito que usted esté a salvo... para librarme de la horca. O que al menos, lo intente.

* * *

Irrumpir en la casa de un superintendente era una completa locura. Flanagan estuvo a punto de negarse en rotundo, pero no podía dejar solo al inspector. Tampoco podían pedir ayuda al resto de la fuerza, los tildarían de locos y los llevarían presos sin más. Así que fueron solos.

Atardecía cuando llegaron, Scubs había comprado una botella del mejor vino que encontró en Harrods, tienda que el sargento conoció en aquella oportunidad y ante la cual se mostró fascinado.

Un lacayo los hizo esperar en la sala de visitas. Minutos después el superintendente Palmer apareció con cierto recelo en los ojos.

—Inspector... Sargento...

—Disculpe el atrevimiento, jefe Palmer —dijo Scubs con una sonrisa—. Solo hemos venido a agradecerle en nombre de nuestra comisaría por su gran colaboración para atrapar a quienes secuestraban niños.

—¡Oh! Creo que debería haber sido el superintendente O'Neill quien...

—Lo hará también, se lo aseguro —interrumpió el inspector, entregándole la botella—. Esto es para usted, por... en agradecimiento. Solo un detalle.

El jefe Palmer tomó la bolsa de papel y contempló su regalo con deleite.

—¡Oh, muchas gracias! Siempre se agradece un buen vino y éste es excelente... ¡No sabía que el presupuesto de un inspector fuera tan holgado! —Largó una carcajada y los invitó a pasar a la sala y acomodarse en los enormes sillones. Una rápida mirada del inspector hizo que Flanagan permaneciera de pie.

—Disculpe, jefe Palmer —dijo el sargento con el rostro rojo de vergüenza—. He tenido un pequeño percance... íntimo...

—¿Necesita un cuarto de aseo? ¡Oh, por supuesto! En esta casa tenemos uno para las visitas, deje que mi criado lo acompañe. ¡Gordon!

Un hombre entrado en años apareció de inmediato y condujo al sargento por un largo pasillo de suntuosa decoración hasta un reducto de tres por tres donde había un retrete de loza y una repisa en la que apoyaba una palangana con su respectiva jofaina. También había un espejo colgado de la pared frontal, algunas toallas y frascos con aceites y perfumes varios.

—Le traeré agua caliente —dijo el sirviente con una rápida reverencia.

—De acuerdo, gracias. Déjela afuera por favor, yo la recogeré.

—Y cerró la puerta. El sirviente se retiró con gesto extrañado. El agua caliente era para lavarse, no para dejarla fuera del cuarto.

Flanagan esperó unos momentos y espió abriendo apenas la puerta. Cuando estuvo seguro de que no había nadie cerca, salió, dejando cerrado el cuarto y la lámpara de gas encendida. Se deslizó sigilosamente hasta el final del pasillo donde se topó con una escalera que bajaba, según supuso, a la cocina. A la derecha se abría un pasadizo oscuro, hacia allí giró a tientas. Si Palmer tenía escondido a Harris en su casa, estaría en algún hueco, lejos de la familia. Si alguno de los sirvientes llegara a verlo, podía inventarles cualquier historia, después de todo, era un superintendente. No daría demasiadas explicaciones al servicio.

Llegó hasta los lavaderos, una sala enorme con una serie de piletas dispuestas una junto a la otra y muchos cestos cargados de ropa, mucha de la cual estaba tendida en sogas al calor de una inmensa estufa. El ambiente extenuaba, por humedad y calor. Flanagan pensó que era el sitio ideal para esconder a alguien, ya que los pocos que anduvieran por allí, se irían rápido, nadie quiere permanecer mucho tiempo en un salón como aquel. Debía apurarse, el inspector no tendría demasiado tema para distraer a Palmer por más tiempo.

Hacia su izquierda divisó una delgada columna de humo. Olor a tabaco quemado. Alguien fumaba a pocos pasos de él, en una especie de hornacina al otro lado de la entrada. Se agachó y entornó los ojos para enfocar. La otra persona se giró y se puso de pie, tirando el cigarrillo a un costado. ¡Era Harris! El sargento sacó su silbato y sopló con fuerza.

21

Para cuando el inspector Scubs y el jefe Palmer llegaron hasta los lavaderos de la casa, Flanagan, con un pequeño corte en el pómulo, había reducido al agente Harris y lo tenía contra el piso, sujeto con la rodilla.

—¡Sargento ¿está bien?! —preguntó Scubs.

—Estoy bien, sí —repuso éste, jadeante.

—¿Qué...? —balbuceó Palmer—. ¿Qué significa esto?

Un puñado de sirvientes se habían acercado a la puerta ante el barullo.

—Este hombre —explicó el inspector— es el agente Harris, pero supongo que usted ya lo sabe...

—¡Claro que lo sé! Pertenece a mi comisaría, lo que no entiendo qué es lo que hace en mi casa ni por qué su sargento lo ha detenido.

—Es el asesino de Samuel Lindston y del agente Gibson.

Flanagan se puso en pie, levantando de un tirón al detenido a quien le colocó enseguida las esposas.

—Pero ¿qué está diciendo, inspector? —gritó Palmer—. ¡Primero Clarkson, ahora Harris! ¡Falta que me culpe a mí de esos malditos homicidios!

Scubs lo miró por el rabillo, entrecerrando los ojos. Palmer se volvió a sus sirvientes:

—¡No hay nada que ver aquí! ¡A sus puestos, todos! ¡Márchense! Y usted —agregó, dirigiéndose a Scubs—: ¿se puede saber qué bicho lo ha picado?

El inspector era consciente de que no podía acusarlo y salir indemne sin pruebas. De no poder comprobarlo le esperaba la cárcel, el repudio y la horca. A él y a Flanagan. Se adelantó hasta quedar de frente al detenido.

—En ningún momento el agente Clarkson le pidió cambiar el turno, ¿verdad? Lo hemos comprobado —mintió—. Era usted quien solicitaba dichos cambios.

En los ojos de Harris había rabia. De vez en cuando echaba una mirada a Palmer, que la sostenía, amenazante. Duraba un segundo, pero Scubs lo notaba.

—Intentó culpar de los homicidios a su compañero, Clarkson, y por ello utilizó una navaja que robó de la barbería del padre de éste, quien nos contó que usted lo visita con cierta frecuencia —continuó mintiendo el inspector, a fin de lograr una confesión—, y que le han robado, hace una semana, una de sus hojas de mayor tamaño.

Flanagan metió las manos en los bolsillos del hombre.

—Descuide, sargento —continuó Scubs—, seguro que ya se ha deshecho de ella. Me gustaría que me contara, agente... ¡Oh, perdón, superintendente! —expresó con pena como si recién en ese instante se diera cuenta de que estaban en casa de éste—. Será mejor que lo traslademos a comisaría.

—¡No —exclamó Palmer, ofuscado—, es mi agente! Quiero saberlo todo. No se preocupe, luego serviré de testigo para las formalidades.

Harris lanzó una mirada iracunda a su superior, que desvió la suya a las gafas que se había quitado y limpiaba con un pañuelo.

—De acuerdo —prosiguió Scubs—. Cuénteme por qué mató a ese pobre muchacho y al agente Gibson. ¿Qué le hicieron ellos?

—Yo no maté a nadie.

El inspector tragó saliva. Si no lo hacía confesar, estarían perdidos. Se volvió hacia el dueño de casa.

—Si no me equivoco, superintendente, este hombre le mintió a usted. —Palmer lo miró con ojos asombrados—. ¿Acaso no fue él quien le habló de los cambios de turno con Clarkson?

—¡Es verdad! —consintió el superior—. ¡E hizo que yo mismo le mintiera al jefe O'Neill! —Se acercó al detenido—. ¡Sea valiente y compórtese como un hombre de verdad! ¡Confiese de una vez! —gritó con el rostro rojo de cólera. Harris se sobresaltó. Scubs sintió pena por él, acababa de entender que estaba perdido, Palmer no lo apoyaría esta vez; más bien, necesitaba alejar las sospechas de sí mismo y para ello, no tendría el menor reparo en sacrificarlo. Si Harris se arriesgaba y contaba la verdad, lo ahorcarían de todos modos y, además, moriría como un traidor o un loco que, para librarse, acusaba a un hombre intachable como el superintendente de Limehouse—. ¿Qué diablos hacía en mi casa? —insistió éste.

Harris le lanzó una mirada gélida. Era preferible morir como un frío asesino que como una rata traidora.

—Me escondía —declaró con los ojos fijos en él—. Era el último lugar donde me buscarían.

—¿Confiesa entonces, que mató a ese muchacho y a Gibson? —inquirió el superintendente sin piedad.

—Sí.

El inspector Scubs se adelantó.

—¿Por qué lo hizo?

—El muchacho quería escapar. Gibson lo descubrió todo.

—¿De qué quería escapar Samuel Lindston?

El prisionero levantó los hombros.

—Se hacía amigo de los niños y nos los entregaba, pero, en estos últimos días, se había arrepentido el muy cobarde. Estaba

marcado para ser llevado a Lidhom.

—¿Para qué llevaban allí a los niños?

Al hombre le brilló una sonrisa maliciosa.

—Para venderlos, entre otras muchas cosas.

Scubs sintió asco.

—¿Quién es su jefe, agente?

—No tengo idea. Me llegan las órdenes por correo y yo las ejecuto.

—¿Conserva esos correos?

—¿Cree que soy estúpido?

Scubs amplió la línea de sus labios.

—Bueno, si a usted le parece de listos seguir las órdenes de «alguien» peor que usted, a quien ni siquiera conoce...

—¡Lléveselo, inspector! —vociferó Palmer dando media vuelta —. ¡No soporto a esta escoria en mi casa ni un minuto más! Una pregunta... —Volvió a girar hacia Scubs—. ¿A qué vino, exactamente, a mi casa?

—A buscar a Harris.

—Y ¿por qué pensó que podría estar acá?

—Por lo que él mismo dijo: éste sería el último lugar donde se lo buscaría —Sonrió.

—Claro.

Si las miradas hablaran, el inspector estaba seguro de que aquella lo había amenazado.

* * *

Era noche cerrada cuando llegaron a comisaría con el detenido. Tendrían que custodiarlo tanto como a Gillian, el peligro era el mismo para los dos.

Uno de los agentes que habían colaborado en la captura de Goofy le hizo una seña al inspector.

Metieron a Harris en una celda y luego de las recomendaciones pertinentes al celador, Scubs regresó a la recepción.

—Lo hacía disfrutando de un merecido descanso —dijo al agente.

—Es que ha sucedido algo, inspector. Reginald «Goofy» Goovnaway se ha suicidado en la prisión. Y esta vez nadie ha entrado en la celda.

Scubs entornó los párpados.

—¿Cómo murió? —preguntó Flanagan.

—Arsénico. Posiblemente lo llevaba en alguno de sus anillos. Dejó esto. —Les entregó un papel doblado.

Scubs lo desplegó y leyó en voz alta: «¿Cree que nadie pagará por lo que ha hecho, inspector? Tenga cuidado al caminar y no

descuide a los suyos». El rostro del inspector palideció, las piernas se le aflojaron. Ver el propio nombre en una amenaza de tal calibre no era algo a lo que estuviese acostumbrado. No era una amenaza general, no era para *los policías* de Ashcraft Lane. Era para él. Solo para él.

—Olvídelo, inspector —dijo Flanagan—. El tipo iba a matarse y antes de irse, buscó seguir molestando.

Estaba seguro de que no era así, una amenaza era algo serio. Pero se sintió en obligación de tranquilizar a su superior.

* * *

—Buenas noches, señor —saludó Sila con brillante sonrisa. El hombre se quitó la pipa de la boca y levantó apenas la gorra—. Acabo de llegar de Londres, ¿conoce alguna pensión donde pueda alojarme por un tiempo?

—Bueno, aquí nomás tiene la taberna del Sapo Karli, pero no creo que sea sitio para una señorita como usted... La señora Troy es su mejor opción, renta habitaciones y, por lo que sé, tiene varias vacías, pero tendrá que tomar un coche de alquiler si no quiere perderse. Además, es bastante tarde ya. Está en el número dos de Cotton Street.

—Muchísimas gracias, señor....

—Thorndike. Soy el guarda de la estación —Sonrió, levantando otra vez la gorra—. ¿Quiere que le busque un coche?

—¡Oh, sí! Si es tan amable...

El señor Thorndike dio un fuerte chiflido, cogió una de las maletas y caminó con ella hacia la salida que se encontraba a pocos pasos de allí. Sila fue tras él con su bolso de mano y el paraguas bien sujeto, sin dejar de controlar a cada momento su baúl, que había quedado en medio del andén. El guarda lo había bajado y ahora no tenía idea cómo lo trasladaría; consideró que el señor Thorndike estaba un poco mayor como para andar cargando semejante peso.

Pero el cochero, que era un hombre fuerte y amable, se hizo cargo de todo el equipaje y la condujo sin demora hasta la posada de la señora Troy.

Era un sitio agradable, de paredes empapeladas con colores claros, muebles de madera, pisos lustrados e impolutos cortinados que le dieron una sensación acogedora de limpieza y pulcritud. La chimenea encendida aportaba el calor que tanto necesitaba después de haber hecho dos extenuantes viajes en los que solo se había cubierto con una manta.

La señora Troy era una simpática mujer de cuarenta y tantos, muy delgada y pálida, con ese aspecto enfermo tan de moda por aquellos días. Sila se sintió un poco fuera de lugar al principio con su metro setenta y cinco y sus generosas curvas, pero la señora Troy se

encargó de hacerla sentir cómoda y bienvenida. Luego de agasajarla con té y masas, le mostró una preciosa habitación en el primer piso. Era una estancia cuadrada con cama amplia, cobertor de colores y muchos almohadones en la cabecera. Junto a la ventana había un precioso secreter con silloncito de brazos y al otro lado, una mesa pequeña y su silla. También había un tocador con espejo oval y un vestidor. Junto a éste, una disimulada puerta, algo más pequeña de lo usual, conducía a un cuarto de aseo.

—Es la mejor habitación que tengo —indicó la señora Troy.

—¡No sabe cuánto se lo agradezco! ¡Es un sitio precioso! Estoy segura de que me hallaré muy cómoda aquí.

—Así lo espero yo también. El pago es semanal. ¿Trabaja como secretaria...? —inquirió la señora.

—No, soy maestra. ¿Hay escuela en este pueblo tan adorable?

—No y no creo que el ministerio tenga interés en que la haya... Los pocos niños que hay en Hillside Bell son sirvientes. Nadie quiere que ellos se eduquen demasiado, ¿no?

Sila sonrió.

—¿Y los adultos que viven acá?, ¿no tienen hijos?

La señora Troy se echó hacia atrás y movió la mano con energía.

—¡Ah! ¡De esos habrá unos doce o trece niños en total! No tengo idea si se educan en casa o van hasta Londres.

—Entiendo. Lo averiguaré, supongo que tendrán una vicaría.

—¡Oh, sí! Mañana, después de la misa puedo presentarle a los vecinos. ¡Irá todo el pueblo!

—¡Maravilloso!

* * *

Scubs no lograba conciliar el sueño, la amenaza lo mantenía en vilo. Pensaba en el sargento Flanagan, a quien había recomendado que se cuidara; en su padre, con su mente perdida en sus propios laberintos, protegido por una numerosa plantilla de sirvientes en una mansión parecida a una fortaleza. Estaría bien. Iría a verlo en cuanto pudiera. Pensó en el jefe O'Neill, a quien ya había advertido, él tampoco lo preocupaba demasiado, sabría cómo cuidarse y cuidar de los suyos. Sus pocos amigos estaban tan alejados que no consideraba que pudiesen correr algún peligro. ¿Quién más? Hillside Bell. No. Era imposible que alguno de los de «la organización» supiera del cariño que sentía por algunos miembros de Aldridge House... ¡Fox!

Se levantó de un salto, se vistió rápidamente y bajó, intentando hacer el menor ruido posible.

Una vez fuera le costó encontrar un coche que lo acercara a Paddington, con suerte alcanzaría el último tren, de lo contrario, le

pagaría al cochero para que lo llevase hasta el pueblo donde vivían Fox y Emily. Todo el mundo sabía que pagaba la pensión donde se alojaba el pequeño que había logrado escapar del islote. Emily estaba más protegida, sin embargo, en aquella casa se habían producido varios asesinatos. Ellos eran su punto más débil.

El último tren había partido. El cochero se negó a llevarlo, una nueva tormenta de nieve estaba al acecho. No le quedó más remedio que alquilar un caballo. Debía apurarse. El mal siempre viaja más rápido.

El itinerario le pareció eterno, pero logró ganarle a la nieve. Dejó al animal con el sereno de las caballerizas donde se alquilaban coches, frente a la estación, y cruzó a la taberna del Sapo Karli. Estaba cerrada y a oscuras. No era la primera vez que despertaría a los dueños de casa.

Una vez que lo dejaron entrar y, tras los obligados saludos, corrió escaleras arriba y abrió la puerta de la que había sido su habitación cuando investigaba los asesinatos de las doncellas. Allí estaba el niño, durmiendo con placidez, tapado hasta la barbilla. Un suspiro se escapó de sus labios, llevándose con él la preocupación de aquel día tan largo. Se arrodilló junto a la cama. Con cuidado, tomó una de las manitas del niño y depositó un beso tibio. Se quitó el abrigo y los zapatos y se recostó a su lado, sobre las mantas, abrazándolo con cuidado. Tras respirar profundo unas cuantas veces, se quedó dormido.

Lo despertó una patada y unos golpes en el estómago. Era Fox, que saltaba de alegría sobre él.

—¡Viniste *inpector*! —gritaba—. ¡Has venido a verme!

—¡Ay! ¡Sí! —se quejó—. ¡Y si no dejas de saltarme encima no podré verte más, estaré en el hospital!

Fox se tiró sobre su cuerpo, a lo largo, y lo abrazó. El inspector lo hizo también y llenó de besos sus rubios cabellos.

—¡Ya llega la navidad! —expresó al cabo de algunos minutos —. ¡Tendré que comprarte un regalo!

—¡Uh! —gritó el niño saltando al piso—. No tengo nada para ti, así que no te *peocu... perocu...* No es nada.

Scubs se incorporó y sonrió.

—Tu eres el niño y yo el adulto, así que... creo que te compraré ropa nueva.

Fox apoyó las palmas contra sus propios cachetes y abrió ojos y boca en un gracioso gesto de asombro.

—¿De verdad? ¿Y zapatos?

—También compraremos zapatos. Ahora vamos a desayunar y luego me acompañarás a visitar a Emily.

—*¡Espute... estumen...!* —Resopló—. ¡Qué bien!

Scubs no pudo evitar soltar una carcajada.

—Arreglaré las cosas para que vayas a clases y aprendas a pronunciar bien las palabras.

A Fox se le arrugó toda la cara.

—¿Clases? ¡No me molesta como hablo! Y la gente me *entende*.

Tras desayunar un té y tostadas untadas con mantequilla y conversar un poco con el Sapo y Lilly Karli, fueron hasta la caballeriza, donde el inspector pagó a uno de los peones para que regresara el caballo a Londres.

—Regresaremos en tren —explicó.

—*¿Regera... reseg...?* ¿Volveremos los dos? —preguntó Fox, contentísimo con la posibilidad. Cuanto más contento estaba, más se le trababan las palabras, pero no le importó.

—¡Claro! Tengo que seguir trabajando, y en Londres conseguiremos unas ropas estupendas para ti.

—¿Me quedaré allá, contigo?

—¿No te gusta vivir con el Sapo y Lilly?

—Sí... pero también me *gustra*... me *gutaría* tener una familia... aunque sea un padre —Lo miró con ojitos esperanzados. Scubs se agachó para quedar a su altura.

—Yo no puedo cuidar de ti, por ahora... pero... —Por sus pensamientos cruzaron la sabida frustración de O'Neill al no haber tenido un hijo varón y su reacción para con Fox—, veremos si podemos arreglar eso de la familia, por ahora vas a seguir aquí, ¿está bien?

—Sí, pero no me regales en *adoción,* ¿eh? *Pimero*, tengo que conocer a los señores donde voy a vivir.

—Por supuesto. No te llevaría jamás a un sitio al que no quieras ir.

El chiquillo dibujó una luminosa sonrisa.

Al final no había nevado, aunque el día estaba frío y gris. Partieron rumbo a Aldridge House tomados de la mano.

—*Scub*...

—Dime.

—Nunca vamos a encontrar a Dick, ¿verdad?

—No lo sé, pequeño. De verdad no lo sé. Lo único que puedo prometerte, es que no dejaré de buscarlo.

El niño hizo un puchero y se largó a llorar. El inspector lo levantó entre sus brazos y siguió caminando.

* * *

A través de la ventana, Marianne veía caer la nieve con gesto apático. De pronto se quedó de una pieza, con los ojos fijos. Algo tibio se escurría hacia las piernas desde sus prendas interiores. Cuando

logró reaccionar, ordenó a su doncella que llenara la tina con agua caliente, sin atreverse a moverse. La sorprendida doncella se apresuró a bajar y regresó con un cazo enorme, que volcó en la tina, luego se dispuso a preparar las toallas.

—¡Deja eso y trae más agua! —ordenó Marianne, que, a los nervios por un nuevo sangrado, se le agregaba la angustia de no saber nada de Gillian desde hacía días. Por más asco que sintiera, el médico era su única posibilidad de conseguir un bebé. Hasta había tenido la ilusión de quedar realmente embarazada con el sometimiento al que la exponía, pero este nuevo sangrado daba por tierra con sus esperanzas. Comenzó a sospechar, con horror, que fuera ella quien no pudiera tener hijos y no Geoffrey, como pensaba. Pero ¿por qué? ¡Todas las mujeres de su familia habían tenido hijos sanos y fuertes! ¡Oh, Dios! ¿Dónde estaban ahora sus tías y primas? ¿Por qué la habían dejado tan sola? ¿Tan mal se había portado con ellos?

Otra criada volcó más agua y luego una tercera, hasta que la tina estuvo cargada por la mitad.

—La ayudaré a desvestirse —dijo la señora Rubbey. A Marianne le resultaba cada vez más difícil deshacerse de ella. Si se enteraba de sus planes, la expondría ante todos y la internarían en un hospital para enfermos mentales.

—¡No! No, no, está bien. Déjenme sola.

¿Qué pensarían las criadas de que no aceptase su ayuda? ¿Sospecharían algo? ¡Se suponía que estaba embarazada! ¡Se suponía que necesitaba ayuda! La señora Rubbey avisaría a Geoffrey si intuía que algo no andaba bien, ¡o a lady Elizabeth! Tenía que disimular lo aterrada que estaba. Cantaría. Tal vez eso, no solo tranquilizaría al servicio sino también a ella misma. Comenzó a tararear una vieja melodía mientras se quitaba el vestido y las enaguas. El almohadón que fingía su vientre estaba limpio, el resto, manchado de sangre. ¿Qué haría? Envolvió las prendas sucias en una manta; no podía dejarlas para que las criadas las lavasen... Por la noche iría a tirarlas en... Le pediría al cochero que la llevara a... ¡Oh, a algún lugar! Las escondió bajo un sillón.

No podía meterse en la tina, el agua se teñiría de rojo enseguida. Tiritando de frío, se lavó lo mejor que pudo. Estaba a costumbrada a que su doncella lo hiciera, era una chica muy joven que aún no sabía nada de embarazos; Marianne suponía que era la razón por la que a la chica no le llamara la atención que su vientre no se viera, desnudo, como cuando llevaba vestido. En cambio, a la señora Rubbey no podría engañarla. De todos modos, nunca se desnudaba por completo. Colocó muchos trapos doblados en su prenda interior y volvió a vestirse. Continuaba cantando para que las criadas pensaran que estaba dándose un largo baño y que estaba

contenta. Buscó otras prendas para hacerlas pasar por sucias y se sentó frente al tocador. ¡Qué infeliz se sentía! Hacía días que nadie iba a verla, ni Geoffrey ni su suegra. Ni el doctor. ¡El doctor! ¿Le habría sucedido algo malo? ¿Sería momento de cambiar al almohadón más mullido? No, aún era pronto. ¡Cuánto ansiaba que llegara el verano para poder cargar a ese bendito bebé!

Al fin decidió volver junto a la ventana y se sentó a bordar, afuera continuaba nevando. Tocó la campanilla y le ordenó a su doncella que se llevara la ropa sucia y trajera la merienda, debía mostrarse radiante. La muchacha se acercó con una bandejita de plata en donde descansaba un sobre lacrado. Sonrió esperanzada al tomarlo entre sus dedos. ¡Sería de Gillian! Esperó a que la chica saliera y lo rasgó con la aguja de su labor. Desplegó el papel: «Ante la obligada ausencia del doctor Gillian, un nuevo médico la visitará en pocos días. Su niño llegará según lo previsto».

El corazón de Marianne se aceleró. ¿Qué era eso de «ausencia obligada del doctor Gillian»? ¿A quién debería someterse ahora? Rompió el sobre y la esquela y los tiró a la chimenea, en cuyo fuego no tardaron en deshacerse por completo.

Epílogo

Amelia dejó la aguja a un costado y sonrió a la muchachita que esperaba en la puerta de la salita de estar.

—Puedes entrar —invitó—. ¿Qué necesitas?

Emily entró con visible timidez y se acercó a la ventana, junto a la cual bordaba su señorita.

—Solo venía a agradecerle el que nos haya llevado a Londres.

—Siéntate. —La niña obedeció—. Tus intenciones fueron muy buenas, pero te habrás dado cuenta de que la travesura ha resultado peligrosa.

—Sí, señorita, lo sé. Realmente tuvimos mucho miedo... —La niña esbozó una sonrisa ligera—. Usted también se arriesgó...

Amelia abrió sus hermosos ojos.

—¿Lo dices porque he ido a Londres con el mayordomo, una criada y un niño demasiado pequeño y casi desconocido, además? ¿Dejando la casa al cuidado de la cocinera y el jardinero? —Emily asintió, divertida, Amelia soltó una carcajada—. ¡Es cierto! ¡Dios mío, cuando mi padre se entere...!

—Por nosotros no lo sabrá, descuide. Y no creo que lady Merritt diga una palabra.

—Esperemos que no... Bueno, dijiste que todo comenzó porque querías medirte uno de mis vestidos. —Sonrió con ternura—. Lo que lamento es no haberte visto... ¿Te pondrías uno ahora, para que yo vea cómo te sienta?

—¡Oh, no, señorita, eso sería...!

—¿Maravilloso? ¡Pues claro que sí! Anda, vamos, escoge uno cualquiera y póntelo. Después de todo, ¡es navidad!

Emily eligió un vestido de color durazno con mangas tres cuartos, finalizadas en coquetos volantes de gasa. Amelia la ayudó con las enaguas y los ajustes para entallarlo a su figura, luego levantó su cabello con horquillas en un moño flojo, dejando caer algunos mechones que rizó con los dedos embebidos en aceites aromáticos.

—Si tuviéramos tiempo de calentar las tenacillas, quedaría mucho mejor —comentó—. ¡Igual estás preciosa! —suspiró.

Emily sonrió. Así quería verse siempre, era lo que soñaba. Escribir historias, viajar, conocer mundo. No renegaba de su trabajo ni de sus amigos, pero ansiaba más para su futuro. Ver con sus propios ojos aquellos sitios de los que leía en los libros, viajar en barco, ir en un tren más allá de Inglaterra. Quería vivir esas maravillosas aventuras que imaginaba día a día.

—Si fueras mi doncella... —insistió Amelia—, podríamos viajar,

ir al teatro...

—Señorita... —interrumpió ella—. Lo siento.

No quería ser doncella. No quería servir solo a la señorita Amelia e ir siempre a donde ella quisiera. Seguramente viajaría un poco y conocería algún que otro lugar de Inglaterra, pero estaría siempre a su disposición Vistiéndola, peinándola, preparando su baño, su té, visitando a sus amigas... No. Prefería su vida de criada allí, en la casa, limpiando estufas, haciendo la colada o ayudando a la señora Boyle. Así podía pasar las horas con Molly, con Silvie o con Jennifer, con quienes conformaban un núcleo inseparable, compartían tareas, juegos, se sentaban a tomar el sol en las horas de descanso, se contaban sus cosas y se ayudaban a entender la vida. Y a soportarla.

Cuando dejara de ser criada quería ser libre. No doncella ni ama de llaves. No le importaba si ganaba una libra más al año o usaba un uniforme más elegante. No. Ella continuaría siendo una simple criada hasta que lograra crecer por sus propios medios.

—De acuerdo —transigió Amelia con un dejo de tristeza—. No insistiré más, pero debo tomar una decisión. Si no escojo yo misma una doncella, lo hará mi madre y ya sabemos lo que puede significar, ¿verdad? —Ambas sonrieron—. Preguntaré mañana en la vicaría, debo tener a alguien antes de que regresen mis padres.

—¿Y usted cree que en Hillside Bell habrá alguna criada que cumpla con los requisitos?

—No. Pero alguien tal vez conozca a otro alguien en Londres, que pueda recomendarme.

La niña bajó la cabeza.

—Perdón, señorita, creo que mi decisión le trae muchos problemas...

—Descuida. Tienes suerte de que mi madre considere que no estás preparada, de lo contrario ya te habría obligado a aceptar el puesto.

—Lo sé. Voy a quitarme su traje.

—¡No! ¡De ninguna manera! Te lo regalo.

—Pero... ¡señorita!

—Es navidad y ese es mi regalo. Supongo que, con tus habilidades, sabrás hacerle las costuras necesarias para que ajuste a tu cuerpo sin necesidad de tanto alfiler. Sé lo que tienes en mente, Emily Hattie. —Amelia tomó sus manos—. Si no quieres ser mi doncella, me permitirás, al menos, ser tu mecenas. Buscaré unos zapatos que te combinen y algún sombrero bonito. Cuando salgas a la vida, deberás verte por fuera tan bella como lo eres por dentro.

Emily abrió la boca y volvió a cerrarla. Nunca le habían dicho algo tan bonito.

—¡Gracias! —murmuró emocionada.

* * *

El doctor Brown cerró la puerta tras de sí y estudió a su paciente. Era hermosa y se veía asustada. Acercó una silla.

—No tenga miedo, Marianne —murmuró, observándola con ojos calmos—, no le haré daño. Fingiremos que la reviso una vez por semana y le diré los cambios que debería experimentar su cuerpo, para que cuando hable con alguien, no quede en evidencia. Le traeré almohadillas para su vientre y sus pechos; no habrá problema alguno. El bebé nacerá a principios de agosto; lo haremos de la siguiente forma: cuando haya nacido, vendré con mi criado a revisarla y diré que parirá en cualquier momento, entonces me quedaré con usted y enviaré al muchacho por mi matrona, ella vendrá con el niño durante la noche.

—¿Y la señora Rubbey?

—Alguien la llamará, o tendrá un accidente... Descuide. —Sonrió ante el semblante asustado de la joven—. Un accidente pequeño, que la retire de la escena nada más. La necesitaremos para que la ayude a criar a su niño, ¿verdad?

Ella asintió y el joven doctor tomó su mano entre las suyas, tranquilizándola. Luego se levantó y se marchó. Marianne suspiró aliviada. Para el próximo invierno su hijo estaría jugando junto a la estufa y lady Elizabeth la miraría con adoración. Habría salvado la fortuna de los Riderbown. Tendría el mundo a sus pies.

* * *

El doctor Lloyd entregó al lacayo su abrigo y sombrero y aguardó en la sala de visitas. Pocos minutos después, la puerta se abrió y entró lady Elizabeth.

—Milady —saludó el abogado—. Tengo el informe que me solicitó.

Un destello de triunfo cruzó los verdes ojos de la mujer.

—Maravilloso, siéntese, por favor.

Una doncella depositó una bandeja con dos copas, una botella de brandy y unos bocadillos ligeros.

—El doctor Gillian está preso —comenzó el letrado, sirviendo las copas. Lady Riderbown no ocultó su sorpresa—. Y lo estará por mucho tiempo, sin duda, se dedicaba, nada menos, que a atender prostitutas embarazadas. —Tomó asiento y se arrellanó en el sillón, cruzando las piernas—. Les quitaba sus hijos y los... «ubicaba» en familias imposibilitadas de tenerlos por vías naturales, ya me entiende usted.

Claro que lo entendía. ¿Estaría Marianne entre esas mujeres «imposibilitadas»? La sola idea la estremeció.

—¿Sabe usted a qué familias ha hecho este hombre tal favor? ¿A quiénes estaba ayudando en el momento en que fue apresado?

—No; y es imposible saberlo, milady. El hombre no delatará a nadie y a la policía no le interesa que lo haga, a no ser que aparezca alguna madre denunciando que se le ha robado el niño, ¿comprende? ¿Para qué destruir familias que están felices con sus vástagos? ¿Para enviarlos a un orfanato? No tiene sentido. Además, se trata de familias adineradas, a nadie le interesa molestarlos. Después de todo, esos niños están mejor ahora que lo que hubieran estado con sus verdaderas madres, ¿no cree? También se ha hecho cargo de niños nacidos de señoritas de buena cuna...

—¡Oh, qué horror! —¿De qué se horrorizaba? Ella sabía muy bien lo que se siente ser una señorita de buena cuna y cometer una torpeza semejante. Pero ahora era una dama—. ¡Esas niñas desquiciadas!

Elizabeth se puso de pie sin poder evitar el estremecimiento que le provocaba la remembranza de aquel pintor al que había amado tanto.

—Doctor —dijo, girando sobre sí misma, aunque un tanto insegura. ¿Valía la pena averiguar si Marianne estaba fingiendo su embarazo? ¿Qué pesaba más? ¿Conservar la fortuna de los Riderbown a riesgo de que, en un futuro la heredara un extraño, alguien ajeno a su sangre, o conocer la verdad? Como fuera, tenía que saberlo. Ya decidiría después cómo actuar—. Necesito que averigüe si mi nuera está entre las mujeres a quien Gillian le conseguiría un bebé. —La copa del abogado quedó a medio camino de su boca—. Y esto queda en confidencia abogado cliente, ¿está claro?

—Milady, es difícil..., como le dije, Gillian no delatará a sus pacientes...

—¡Clientes, querrá decir! ¡No lo hacía por amor a los niños! ¡Sus buenos ingresos le habrán devengado tales transacciones! ¡Ofrézcale lo que sea, pero averígüelo, que para eso le pago!

—Por supuesto, milady. La mantendré informada.

* * *

En Aldridge House recibieron a Scubs y a Fox con algarabía. Molly desplegó un mantelito y la señora Boyle colocó platos con rebanadas de pastel, emparedados y masas de diferentes sabores. El señor Grubber sirvió chocolate caliente al pequeño y un aromático café para el inspector. Emily, ya regresada a sus prendas usuales, corrió a abrazarlos.

—¡*El Scub* me va a llevar a Londres! —contó Fox, contentísimo de verla—. Me va a *compar* zapatos nuevos y ropa. ¡Y tal vez, *encuente* una familia para mí!

—¡Oh, pero eso es maravilloso!

—Pero... no me *gutaría* irme de Hillside Bell para siempre...

—No comiences a sufrir por algo que aún no ha ocurrido —aconsejó Scubs—. ¿Cómo estás? —preguntó a la niña.

—Bien, apenada por no haber podido salvar a todos los niños...

—Si no hubieras intervenido, no hubiéramos sabido nunca del islote, ni detenido a Goofy...

—Era el jefe, ¿verdad? —preguntaron al unísono Lucius y Mathew.

Scubs podía mentirles para que no se preocuparan, pero consideró que ya bastante indefensos se encontraban en la vida por su escalón social, por depender siempre de otros y vivir en una inocencia que, por aquellos días, resultaba peligrosa.

—No —dijo—. Hay alguien situado por encima a quien aún no hemos dado caza. —Los semblantes se contrajeron en un rictus de miedo—. Deben tener cuidado, ¿entendido? —continuó Scubs—. Si alguien a quien desconocen les ofrece llevarlos al sitio que sea, desconfíen. Acompáñense entre ustedes siempre que salgan.

—¿Para qué quieren niños pobres? —indagó Emily—. Es algo que no comprendo, no pueden pedir dinero a sus familiares para un rescate...

La señora Boyle abrió sus ojillos. ¡Qué bien hablaba la niña! ¡Si hasta parecía que hubiera ido a la escuela!

—Para venderlos como sirvientes o para obligarlos a robar —explicó el inspector. No podía hablarles de prostíbulos ni de prostitución, era demasiado para sus inocentes cabezas.

Después de un rato de charla, los niños se separaron para jugar con Fox. Faltaba poco para que regresaran los amos y había que aprovechar.

El señor Grubber se acercó al inspector.

—Emily estuvo muy angustiada estos días —reveló en un murmullo—, creo que esta «aventurilla» que han vivido, ha removido cosas en ella.

—¿Qué cosas?

—Su pasado, su origen... Estuvo preguntando por sus padres... La señora Boyle está muy apenada.

—¿Han pensado en contarle la verdad?

Grubber bajó los párpados.

—Seguimos convencidos de que solo la haría sufrir...

—¿Y si la dejásemos decidir a ella?

El mayordomo levantó la vista, alarmado.

—¿Có... cómo...? No lo sé...

—Diciéndole la verdad, que sabemos quiénes son sus padres, que conocemos su historia y que estamos dispuestos a contársela, en

caso de que ella desee saber. Se le puede advertir que será doloroso escucharlo y más doloroso aún, sobrellevarlo. Pero será su decisión.

Grubber alisó su cabello hacia atrás.

—Consultaré con los Boyle —dijo.

—De acuerdo.

—Tal vez habría que aguardar un tiempo, hasta que sea algo más mayor... ¿no le parece?

—No —aseguró Scubs—. Ella cree que tiene trece años, pero en realidad, tiene catorce. Creo que es una buena edad para enterarse. Hay chicas que se casan a los catorce. Y hasta tienen hijos.

Grubber tragó saliva.

Scubs aceptó quedarse hasta el domingo para asistir al servicio de la vicaría. De paso, tranquilizaría sus nervios. Había enviado a un agente de la comisaría local a informarse de los sucesos de Londres y éste había regresado con buenas noticias. Todos estaban bien.

Además, consideró que la visita a la vicaría serviría para introducir a Fox en los asuntos religiosos. El niño, que se mostró muy entusiasmado al principio, se durmió durante la misa con la cabeza apoyada en su brazo.

Finalizado el servicio se reunieron todos en el salón. Scubs fue recibido por los locales como un viejo amigo y Fox, enseguida se unió al resto de los niños presentes.

Algo más allá, Sila se presentó ante la esposa del vicario.

—¿Qué tal? —saludó—. Soy nueva en el pueblo, soy maestra y he pensado que, tal vez, usted y su esposo podrían ayudarme a...

—¡Oh, será maravilloso montar un aula en Hillside Bell! —exclamó la señora Walton—. Siempre le he dicho a mi marido que deberíamos tener un maestro.

Sila se sintió encantada con el recibimiento.

—¿Hay muchos niños? —preguntó observando a las criaturas que se le cruzaban, sobre todo a las niñas, en cada una de las cuales buscaba a la hija de Cath.

La señora Walton paseó sus ojos por el salón.

—Bueno, ahí los tiene, me atrevo a decirle que todo el pueblo está acá... a excepción de unos pocos. Serán unos trece o catorce, tal vez quince si ayudamos también a los más mayorcitos. —La esposa del vicario enganchó el brazo en el suyo para conducirla hasta la mesa de los aperitivos y le habló en voz muy baja—. Este no es un pueblo de adinerados, ¿sabe usted? La gente prefiere que sus niños vayan a trabajar antes que desembolsar unos chelines para pagar un maestro, pero creo que podremos lograrlo ahora que ya hay una docente instalada acá. —La miró de costado—. Es soltera, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿De qué otro modo podría ser maestra?

—Claro, lo mismo pensé yo. ¿Cómo me dijo su nombre?

No lo había dicho pues no le había dado tiempo. ¿Podría dar su verdadero nombre? ¿Habría alguien en ese pueblo que pudiera reconocerla como la doncella de lady Riderbown? Lady Merritt. Pero las damas no se fijan en las doncellas. Por las dudas, prefirió decir la verdad, luego ya inventaría una excusa si se torcían las cosas.

—Sila Boundery —respondió.

—¿Dónde se hospeda? En la vicaría podemos hacerle un sitio hasta que encuentre un lugar apropiado...

—He alquilado una habitación en la pensión de la señora Troy.

—¡Oh, estupendo! La señora Troy es una excelente persona, la he visto hace un rato por ahí.

—Sí, sí, he venido con ella... —No terminó la frase. Algo más allá, una niña que rondaba la edad adecuada conversaba con un hombre de cabellos rojizos. ¡Era idéntica al retrato de lady Elizabeth!

Entonces lo supo. «¡Es ella!»

A pocos pasos, Emily conversaba con Scubs.

—¿Recuerda la última vez que estuvimos en la vicaría? —preguntó la niña.

—Lo recuerdo, claro, no fue hace tanto tiempo. —dijo el inspector—. Fueron días bastante tristes...

—Sí... paseamos por Prickly Woods y usted me hizo una pregunta...

—Es probable que te haya hecho unas cuantas. Soy policía, preguntar es parte de mi trabajo.

—No sobre los asesinatos... Sobre mí. ¿Lo recuerda?

Claro que lo recordaba, pero era un camino muy espinoso para tomarlo a la ligera.

—¿A qué te refieres con exactitud?

—Me preguntó si, de tener la oportunidad, buscaría a mi padre. —Scubs tragó saliva y asintió—. ¿Usted sabe quién es, dónde está? ¿Lo conoce?

Afirmárselo era introducirla en el conocimiento de la verdad. Entonces ella querría saberlo todo de inmediato, algo para lo que quizá, los Boyle y Grubber no estarían tan errados: era demasiado joven aún. No era él quien tenía que decidirlo. Tampoco podía negárselo, no le mentiría. Le daría tiempo.

—Puedo buscarlo, si es lo que quieres —respondió luego de unos segundos.

La niña recorrió el salón con la vista, pensativa.

—Y ¿cómo lo haría? No hay datos de él ni de mi madre. ¿Por dónde comenzaría?

De tonta no tenía un pelo. Era una buena pregunta. ¿Por dónde comenzaría si no supiera absolutamente nada de lord Riderbown ni de

Catherine Boyle?

—Por Dorchester. Allí te criaron los Hattie, ¿verdad? —Emily afirmó—. Según sé, Paul Hattie aún vive, podría hablar con él. Tal vez me diga cosas que no te ha dicho a ti, o que tú, como eras muy pequeña, no recuerdas.

—Es posible...

—¿Quieres que lo busque?

—No lo sé.

—Puedo buscarlo y, tal vez, hallarlo. Pero tendrás que decidir si estás dispuesta a enfrentarte con él. Puede que no sea cómo tu piensas, puede que te rechace, puede que no sepa que existes, que sea un... criminal. O que no quiera saber nada contigo.

—También puede ser un buen hombre, ¿verdad? —El inspector asintió—. Y ¿a mi madre?, ¿por qué no me ha preguntado si quiero buscar a mi madre?

—¿Lo quieres?

Emily suspiró.

—No lo sé. Tal vez de ella me costaría más aceptar que no me quiere o no me quiso nunca... ¿Y si era una prostituta? —Meneó la cabeza gacha—. No sé si soportaría ser hija de una mujerzuela.... Aunque ya no hay nada que pueda hacer para evitarlo, ¿verdad?

—No. Pero puedes evitar enterarte.

—Si le pidiera que los buscase... ¿cuánto tendría que pagarle?

El inspector soltó una carcajada, más por liberar la tensión que le aprisionaba el pecho que por diversión.

—No te cobraría. Y lo haría en mis momentos libres.

—De acuerdo.

Se miraron a los ojos durante largos segundos. En los de ella había incertidumbre y valor. En los de él, admiración.

—Lo haré. —Soltó el aire—. Si en algún momento decides que ya no quieres saberlo, no tienes más que decírmelo.

—Gracias, inspector.

La señora Walton se acercó con una mujer alta, de intensos ojos grises, que sonreía.

—¡Inspector! Esta muchacha es la señorita Boundery, es maestra y pondrá un aula en Hillside Bell.

—¡Fantástico! —exclamó Emily dando palmaditas—. ¡Al fin tendremos una escuela! —Luego bajó la vista, avergonzada; ella no podría asistir—. Bueno, supongo que más niños aprenderán a leer y a escribir.

—Yo mismo hablaré con los señores Aldridge para que su servicio pueda asistir —aseguró Scubs—. Es obligatorio que los criados tengan al menos cuatro horas semanales de clase, ¿verdad? —preguntó a la maestra.

Ella estiró sus labios con suavidad.

—Me temo que es solo para niños entre cinco y diez años. Aún estamos librando batalla para que se acepte la obligatoriedad hasta los trece.

Emily hizo una mueca de desilusión.

—En la casa Aldridge somos todos mayores.

—¡Podrías ayudar a la señorita Boundery! —sugirió la señora Walton con alegría. Luego se dirigió a la maestra—: Emily es la única criada que conozco, que sabe leer y escribir. ¡Y lo hace muy bien!

Sila se estremeció. «¡Emily! ¡La llamaron Emily y no Norah, como quería Cath!».

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

—Trece años, señorita.

Una mueca de desilusión cruzó el semblante de la docente, la hija de Cath tendría catorce, pero, ¡no podía ser tanta casualidad! Era idéntica al retrato que colgaba sobre la chimenea de los Riderbown, vivía en Hillside Bell... ¡Si hasta tenía la misma voz que lady Elizabeth!

—¡Oh, pensé que eras mayor! —balbuceó sin dejar de sonreír, como atontada.

A Scubs no se le escaparon sus gestos ni su turbación.

—¿De dónde viene? —preguntó.

¿Qué responder?

—Pickering, en Hampshire. —Fue lo primero que le salió. La señora Walton lo había llamado «inspector» y eso sonaba a policía. No podía arriesgarse a que la siguiente pregunta fuera: «¿dónde trabajó antes?».

* * *

Prickly Wood no era ajeno al invierno. Las ralas copas de los árboles se movían apenas con la brisa vespertina. El pedregullo parecía más seco sin los brotecillos verdes que solían crecer, pícaros, entre guijarro y guijarro. Emily adoraba el bosque en primavera y en el verano; la entristecía un poco en los meses más fríos. De todos modos, se tomaba su tiempo para visitar la parte más cercana a la vicaría, donde estaba el cementerio y la tumba de Kathy a quien aún extrañaba. Solía llevarle flores, domingo a domingo, con sus amigas. Esta vez, fue con Scubs. Depositó un ramillete de prímulas junto a la lápida y se unió a caminar con el inspector.

—¿Llevará a Fox a vivir con usted a Londres? —preguntó.

—No lo creo, ama vivir aquí... Aunque tengo en mente una familia que, tal vez, solo tal vez, quiera hacerse cargo de él.

—¡Eso sería maravilloso!

—Aún tengo que conversarlo con ellos. ¿Y tú? ¿Has decidido

algo?

Ella sonrió y calzó su brazo en el suyo.

—Sí. No quiero saberlo. —Dolía—. Ellos se deshicieron de mí, así que... ¿para qué buscarlos?

Scubs juzgó que no debía intervenir en las decisiones de la chica. Era lo suficientemente inteligente como para decidir por sí misma.

—De acuerdo. Todo dicho entonces. ¿Terminaste de escribir tu libro?

Ella secó dos lágrimas, que habían asomado a sus ojos, con los puños de su abrigo.

—No. Es muy difícil decidir qué poner primero y qué después... La verdad es que en mis tiempos libres estoy tan cansada que apenas puedo pensar.

—Tal vez, si fueras doncella de Amalia...

—No. —De pronto su rostro se iluminó—. ¡Tal vez la señorita Boundery pueda ayudarme!

—¡Esa es una excelente idea!

Dieron unos pasos en silencio.

—Inspector...

—Dime.

—¿Podría ir a Londres con usted? Unos días. La señorita Amelia no se opondrá y estoy segura de que se le ocurrirá una buena excusa si sus padres le pidieran explicaciones... Si es que se dan cuenta de que no estoy...

—¿Para qué quieres ir, exactamente?

—Para conocer. ¿Cómo voy a ser escritora si no conozco más que este pueblo?

Scubs se mostró pensativo.

—De acuerdo —dijo al fin—. Si la señorita Amelia lo autoriza, te llevaremos con nosotros.

Así, regresó a Londres con los dos niños. Fox estaba contentísimo, por primera vez en su vida, tendría ropas nuevas. Emily soñaba con pasear a sus anchas por las calles de Londres. Hicieron el trayecto en el tren hablando de lo que harían al llegar: irían a las tiendas, almorzarían en un bonito restaurante. Luego, el inspector los llevaría a Hyde Park a jugar con un aro que le compraría a Fox en alguna juguetería. Y a Emily, tal vez, le comprara un cuaderno nuevo. Los niños no podían estar más felices.

Ya en Paddington, subieron a un carruaje que los dejaría en la pensión, donde la señora Ryder, encantada de recibir a los pequeños, los atiborraría de tartas, emparedados y dulces.

—Hay un gran incendio por esa zona —dijo el cochero en

cuanto le dio el punto de destino.

El corazón de Scubs dio un vuelco.

—Apresúrese, por favor —pronunció apenas, con la garganta seca. Fox le apretó la mano, su instinto le advirtió que algo no andaba bien. Emily lo tomó de la otra.

El espectáculo era dantesco. El inspector pagó al cochero y se apeó sin soltar a los chicos. La pensión donde vivía era todo llamas retorciéndose sobre sí mismas con un gemido de maderas achicharradas.

Se acercó al jefe de bomberos.

—Soy el inspector Scubs, de Ashcraft Lane... ¿Qué... qué sucedió?

—Aún no lo sabemos, señor. El fuego se desató de golpe, según los pocos testigos que encontramos.

—¿Hay algún herido?

—Tres fallecidos, señor, dos inquilinos y la dueña de la pensión, una tal señora Ryder. ¿Inspector Scubs me dijo? Trajeron algo para usted, aguarde. —El bombero regresó enseguida con un sobre color marfil—. Lo dejó un policía; compañero suyo, supongo.

—Gracias.

Solo había una esquela dentro, con unas pocas palabras: «¿Cree que nadie pagará por lo que ha hecho, inspector? Camine con cuidado y no descuide a los suyos».

FIN

Referencias

[1]. Bedlam es el nombre cotidiano que se le daba al Hospital Real de Bethlem, fundado en Londres, en el año 1247 para dar tratamiento a las personas con enfermedades mentales. El hospital está hoy día a la vanguardia del tratamiento psiquiátrico humano, pero parte de su historia es conocida por su crueldad y trato inhumano.

[2]. The Pool: El Pool de Londres es un tramo del rio Támesis comprendido entre el Puente de Londres (London Bridge) y Limehouse.

Este libro fue adquirido a través de la tienda Amazon. Me ayudaría muchísimo que dejaras tu comentario en la plataforma. Desde ya, mi más sincero agradecimiento por haber leído esta historia.

Patricia Om

Otras obras de la autora

Serie Emily Hattie
La doncella que limpiaba los cristales

Serie Galo Cienfuegos
Una carroza para Belén
La cruz de alabastro

Otros
Kika
Lo imperdonable
Más allá de toda duda razonable